



Joaquim Nabuco

Mi Formación

COLECCIÓN "LA EXPRESIÓN AMERICANA"

En la ocasión de publicar *Mi Formación* de Joaquim Nabuco, figura descollante del pensamiento brasileño y latinoamericano, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la Embajada de Brasil y a su embajador el Excelentísimo Señor Ruy Nunes Pinto Nogueira, por su colaboración con Fundación Biblioteca Ayacucho, al auspiciar la publicación de este volumen.

JOSÉ RAMÓN MEDINA
Presidente

PRÓLOGO

MINHA FORMAÇÃO (*Mi formación*) es un clásico en la bibliografía brasileña. Publicado en 1900 ya nació clásico: por su lenguaje admirable, correcto y de gran poder expresivo; por su contenido rico en recuerdos de las diversas fases de la vida del autor y de la reconstitución de todo lo aprendido; por sus lecturas o por la experiencia acumulada a través de los viajes y de los conocimientos adquiridos en Europa, sobre todo en Francia e Inglaterra, países a los que amó y que le marcaron profundamente. En síntesis, por la estructura precisa, por el estilo; por su experiencia familiar, una familia importante en la vida política brasileña; por las relaciones que mantenía en Brasil y Europa, y, en los últimos años, en los Estados Unidos (cierta intimidad que venía desde el final de la década de los setenta). La introducción para este volumen que ahora integrará la serie de libros representativos de América Latina —otra feliz iniciativa de la Biblioteca Ayacucho— se divide en tres brevísimas partes: 1) Esbozo biográfico de Joaquim Nabuco, 2) Obra literaria, 3) *Minha formação*.

1. Esbozo biográfico: Joaquim Aurélio Barreto Nabuco de Araújo, nació el 19 de agosto de 1849 en Recife, capital de la provincia de Pernambuco, una de las más bellas y originales ciudades de Brasil. Hijo de un político importante del Imperio, que ocupó los más altos puestos y uno de los exponentes de la época, el joven tuvo ocasión de conocer en su casa, en la intimidad, las figuras más preeminentes de entonces —parlamentarios, ministros, periodistas, escritores. Fue educado en sus primeros años por su madrina, figura admirable, dueña, entre otros bienes, de un ingenio en Massangana —cerca de Recife—; donde permaneció los primeros ocho años de su infancia, mientras sus padres vivían en Rio de Janeiro, donde el padre se desempeñaba como diputado. El niño Joaquim se va a la capital sólo después de la muerte de su madrina. Allí intensifica su educación, iniciada en el ingenio, en donde pudo ver de cerca el mundo de la esclavi-

tud y conocer la vida patriarcal de la época, dentro de una familia bien ubicada social y políticamente.

En Rio de Janeiro, en compañía de sus padres, pasó algunos años de su infancia y luego la adolescencia y juventud. Muy estudioso, con sólo 15 años, escribe y edita una oda —“O gigante da Pôlonia” (El gigante de Polonia)—, la cual mereció un breve comentario de Machado de Assis en la prensa. Estudiante de Derecho en São Paulo hasta 1866 y después en Recife, en 1868, donde cursó el tercer año y los siguientes, es un joven dedicado y activo en la militancia política, participando e incluso liderando algunos movimientos. Su traslado a Recife se debió no sólo a la Facultad sino más bien a la conveniencia de vivir en su ciudad, donde ciertamente seguiría la carrera política.

En 1872 publicó su primer libro *Camões e os Lusíadas* (*Camões y los Lusíadas*) e inició su carrera como periodista, escribiendo frecuentemente sobre los grandes problemas de su tiempo. Viajó a Europa por primera vez en 1873, oportunidad en la que conoce a escritores y periodistas famosos, como Ernest Renan y George Sand. En París asiste a las sesiones de la Asamblea Nacional y tiene la oportunidad de escuchar a oradores de la talla de Thiers y Gambetta. Entabla conversaciones con parlamentarios y periodistas eminentes. Aunque en su tiempo de estudiante simpatizara con los republicanos, después, aún joven, en 1873, estando en Europa e influenciado por amigos y lecturas, ve fortalecido el sentimiento monárquico, el cual le acompañará de ahí en adelante.

En 1876 intenta ser electo diputado, pero no lo consigue. Su primer cargo en la maquinaria político-administrativa lo conseguirá ese año, como agregado en la Misión Diplomática en Estados Unidos. Pero no le agrada y consigue cambio para Londres, ciudad de su preferencia. Solamente después de 1899 se dedicará, de hecho, a la carrera diplomática, ejerciéndola en Londres y en Washington. En los años setenta será sobre todo periodista.

Si intentó y perdió la elección de 1876, en 1878 conquista su curul en la cámara: se estrena en la tribuna en febrero del 79, pero no pudo concluir el período le-

gislativo. Compite otra vez en 1881, sufriendo otra derrota. Al saber las dificultades en su provincia, prefiere ser candidato a la Corte. De ahí la votación insuficiente que obtuviera. Sin trabajo, pues la profesión de periodista es poco compensadora y él no quiere ejercer la abogacía, prefiere vivir en Inglaterra. Allí actuará como periodista, corresponsal del *Jornal do Comércio* en Londres, a partir de febrero de 1882. Sus noticias o todo lo que comenta posee un alto nivel intelectual, como se puede deducir por el elogio que le hizo Machado de Assis a su producción. Estudia intensamente durante los meses que ahí permanece —poco más de dos años—, siendo asiduo visitante del Museo Británico. Además trabaja como abogado para las firmas inglesas que tienen negocios con Brasil, debido a sus conocimientos de la legislación de su país.

Nabuco no olvida la causa de los esclavos y escribe artículos para la prensa, así como su notable libro *O Abolicionismo (El abolicionismo)* (editado en 1883); mantiene contacto con las sociedades europeas interesadas en este asunto. Colabora activamente con la Anti-Slavery Society, que le hace un homenaje y le designa para representarla en congresos en varias ciudades, como es el caso en 1883, en una conferencia en Milán, donde habla con gran autoridad sobre la esclavitud en Brasil.

Sin embargo es tiempo de regresar. Se acercan las elecciones de 1884. Le ofrecen una candidatura a diputado en el Municipio Neutro (la ciudad de Rio de Janeiro, donde perdiera la última elección), así como en las provincias de Goiás y Ceará, además de Pernambuco, naturalmente. Intensifica su presencia en la campaña, con la palabra más incisiva y más clara. El clima ahora le es favorable. La causa abolicionista había ganado terreno. El propio emperador se empeña y desea la elección de los abolicionistas. La elección tiene lugar en diciembre del 84 y, para sorpresa general, Nabuco pierde, por pocos votos, en una elección irregularmente conducida. Los conservadores eran mayoría en su provincia, de base económica azucarera. Pierde, pero en julio del 85 hay una nueva elección en un distrito de Pernambuco y él es elec-

to con gran ventaja sobre sus opositores. Toma posesión de su cargo el 3 de julio y pronuncia un discurso que conquista el plenario que le oye con atención. Y así será siempre, hasta la abolición de la esclavitud en 1888. Aun después, en 1889, es vuelto a elegir pero se desinteresa de la política, pues la vivió por la causa del esclavo, ahora superada. No actuó por ambición personal. Además con la República, la legislatura se perjudica y él no disputará cargos en el nuevo régimen.

Como diputado, Nabuco se concentró casi exclusivamente en la causa de los esclavos. Quería al Brasil libre de ese régimen de trabajo: lo conocía muy bien, por su infancia en Massangana, por sus estudios, y por el libro *A escravidão (La esclavitud)*, que escribió cuando era estudiante, pero no llegó a publicar, (la edición se hizo recientemente, como una curiosidad). Luchó por la causa de los esclavos a través de la prensa, en los comicios, en la tribuna de la Cámara o frente a otros auditorios, en campañas junto a instituciones en Brasil y en el exterior. Sólo descansó cuando vio el sistema sustituido por el trabajo libre, en mayo de 1888. Su momento supremo en la política fue la intervención parlamentaria.

Al terminar la esclavitud se produce el fin de la monarquía, que se resiente de esta decisión. Del 13 de mayo de 1888 hasta el 15 de noviembre de 1889, transcurrió poco más de un año. Nabuco se aparta de la política, pues se mantiene fiel a la Corona. Por su decisión, queda aislado. En 1891, participa junto con Rodolfo Dantas en la fundación del *Jornal do Brasil*, de tendencia monarquista. En la última década se entrega a estudios históricos, y escribe intensamente. Es de esa época la mayor parte de su obra literaria, la cual veremos en el siguiente párrafo.

Con el advenimiento de la República y alejado de la vida pública, recibe sin embargo, debido a su prestigio, muchas invitaciones de antiguos amigos para desempeñar cargos importantes, que rehúsa siempre por fidelidad a la monarquía. Durante el gobierno de Campos Sales, acepta ser abogado por Brasil, en la defensa de los dere-

chos que se disputan con Gran Bretaña para la demarcación de las fronteras de la Guayana Inglesa. Es el año de 1899. Estudia el problema con profundidad y presenta un trabajo monumental; la cuestión es sometida al voto arbitral del rey de Italia, quien, inconsecuentemente, sin analizar las razones presentadas, opina en favor de la división de la parte en juego entre los pretendientes, en un evidente irrespeto a las consideraciones brasileñas. Nabuco se siente defraudado, pero acepta seguir en la delegación en Londres. Allí se quedará hasta 1905, cuando es nombrado embajador en los Estados Unidos, transfiriéndosele para Washington. Aquí trabaja con gran empeño, visita todos los territorios que puede, dicta conferencias en las universidades y organiza y preside la Tercera Conferencia Panamericana, que se realiza en Rio de Janeiro en 1906, cuando va por última vez a su patria. Participa también, en Europa, en reuniones de cuño diplomático, en defensa de los intereses brasileños.

A pesar de su magnífica apariencia –Nabuco era un hombre bello (así le describen los que le conocieron, le decían Quincas Bello), visto como saludable– padecía, sin embargo, de algunos males, como se ve en las quejas constantes en su diario. Fallece, víctima de los mismos, en 1910, radicado aún en los Estados Unidos, el 17 de enero (seis meses antes de cumplir 61 años). Su cuerpo es llevado a Rio de Janeiro, donde recibe los debidos honores y después es conducido a Recife, su ciudad, y sepultado en el cementerio de Santo Amaro.

2. Obra literaria: Nabuco se dividió entre la política y la producción intelectual. Escritor de grandes méritos, a pesar de la inmensa actividad como hombre público, dejó una vasta obra. Fue poeta, dramaturgo, crítico literario, periodista y, sobre todo, historiador. En este último campo se realizó más plenamente, produciendo lo mejor de su obra.

Cuando joven escribió poesía y publicó un libro, curiosamente en francés. Es interesante observar que sus obras poéticas fueron escritas casi siempre en ese idioma: por ejemplo, *Amour et Dieu*, editado en París en 1874,

24 composiciones en 72 páginas; *Escravos. Versos france- ses a Epicteto*, opúsculo de 16 páginas, en 1886; la pieza de teatro *L'Option*, escrita entre 1875 y 1877, pero editada póstumamente, en 1910, en París. Luego se dio cuenta de que no era poeta, como señala en páginas críticas de gran lucidez en el libro ahora editado en español. En conversaciones con Renan, en 1873, éste le aconsejó que se dedicara a los estudios históricos. Y Nabuco le repite, transmitiéndole “a la nueva generación de literatos”. Adopta el consejo cuando se aparta de la política para dedicarse a los estudios, en la última década del siglo, cuando escribe importantes obras historiográficas.

En los años setenta y ochenta publicó varios opúsculos, parte de su campaña política antiesclavista. Aun en esta fase de intensa militancia política, publicó libros. Tal es el caso del primero, en 1872, *Camões e os Lusíadas*, 286 páginas que no aportan nada nuevo a los estudios camonianos, especialidad muy portuguesa y ya muy rica. Durante los dos años que vivió en Londres, estudió intensamente el objeto de su pasión y, debido a sus lecturas en el Museo Británico, escribe y edita ahí, en 1883, *O Abolicionismo*, notable estudio leído aún con provecho, uno de los primeros textos expresivos de sociología escrito por un brasileño. Es una obra madura.

Sus libros más importantes, sin embargo, son de la década de los noventa y se inscriben en el capítulo de la historiografía. Tal es el caso de *Balmaceda* (1895), estudio del caso dramático de un jefe político chileno –José Manuel Balmaceda (1838-1891): populista *avant la lettre*, quien desafió al Parlamento, dando origen a una guerra civil la cual concluyó con su derrota y suicidio. El año siguiente escribió *A intervenção estrangeira durante a revolta* (*La intervención extranjera durante la rebelión*), examen de la rebelión de la Armada en la bahía de Guanabara, en el gobierno de Floriano, publicado en 1896. Aunque alejado de la política, en cierto modo la utiliza en estos dos libros, pues en ellos se pueden percibir críticas indirectas a la situación brasileña, tal vez inconscientes.

Marcado por la influencia de su padre, pensó siempre en escribir su biografía. El trabajo le fue facilitado por el hecho de que José Tomás Nabuco de Araújo, político de gran prestigio, que había incluso trazado el rumbo de su tiempo, era un hombre organizado y guardaba todo —artículos de periódicos, noticias, discursos, correspondencia—, de tal modo que el autor vio su esfuerzo minimizado. Voluminosa, la primera edición consta de tres tomos: el primero es de 1879, el segundo de los volúmenes contiene 1.554 páginas; la segunda edición, de 1936, en dos tomos, tiene 1.086 páginas; la tercera es de 1949, en cuatro tomos, con un total de 1.563 páginas; la cuarta, en un solo volumen, es de 1976, y tiene 1.141 páginas.

*Um estadista do Império (Un estadista del Imperio)** es la biografía de José Tomás Nabuco de Araújo, diputado, senador, ministro más de una vez, consejero de Estado; hombre culto, gran conocedor del Derecho, produjo más como jurista. La obra no es sólo una biografía del padre, sino más bien un estudio minucioso y pionero del ambiente en que vivió. Varios aspectos de la vida del Segundo Reinado tienen ahí su mejor fuente de estudio, por la profundidad de los puntos de vista y testimonios de quien tuvo participación directa en momentos decisivos. Ampliamente documentada, posee una estructura magnífica, de alto poder descriptivo y explicativo, además está muy bien escrita. No dudo en verla como la más bella obra de la historiografía brasileña, no sólo por la forma sino también por su contenido: si es eminentemente historia política, posee fina comprensión de lo social, aprehendido y expuesto.

De regreso a las actividades públicas, ahora en el campo de la diplomacia, desde 1899 hasta su muerte, continúa escribiendo y editando. Siendo embajador en los Estados Unidos, visitó el país y dictó conferencias en varias universidades, editándolas luego en opúsculos o libros. Dejó también dos obras en francés, de carácter más bien religioso o filosófico e intimista, como *Pensées deta-*

* Una parte de esta obra fue publicada por Biblioteca Ayacucho en su volumen 167. (N. del E.)

chées et souvenirs, publicada en París en 1906. Muchos años después aparece *Foi Voulué, Mystarium Fidei*, texto compuesto por dos autores franceses a partir de sus anotaciones, en 1871. Es un escrito de inspiración religiosa. Se suman a esos volúmenes, otros con discursos, en general parlamentarios, o con algunas colaboraciones importantes en la prensa. La primera edición de sus obras completas, hecha en 1949 por una editora de São Paulo, consta de catorce volúmenes. Si Nabuco escribió mucho, también se ha escrito abundantemente sobre su vida y su obra, dada su importancia como autor y como hombre público, sin embargo, quedan aún aspectos que deben ser mejor esclarecidos.

3. *Minha formação*: en su vasta obra se destacan dos libros: *Um estadista do Império*, del cual ya se habló, y *Minha formação*, de 1900. Si el primero se distingue por su bulto y erudición, el segundo sobresale por el vigor literario y es lo más célebre que haya dejado. Puede y debe ser visto como texto de memorias, pero de un tipo especial. No es la evocación de lo cotidiano, de las minucias de su vida, sino más bien un libro de añoranzas, donde aparece la formación de un hombre excepcional, que no es típico del brasileño. A pesar del profundo sentimiento por su tierra y su gente, que comprende y expresa, es también una obra de gran riqueza intelectual, con varios capítulos de naturaleza casi teórica, con sus reflexiones sobre el político y la política, principalmente el liberalismo. De ahí cierto acento oratorio, a veces presente en algunas partes, que se apartan del tono convencional de las memorias.

Al respecto se debe señalar que el género no tenía tradición en Brasil. Eran raros los textos confesionales, y, por lo general, pobres en la forma y en el contenido. Ciertamente, el primer libro de memorias que se publica en Brasil, digno de ser visto como literatura noble, es éste de 1900 (evidentemente, algunos títulos anteriores se imponían como testimonios). Solamente en los últimos tiempos es usual en Brasil escribir memorias, sea de escritores, políticos o de gente común. En la actualidad se pueden citar decenas de títulos.

Si en Joaquim Nabuco hay partes coloquiales, intimistas, éstas no son las más frecuentes. Ellas aparecen, como en los capítulos I-Colegio y Academia, V-Primer viaje a Europa, XVIII-Mi padre, XX-Massangana, XV-El barón de Tautphoeus. Hay mucho de estudio, opinión y juicio más que impresión, en la mayor parte de los capítulos, como en el II-Bagehot, en los varios que hablan de Inglaterra o del inglés, o en los que se refieren a los Estados Unidos o a los “rasgos americanos”, sin contar los que tratan sobre el esclavo, sobre el movimiento abolicionista, en los cuales, a veces, hay menos de personal que de histórico. Cierta pompa o vanidad, que algunos críticos negativistas le señalan, no tiene mucha razón de ser. Incluso, hay muy poco, pues el libro pretende ser autobiográfico. El autor no se reserva, al hablar de cierto deslumbramiento por el lujo, por la ostentación, al tratar de las relaciones con el alto mundo inglés, conocido por él cuando estaba en la misión diplomática brasileña en Londres, superiormente conducida por el barón de Penedo, objeto de su admiración.

Llega a evidenciar ingenuidad o necedad al decir que entre los argumentos a favor de la monarquía está el haber conocido a la princesa Margarita de Savoya, en el Pincio, y a la princesa de Gales, en el Hyde Park: ningún otro argumento “tuvo para mí la fuerza de persuasión, la evidencia, de estas dos”, la belleza de estas dos figuras imponentes de la realeza. Aún más: “no puedo negar haber sufrido el magnetismo de la realeza, de la aristocracia, de la fortuna, de la belleza, como sentí el de la inteligencia y el de la gloria”. Sin embargo, él mismo se redime: “Pero, felizmente nunca los sentí sin la reacción correspondiente; no los sentí, perdiendo del todo la conciencia de alguna cosa superior, el sufrimiento humano; y fue gracias a eso que no hice más que pasar por la sociedad que me fascinaba y cambié la vida diplomática por la de defensor de los esclavos” (capítulo XI/32, Grosvenor Gardens).

Nabuco, fuerte en trazar retratos, como se ve sobre todo en *Um estadista do Império* (*Un estadista del impe-*

rio), con algunos perfiles de políticos del Segundo Reinado, se podría haber realizado igualmente aquí, deteniéndose en las figuras de amigos, de personas con las cuales tuvo mayor convivencia. No quiso escribir un libro grande, prefirió un volumen mediano, de alrededor de trescientas páginas. No se limitó a la cronología, los asuntos se mezclan. Como dijo en el prefacio, la mayor parte apareció en un periódico de São Paulo, en 1895. Después fue bien revisado para la edición en libro. El texto se escribió a lo largo de varios años, sin embargo, se mantiene la unidad, la coherencia.

Su lectura es provechosa para quienes desean conocer la sociedad brasileña de su tiempo, o la historia política de los años setenta y ochenta, que él dedicó a la cuestión del esclavo. Fascina en algunas descripciones, como por ejemplo en los capítulos X/ Londres y XI/32, Grosvenor Gardens. Se tiene la imagen de un hombre superior, por la inteligencia y por la generosidad. El estudio y la erudición no mataron la humanidad de alguien dotado de muchas virtudes, presentado sin buscar efectos de ademanes vanidosos o autocomplacientes. La expresión es objetiva, exacta y de gran belleza, sin evidenciar los andamios usados para describir un pasado que lo marcó, que le produce nostalgia, sin caer en el sentimentalismo, que se percibe domado, pues siempre pretendió y obtuvo la debida contención. De ahí el motivo de la resonancia que tuvo el libro cuando apareció y que sigue aún hoy, pues continúa siendo reeditado, leído y amado. Hay por tanto fuertes razones para otra nueva traducción y edición, a manera de ampliar el círculo de sus admiradores: ellos tienen ahí una imagen superior del Brasil del siglo XIX, en una de las principales obras de la literatura aquí producidas, con la marca de la eternidad, comprobada en sus ya casi cien años.

FRANCISCO IGLESIAS

MI FORMACIÓN

A mis hijos

PREFACIO DEL AUTOR

LA MAYOR parte de *Minha Formação* (*Mi formación*) apareció primero en el periódico *Comércio de São Paulo*, en 1895; después fue recopilada por la *Revista Brasileira*, cuyo apoyo nunca me faltó... Los capítulos que hoy le añadimos son tomados de un manuscrito más antiguo. Solamente la conclusión es nueva. Sin embargo, en la revisión de los diversos artículos se hicieron enmiendas y variantes. La fecha del libro para la lectura debe pues ser 1893-1899, habiendo en ellos ideas, modos de ver, estados de espíritu, de cada uno de estos años. Todo lo que se dice sobre los Estados Unidos e Inglaterra fue escrito antes de las guerras de Cuba y del Transvaal, que marcaron una nueva era para los dos países. Algunas alusiones a amigos, como Taunay y Rebouças, hoy fallecidos, fueron hechas cuando ellos aún vivían. Para mí fue una simple distracción reunir ahora estas páginas; sería, sin embargo, más que eso, uniformarlas y querer eliminar lo que no corresponde completamente a los cambios que sufrí desde que ellas fueron escritas.

Ahora que ellas están delante de mí en forma de libro, y que las releo, me pregunto a mí mismo cuál será la impresión que producirán... Está ahí mucho de mi vida... ¿Será una impresión de volubilidad, de fluctuación, de diletantismo, seguida de desaliento, lo que ellas comunican? O por el contrario de consagración, por un voto perpetuo a una tarea capaz de saciar la sed de trabajo, de esfuerzo y de dedicación de la juventud, y solamente realizada la tarea de la vida, saciada la sed —aún más, transfor-

mada por un terremoto la faz de la época, creado un nuevo medio social, donde se hacen necesarias otras cualidades de acción, otras facultades de cálculo para luchas de diverso carácter— renuncia a la política, después de diez años de retraimiento forzado, y frente a una seducción intelectual más fuerte, de una perspectiva final del mundo más bella y más radiante... *Sed magis gratiarum actio...* (San Pablo).

En el conjunto, yo temo que la impresión será mezclada; las deficiencias de la naturaleza aparecerán, disimuladas por la clemencia de la suerte; se verá lo efímero y lo fundamental... En todo caso no tendré que litigar mi propia causa, porque ella será siempre juzgada por la raza más generosa entre todas... Si alguno observé en el estudio de nuestro pasado, es cómo son vanas nuestras tentativas para deprimir, y cómo siempre triunfa la generosidad... ¡Infeliz de quien entre nosotros no posee otro talento u otro gusto que no sea el de abatir! Nuestra naturaleza está orientada hacia la indulgencia, la dulzura, el entusiasmo, la simpatía, y cada uno puede contar con la benevolencia ilimitada de todos... En nuestra historia no habrá nunca Infierno, ni siquiera Purgatorio.

Sin embargo, si le doy el *bon à tirer* a este libro, es porque estoy convencido de que él no debilitará en nadie el espíritu de acción y de lucha, el coraje y la resolución de combatir con las ideas que estimen esenciales, sino que indicará alguna de las condiciones para que el triunfo pueda ser considerado una victoria nacional, o una victoria humana, y para que la vida, sin ser una obra de arte, lo que acontece con muy pocas personas, realice por lo menos una parcela de belleza, y cuando no posea el orgullo de haberse reflejado brillante sobre todo el país, tenga el consuelo de haberle sido cariñosamente inofensiva.

Sin embargo, la política, no fue mi impresión dominante al trazar estas reminiscencias... Ya me encontraba entonces fuera de ella.

“Esta mañana, parejas de mariposas blancas, doradas, azules, pasan numerosas contra el fondo de bambúes

y helechos de montaña. Es un placer para mí verlas volar, no lo sería, sin embargo, atraparlas, pegarlas en un cuadro... Yo no quisiera guardar de ellas sino la impresión viva, el sobresalto de alegría de la naturaleza, cuando ellas cruzan el aire, agitando las flores. En una colección, es cierto, yo las tendría siempre delante de los ojos, sin embargo, muertas, como una ceniza conservada junta por los colores sin vida... La única manera de poder conservar estas mariposas eternamente sería fijar su vuelo instantáneo en mi nota íntima equivalente... Al igual que con las mariposas, es así con todos los otros deslumbramientos de la vida... De nada sirve recoger el despojo; lo que importa es tan sólo el rayo interior que nos hirió, nuestro contacto con ellos... y éste, como que también se lo llevan consigo”.

Este trazo indescifrable, con el que, en Petrópolis, intenté hace años marcar una impresión de la que se me escapaba el entorno animado, explicará las lagunas de este libro y muchas de sus páginas...

J.N.

San Sebastián (Guipúzcoa), 8 de abril de 1900.

I / COLEGIO Y ACADEMIA

NO ES NECESARIO remontar hasta el colegio, aunque allí, probablemente, se haya colocado en el subsuelo de mi razón la camada que le sirvió de cimiento; el fondo hereditario de mi liberalismo. En esa época (1864-1865) mi padre había concluido su paso por el campo conservador hacia el liberal, marcha inconscientemente empezada desde la Conciliación (1853-1857), consciente, pensada, desde el discurso que se llamó del *uti possidetis* (1862). En nuestra historia política fueron frecuentes las migraciones del lado liberal hacia el conservador. Los hombres de la Regencia, que entraron a la vida pública o que llegaron al poder representando la idea de la revolución, fueron con la madurez de los años restringiendo sus aspiraciones, aprovechando la experiencia, estrechándose en el círculo de las pequeñas ambiciones y en el deseo del simple perfeccionamiento relativo, que constituye el espíritu conservador. El senador Nabuco, sin embargo, fue quien inició, guió, arrastró un gran movimiento en sentido contrario, del campo conservador hacia el liberal, de la vieja experiencia hacia la nueva, de las reglas hieráticas de gobierno hacia las aspiraciones aún sin forma de la democracia. Será él quien encarnará en nuestra Historia —entre la antigua “oligarquía” y la República que debe salir de ella el día que la esclavitud se desmorone— el espíritu de la Reforma. Él es nuestro verdadero Lutero político, el fundador del libre-examen en el seno de los partidos, el reformador de la vieja iglesia *saquarema*, que, con los Torres, los Paulinos, los Eusebios, dominaban todo el país. Zacarías, Saraiva, Sinimbú, con sus grandes y pequeños satélites, incluso Olinda, en su órbita independiente, no hacen más que salirse por la tangente que él trazó con su iniciativa intelectual, la cual parece un fenómeno del mismo orden del profetismo y que, debido a eso, sólo le permitía tener en la política un papel casi imparcial: el de oráculo¹.

1. Los nombres aquí citados y en las páginas siguientes son, en general, de políticos que actuaron en el Segundo Reinado (1840-1889).

En el colegio yo todavía no comprendía nada de esto, pero sabía del liberalismo de mi padre, y en ese tiempo lo que él dijese o pensase era un dogma para mí: todavía no había sido invadido por el espíritu de rebeldía e independencia, por esa petulancia de la juventud que más tarde, en la Academia, me hará enfrentar, a veces, mi modo de pensar al de él, en lugar de asir religiosamente, como lo haría hoy, cada una de sus palabras.

Era natural que yo siguiese a los quince y dieciséis años la política de mi padre, incluso porque esa devoción era acompañada de un cierto placer, de una satisfacción de orgullo. Entre las sensaciones de la infancia que se me grabaron en el espíritu, me acuerdo del día en que, después de haber leído su *Jornal*, el inspector de nuestra clase me llamó a su mesa —era un viejo actor del teatro San Pedro, que vivía de los recuerdos de sus pequeños papeles y de su culto a João Caetano²— para decirme con gran misterio que mi padre había sido llamado a San Cristóbal para organizar el gabinete. Hijo del presidente del Consejo fue para mí una vibración de amor propio más fuerte de lo que hubiera sido, me lo imagino, la del primer premio que nuestro compañero Rodrigues Alves sacaba todos los años. Yo sentía caer sobre mí el reflejo del nombre paterno y me elevaba en ese rayo: era el comienzo de la ambición política que se me insinuaba. La atmósfera que yo respiraba en casa, desarrollaba naturalmente mis primeras fidelidades a la causa liberal. Recuerdo que en ese tiempo sentía fascinación por Pedro Luís, cuya oda a Polonia *Os voluntários da morte*, yo sabía de memoria. Después, la cuestión de los esclavos, en 1871, nos separó; más tarde nuestra camaradería en la Cámara nos volvió a unir. En casa yo veía mucho a Tavares Bastos, que me demostraba simpatía, todo el grupo político de la época; era para mí, como estudiante, un orgullo bajar y subir la calle del Ouvidor del brazo de Teófilo Otôni; un placer ir a conversar en el *Diário do Rio* con Saldanha Marinho y escuchar a Quintino Bocaiúva, que me parecía

2. João Caetano fue el primer actor famoso del teatro brasileño (1809-1863).

el joven Hércules de la prensa, y cuyo ataque contra Montezuma, a propósito de la capitulación de Uruguayana, me dio la primera idea de un polemista temerario.

En la situación en la que me fui para São Paulo a cursar el primer año de la Academia, yo no podía dejar de ser un estudiante liberal. Desde el primer año fundé un pequeño periódico para atacar el ministerio Zacarías. Mi padre, quien apoyaba ese ministerio, me escribía y me aconsejaba que estudiase, que dejase los periódicos y sobre todo mis actitudes políticas en las que se podía percibir, si no una inspiración, por lo menos una tolerancia de su parte. Sin embargo, yo cuidaba mucho mi *independencia de periodista*, mi *emancipación de espíritu*; quería sentirme libre, me sentía comprometido con mi *clase*, la académica, y así eludía, sin pensar desobedecer, el deseo de mi padre que, probablemente, no le daba mucha importancia a mi oposición al ministerio amigo. En ese tiempo las *Cartas de Erasmo*, que producían en el país un resurgimiento conservador, me parecían la obra maestra de la literatura política³.

Mis ideas eran, sin embargo, una mezcla y una confusión; había de todo en mi espíritu. Ávido de nuevas impresiones, estaba entablando los primeros contactos con los grandes autores, con los libros de prestigio, con las ideas libres; todo lo que era brillante, original, armonioso, me seducía y conquistaba por igual. Era el deslumbramiento de los continuos hallazgos, y el florecimiento del espíritu: todas sus ramas se cubrían espontáneamente de rosas efímeras.

Las *Palabras de un creyente* de Lamennais, la *Historia de los Girondinos* de Lamartine, *El mundo camina* de Pelletan, los *Mártires de la libertad* de Esquiros eran los cuatro Evangelios de nuestra generación, y el *Ahasvérus* de Quinet su Apocalipsis. Victor Hugo y Enrique Heine, según creo, eran los poetas favoritos. Yo, sin embargo, no tenía (ni tengo) sistematizado, ni siquiera unificado mi pro-

3. *Cartas de Erasmo* es una obra crítico-política de 1865, escrita por José de Alençar (1829-1877), político de intensa actividad, famoso principalmente como novelista.

pio lirismo. Leía de todo igualmente. El año de 1866 fue para mí el *año* de la Revolución Francesa; Lamartine, Thiers, Mignet, Louis Blanc, Quinet, Mirabeau, Vergniaud y los Girondinos, todo pasa sucesivamente por mi espíritu; la Convención está en él en sesión permanente. A pesar de eso, yo leía también a Donoso Cortez y Joseph de Maistre, e incluso escribí un pequeño ensayo, con la infalibilidad de los diecisiete años, sobre la infalibilidad del Papa.

Puedo decir que no tenía ninguna idea, porque la tenía todas. Cuando entré a la Academia, llevaba mi fe católica virgen; recordaré siempre el susto, el desprecio, la conmoción con que escuché por primera vez tratar a la Virgen María en tono libertino; no obstante al poco tiempo no me quedaba de aquella imagen sino el polvo dorado de la nostalgia... Al catolicismo solamente veinte y tantos años más tarde me sería posible volver por largos circuitos de los cuales un día, si Dios me da vida suficiente, trataré de reconstruir la complicada ruta. Basta con decir, mientras tanto, que la gran influencia literaria que experimenté en la vida, la embriaguez del espíritu más perfecta que podía sentir, el narcótico de un estilo de timbre sin igual en literatura alguna, mi *coup de foudre* intelectual, fue la influencia de Renan.

Políticamente el fondo liberal quedó intacto, sin mezclarse ni siquiera con el tradicionalismo. Sería difícil descubrir en todo mi pensamiento una huella de tendencia conservadora. Liberal, yo era de una sola pieza; mi peso, mi densidad democrática era máxima. En ese tiempo dominaba a la Academia, con la seducción de su palabra y de su figura, el segundo José Bonifácio. Los líderes de la Academia, Ferreira de Meneses, que, a pesar de graduado, seguía académico y jefe literario de la juventud, Castro Alves, el poeta republicano de *Gonzaga*, le bebían las palabras, se impregnaban de él en éxtasis⁴. Rui Barbosa era de esa generación; pero Rui Barbosa, hoy la más poderosa máquina cerebral de nuestro país, quien por el nú-

4. Castro Alves fue el poeta más popular del romanticismo, compañero de Nabuco en el tercer año de la Facultad de Derecho de São Paulo (1868).

mero de rotaciones y fuerza de vibración hace recordar los mecanismos que impulsan a través de las olas a los grandes transatlánticos, llevó veinte años para extraer de la mina de su talento, endurecer y sazonar, el acero admirable que es ahora su estilo.

Mis ideas, sin embargo, flotaban, en medio de las distintas atracciones de ese período, entre la Monarquía y la República, sin preferencia republicana, tal vez debido solamente al fondo hereditario de que ya hablé y de la fácil carrera política que todo me auguraba. Un libro seductor e interesante —es mi impresión de la época— el *19 de enero* de Emílio Ollivier, me había dejado en ese estado de titubeo y de indiferencia entre las dos formas de gobierno, y la *France nouvelle*, de Prévost-Paradol, que yo leí con verdadero placer, no consiguió, a pesar de todo su arrastre, fijar mi inclinación hacia el lado de la monarquía parlamentaria. Lo que me decidió fue la *Constitución inglesa* de Bagehot. A ese pequeño volumen, que tal vez hoy no es leído por nadie en nuestro país, le debo mi fijación monárquica inalterable: saqué de él, y la cambié a mi modo, toda la herramienta con la cual trabajé en la política, excluyendo solamente la obra sobre el abolicionismo, cuyo bagaje de ideas tuvo para mí otra procedencia.

II / BAGEHOT

NO SÉ A quien le debo la fortuna de haber conocido la obra de Bagehot, o si la encontré por casualidad entre las *novedades* de la librería Lailhacar, en Recife. Si supiera quién me puso en comunicación con ese gran pensador inglés, yo le agradecería las relaciones que tuve con él en 1869. En ese año hice amistad literaria íntima con Jules Sandeau; quien me lo presentó fue, recuerdo bien, el actual consejero Lafayette, de la antigua firma de la *Actualidad*, Farnese, Lafayette y Pedro Luís, quienes eran con Tavares Bastos, los directores de la juventud liberal. La *Actualidad* fue tal vez nuestro primer periódico de inspiración netamente republicana. La semilla que germinó después, en mi tiempo, fue toda esparcida por ella.

Antes de leer a Bagehot, yo había leído mucho sobre la *Constitución inglesa*. Teniendo delante de mí un cuaderno de 1869, donde copiaba las páginas que en mis lecturas más me herían la imaginación, método para educar el espíritu, para adquirir la forma del estilo, que yo recomendaría, si tuviese autoridad, a los que se destinan a escribir, porque es preciso hacer esta observación, nadie escribe nunca si no es con su período propio, a su medida, Renan diría a su euritmia, de los veintiún años. Más tarde en la madurez lo que se hace es tomar solamente lo mejor de lo que se produce, desechar lo demás, cortar las porciones débiles, los propósitos, todo lo que desafina o sobra; la cadencia del período, la forma de la frase, seguirá siempre la misma. El período de Lafayette o de Ferreira Viana, de Quintino o de Machado de Assis, es hoy, con los cambios de la edad, que son inevitables en todo, igual a cuando ellos empezaron. Es evidente que yo no incluyo en los comienzos de un escritor las tentativas que cada uno hace hasta llegar a su forma propia; lo que digo es que el compás se fija muy temprano, y de un solo golpe, como la fisonomía. En ese libro de mis lecturas de 1869, cuarto año de la Academia, me encuentro

en el índice, con mucha *Esclavitud* y mucho *Cristianismo*, mucha *Elocuencia inglesa*, mucho Fox y Pitt.

En ese tiempo, la Cámara de los Comunes tenía ya para mí el prestigio de la primera Asamblea del mundo, mas la realeza inglesa era aún la de los cuatro Jorges, principalmente la de Jorge III, la *bête noire* de Martinho Campos, mientras que la Cámara de los Lores, con todo su cortejo de antiguallas de los Tudor, era para mi liberalismo, americanizado por Laboulaye, bajo el disfraz de carnaval histórico, una odiosa procesión aristocrática en pleno mundo moderno. De los dos gobiernos, el inglés y el norteamericano, este último me parecía más libre, más popular. Por distintos motivos, la monarquía constitucional, democratizada por instituciones radicales, sería para Brasil un gobierno preferible a la República, inclusive por el hecho de que ya existía; sin embargo, en tesis, entre esa Monarquía y la República, la superioridad, si la hubiese, estaba del lado de ésta. La *France Nouvelle* —su última parte fue verdaderamente profética— con toda su preferencia razonada por la monarquía constitucional, me dejó, como dije, suspendido, porque todo su delicado aparato tenía como pieza principal, o por lo menos como pieza de perfeccionamiento, la *disolución regia*, derecho propio del monarca, y exactamente esa especie de disolución era para nuestra escuela la manivela del gobierno personal.

La *Constitución inglesa* de Bagehot es el libro de un pensador político, no de un historiador, como tampoco de un jurista. Quien lee la masa inextricable de hechos que contiene, por ejemplo, la *Historia constitucional* del Dr. Stubbs, o uno de esos rápidos panoramas de una época completa, que de repente Freeman nos revela en una de sus páginas, no encuentra en Bagehot nada, históricamente hablando, que no parezca, por decirlo de algún modo, de segunda mano. Sin embargo, lo que ni Freeman, ni Stubbs, ni Gneist, ni Erskine May, ni Green, ni Macaulay consiguieron darnos tan perfectamente como Bagehot, de hecho un laico en historia y política, un simple aficionado, fue el secreto, los resortes ocultos de la Constitución.

Freeman había mostrado en su pequeño libro *El crecimiento de la Constitución inglesa* que esa Constitución *nunca se hizo*; que *nunca en las grandes luchas políticas de Inglaterra la voz de la nación reclamó nuevas leyes, sino el mejor cumplimiento de las leyes existentes*; que *la vida, el alma de la ley inglesa fue siempre lo precedente*; que las medidas para fortalecer a la corona ampliaron los derechos del pueblo y viceversa. Todo él está lleno de ideas sugestivas que iluminan, para el espíritu, un gran campo de visión. De repente se encuentra casi una paradoja, de esas que confunden las ideas morales en nombre de la experiencia histórica. San Luis, dirá él, con sus virtudes y prestigio, allanó el camino para el despotismo de sus sucesores. ¿No será idéntico el resultado del reinado de Pedro II?

“Para conquistar la libertad como una herencia perpetua, hay épocas en que se necesita más de los vicios de los reyes que de sus virtudes. La tiranía de nuestros señores Angevinos despertó la libertad inglesa de su tumba momentánea. Si Ricardo, Juan y Enrique hubiesen sido reyes como Alfredo y San Luis, el báculo de Esteban Langton, la espada de Roberto Fitzwalter, nunca habrían brillado en la cabeza de los Barones y del pueblo de Inglaterra”.

Bagehot no posee intuiciones retrospectivas, de esas vistas generales; lo que tiene, es la comprensión, la adivinanza del mecanismo que ve funcionar. Tomando a la *Constitución inglesa* como si fuese un reloj de catedral, otros sabrán mejor la historia de ese reloj, cómo se construyó, las alteraciones por las cuales pasó, las veces que estuvo parado, o explicarán el simbolismo de las figuras que él pone en movimiento, cuando su poderoso martillo repica las horas del día; él, empero, conoce mejor el mecanismo actual, que simplifica, explicándolo.

Bagehot, se puede ver, era un espíritu de afinidades y simpatías casi republicanas, como Grote, Stuart Mill, John Morley, y todo el radicalismo positivista inglés. Banquero de nacimiento, es un ejemplo más de esta singular atracción hacia los estudios especulativos o de política pura, que a veces se notó en la alta finanza inglesa,

como el propio Grote, Mr. Goschen, o Gladstone. Su genio era de esos que renuevan todos los asuntos que tratan. No sé si me equivoco, pero creo que la *Constitución inglesa* es una esfinge, de la cual fue él quien descifró el enigma.

Las ideas que le debo a Bagehot son pocas, sin embargo son todas ellas, por así decir, claves de sistemas y conceptos políticos, de verdaderos estados del espíritu moderno. Fue él, por ejemplo, quien me dio la idea de lo que él llamó *gobierno de gabinete*, en tanto alma de la moderna *Constitución inglesa*. “En el gobierno de gabinete el poder legislativo escoge al ejecutivo, especie de comisión, encargada de lo que se refiere a la parte práctica de los negocios y así los dos poderes se armonizan, porque el poder legislativo puede cambiar su comisión, si no está satisfecho o si prefiere otra. Y, sin embargo —tal es la delicadeza del mecanismo— el poder ejecutivo no queda absorbido al punto de obedecer servilmente, pues tiene el derecho de hacer comparecer la legislatura ante los electores, para que éstos le compongan una Cámara más favorable a sus ideas”.

Esa es la primera idea, o grupo de ideas, que debí a Bagehot: el gobierno de gabinete, o gabinete comisión de la Cámara, o gabinete salido de la Cámara, con el derecho de disolver la Cámara, *disolución ministerial* (no solamente la Corona, ni la Corona con un gabinete contrario a la Cámara): todo, en suma, que después de aquel pequeño libro se volvió uno de tantos lugares comunes, pero que él fue el primero en revelar, y establecer.

Él es quien destruye los dos modos clásicos de explicar la Constitución inglesa: el primero, que el sistema inglés consiste en la separación de los tres poderes; el segundo, que consiste en el equilibrio de ellos. Su idea es que los dos poderes, el ejecutivo y el legislativo, se unen por un lazo que es el gabinete y que, de hecho, de ese modo sólo existe un poder, que es la Cámara de los Comunes, de la cual el gabinete es la *principal* comisión. “El sistema inglés, dice él, no consiste en la absorción del poder ejecutivo por el legislativo; consiste en la fusión

de ellos”. El rival de ese sistema es lo que él llamó sistema presidencial. Esas designaciones son hoy empleadas por todos, pero son todas de él. “La cualidad distintiva del gobierno presidencial es la independencia mutua del legislativo y del ejecutivo, mientras que la fusión y la combinación de esos poderes sirve de principio al gobierno de gabinete”.

Cada una de sus palabras, al comparar los dos sistemas de gobierno, merecen ser sopesadas. Al resumir esas páginas, yo contribuyo, ciertamente, más con la educación de los jóvenes políticos, llamo su atención sobre los problemas más delicados, que si les diese mis ideas.

Comparemos primero, dice él, esos dos gobiernos en tiempos de calma. En una época civilizada, las necesidades de la administración exigen que se hagan constantemente nuevas leyes. Uno de los principales objetos de la legislación es el lanzamiento de los impuestos. Los gastos de un gobierno civilizado varían sin cesar y deben variar, si el gobierno cumple con su deber... Si las personas encargadas de prever todas esas necesidades de la administración no son las que hacen las leyes, habrá antagonismos entre ellas y las otras. Los que deben fijar la importancia de los impuestos entrarán seguramente en conflicto con los que reclaman su lanzamiento. Habrá parálisis en la acción del poder ejecutivo, por la falta de leyes necesarias, y error en la legislatura por falta de responsabilidad: el ejecutivo ya no es más digno de ese nombre, desde que no puede ejecutar lo que decide; la legislatura, por su lado, se desmoraliza por su propia independencia, la cual le permite tomar ciertas decisiones capaces de neutralizar las del poder rival.

¿Quién será el responsable del desorden financiero que resulte de esa falta de comprensión entre ejecutivo y legislativo y de esa fabricación de presupuestos sin el gobierno, que es el principal interesado en la perfección de la ley de medios? ¿A quién se puede responsabilizar o alejar de la gestión de los negocios públicos? “No hay nadie a quien censurar sino a una legislatura, reunión numerosa de distintas personas, a las cuales es difícil pe-

nar y que están dotadas, ellas mismas, del derecho de pensar”. En Inglaterra, el sistema es distinto. En un momento grave, el gabinete puede recurrir a la disolución; en América, es preciso esperar con paciencia, para resolver cualquier conflicto de opinión entre el ejecutivo y el legislativo, que expire el plazo de uno de ellos. Hasta entonces ellos se enfrentan implacablemente, como dos partidos rivales.

Supongamos que no hay motivo posible de conflicto:

“Los gobiernos de gabinete son los educadores de los pueblos, los gobiernos presidenciales no lo son; por el contrario, pueden corromperlos. Se dice que Inglaterra inventó esta fórmula: *la oposición de Su Majestad*; que, primero, entre todos los Estados, ella reconoció que el derecho de criticar a la administración, es un derecho tan necesario en la organización política como la propia administración. Esa oposición que se encarga de la crítica acompaña necesariamente al gobierno de gabinete. ¡Qué magnífico teatro para los debates, qué maravillosa escuela de instrucción popular y controversia política ofrece a todos una asamblea legislativa! Un discurso pronunciado ahí por un estadista eminente, un movimiento de partido producido por una gran combinación política, he ahí uno de los mejores medios conocidos hasta hoy para despertar, animar e instruir a un pueblo... Los viajeros que, en América, recorrieron los estados del Norte, es decir, el gran país donde se muestra por excelencia el gobierno presidencial, observaron que la nación no tiene un gusto pronunciado por la política y que no se encuentra una opinión trabajada con todo el acabado y toda la perfección que se nota en Inglaterra... En un gobierno presidencial, el pueblo no puede tener su cuota de influencia sino en el momento de las elecciones... Nada excita a tal pueblo a formar para sí una opinión o una educación, como lo haría bajo un gobierno de gabinete. Sin duda su legislatura es un teatro para los debates, pero esos debates no son más que prólogos a los que no siguen obras; no traen ningún desenlace, porque no se puede cambiar la administración; al no estar el poder a disposición de la

legislatura, nadie le presta atención a los debates legislativos. El ejecutivo, ese gran centro del poder y de los empleos, queda inquebrantable. No se le puede cambiar. El modo de la enseñanza que, por la educación de nuestro espíritu público, prepara nuestras resoluciones y esclarece nuestros juicios, no existe bajo este sistema. Un país presidencial no necesita formarse cada día opiniones estudiadas y no tiene ningún medio para formarlas”.

Lo mismo acontece con la acción de la prensa, que tampoco puede desplazar a la administración. En Inglaterra, el *Times* ha hecho muchos ministerios; nada semejante podría pasar en América... Nadie se preocupa por los debates del Congreso, ellos no aportan ningún resultado, y nadie lee los largos artículos de fondo, porque no tienen influencia sobre los acontecimientos.

Pero no es sólo el poder legislativo el que es débil por esa división, lo es también el ejecutivo.

“En Inglaterra, un gabinete sólido obtiene el concurso de la legislatura en todos los actos que tienen por finalidad facilitar la acción administrativa; él es, por decirlo así, él mismo, la legislatura. Sin embargo un presidente puede ser perturbado por el poder legislativo y lo es casi inevitablemente. La tendencia natural de los miembros de toda la legislatura es la de imponer su personalidad. Ellos quieren satisfacer una ambición loable o censurable; quieren, sobre todo dejar vestigios de su actividad propia en los asuntos públicos”.

Además del debilitamiento causado por ese antagonismo del legislativo, el sistema presidencial debilita al poder ejecutivo, *disminuyéndole su valor intrínseco*. “Los hombres de Estado entre quienes la nación tiene el derecho de escoger bajo el gobierno presidencial son de cualidad muy inferior a los que le ofrece el gobierno de gabinete, y el cuerpo electoral encargado de escoger la administración es también mucho menos perspicaz”.

Todas esas ventajas, sin embargo, son aún máspreciadas en tiempos difíciles, que en tiempos tranquilos:

“Una opinión pública bien formada, una legislatura que infunda respeto, hábil y disciplinada, un ejecutivo

convenientemente escogido, un parlamento y una administración que no se estorban recíprocamente, sino que cooperan juntos, son ventajas cuya importancia es más considerable cuando se está involucrado en grandes cuestiones, que cuando se trata de negocios insignificantes; mayor, cuando se tiene mucho que hacer, que en un trabajo fácil. Agreguemos, además, que el gobierno parlamentario, donde hay un gabinete, posee un mérito particularmente útil en los tiempos tormentosos: el de tener a su disposición una reserva de poder lista para operar, cuando circunstancias extremas así lo exijan...

En un gobierno presidencial, nada semejante es posible. El gobierno americano se jacta de ser el gobierno del pueblo soberano; pero, cuando aparece una crisis súbita, circunstancia en la cual el uso de la soberanía se hace sobre todo necesario, no se sabe dónde encontrar el pueblo soberano. Hay un Congreso electo por un período fijo, que puede ser dividido en fracciones determinadas del cual no se puede apresurar ni retrasar la duración: hay un presidente escogido también por un lapso de tiempo fijo e inamovible; todos los arreglos están previstos de modo determinado. No hay, en todo eso, nada de elástico; todo, por el contrario, es rigurosamente especificado y datado. Pase lo que pase, no se puede precipitar, ni postergar. Es un gobierno encomendado de antemano, y convenga o no, marche bien o mal, llene o no las condiciones deseadas, la ley obliga a conservarlo”.

En tiempo de guerra o de relaciones diplomáticas complicadas, es cuando se ve a toda luz el defecto de este sistema. Ese sistema, dice Bagehot, se puede resumir en una palabra: *gobernar por lo desconocido*.

“Nadie en América tenía la menor idea de lo que podía ser Mr. Lincoln, ni de lo que él podría hacer. En un gobierno de gabinete, en cambio, los principales hombres de Estado son familiarmente conocidos por todos, no sólo por sus nombres sino también por sus ideas. Nosotros ni siquiera imaginamos que se pueda confiar el ejercicio de la soberanía a un desconocido”.

Debo otras ideas a Bagehot. Antes de leerlo yo tenía el prejuicio democrático contra el carácter heredita-

rio, el principio dinástico y la influencia aristocrática. Fue ese *demócrata* quien me hizo comprender cómo lo que él llamó las partes *imponentes* de la *Constitución inglesa*, “las que producen y conservan el respeto de las poblaciones”, son tan importantes como las *eficientes*, “las que dan a la obra el movimiento y la dirección”. Frases como éstas se graban en el pensamiento: “Una segunda y rarísima condición del gobierno efectivo es la *calma* del espíritu nacional, es decir, esa disposición de espíritu que permite traspasar, sin perder el equilibrio, todas las agitaciones necesarias que las peripecias de los acontecimientos encierran. Nunca en un estado de barbarie o de una civilización a medias un pueblo posee esa cualidad. La masa de personas sin instrucción en Inglaterra no podría oír hoy tranquilamente estas simples palabras: *vayan a escoger a su gobierno*; semejante idea les perturbaría la razón y les haría recelar un peligro quimérico. La *ventaja incalculable* (el *itálico* es mío) *de las instituciones imponentes en un país libre es que ellas impiden esa catástrofe. Si el nombramiento de los gobernantes se hace sin conmoción, es gracias a la existencia aparente de un gobierno no sujeto a la elección.* Las clases pobres e ignorantes imaginan ser gobernadas por una reina hereditaria y que gobierna por la gracia de Dios, cuando en realidad son gobernadas por un gabinete y un Parlamento compuesto por hombres escogidos por ellas mismas y que salen de sus filas”.

Así, la pompa, la majestad, el aparato todo de la realeza era para mí parte de los artificios necesarios para gobernar y satisfacer la imaginación de las masas, cualquiera que fuese la cultura de la sociedad; la realeza pasaba naturalmente a la clase de las instituciones a las cuales Herbert Spencer llamó *ceremoniales*, como los trofeos, los regalos, las visitas, las prostraciones, los títulos, etc. “Nada más pueril en apariencia que el entusiasmo de los ingleses por el matrimonio del príncipe de Gales. Sin embargo, ningún sentimiento está más en armonía con la naturaleza humana. Las mujeres, que componen por lo menos la mitad de la raza humana, se preocupan cien

veces más por un casamiento que por un ministerio”. Y además: “Mientras la especie humana tenga mucho corazón y poca razón, la realeza será un gobierno fuerte, porque armoniza con los sentimientos diseminados por todas partes, y la república un gobierno débil, porque se dirige a la razón”.

La idea principal que recibí de Bagehot fue la de la superioridad práctica del gobierno de gabinete inglés sobre el sistema presidencial americano: por otra parte, que una monarquía secular, de orígenes feudales, rodeada por tradiciones y formas aristocráticas, como la inglesa, podía ser un gobierno más directo e inmediatamente del pueblo que la República. “Una vez que el pueblo americano ha escogido su presidente, ya no puede hacer más nada, y lo mismo se da con el colegio electoral que le sirvió de intermediario”. La Cámara de los Comunes, sin embargo, hace y deshace el gabinete, de modo que el gobierno está siempre en manos de la representación nacional. Si hay un desacuerdo entre ellos, en que el ministerio suponga tener de su lado a la opinión, disuelve la Cámara, y, dentro de algunos días, la nación se pronuncia. Comparados los dos gobiernos, el norteamericano se me parece a un reloj que marca las horas de la opinión, el inglés, un reloj que marca hasta los segundos.

III / EN LA REFORMA (1871-1873)

SALÍ DE LA Academia, habiendo vencido el prejuicio que hace reluctante a ciertos espíritus la forma monárquica, es decir, el prejuicio contra la no-elección del jefe del Estado. Yo veía claramente en esa no elegibilidad el secreto de la superioridad del mecanismo monárquico sobre el republicano, condenado a interrupciones periódicas, que para determinados países son revoluciones ciertas. Para no salir de la relojería, la República era, para mí, un reloj al cual era necesario renovar el resorte al final de poco tiempo; la monarquía, un reloj por así decir perpetuo. No fue poca esta adquisición, que le debí a Bagehot; sin ella, sin tener un concepto de la monarquía parlamentaria que me hiciese aceptarla como un aparato más sensible a la opinión, más rápido y más delicado en atrapar los matices huidizos, guardando al mismo tiempo inalterable la tradición del gobierno y la aspiración permanente del destino nacional, yo hubiera sido arrastrado irresistiblemente hacia el movimiento republicano que empezaba. Aún así, no fue luego, de una sola vez, que llegué a dominar mis fascinaciones.

En 1871 estaba en el poder el ministerio Rio Branco. En esos tres años 71, 72 y 73 escribí en la *Reforma*, artículos políticos. Otras cosas, sin embargo, me ocupaban entonces más que la política. Incluso, la vida, la sociedad, el mundo, las letras, el arte, la filosofía, tenían para mí mayor encanto que aquella. Desde muy joven había una preocupación en mi espíritu que al mismo tiempo me atraía hacia la política y en cierto sentido era una especie de amuleto contra ella: la esclavitud. Puedo decir que desde 1868 todo en nuestro país lo vi a través de este prisma. En las tres defensas de jurado que hice en la Academia –mi amigo Alberto de Carvalho se reirá– logré tres condenas perpetuas. Eran todos crímenes de esclavos, o imputados a los mismos –debo hoy ser coherente con lo que probablemente dije en el juicio. En mi quinto año en

Recife escribí un libro que aún guardo, una especie de *Perdigão Malheiro* inédito sobre la esclavitud entre nosotros⁵. Yo traducía documentos del *Anti-Slavery Reporter* para mi padre que, de 1868 hasta 1871, fue quien más influyó para hacer madurar la idea de la emancipación, formulada en 1866 en el proyecto de ley por São Vicente (Pimenta Bueno). La iniciativa, el deseo de que la cuestión fuese llevada al Parlamento, estoy convencido, partió del Emperador, quien no descansó mientras no lo consiguió, la primera vez de Zacarías, la segunda de Rio Branco. Ya en una oportunidad dije que poseo el autógrafo, con su letra, de la carta de respuesta a los abolicionistas franceses, carta que fue el punto de partida de todo. Yo tenía el mayor interés en la actitud de mi padre en ese aspecto; deseaba para él la gloria de ser por lo menos el Sumner brasileño. Me acuerdo del placer que sentí cuando en 1869, me refirió que se había puesto de acuerdo con Sales Tôrres Homem para mover la idea en el Senado, y que Sales estaba escribiendo sobre la esclavitud un diálogo al estilo de Platón.

Dije, hace poco, que no me había sido fácil desprenderme de mi atracción por todo lo que era democracia ultra. El Emperador estaba en 1871 por emprender su primer viaje a Europa. Un artículo que escribí entonces en la *Reforma*, con el título “Viaje del Emperador”, da una idea de cuán pequeño era, en ese tiempo, mi ángulo de inclinación monárquica. Es un artículo de juventud, no hay en él sino juventud, sin embargo el trazo individual que tiene todo escritor ya está fijado, no cambiará —no sólo no cambiará, sino que veinte años después, cuando yo piense en volver a la forma literaria, al escribir, es a la medida de mi fase de los veintiún años que he de retornar. Ese artículo es *casi* republicano. Mis nuevas ideas inglesas no eran aún dueñas de la casa, no tenían fuerza para eclipsar las proyecciones, en parte fantásticas, que en ese tiempo, con su linterna mágica, Laboulaye acaba-

5. Perdigão Malheiros fue el autor de *A escravidão no Brasil: ensaio jurídico-social* (*La esclavitud en Brasil: ensayo jurídico-social*) en 3 volúmenes, editado en 1866-1867. Indispensable para el tema.

ba de hacer del mundo americano. Por eso yo aconsejaba al Emperador que, en lugar de ir a la *vieja* Europa, fuese a la *joven* América:

“Sobre todo él comprendería una cosa: al ver los Estados Unidos al frente del progreso industrial y moral, comprendería que los reyes pueden ser una hipótesis, un lujo, una superfetación. Al ver una sociedad ampliamente liberal y libre, gobernándose sin rey, comprendería que, en ciertas épocas, los pueblos pueden dispensar cualquier tutela. Al ver a la familia honrada y respetada” —me refería a la pureza del hogar y al respeto de los americanos hacia la mujer— “como una religión; al ver la religión constituida en el lazo moral de las almas y la trituración de los cultos llegando casi al número de los individuos sin producir otro efecto que el de una tolerancia más grande y una mayor fraternidad, al ver a la civilización creciendo” —en tierra virgen—, “como un árbol de enormes raíces y de gran sombra; al ver a la vanguardia del progreso ocupada por una república” —¿no merecía yo un primer premio Laboulaye?— “el emperador perdería el culto monárquico en que comulgan los reyes. Al ver, por otro lado, a ese poder que pasa de un soldado a un leñador, a un sastre, siempre lo mismo, íntegro y perfecto, él, guardando el amor de la familia, que crecería, porque ya no era una dinastía, perdería el culto a lo hereditario”.

Ése era mi lenguaje de los veintiún años; en él se encuentra un mínimo de monarquismo y un máximo de republicanismo, lo que produce esta preferencia por una monarquía sin su carácter hereditario, sin ceremonial, sin veneración, toda ella a nivel común, como la magistratura popular de la Casa Blanca. Fue sólo gradualmente que la influencia del sistema monárquico va creciendo y prevaleciendo sobre ese radicalismo espontáneo, ese igualitarismo inflexible. A los veintiún años yo ciertamente no habría comprendido esta máxima política de mi padre en el Senado: “La utilidad relativa de las leyes es preferible a la utilidad absoluta”; lo relativo no existía para mí.

Durante esos años el partido liberal hace del ministerio Rio Branco lo que le viene en gana. Seguramente,

la opinión liberal tuvo mucho más poder sobre aquel ministerio que sobre el ministerio Sinimbué o cualquier otro de su propio partido —excepto el ministerio Dantas, porque en éste el presidente del Consejo era susceptible a la más pequeña censura del liberalismo. La verdad es que el ministerio Rio Branco fue un ministerio reformista como, desde el gabinete Paraná, no se había visto otro y no se vería ninguno después. El gobierno tenía el prurito de las reformas, tal vez no por inclinación propia, sino para desarmar a la oposición liberal. En dos puntos, solamente, se mostró conservador, a la moda antigua: en su prevención contra la elección directa, que probablemente era también la opinión del Emperador, y en relación al equilibrio del Plata. En su política externa mantuvo firme la tradición conservadora, es decir, la política tradicional de antes de la Triple Alianza, y lo más probable es que la política liberal de la alianza, continuando, después de la guerra, en los tratados de paz, hubiese creado una situación en el Plata muy diversa de la situación estable y pacífica que resultó de ese cambio de actitud de los conservadores. Por lo demás fue un ministerio innovador como el partido liberal no hubiera dado igual. El escenario de las reformas era suministrado por los liberales; todo era de patrón liberal, mas el maestro conservador entallaba en él con una destreza de tijera que haría llorar en el poder a toda la sastrería contraria. En la cuestión religiosa, principalmente, la actitud de Rio Branco sólo se podría llamar conservadora por ser Pombalina, ultra-regalista. El partido liberal, en lugar de exultar, se decía robado, pleiteaba sus patentes de invención, sus marcas de fábrica.

En ese tiempo y durante algunos años, el radicalismo me arrastra; yo soy, por ejemplo, de los que toman parte más activa en la campaña masónica de 1873 contra los obispos y contra la Iglesia. Incluso entro en las ideas de Feijó, por una Iglesia nacional e independiente de la disciplina romana; dicto conferencias, escribo artículos, publico folletos. No quisiera aún hoy retirar una sola palabra de lo que dije en aquel entonces, al abogar por la libertad religiosa más perfecta; entiendo aún, hoy más que

nunca, después de la espléndida experiencia del pontificado de León XIII, que la Iglesia tiene mucho que ganar con la libertad y el futuro del mundo puede pertenecer a la alianza, sellada ya en el actual pontificado, de la Iglesia Católica con la democracia. No es con León XIII que el liberalismo será más sospechoso, y probablemente este pontificado no será un *accidente feliz*, sino un punto de partida definitivo, la fecha de una nueva era en la historia del Catolicismo. A lo que tengo que renunciar, a favor de las polillas que los consumirán, es a todo lo que en esos opúsculos escribí con ánimo de antagonismo a la religión, con la más soberbia incompreensión de su papel y de la necesidad, superior a cualquier otra, de aumentar su influencia, su acción normativa, reparadora, en todo caso consoladora, en nuestra vida pública y en nuestras costumbres nacionales, en el fondo transmisible de la sociedad. Sin embargo, en aquel tiempo cómo hubiera yo acogido una manifestación como ésta –cada vez más verdadera, mas de la cual sólo hoy siento la profundidad y el alcance– del senador Nabuco, en 1860, en el Senado: “Hay dos necesidades, a mi modo de ver, muy importantes en la situación moral de nuestro país: –*la primera* es la difusión del principio religioso en el interés de la familia y de la sociedad...”. Puedo decir, hablando la nueva jerga científica, que yo no tenía entonces nada de estático, era todo dinámico.

Un gabinete conservador que se encarga de realizar reformas liberales produce, forzosamente, en el campo liberal, una gran confusión. Para quien, como yo, comenzaba su vida política automática en la prensa y en el club del partido, la política del ministerio poco importaba, el blanco continuaba siendo el mismo; no obstante, instintivamente, por la voz de la sangre, en lugar de discutir con el gobierno conservador que hacía las reformas liberales, yo prefería discutir con la fracción que se había separado de nuestro partido para formar el partido republicano. Ya, en ese tiempo, la cuestión de la forma de gobierno empezaba a dominar en mí sobre todas las otras; yo sólo exceptuaría la de los esclavos, pero la ley del 28

de septiembre estaba votada y a ella había seguido una especie de tregua, dada a la esclavitud. Entonces emprendo en la *Reforma* un combate contra la *República*, desde el punto de vista monárquico. Si en 1871, yo podía pretender, como dije, el premio americano Laboulaye, en 1873, mi año de fijación monárquica, yo concursaría para el premio inglés Bagehot, con esos artículos publicados también de la *Reforma*. El párrafo que sigue es suficiente para mostrar, comparado al del *Viaje del Emperador*, el cambio que yo había sufrido en dos años:

“Es preciso realmente estar ilusionado, o por las palabras o por los símbolos, para llamar tirano al rey del sistema parlamentario. Incluso no se puede comparar un Lincoln con una Victoria: el presidente americano gobierna, administra, tiene a su disposición miles de empleos públicos, es el jefe de su partido, tiene toda responsabilidad del gobierno y una iniciativa poderosa; puede ser un Washington o, si se quiere, un Johnson. El soberano inglés no tiene poder alguno; el Parlamento le indica al ministro que él debe llamar, no pudiendo llamar a otro; ese ministro impuesto se vuelve jefe del Estado, presenta las leyes a las cuales el soberano no puede negar la sanción, y disuelve la cámara si ella le retira la confianza; y mientras el ministro *gobierna*, el rey solamente *reina*. ¿No tendrá ese *tirano* inglés mucho menos poder que el *primer magistrado* americano?”.

De esas ideas yo no debía salir pero, como se verá, no son como las de 1871, producto del entusiasmo de la pasión; pertenecen a esas formas del espíritu que no dejan a la inteligencia tomar otra forma; tienen para ésta la transparencia, la claridad de la evidencia, como si fuesen, y realmente lo son, los primeros teoremas de geometría política.

IV / ATRACCIÓN DEL MUNDO

EN ESOS años de juventud a los cuales me estoy refiriendo la política era ciertamente para mí una fuerte excitación; en cualquier escenario del mundo el lance político me interesaba, me asía, me agitaba: por eso mismo, yo no era, nunca fui, lo que se dice, verdaderamente un político, un espíritu capaz de vivir en la pequeña política y de dar ahí lo que se tiene de mejor. En mi vida viví mucho de la Política, con P mayúscula, es decir, de la política que es historia, y vivo aún hoy, es cierto que mucho menos. Pero, para la política propiamente dicha, que es la local, la del país, la de los partidos, tengo esa doble incapacidad: no sólo un mundo de cosas me parece superior a ella, sino que mi curiosidad, mi interés, van siempre hacia el punto donde la acción del drama contemporáneo universal es más complicada o más intensa.

Soy más un espectador de mi siglo que de mi país; la obra es para mí la civilización, y se está representando en todos los teatros de la humanidad, ligados hoy por el telégrafo. Un afecto más grande, un interés más cercano, una unión más íntima, hace que la escena, cuando sucede en Brasil, tenga para mí importancia especial, pero esto no se confunde con la pura emoción intelectual; es un placer o un dolor, por así decir doméstico, que interesa al corazón; no es un gran espectáculo, que prende y domina la inteligencia. El abolicionismo en Brasil me interesa más que todos los otros hechos o series de hechos de los cuales fui contemporáneo; la expulsión del Emperador me conmovió más profundamente que todas las caídas de tronos o catástrofes nacionales que acompañé de lejos; finalmente, no experimenté ninguna sensación tan llena, tan prolongada, tan viva, durante meses ininterrumpidos, como durante la última rebelión, cuando se oía el cañón de la guerra civil en el mar y el silencio aún peor en tierra. No obstante, en todo esto, hay muy poca política; en estos tres cuadros, por ejemplo, la política se

detiene; lo que hay es el drama humano universal de lo cual hablé, transportado a nuestra tierra. No se podría decir esto de la lucha de los partidos, ni de lo que, exclusivamente, es considerado *política* por los profesionales. Esta es una absorción como la de cualquier hábito, circunscribe la curiosidad a un campo visual restringido: es una especie de oclusión de párpados. Ese goce especial del político en la lucha de los partidos no lo conocí; busqué en la política el lado moral, la imaginé una especie de caballería moderna, la caballería andante de los principios y de las reformas; tuve en ella emociones de tribuna, a veces de popularidad, pero no pasé de ahí: del umbral; nunca el oficialismo me tentó, nunca su voluptuosidad me fue revelada; nunca renuncié a la imaginación, a la curiosidad, al diletantismo, para hacer siquiera los primeros votos de obediencia; sólo de muy lejos vi el velo jacinto y púrpura del *Sanctum Sanctorum* —tan de lejos, que me pareció un viejo repostero verde y amarillo— detrás del cual el presidente del Consejo contemplaba solo, cara a cara, la majestad del poder moderador.

Con esto quiero decir que mi ambición política fue toda de orden puramente intelectual, como la de orador, de poeta, de escritor, de reformador. No hay, evidentemente, ambición más alta que la de los estadistas, y yo no pensaría en reducir los hombres eminentes que merecen ese nombre en nuestra política al papel de políticos de profesión; sin embargo para ser un hombre de gobierno es indispensable fijar límites, encerrar la imaginación en las cosas del país y ser capaz de compartir, si no las pasiones, ciertamente los prejuicios de los partidos, tener con ellos la más perfecta comunión de vida, *individuae vitae consuetudinem*. Así, cuando yo tuviese, que no tuve, las cualidades necesarias, estaría impedido para la política por la incomprensibilidad de mi interés humano. Políticamente, temo haber nacido cosmopolita. No me sería posible reducir mis facultades al servicio de una religión local, renunciar a la cualidad que ellas tienen de girar espontáneamente hacia afuera.

Así, por ejemplo, de esos años de mi vida a los cuales hago referencia: en 1870, mi mayor interés no está

en la política de Brasil, está en Sedán. Al comienzo de 1871, no está en la formación del gabinete Rio Branco, está en el incendio de París. En 1871, durante meses, está en la lucha por la emancipación –¿pero no será también Brasil en ese año el punto de la tierra hacia donde señala el dedo de Dios? En 1872, lo que me ocupa el espíritu es el centenario de los *Lusiadas*; estoy imprimiendo un libro sobre Camões, y a quien trabaja en un libro, aunque su valor literario sea nulo, como lo mostró Teófilo Braga, no le sobra mucha atención o interés para lo que acontece a su alrededor. 1873 es mi año, como lo dije, de fijación monárquica, pero además –lo que muestra que la razón madura por partes– es el año en que me lanzo contra la Iglesia con el furor iconoclasta de la juventud, creyendo decir cosas nuevas, jamás escuchadas por ella en diecinueve siglos de lucha, pensando que ella va a gemir bajo los golpes de las terribles hipérboles que le arrojo en panfletos y artículos de la *Reforma: iteocracia, invasión ultramontana, conquista jesuita!*... A pesar de eso, el año 1873 es en mi registro el año de mi primer viaje a Europa, hecho de metamorfosis personal, que en mi vida es el paso de la oruga a mariposa.

Ya no puedo –si feliz o infelizmente, es una cuestión que me llevaría muy lejos dilucidar– no puedo sentir ya lo que sentía a los veinticuatro años, cuando por primera vez viajé en vapor, hoy preferiría ir en vela, para Europa. Como he visto a León XIII cargado en la *sedia gestatoria* y tuve la fortuna de hablar largamente a solas con un Papa, creo que no haría otro viaje para conocer a ningún gran personaje, excepto, tal vez, el Emperador de China. Ya que no vi a un rey moro en Granada, la paso bien sin haber visto a Abdul-Hamid en el Bósforo. Incluso tal vez no me contentaría conocer al Emperador de China por la imagen que de él me darían si yo les viese, dos *rising men* de la alta diplomacia europea, de quienes soy amigo, que tuvieron la ocasión de penetrar en el recinto inviolable y estudiar la infantil figura del Incognoscible bajo las tribulaciones de la guerra japonesa. Lo que me interesa en él, evidentemente, no es el trono de coji-

nes de seda, su vocero, sus pipas, sus perfumadores, sus collares; es la originalidad que le envuelve, maravillosa, como lo sobrenatural, es la psicología acumulada de siglos.

En 1873, sin embargo, mi ambición por conocer hombres célebres de todo orden no tenía límites; yo los hubiera ido a buscar al fin del mundo. Lo mismo con los lugares. Lo que yo quería era contemplar todas las *vistas* del globo, todo lo que hubiera arrancado un grito de admiración a un viajero inteligente. En esa cualidad de máquina fotográfica solamente sentía no poseer el don de la ubicuidad. Esta fiebre itinerante se me pasó también. Puedo leer, sin peligro, cualquier nueva geografía, el Elisée Reclus completo pero solamente una buena página de Pausanias o de Estrabón con sus nombres antiguos puede aún perturbarme. Los más preciados libros de mi biblioteca íntima son mis Baedekers; ahí están marcados diversos lugares con una señal, y, si pudiese, tomaría aún, para visitarlos, el boleto (hoy no se dice el bastón) del peregrino; sin embargo son solamente los lugares a los que está asociada —hace años yo hubiera dicho una impresión de mi vida— una de las grandes impresiones de la humanidad, una de sus revelaciones en el arte, o en la religión.

Lo que en materia de viajes, de paisajes me tentaría hoy —¿quién sabe si no es pura compensación de un atavismo lejano? mi abuelo materno, que se trasladó en 1530 para Pernambuco y ahí fundó el Morgado del Cabo, João Pais Barreto, era de Viana el sería, tal vez, el Lima, si yo tuviese la seguridad de tener frente a él la misma impresión de los soldados romanos que llamaron a sus márgenes Campos Elíseos y le dieron el bello nombre de Letes. La verdad es que cada día siento más fuerte el ahogo de la cuna; cada vez soy más siervo de la gleba brasileña, por esa ley singular del corazón que prende el hombre a la patria con tanta o más fuerza cuanto más infeliz es ella y cuanto más grandes son los riesgos e incertidumbres que él mismo enfrenta.

Sin embargo, en ese tiempo, en mí era antes de Cristo, en pleno politeísmo de la juventud, el mundo

entero me atraía por igual; cada nueva fascinación del arte, de la naturaleza, de la literatura y, también, de la política, era más fuerte; yo quería conocer las celebridades de todos los partidos. Después del Papa, la más noble figura de Europa era para mí el conde de Chambord, quien venía de rechazar la Corona de Francia para no repudiar la bandera blanca; un Enrique V que bien poco se parecía a Enrique IV y, sin embargo, yo contaba como una buena fortuna la noche que pasé en el salón de monsieur Thiers*.

El viaje a Europa en tales condiciones no podía dejar de ser para mí, como lo fue, el eterno impulso dado al péndulo imaginativo. Por el sentimiento, la gratitud, el empleo de la vida, creo haber sido, en mi plano inferior, una de las más consistentes figuras de nuestra política; creo incluso que pasaré por ella como un hombre de una sola idea, *persona unius dramatis*, pues mi fidelidad monárquica puede ser considerada como la de André Rebouças, como un último compromiso, una gratitud, un episodio de la liberación de los esclavos. Sin embargo, en cuanto a las afinidades espontáneas, las simpatías naturales, el movimiento interior del espíritu, difícilmente se encontrará un péndulo que describa un rayo de oscilación más ancho que mi imaginación y mi curiosidad. ¿Cómo es un hombre político tan aficionado, viajero, a quien todo atrae igualmente, que admira las grandes construcciones sociales, cualquiera que sea el sistema de arquitectura, convencido de que en todos hay el mismo espíritu, porque el espíritu *creador* es uno solo?

* En lo que se refiere a esa visita, he aquí la nota que hallé en mi diario de 1874.

“10 de enero. Anoche fui con Itajubá (nuestro árbitro en Ginebra) a casa de monsieur Thiers, Hotel Bagration, Faubourg Saint Honoré. Presentado a monsieur Thiers, a madame Thiers, a mademoiselle Dosne. Presentado a Jules Simon. Itinerario que éste me dio: ver Pierrefonds, Coucy, Rheims, Tarascon, Arles y la Grande Chartreuse. Hablé con monsieur Thiers sobre Brasil. *Opinión de él sobre la desigualdad de la raza negra, que hay el derecho no de esclavizarla sino de forzarla al trabajo, como Holanda hace con los javaneses*”.
(Nota del Autor.)

Nosotros, brasileños –lo mismo se puede decir de los otros pueblos americanos– pertenecemos a América por el sedimento nuevo, ondulante, de nuestro espíritu, y a Europa, por sus capas estratificadas. Desde que tenemos la más pequeña cultura, empieza el predominio de éstas sobre aquél. Nuestra imaginación no puede dejar de ser europea, es decir, de ser *humana*; ella no se detiene en la *Primera Misa en Brasil*, para continuar de ahí recomponiendo las tradiciones de los salvajes que guarnecían nuestras playas en el momento del descubrimiento; sigue por todas las civilizaciones de la humanidad, como la de los europeos, con quienes tenemos el mismo fondo común de lengua, religión, arte, derecho y poesía, los mismos siglos de civilización acumulada, y, por tanto, desde que exista un rayo de cultura, la misma imaginación histórica.

Estamos así condenados a la más terrible de las inestabilidades, y esto es lo que explica el porqué tantos suramericanos prefieren vivir en Europa... No son los placeres del *rastacuerismo*, como se bautizó en París la vida elegante de los millonarios de Sudamérica; la explicación es más delicada y más profunda: es la atracción de afinidades olvidadas, pero no borradas, que están en todos nosotros, de nuestro común origen europeo. La inestabilidad a que me refiero proviene de que en América le falta al paisaje, a la vida, al horizonte, a la arquitectura, a todo lo que nos rodea, el fondo histórico, la perspectiva humana; y que en Europa nos falta la patria, es decir, el molde en que cada uno de nosotros fue vaciado al nacer. De un lado del mar se siente la ausencia del mundo; del otro, la ausencia del país. El sentimiento en nosotros es brasileño, la imaginación es europea. Los paisajes todos del Nuevo Mundo, la selva amazónica o las pampas argentinas, no valen para mí un trecho de la Vía Appia, una curva de la estrada de Salerno a Amalfi, un pedazo del muelle del Sena bajo la sombra del viejo Louvre. En medio del lujo de los teatros, de la moda, de la política, somos siempre *squatters*, como si estuviésemos aún derribando la selva virgen.

Yo sé muy bien, para no salir de Rio de Janeiro, que no hay nada más encantador a la *vista* que –escoger al azar

sería imposible— los parques de San Clemente, el camino que bordea el acueducto de Paineiras hacia Tijuca, la punta de San Juan, con el Pan de Azúcar, divisada desde Flamengo al caer el sol. Sin embargo todo esto es aún, por decirlo de algún modo, un trecho del planeta del que la humanidad no tomó posesión; es como el Paraíso Terrestre antes de las primeras lágrimas del hombre, una especie de jardín infantil. No pretendo decir que existan dos humanidades, la alta y la baja, y que nosotros seamos de esta última; tal vez la humanidad se renueve un día por sus ramas americanas; pero, en el siglo en que vivimos, el *espíritu humano*, que es uno solo y terriblemente centralista, está del otro lado del Atlántico; el Nuevo Mundo para todo lo que significa imaginación estética o historia es una verdadera soledad, donde aquel espíritu se siente tan lejos de sus reminiscencias, de sus asociaciones de ideas, como si todo el pasado de la raza humana se le hubiese borrado del recuerdo y él tuviese que balbucear de nuevo, deletrear otra vez, como niño, todo lo que aprendió bajo el cielo de Atica...

En un soberbio libro español, que hace honor a la Sociedad de Jesús, *Pequeñeces*, novela de un padre jesuita, que es un gran autor, L. Coloma, hay un personaje que dice a cada instante: *¿Usted me entiende?* Todos nosotros tenemos algún conocido que recalca sus frases con ese fastidioso *¿entiende?* que los nervios del marqués de Paraná no podían soportar. El *¿entiende?* del individuo que quiere obligar al oyente a no perder nada de lo que él dice, es muy distinto a la fórmula habitual con la cual el imbécil marqués de Villamelon expresaba lo que no tenía la fuerza de pensar. Hay también puntos, ideas, modos de sentir que el escritor desearía expresar por otro *¿Usted me entiende?* levantando solamente la punta del velo a su pensamiento, haciendo una vaga alusión al mismo, sin precisar nada, de hecho, sin decir nada. Cada uno de nosotros es sólo un rayo estético que hay en el interior de su pensamiento, y, mientras no se conoce la naturaleza de ese rayo, no se tiene idea de lo que el hombre realmente es. En esta confesión de mi formación políti-

ca, debo, para no dejar ver solamente la máscara, el personaje, dar una especie de fotografía de los símbolos que se imprimieron y reprodujeron más profundamente en mi cerebro. Así se reconocerá que la política no fue sino una refracción de aquel hilito luminoso que todos tenemos en el espíritu.

La inestabilidad a la cual me estoy refiriendo está grandemente modificada; la dualidad desapareció en parte, no tan perfectamente como en mi amigo Taunay... Éste, a pesar de su sangre de cruzado, a pesar de haber escrito su libro clásico en francés, y a pesar de su brillante propaganda contra el nativismo, es el más genuino *nativista* que yo conozco, porque no comprende ni siquiera la vida en otra tierra, en otra naturaleza. Brasileño de una sola pieza es aquel que no puede vivir sino en Brasil. En la juventud fui un errático, como el propio Emperador lo fue en la vejez... Cuando, sin embargo, entre la patria, que es el sentimiento, y el mundo, que es el pensamiento, vi que la imaginación podía romper el estrecho molde donde se cocinaban al sol tropical mis pequeños bocetos de almas, *¿Ustedes me entienden?*, dejé que se fueran a Europa, la historia, el arte, guardando de lo que es universal solamente la religión y las letras.

V / MI PRIMER VIAJE A EUROPA

DE DISTINTAS maneras mi primer viaje a Europa influyó en debilitar las tendencias republicanas que yo pudiese haber tenido, y fortaleció las monárquicas. Ante todo, el republicanismo francés, que era y es el nuestro, tiene un fermento de odio, una predisposición igualitaria que lógicamente lleva a la demagogia –su figura más prominente es Danton, el hombre del Septembrazo– mientras que el liberalismo, aunque radical, no sólo es compatible con la monarquía, sino que parece aliarse con el temperamento aristocrático. Si fuera necesario personificar al liberalismo, se le podría llamar Lafayettismo, por haber sido La Fayette el principal representante de los *gentilhommes libéraux* de 1789. Este estrecho republicanismo, que roza en los días de crisis con la demagogia, y, exasperado por el peligro o excitado por la posesión repentina, imprevisible, del poder, llega a la epidemia sanguinaria del Terror, es un hecho, se podría decir, de reclusión mental: se da solamente cuando el espíritu se encierra en algún sistema filosófico o fanatismo religioso, en una doctrina o en una previsión social cualquiera, y ahí se aísla completamente del mundo exterior. La intolerancia es, o era, lo que caracterizaba al agresivo republicanismo francés, y la intolerancia es una fobia de la libertad y del mundo; es un fenómeno de retracción intelectual, que produce la hipertrofia ingenua de la personalidad.

Es probable que existiera también en mí el embrión republicano; no dudo que, si hubiese nacido bajo otra condición, si mi padre no estuviese en la más alta jerarquía de la política, si no hubiese descubierto, como muchos otros que se rebelaron, el modo de vencer el terrible *multi sunt vocati, pauci vero electi* de la antigua *oligarquía*, yo también hubiese acompañado el movimiento republicano de 1870, integrado por algunos de los espíritus que me fascinaban. Sin embargo, de haber sido así, estoy seguro que más adelante el movimiento aboli-

cionista me habría segregado de él, y el 13 de mayo me identificaría con la suerte de la monarquía libertadora. Si, a pesar de todo, yo me hubiese conservado republicano hasta el 15 de noviembre —sin importar la condición de mi nacimiento, y me conservase como soy, es decir, que hubiese recibido en la cuna los mismos rudimentos del alma— no me cabe la menor duda de que la conmoción, el choque por el destierro del Emperador habría concluido con mi fantasía republicana y restablecido la sinceridad y la lucidez de mis sentidos políticos. De todos modos, el viaje de 1873 destruyó en el germen toda y cualquier inclinación republicana, todo indicio de fanatismo que yo pudiese conservar en el secreto de mi naturaleza.

Este viaje no duró mucho tiempo; fue apenas de un año. La situación de espíritu que creó tenía ya antecedentes en mis relaciones con la pequeña rueda en que vivía entonces el cuerpo diplomático en Petrópolis y en la corte, en la convivencia con ministros y secretarios extranjeros, algunos de ellos hoy ministros, e incluso embajadores. La situación de espíritu *cosmopolita* o, mejor *mundana* se caracteriza por la comprensión de soluciones opuestas para los mismos problemas sociales, por la tolerancia de todas las opiniones, por la familiaridad por igual con correligionarios y adversarios, por la idea, en resumen, de que por encima de los partidos está *la buena sociedad*. Ese modo de ser, en política, no es necesariamente ecléctico, ni, menos aún, escéptico; es tan sólo incompatible con el fanatismo, es decir, con la intolerancia, cualquiera que ella sea. El viaje para Europa significó un gran cambio que consolidó la tendencia antisistemática en la cual yo me encontraba, amortiguando en mí el predominio de la fuerza política hasta 1879, cuando entro por primera vez al Parlamento; sin embargo, aún en el Parlamento, después de un año de mi inicio, cuando las emociones de la tribuna me hicieron sentir el calor y el interés de la lucha de los partidos, desde 1880 hasta 1889, cuando se cerró definitivamente para mí aquella carrera, puedo decir que el efecto de mi cambio de la política partidista de 1873 continuó, porque todo el tiem-

po que estuve en la Cámara me acogí bajo una bandera más ancha y me situé en un terreno políticamente neutral, como lo era el de la emancipación de los esclavos.

Ese viaje, que imprimió en mi evolución política su carácter definitivo, como dije anteriormente, duró poco tiempo. Saliendo en agosto de 1873, regreso a Rio de Janeiro en septiembre de 1874. Permanezco en Europa menos de un año la primera vez; de esos once meses, más o menos, paso cinco en París, tres en Italia, un mes en el lago de Ginebra, un mes en Londres, un mes en Fontainebleau. La razón de este mes en Ouchy y de ese mes en Fontainebleau es que, al viajar, siempre que un lugar me habla, yo me dejo llevar por él y se me olvida continuar. Es por eso que, más tarde, al pretender quedarme en el Niágara el tiempo indispensable para ver las cataratas, me quedo veinte y tantos días, sin poder apartarme de aquel espectáculo hasta no haberlo absorbido completamente.

El mes en Ouchy significa, sin hablar de Lausana, que los primeros paseos a pie, a la orilla del lago, por un lado en dirección a Coppet, por el otro, hacia Clarens, las visitas a Ginebra con la romería obligada a Ferney, me situaban en el teatro literario, quizás el más interesante de la Europa moderna, después de Weimar, porque Clarens es el escenario de la *Nueva Heloísa* y está lleno de la elocuencia de Rousseau; Ferney, el de los últimos años de Voltaire; Coppet, el de la realeza de Corina con su corte venida de París, de Alemania, de Italia, no olvidando a lord Byron. No obstante, más que todo eso, en esa franja de tierra que liga intelectualmente el siglo XVIII al siglo XIX, lo que me hubiera prendido eternamente a Ouchy, si yo dispusiese de algunas eternidades en esta vida, es el lago, su corte, su recuadro.

El mes en Fontainebleau tiene otra explicación: no es el castillo ni el bosque solamente lo que me ataja; es que regreso de Inglaterra, habiendo por primera vez hablado inglés con todo el mundo, fascinado por Londres, tocado por un principio de anglomanía, que fue la enfermedad de la sociedad en Francia, y, por tanto, incluso eso, acusa la

construcción *francesa* de mi espíritu, y Fontainebleau, con el sosiego de sus jardines simétricos, la frescura de sus aguas y de sus sombras, la tranquilidad de su silencio, era el más admirable retiro que yo hubiera podido desear en ese mes de mi vida, que puedo llamar el mes de Thackeray. Fue ese el claustro ideal en que, encerrado con *Vanity Fair*, *Pendennis*, *The Newcomes*, no sé qué más, sin diccionarios, adivinando lo que no podía traducir, comprendiendo todo, agoté en mí mismo, hasta las lágrimas, la impresión del gran novelista inglés —lo que después hice con George Eliot y Trollope, pero que nunca lo hice, siento decirlo, con Dickens, ni con Sir Walter Scott.

Ciertamente, en minutos puede abrirse y cerrarse delante de nuestros ojos un espectáculo que no olvidaremos jamás. Durante meses recorrí Italia y las grandes capitales antiguas solamente, siento también decirlo; no hice ni siquiera la romería de arte por Umbría; estuve dos horas frente a los monumentos de la vieja Pisa, que inspiraron a Taine su página más elocuente: ¿cómo olvidar, sin embargo, esa revelación impercedera? Keats no dijo todo con su verso:

A thing of beauty is a joy for ever?

No solamente lo que es verdaderamente bello es “esa alegría”, de la cual él habla, “para siempre”, un rayo interior que se incorpora a la vida para no apagarse jamás, cualesquiera que sean las tempestades de ella, como también una sola *thing of beauty*, un único fragmento de la verdadera belleza, basta para iluminar la existencia humana entera. Ningún hombre habrá comprendido bien dos grandes obras de arte: la columna griega y la ojiva gótica, un Miguel Ángel y un Piero della Francesca, como tampoco dos vistas diferentes de la naturaleza: el océano y los lagos de montaña; los paisajes de nieve y los cielos de Oriente. Sin embargo, en ningún caso, se puede sentir una obra de arte de *paso*, es decir, sin que ella produzca en nosotros una vibración proporcional al esfuerzo, a la sensación del creador cuando la compuso.

¿Cómo en minutos puede penetrar en nosotros la impresión del artista, que llevó años para realizar su

pensamiento, y murió aun agitado por él? Yo *miré*, por ejemplo, hacia la catedral de Reims, con Rodolfo Dantas, en un día que le *robamos* a París, lenguaje del *boulevard*; pasé para ver la catedral de Amiens; *robé* otro día a París para hacer la vuelta a la catedral de Ruán; fui a Estrasburgo para ver el gran *Münster* de Erwin von Steinbach; con Artur de Carvalho Moreira, uno de los más finos espíritus de nuestra generación académica, hice una vez la *tournée* de los castillos históricos del Loira: Chenonceaux, Amboise, Blois, Chambord. ¡Sólo algunas horas para todo esto! ¡Para Francisco I, Diana de Poitiers, el Renacimiento francés! Más tarde, por no querer apresurarme así, no lo hice con el mismo compañero, quien dio años de su vida intelectual exclusivamente a los *Goethekenner*, la visita a las ciudades de Goethe: Frankfort, Leipzig –Estrasburgo, la vi, pero sin pensar en Federica–, Wetzlar y Weimar. Por todas partes, puedo decir, pasé, como pasé en 1892, por Coimbra, Alcobaza, Mafra, Batalla, sin dejar ni siquiera a las impresiones el tiempo de grabarse en mi espíritu. ¡Una hora para la catedral de Reims! sólo no fue un ultraje, una ofensa a aquella divina fachada, porque allá estuve en verdadera humillación, y no lancé miradas críticas a su sublime portal, a toda su incomparable leyenda, como el *gamin* le lanza piedras. ¡Una hora en Amiens! En ese *Partenón de la arquitectura gótica*, como le llamó Viollet-le-Duc, y llevando en la mano la *Biblia de Amiens* de John Ruskin, quien llega a envidiar al humilde guardia, cuya función es la de sacar el polvo a las esculturas de madera, italladas como nunca lo fueron otras!

De pasada se pueden ver muchas cosas, pero no se tiene la revelación de nada. La primera condición para que el espíritu reciba la impresión de una gran creación, sea ella de Dios, o sea de la época –nada es puramente individual– es el reposo, la ocasión, la pasividad, la supresión del pensamiento propio; dar a la forma divina el tiempo necesario para reflejarse en nosotros, dejándonos comprenderla y admirarla, revelándonos de donde proviene el pensamiento original.

De todos esos lugares de Suiza o de Italia, de Fontainebleau, de París, de Londres, no traigo sino impresio-

nes de arte, impresiones literarias, impresiones de vida; el gran efecto que produjo en mí ese viaje fue el de borrar la política; suspender durante un año, completamente, la facultad política que, una vez suspendida, parada, está rota y no vuelve a ser el resorte principal del espíritu. Sin embargo, yo no podía estar en Francia, en una época de cambios, como fue esa de 1873-1874, y, a veces, en contacto con hombres políticos, ni penetrar a la sociedad inglesa, sin que la gran política europea ejerciera una influencia positiva sobre mi espíritu, además del cambio que se había operado negativamente, como ya dije, debido a mi alejamiento de nuestro escenario local y debido a la sensación del arte. A pesar de todo, yo tenía afinidades políticas imborrables, que podrían, cuando mucho, permanecer secundarias, subordinadas a la atracción puramente intelectual. De ese cambio *positivo* hablaré ahora.

VI / FRANCIA DE 1873-1874

LA ÉPOCA en que por primera vez tenía a París como prisión domiciliaria, era históricamente tan interesante que un espíritu sujeto como el mío a fuertes tentaciones políticas no podría dejar de voltearse hacia el espectáculo de los acontecimientos, a pesar de mis deslumbramientos artísticos y literarios. Sin embargo es comprensible que la atracción contraria a la política fuese aún más poderosa, por la novedad, por el esplendor de sus revelaciones continuas, que el propio drama contemporáneo. En Rio de Janeiro o en São Paulo, quien se alimenta de política, cuando la sensación de un gran acontecimiento se posesiona de él, no encuentra a su alrededor nada que la corrija o le sirva de contrapeso; felizmente, los hechos raras veces son *grandes*. Sin embargo, para un joven brasileño, que llega por primera vez a París, es casi imposible imaginar un acontecimiento que le haga indiferente a lo maravilloso que le sorprende a cada paso, o sensación política que no se haya amortiguado, dominada, por la sensación del arte.

Realmente, la lucha entre el duque de Broglie y *monsieur* Thiers, el teatro del palacio de Versalles convertido en Asamblea Nacional, El Trianon brindando sus salas para el consejo de guerra de Bazaine, me atraían, y fui uno de los más ansiosos espectadores que asistieron en esa época a los debates de aquella Asamblea, o que participaron en la emoción de aquel gran proceso militar, a pesar de todo poco generoso.

Nunca he de olvidar las frías mañanas de noviembre en las que mi querido amigo José Caetano de Andrade Pinto, después consejero de Estado, y yo cruzábamos en carro abierto las alamedas de Versalles para llegar a nuestros asientos en la propia tribuna del mariscal Bazaine, detrás de él, casi los únicos que, tal vez por el hecho de ser extranjeros teníamos el valor de seguir desde aquella localidad los interrogatorios, la acusación y la defensa.

En el último momento, cuando se mandó a cerrar la tribuna particular del mariscal, pasamos al *prétoire*. ¡Qué emoción la nuestra cuando el duque d'Aumale, de pie, como todo el Consejo, que formaba un semicírculo en torno a él, la cinta roja de la Legión de Honor pasada sobre el gran uniforme, el sombrero de plumas en la cabeza como en un campo de batalla, en la mano una gran hoja de papel sobre la cual se proyectaba el reflector de una lámpara sostenida por detrás de él por un imponente bulto de *huissier*, con la solemnidad de quien después de un exilio de veinticinco años se presentaba otra vez frente a Francia, leyó los tres *Oui, à l'unanimité*, que silbaron por toda la sala como las balas de un pelotón!

También he de recordar siempre la sesión de la Asamblea Nacional en la cual se votó el "Septenato" de Mac-Mahon como medida provisional, dilatoria, entre la restauración, temporalmente imposibilitada por causa de la bandera blanca, y la República, que no querían proclamar. Si en esos siete años hubiese muerto el conde de Chambord, *regnante* todavía el duque de Magenta, ¡quién sabe si el conde de París no reuniría los votos de los *Chevaulégers* y de la alta finanza de la Centro Izquierda! Aseguro a quien me lee que, después de un discurso pronunciado por el duque de Broglie, con su acento nasal, su perfección académica, su manera y sus ademanes *ancien régime*, ver subir a la tribuna al viejo Dufaure y de improviso, sin frases cadenciosas, sin períodos engastados unos en otros como un mosaico literario, tomar entre sus manos el discurso del nieto de madame de Staël, amasarlo, darle las formas que quería, hasta que nadie más pudiera reconocerlo; asistir un duelo de esos, de la elegancia contra la elocuencia, es un placer que no se olvida jamás. ¡Y no oí a Berryer! Allí en Versalles, yo encontraba aún los restos de la gran generación de parlamentarios que empezó en la Restauración y que trajo a sus tradiciones, a su escuela de oratoria, para las cámaras de Luis Felipe. Todo esto, huelga decirlo, me interesaba en lo más íntimo de mí, intelectualmente hablando, pero un sencillo vistazo sobre cualquier página de mi diario en esa

época basta para mostrar cómo mi interés se dividía y mi espíritu era solicitado en direcciones contrarias por sensaciones casi del mismo valor...

Así, por ejemplo (el *italico* es para mostrar las oposiciones repentinas): “19 de noviembre: La sesión del Septenato (en la cual se votó la prórroga de los poderes del Mariscal). - 21 de noviembre: Comienzo a ir al proceso Bazaine. - 22 de noviembre: *Visita Ernest Renan*. - 2 de enero (1874): Chateauroux. - 3 de enero: Por la mañana. Route de la Châtre. Bosques de álamos sacudidos por el viento. En Nohant a las once. Me esperaban desde la víspera, tenían un aposento para mí. Maurice Sand, la mujer hija de Calamatta. Me dan almuerzo. Al mediodía viene George Sand. Conversamos hasta las 3. Me pidió para que me quedara algún tiempo en Nohant. Hablamos de Renan, de la *Gioconda*, del teatro, de Bressant, del Emperador, que ella no vio. - 4 de enero: Orléans. Catedral. Casas de Juana de Arco, Agnès Sorel, Diana de Poitiers. *Noticia de la caída de Castelar...* - 3 de enero: Fuimos al *château* de Chambord. Escalinata de piedra ‘à double rampe’. Los FF y las Salamandras de Francisco I. El *Bourgeois Gentilhomme*, 1670. *Souvent femme varie*. *Château* de Blois. Cuarto de Enrique II. Escalera exterior espiral. Renacimiento francés. - 10 de enero: *Visita a monsieur Thiers*”.

Tal vez el día en que vieron por primera vez a la *Venus* de Milo o a la *Gioconda* haya sido para muchos indiferente, sin embargo, ellos anotaron sus más pequeñas impresiones políticas. Yo, en cambio, ni siquiera podía recordar que era un político delante del mármol de los mármoles o del colorido que se desvanece y de un trazo que se borra de Leonardo. En la propia política yo me encontraba dividido por la más positiva dualidad posible. Por el sentimiento, el temperamento, la razón, yo era un partidario de Thiers tan exaltado como cualquier republicano francés; por la imaginación histórica y estética era, sin embargo, legitimista; es decir, ante el artista imperfecto e incompleto que hay en mí, la figura del conde de Chambord reducía la de Thiers a proporciones

moralmente insignificantes. Cuando en un mismo hombre hay un lírico y un político, la leyenda tiene para él una proyección dos veces superior a la de la historia.

En ese espacio de tiempo a que hago referencia, la República era aún cuestionada en Francia; Thiers había sido obligado a dimitir, y su substitución, para sorpresa de él, había recaído en su general en jefe, quien disponía, absolutamente, del Ejército, el mariscal de Mac-Mahon. La reconciliación del Conde de París con el jefe de la casa de Francia se había efectuado en Frohsdorf, el 5 de agosto; los caballos para la entrada solemne del rey a París estaban siendo negociados cuando el ministro reculó, sintiéndose sin fuerza para imponer a los soldados la bandera blanca. La Restauración, se puede decir, había abortado; pero, de un momento a otro, Enrique V se podía inspirar en el precedente de Enrique IV y aceptar la bandera de la Revolución. Hace poco el general du Barail, que era ministro de guerra del duque de Broglie, confesó que, si el conde de Chambord *hubiese querido*, no sería el Septenato sino la monarquía la que hubiese sido proclamada.

“El Mariscal, escribe él, estaba convencido de que el príncipe había cedido a una consideración patriótica; al recelo de atraer sobre su país la animosidad e incluso las armas de Alemania”. El testimonio reciente del duque de Broglie y del embajador en Berlín, el conde de Gontaut-Biron, indican que el conde de Chambord vio que la Restauración sería la guerra con Alemania y quiso evitar a Francia una segunda y peor mutilación. ¿Quién sabe, según esas revelaciones diplomáticas, si no fue ése el motivo secreto superior de Thiers para abandonar la monarquía?

Quien vio al viejo estadista empeñarse en la consolidación de la República con todo su prestigio y su poder de persuasión, desde que levantara a Francia de los campos de batalla donde yacía herida y retirara del poder la Comuna de París aún en llamas, puede pensar que no se da toda esa dedicación a una causa que no se haya íntimamente tomado a pecho. La verdad es que, si Thiers hubiese empleado en restaurar la monarquía la mitad del esfuerzo y del trabajo que empleó para consolidar la

República, la realeza probablemente habría sido proclamada, tal vez aun en Burdeos. Durante mucho tiempo él se mantuvo como el fiel de la balanza entre los partidos. No se puede leer sin emoción sus discursos de 1871, cuando se ve entre los dos lados de la Asamblea e inventa distinciones para impedir que ellos se traten como enemigos frente al invasor extranjero, todas ellas distinciones sutiles, como entre *constituir* y *reorganizar*, entre *renunciar* y *reservar* el poder constituyente.

Como político yo era francamente thierista, es decir, en Francia, de hecho republicano. Sin embargo, esto no significa que me sintiese republicano por principio; por el contrario. La Tercera República en Francia fue fundada por monarquistas; fue una transición de estadistas monárquicos, como Thiers, Dufaure, Rémusat, León Say, Casimir Périer, Waddington, y toda la Centro Izquierda.

“Suenan como una paradoja, escribió con admirable lucidez, uno de los hábiles redactores de la *Quarterly Review* en 1890, pero no es por eso menos exacto, que la principal barrera frente a una restauración monárquica en Francia sea el creciente conservadurismo que fue siempre inherente al carácter francés en medio de todas las ebulliciones del sentimiento excitado. El pueblo sabe que un cambio en la forma de gobierno solamente se podría efectuar a través de una revolución o como el resultado de una guerra, y retrocede ante la perspectiva de una y otra eventualidad, prefiriendo aceptar el presente estado de cosas, aun cuando éste no le despierte el entusiasmo”.

Ese espíritu conservador de Francia, enemigo de los cambios bruscos, aunque sean para mejorar, es bien caracterizado por esta anécdota, como la contó hace años un corresponsal del *Times*. Durante las barricadas de junio, cuando se escuchaba el cañón en las calles de París, enviaron una compañía para defender al Ministerio del Exterior. El oficial al mando, de espada desenvainada, entró a la Secretaría, pero se detuvo en la puerta de una de las salas, viendo que los empleados seguían tranquilamente en sus mesas de trabajo, como si nada pasara. Al verle, el director se levanta con un montón de papeles, lis-

tos para la firma del ministro, se acerca a él e, inclinándose, le pregunta con la mayor deferencia y naturalidad: “¿Es el nuevo gobierno a quien tengo el honor de dirigirme?”.

Ése era el conservadurismo que por órgano, principalmente de Thiers, fundaba entonces la Tercera República; lo mismo que aún no había dejado que el espíritu de la burguesía liberal se divorciara de ella —espíritu al que se le puede llamar *Centre Gauche*— y ningún analista negará que la quintaesencia de ese conservadurismo sea monárquica, más sinceramente monárquica que el espíritu de la *fronde* de las *coteries* restauradoras.

Esa primera gran escuela extranjera, en la cual aprendí, no me podía hacer republicano de sentimiento, como no hizo republicano de sentimiento a ninguno de sus fundadores, como no hizo ni hace republicanos a los liberales y conservadores ingleses, o a las cabezas coronadas de Europa, que, sin mala voluntad hacia Francia, prefieren la República a la realeza o al Imperio; como no hace republicano al Papa, que protege poderosamente al actual sistema francés. El gran efecto que tuvo sobre mí la actitud de Thiers y de los parlamentarios de la Monarquía de julio fue darme una gran prueba experimental de que la forma de gobierno no es una cuestión teórica, sino práctica, relativa, de tiempo y de situación, lo que en relación a Brasil era un poderoso aliento para mi predilección monárquica. El gran efecto era éste: destruir el germen republicano latente, el germen de intolerancia y de fanatismo. Y ese fue el gran servicio de Thiers a la Francia moderna: acabar con el antiguo monopolio jacobino sobre la idea republicana.

El mismo escritor de la *Quarterly* es quien finamente observa: “Aunque, por un lado, el genuino sentimiento realista esté casi extinguido, por el otro, el sentimiento republicano se enfrió también a su vez. La nueva generación es republicana en el sentido de que no cree en la posibilidad de una restauración monárquica; el ardiente republicanismo de los viejos doctrinarios, ese, sin embargo, está casi tan muerto como la defensa del derecho divino de los reyes”. Ese cambio, que hoy está concluido,

empezó en 1871, y fue el resultado de la adhesión, no fue conversión, de la Centro Izquierda a la situación republicana creada para Francia en Europa por la derrota de Sedán. Ese doble e igual enfriamiento del realismo y del republicanismo, se puede decir que forma la atmósfera natural del liberalismo contemporáneo y de la cultura política moderna, y, así como en Francia él era útil a la República, debía en Brasil ser útil a la Monarquía. Fue ésta la gran influencia política, que experimenté durante mi estada en Francia de 1873-1874. Me cabe ahora precisar la influencia rival que sufrí, y a la que llamaré influencia literaria, gracias a la cual regresé de Europa considerablemente menos político que como había partido.

VII / ERNEST RENAN

DESDE LA Academia la literatura y la política alternaron entre sí, ocupando mi curiosidad y gobernando mis ambiciones. En los primeros años la política tuvo preponderancia; con el viaje a Europa en 1873 ésta pasó a la literatura, y ese mi período literario, iniciado entonces va a durar hasta 1879, cuando entro a la Cámara...

Yo había leído mucho y de todo en la época en que me sentía más político que hombre de letras. En filosofía había asimilado un poco de Spinoza, Plotino, Kant y Hegel; la nota más sonora y más sostenida de cada uno de ellos vibra igual en mi espíritu todavía hoy que siento la grandeza de la filosofía católica y coloco a Santo Tomás de Aquino entre Aristóteles y Platón. En religión, yo estaba bajo la influencia de Strauss, Renan, Havet y formaba, también yo, con los fragmentos de todos ellos mi leyenda personal de Jesús. Por el espíritu, puedo decir que habité largos años, de la playa de Flamengo, las orillas solitarias y silenciosas del lago de Genesaret. En crítica literaria, me hallaba todo imbuido en Sainte-Beuve, Taine, Scherer, aunque de este último, de quien hablaré, no tanto como después que le conocí. En poesía, había pasado de Lamartine a Victor Hugo, a Musset, como debía pasar de Musset a Shelley, de Shelley a Goethe, escala donde me detuve, pero en lo que no espero morir, porque tengo frente a mí a Dante..., lo que no significa que no tenga en los oídos la resonancia de las grandes rimas nuevas de Banville, y no admire el cincelado de los fuertes relieves de José María Heredia. En prosa, Chateaubriand y Renan dividían el Imperio con Cicerón, cuyas cartas son tal vez el libro mundano que llevaría conmigo si tuviera que quedarme encerrado en una isla desierta. La frase, la elocuencia, el retrato y el escenario histórico de Macaulay fue también una influencia permanente que se imprimió en mi espíritu; hoy tendría que añadir a Mommsen, Curtius, Ranke, Taine, Burckhardt. En cuanto a la nove-

la, la cual es la imaginación que abraza y modela la vida, yo me había quedado bajo la impresión de Jules Sandeau; vivía a la sombra de sus castillos antiguos reconstruidos por la moderna burguesía, entre dos sociedades, la vieja y la nueva, que él quería fundir por el amor, y más que la poesía del alma de Sandeau, que fue muy grande y que un día deberá volver a Francia, era para mí indefinible la impresión, aristocrática y femenina al mismo tiempo, de los últimos encantadores estudios de Cousin sobre la sociedad del siglo XVII.

Todo esto configuraba el fondo de mi espíritu, el *humus* de mi inteligencia, cuando empezó la fase literaria, cuando sentí un impulso interior irresistible de entrar a la literatura. El período anterior era de receptividad, de siembra, de asimilaciones; la impresión, el placer más grande era el de leer; ahora venía la necesidad de producir, de crear, y se daba un hecho singular, resultado de esos años de lecturas francesas: yo leía muy poco portugués, todavía no empezaba a leer el inglés y desaprendía el alemán de *María Stuart* y de *Wallenstein*, con verdadero dolor para mi viejo maestro Goldschmidt. El resultado fue que me sentí solicitado, llevado por la espontaneidad propia del pensamiento, a escribir en francés.

Un brillante frecuentador de la *Revista Brasileira* que posee entre otras cualidades tal vez la más preciada de todas, una buena cantidad de fluido simpático, se admira de mi afinidad francesa; de hecho, no revelo ningún secreto, al decir que insensiblemente mi frase es una traducción libre, y que nada sería más fácil que verterla otra vez al francés de donde procede. Lo que me causa sorpresa es que lo mismo no suceda con todos los que han leído en francés tanto como yo, más que yo, y cuya vida intelectual ha sido así en gran parte, es decir, en toda su función adquisitiva, francesa. ¿Es, tal vez, porque ellos tienen una fuerza de asimilación más grande que la mía —o que yo tengo más desarrollada que ellos la facultad imitativa? No lo sé; sin embargo esa susceptibilidad a la influencia francesa parece natural en espíritus que reciben casi todo en francés y que tienen horror a la traduc-

ción; el purismo portugués, ese sí, es el que, hasta que no se vuelve una segunda naturaleza literaria, exige una constante vigilancia, la rectificación exacta de todo el trabajo de adquisición intelectual.

La verdad, para decirlo todo, es ésta: admirando la fuerza, el acabado, a veces la grandeza de ese estilo vernáculo, en el que hay un colador de agujeros imperceptibles para impedir cualquier imperfección extraña, y en el que nuestra lengua al modernizarse parece conservar el tono antiguo, mi fonografía cerebral se adaptó, sin embargo, a las lecturas extranjeras. Me falta para reproducir la sonoridad de la gran prosa portuguesa el mismo eco interior que repite y prolonga dentro de mí, en gradaciones curiosamente más íntimas y profundas, en la medida en que se van amortiguando, el susurro indefinible, por ejemplo, de una página de Renan. Ahí tiene el Dr. Graça Aranha la confesión de mi deficiencia en relación con nuestra lengua, cuya fibra fuerte, resistente, primitivamente áspera, lamento no poseer. Me limito, tal vez debido a eso, a escribir, como él lo ve, con aquellos de sus hilos y de sus matices que se ajustan a mi telar francés.

El momento en que me apareció esa fiebre del verso francés —más aún, era en verso, que yo me sentía forzado a componer— fue caprichosamente mal escogido, porque coincidió con mi primer viaje a Europa. Además no cabe duda de que fue resultado de ella. De la impresión del arte, de la impresión histórica, de la impresión literaria del Viejo Mundo, brotaba en mí la fuente desconocida de las Musas, que en otros ha brotado del amor y de la juventud. Yo traía versos de todo lo que viera, como otros viajeros traen piedras u hojas de hiedra del Coliseo, del Forum, de Posilipo, de Sorrento, de Pompeya, del lago de Ginebra, de Versalles. Esos versos los reuní en un volumen, *Amour et Dieu*. Dios en el título era todo lo que restaba de un largo poema de la Eternidad que yo había pensado en Ouchy, una especie de réplica teísta al *De Rerum Natura*. Cuando empecé a escribir esos versos, ignoraba las reglas fundamentales de la prosodia francesa, como la de la alternación de las rimas; en poco tiem-

po me había familiarizado con los secretos de los hiatos y hemistiquios. Mis versos de *Amour et Dieu* me parecieron –la ilusión del autor es una de las más finas estratagemas de la Creación– no diré iguales pero semejantes a los mejores de la decadencia en que Francia ya había entrado. Esos versos valían muy poco. No porque todos ellos fuesen malos, sino porque lo que hubiera tenido realmente valor en ellos, si fuese un nuevo camino abierto por mí a la imaginación, era de hecho un sendero ya muy recorrido por ella, una especie de *vía sacra* de las procesiones antiguas, en la cual espíritus mucho más elevados habían levantado por todas partes columnas votivas. Eso por un lado, y por el otro, porque lo que en ellos podía sonar agradablemente era declamación poética, y no poesía; pertenecería a la retórica, o a la elocuencia, y no al arte, que en todo es creación.

Ya que toqué en la ilusión del autor, voy a abrir un paréntesis para una reminiscencia, que tal vez prevenga a los jóvenes poetas contra una de las celadas más frecuentes en el camino de la juventud, y hasta de la vejez, la del elogio que de cualquier manera forzamos o, por lo menos, deseamos.

En 1872, cuando Alejandro Dumas hijo escribió el folleto *L'homme-femme* terminando por el famoso *Tue-la!* publiqué en Rio de Janeiro una carta en francés a Ernest Renan con el título *Le droit au meurtre*. Un amigo entregó de mi parte un ejemplar de esta obra al gran escritor, a quien sólo me faltó tratar de *divin maître*. Hoy, descubro, incluso hablando literariamente, los lados débiles de la *manera* renaniana; en aquel tiempo yo era el más completamente sugestionado de nuestros renanistas. Mi emisario fue Artur de Carvalho Moreira, de quien ya hablé, y la carta que él me escribió dando cuenta de su misión, podía tener la firma de Chamfort. *L'Homme-Femme*, según Renan, no era sino *un méchant paradoxe*, que no merecía una refutación; *une plaisanterie*, que no debía ser tomada en serio. Cuando al año siguiente fui a París, una de mis primeras visitas fue a Renan. Él recordaba mi nombre y no tardó en responder al pedido que le hice de algu-

nos momentos para presentarle mis respetos. Todavía guardo esos cortos pequeños autógrafos: “C’est moi qui serai enchanté de causer avec vous. Tous les jours vers 10 heures 1/2 ou onze heures, vous êtes sûr de me trouver. Votre très affectueux et dévoué— E. Renan. Rue Vanneau, 29”. Tres días después, yo subía los cuatro pisos del número 29 de la calle Vanneau y penetraba en el mismísimo modesto apartamento que Carvalho Moreira me había fotografiado en su carta. En pocos minutos aparecía Renan ante mí. En mi vida he conversado con muchos hombres de espíritu y muchos hombres ilustres; sin embargo, todavía, no se ha repetido para mí, la impresión de esa primera conversación con Renan. Fue una impresión de encantamiento; imagínese un espectáculo incomparable del que yo fuese el único espectador, he ahí la impresión. Yo me sentía en la pequeña biblioteca, frente a los deslumbramientos de aquel espíritu sin rival, prodigándose delante de mí, literalmente como Luis II de Baviera en la oscuridad del camerino real, en el teatro vacío, viendo representar los *Nibelungen* en un escenario iluminado sólo para él.

De esa entrevista, no sólo salí fascinado, salí reconocido. Renan me dio cartas para los hombres de letras que yo deseaba conocer: para Taine, Scherer, Littré, Laboulaye, Charles Edmond, quien debería presentarme a George Sand, Barthélemy Saint-Hilaire, por medio de quien yo conocería a monsieur Thiers. Nuestras relaciones se hicieron afectuosas desde el primer día, y, naturalmente, cuando imprimí mi *Amour et Dieu*, le envié uno de los primeros ejemplares. Aquí está la carta que él me escribió:

“Sèvres, 15 août 1874.- Cher Monsieur, j’ai tardé plus que je n’aurais dû à vous dire tout ce que je pense de vos excellents vers. Je voulais les relire et, puis, j’espérais quelque vendredi vous voir à Paris. Oui, vous êtes vraiment poète. Vous avez l’harmonie, le sentiment profond, la facilité pleine de grâce. Si vous voulez venir après demain, lundi, vers trois ou quatres heures, rue Vanneau, vous serez sûr de me trouver; nous causerons: Je suis prêt à faire

tout ce que vous voudrez pour la «*Revue*» et les *Débats*. Malheureusement ces recueils sont depuis longtemps brouillés avec la poésie. Ce sont des vers comme les vôtres qui pourraient les réconcilier. Croyer à mes sentiments les plus affectueux et les plus dévoués. *E. Renan*”.

¿No es verdad que, para un joven brasileño que escribía por primera vez en francés, una carta así debía ser una sensación para marcar época en su vida? Lean ahora esta traidora página de los *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse*, que seguramente no fui el único en inspirar. Voy a cometer el crimen de traducir a Renan:

“Desde 1851 creo no haber dicho una sola mentira, excepto, naturalmente, las mentiras alegres de pura eutrapelia, las mentiras oficiosas y de educación, que todos los casuistas se permiten, y también los pequeños subterfugios literarios exigidos, en vista de una verdad superior, por las necesidades de una frase bien equilibrada o para evitar un mal mayor, como el de apuñalar a un autor. Un poeta, por ejemplo, nos presenta sus versos. Es necesario decir que son admirables, porque sin eso sería decir que ellos no tienen valor y hacer una injuria mortal a un hombre que tuvo la intención de hacernos una atención”.

A mi respecto, si un vago recuerdo de mis versos le ocurrió tanto tiempo después al escribir esa graciosa ironía, el gran escritor se equivocó en un punto: él no me hubiera apuñalado al decir que mis versos no valían nada, en lugar de decirme que eran admirables. George Sand me escribió también respecto a mi libro: “Il est d'une rare distinction et les nobles pensées y parlent une noble langue”, y, curiosamente, madame Caro se refería igualmente a “l'oeuvre qui exprime dans un noble style la plus noble sympathie pour notre malheureuse patrie”. Todos estos cumplidos, toda esta *nobleza*, yo los recogía y guardaba preciosamente como pruebas de la generosa amabilidad y cortesía del carácter francés. En cuanto al valor de mis versos, sin embargo, la impresión que me quedó y borró a todas las demás, fue el silencio frío, impenetrable, pero distinguido, atento, simpático, de Edmond Scherer. Conté ese episodio para poner en sobreaviso al

talento que se estrena contra la peligrosa seducción de la *eutrapelia* literaria. Conozco entre nosotros un maestro de ese arte del espíritu, Machado de Assis, pero éste, espero, no hará confesiones. “Quien no se puede conformar con perder el propio honor, dice Felipe Néri, nunca avanzará en la vida espiritual”. El escritor juvenil que no se resigna al sacrificio de su *honor* literario no hará progresos en literatura.

VIII / LA CRISIS POÉTICA

AHORA, las razones por las cuales yo naufragaría siempre en el verso. Si lo que estaba en las páginas de *Amour et Dieu* fuese nuevo, yo podría, con certeza, enorgullecerme de mi pensamiento; sin embargo, aun así, no sería poeta. Pero no era nuevo. Veáanse esas cuartetas:

La terre est une triste et bien sombre demeure:
Pour que l'homme s'attache à ce terrible lieu,
Il faut que le poète avec lui souffre et pleure,
Et lui fasse espérer l'adoption de Dieu.

Car Dieu toujours est loin, et notre humble prière
Ne le fait point descendre à ce séjour du mal;
En vain nous l'appelons et crions: Notre Père!
Il n'est encore pour nous qu'un soupir, l'idéal.

Si nadie hubiese dicho lo mismo antes, esa *humanidad que espera la adopción de Dios*, que es todavía, por ahora, *un suspiro de su corazón*, sería el germen de una seductora filosofía; pero aquel trecho es la traducción, en verso débil y mal trabajado, de lo que el propio Renan tomara de los alemanes y había expresado de modo perfecto en la más elegante de las prosas. Lo que en mis versos me engañaba, pareciéndome sonoro y elevado, no pertenecía a la poesía, pertenecería a la elocuencia. Aquí está una oda a Francia; es Alsacia-Lorena que habla a Alemania:

Tu penses arrêter le sang de notre vie,
En t'emparant des rails de nos chemins de fer;
Nous avons cinquante ans pour changer de patrie,
Pour nous enrôler, tous, contents, dans la landwehr?

Ah! la force t'inspire autant de confiance
Que nous en puiserons dans le droit éternel?
Nous sommes les deux bras mutilés de la France,
Qu'elle tend toujours vers le ciel!

Madame Caro, en el agradecimiento que me envía, escribe: "Los dos brazos mutilados erguidos hacia los Cielos, terminarán, estoy segura, por vencer al destino". Los *dos brazos mutilados* podían ser las dos rodillas dobladas en oración, los dos pies encadenados, o el hígado de Prometeo de Vosges devorado por el águila negra de Prusia y renaciendo siempre. Todo esto es del dominio de la retórica y del panfleto político: es un libelo en hemistiquios como la *Némesis* de Barthélemy. Nada es más contrario a la poesía que el énfasis, el lugar común y lo patético de la oratoria. Donde empieza el abogado o el tribuno, acaba el poeta.

El hecho es que no poseo la forma del verso, en la cual la idea se moldea por sí misma y de donde sale con el timbre propio de la verdadera rima, que ningún artificio ni esfuerzo puede imitar. Esto, por un lado, en cuanto a la pequeña poesía, a la poesía suelta, a lo que se le puede llamar la música de la poesía. En cuanto a la gran poesía, a la poesía de la imaginación y creación, poema, novela, balada que fuese, para esa yo sería incapaz, además de la insuficiencia del talento, por la falta del coraje para habitar la región solitaria de los espíritus creadores, los cuales viven naturalmente entre figuras sacadas de sí mismos, sin vida propia, autómatas de su inteligencia y de su voluntad, como en un sueño despierto. En esa altura, donde todo es ficticio, todo irreal, todo fantástico, la poesía tiene para mí el terror del *adytum* de Pitia. Aun cuando las figuras sean tiernas, suaves, humanas, la creación envuelve siempre algo de misterioso y terrible; la completa abstracción que ella supone de la realidad exterior, del mundo de los sentidos, me daría vértigo.

Hay, además de la poesía de sentimiento y de la poesía de creación, otra poesía. El verso es la más noble forma del pensamiento, la más pura cristalización de la idea, y, como se ha dicho, lo que no se puede expresar en verso casi no vale la pena ser conservado. Sin embargo, esa poesía que engasta las bellas ideas en la más duradera y perfecta de los enclaves, pertenece casi a la especie de los proverbios, en la que se condensa y perpetúa la sa-

biduría humana. En Homero se confunde con la historia; en Dante con el catolicismo; en Goethe con el arte y con la ciencia. Ésa es del dominio de los más altos genios.

La poesía a mi alcance sólo podría ser la humilde nota individual; pero, como dije, no hallé en mí la tecla del verso, cuya resonancia interior no se confunde con la de ningún timbre artificial. Sin embargo, aunque yo hubiese recibido el don del verso, hubiera naufragado, porque no nací artista. Creo haber recibido como escritor, todo es relativo, un poco de sentimiento, un poco de pensamiento, un poco de poesía, todo junto, para quien no tuvo en el verso, una cierta medida de prosa rítmica; pero del arte no recibí sino la aspiración por él, la sensación del órgano incompleto y no formado, el pesar de que la naturaleza me olvidase en su coro, el vacío de la inspiración que me falta... *Ustedes me entienden*. “El artista, dice Novalis, debe querer y poder representar todo”. De esa facultad de *representar*, de crear la menor *representación* de las cosas –cuanto más una realidad más alta que la realidad, como quería Goethe– fui completamente privado. No todos los que tienen el don del verso son por naturaleza artistas, y no todos los artistas tienen el don del verso; la prosa los posee como la poesía; a mí, sin embargo, no cupo en la repartición ni el verso ni el arte.

Es singular como entre nosotros se distribuye el título de artista. Muchas veces he leído y escuchado hablar de Rui Barbosa como de un *artista*, por su modo de escribir la prosa. En ese sentido se podría llamar a Krupp artista: la fundición es de alguna manera un arte, un arte ciclópeo, y de Rui Barbosa no es exagerado decir, por los bloques de ideas que levanta unos sobre otros y por los rayos que funde, que es verdaderamente un cíclope intelectual. ¿Pero el artista? ¿Existirá en él un sedimento de arte? Si existe, y es bien natural, yace aún desconocido por él mismo bajo las superposiciones de la erudición y de las lecturas. Yo mismo lo insinué una vez: nadie sabe el diamante que él nos revelaría, si hubiese tenido el coraje de cortar sin piedad la *montaña de luz*, cuya grandeza ha ofuscado la República, y de reducirla a una peque-

ña piedra. Aquí está también, José do Patrocínio, quien tampoco es un *artista*, aunque en su prosa se encuentre el filón de oro de la poesía, filón, es cierto, huidizo, y que se pierde a cada instante en la roca política. De ella se podría extraer la verdadera poesía; hacer con las paletas de su frase por lo menos una imagen, la de la *rubia madre de los cautivos*, así como con el soplo de su elocuencia de combate se haría un bajo relieve para un arco del triunfo: el *Chant du Départ* de la abolición. Tampoco él tiene la facultad del verso, en el cual naufragaría como naufragó en la novela, porque su reflejo intelectual tiene la vibración y la rapidez del relámpago, y el verso es por su naturaleza diamantino. Por eso mismo, tampoco su prosa, en la cual a veces hay el toque de la poesía, y casi el calor humano del sentimiento creador, no pertenece aún al arte, como pertenece la de Chateaubriand, la de Renan, por ejemplo, porque no es un estilo. No tiene gobierno, tiene sólo medida; refleja la acción confusa, la agitación perpetua de una época desequilibrada, sin un instante de calma, de eternidad, en su obra, no del todo, genial. Ahora otro muy distinto. ¿Habría quien no sienta la música innata de Constancio Alves? Este es bien del orden de los pájaros, tiene el canto; su prosa gorjea, sube, trina; no obstante, si quisiese reducir a una obra de arte la ironía melodiosa que tiene en sí, ¿qué quedaría de ella?

Dije que me faltaba el don del verso. El timbre del verso se reconoce en cualquier quarteta. Véase a Olavo Bilac, por ejemplo. No puedo hablar de Luis Murat, que tiene más vuelo de imaginación, porque hasta hoy he respetado instintivamente el caos de su arte; siento que hay en su talento los elementos de la poesía, menos el orden, el principal de todos, pero que, felizmente para él, se adquiere, mientras que los otros son de herencia. Sus formas confusas e intrincadas me parecen de cambio, y yo le aguardo en la época que la juventud le haya gastado su violencia y entre al bosque de las Musas llevando el silencio y la tranquilidad en el alma. “Él me enseñó, dijo Goethe hablando de Oeser, que la belleza es sencillez y reposo, de lo que se deduce que ningún joven se

puede volver un maestro”. Para hablar de Murat esperaré a que primero él halle a su Oeser. Véase, sin embargo, a Bilac. Basta leer la *Profesión de fe* en *Panoplias*, para ver que el verso nació con él, que no es un esfuerzo, un trabajo, sino la expresión libre, franca, natural del pensamiento:

Envidio al orfebre cuando escribo;
Imito al amor
Con que él en oro el alto relieve
Hace de una flor.

No me cabe inquirir si el artífice se ciñó siempre en su obra a las reglas del oficio, que tan perfectamente esculpió; el buril de la rima, sin embargo, está en sus manos y nadie se puede equivocar sobre la especie de metal que él es digno de labrar.

Un hecho que yo quería señalar es solamente que adquirí en Francia en ese año de 1873-1874 la aspiración de ser autor, la cual se desarrolló en el contacto con grandes espíritus de la época, que me acogieron como yo pudiera desear, especialmente Renan, Scherer, George Sand.

Renan me dio el consejo, que transmito a la nueva generación de literatos, de que me dedicara a los estudios históricos. No hay de hecho nada más ingrato, más vano, que la producción que el individuo saca toda de sí, y es lo que pasa cuando el talento no tiene una profesión literaria seria. Hay estudios, como las humanidades, que son solamente la habilitación del espíritu para la carrera de letras; quien los tiene puede decir que posee la herramienta de su oficio; además de la herramienta, hay, sin embargo, que escoger el material. El material con el que trabajan nuestros hombres de letras, son las costumbres, la sociedad, cuando son novelistas o dramaturgos; las lecturas, cuando son críticos, la propia vida o impresiones, cuando son poetas.

El material preferido es, como se ve, todo él poco consistente, efímero, en parte grosero, en parte inapropiado o insuficiente, y así la producción es casi toda fácil, improvisada, sin trabajo anterior, sin investigaciones,

sin esfuerzo, sin tiempo, sin ningún elemento que revele continuidad, ambición. Al faltar la disciplina y la emulación de una especialidad, ¿qué acontece? La inteligencia adquiere el hábito de la disipación, de la indolencia, del parasitismo; el talento se relaja, pierde todo el peso específico. Tenemos entonces una literatura desocupada; nuestro campo literario se compone de *flâneurs*... La verdad es que va aumentando considerablemente en nuestro tiempo lo que Matthew Arnold tradujo como *inaccesibilidad a las ideas*, y que ese nuevo filistinismo reducirá el arte de nuestros banquetes literarios a un solo género de manjares, el género *nature*. El público, el protector moderno de las letras, cuya generosidad ha sido tan exaltada, no pasa de un Mecenaz de media-cultura, aun en Francia e Inglaterra. Aconsejar a los jóvenes brasileños a que se dediquen a estudios históricos desinteresados, es aconsejarles la miseria; sin embargo, las leyes de la inteligencia son inflexibles y la producción del espíritu que no se alimenta sino de su propia imaginación debe ser cada día más frívola y sin valor.

No aproveché el consejo de Renan sino demasiado tarde en la vida, cuando empecé a preparar la biografía de mi padre, que es una perspectiva de la época de Don Pedro II. El aviso, sin embargo, ahí queda para aquellos que quieran desarrollar y perfeccionar el talento literario que poseen, en lugar de dispersarlo y no depurar nada él. El consejo, sin embargo, no dejó de influir sobre mi espíritu, si no para disciplinarme a mí mismo, por lo menos para hacerme aquilatar el valor del trabajo y de la indagación y sentir la inutilidad, la vacuidad de lo que es puramente personal y espontáneo, desde que no sea característico.

De mis conversaciones con Scherer, lo que me contagió fue su admiración por la novela inglesa, que parecía ser la literatura de la casa —*Adam Bede*, *Jane Eyre*, etc. Para mí la conquista anglosajona empezó con Thackeray, que leí entonces, como ya dije, en el retiro de Fontainebleau. En relación con mis versos, el gran crítico mantuvo ese silencio desanimador de los médicos que no saben enga-

ñar, cuando los enfermos ingenuos que se hicieron auscultar, quieren sorprender y penetrar con preguntas insidiosas la realidad de su estado.

La fiebre poética que se posesionara de mí con ese primer ensayo de *Amour et Dieu*, no debía ceder con facilidad; yo quería rescatar ese boceto, que me parecía inferior e imperfecto, reemplazarlo, y una idea, que estaba germinando en una de sus poesías, se desprendió de él y tomó en mi espíritu las proporciones extravagantes de un gran drama en verso. De éste hablaré más tarde. Como se ve, quedaba muy poco del político dominante después de ese primer viaje a Europa; yo había cambiado en París y en Italia la ambición política por la literaria: regresaba lleno de ideas de poesía, arte, historia, literatura, crítica, es decir, con una espesa capa *européa* en la imaginación, capa impermeable a la política local, a ideas, prejuicios y pasiones de partido, aisladora de todo lo que en política no perteneciese a la estética, por tanto también del republicanismo —porque mi estética política había empezado a volverse exclusivamente monárquica.

IX / AGREGADO DE LA MISIÓN DIPLOMÁTICA

DURANTE los cinco años siguientes (1873-1878), la política es secundaria para mí, casi indiferente, pero ese mismo estado de espíritu es, con relación a la monarquía, un proceso de consolidación, porque, gracias a todas esas fascinaciones del arte y de la poesía, mi estética política, según la expresión de la que me serví, se encerraba, se aislaba, se cristalizaba en la forma monárquica. Quien me sigue puede tener la seguridad de que no existe en lo que voy diciendo ninguna sombra de esa admiración por la propia imagen, que Jules Lamaître llamó *narcisismo moral*. La verdad es que, entre los resortes de mi nacimiento, ninguno tuvo la elasticidad y la fuerza de lo que yo llamaría el resorte estético. Mi juicio estético fue, en todas las épocas, aún lo es hoy, imperfecto, instintivo, oscilante, como una aguja que gira por todo el mostrador: para seguir algunas de las indicaciones, me faltó la resolución, la fuerza de carácter, el coraje y el espíritu de sacrificio necesarios; pero en compensación, puedo decir que, a través de la vida, aspiré al Absoluto, naufragando siempre, porque la vida de la inteligencia, al contrario de la vida espiritual, donde, como dijo uno de sus grandes guías, no hay nada que se parezca al ancladero, hay un ancladero, pero éste es la religión, y la religión me pareció, hasta hace bien poco, el remanso de las mujeres y de los niños. Durante toda mi carrera me moví siempre por algún magneto moral; mis errores fueron desvíos de idealización; yo nunca hubiera podido confesar una idea, una creencia, un principio, que no fuese para mí un imán estético. Siendo así, si mi estética fuese republicana, es decir, ateniense, romana, florentina, la monarquía jamás me hubiera hecho desplegar su bandera en el campo de la imaginación, como un caballero andante. Para sentir, siempre que la icé, mi dignidad, mi altivez, mi espíritu expandirse, era necesario que el signo monárquico actuase en mí, como una parcela del arte que se mezcla con la historia y que de algún modo la diviniza.

Ese proceso de idealización mediante el cual la forma monárquica se incorporó a mi conciencia estética, se asoció a mi idea de arte, es el principal trabajo político que se opera en mí desde el año de 1873 hasta el año 1879, cuando tomé asiento en la Cámara. En ese intervalo, yo había regresado a Europa y vivido un año en los Estados Unidos. Entran en ese período las influencias de Inglaterra y de la sociedad inglesa, de Norteamérica y de la carrera diplomática, además del desarrollo de la influencia literaria, bajo la cual regresé de París en 1874.

Esta última fue tan fuerte que, en los dos años que pasé de nuevo en Rio de Janeiro, no me ocupé de política; dicté, a pedido del Emperador, algunas conferencias en la Escuela de la Gloria sobre lo que había visto de Miguel Ángel, de Rafael y de los grandes pintores venecianos; fui colaborador literario del *Globo* y entablé una polémica con José de Alencar, en la cual temo haber tratado con la presunción y la injusticia de la juventud al gran escritor (digo *temo*, porque no volví a leer aquellos folletines y no recuerdo hasta donde fue mi crítica, si ella ofendió lo que hay de más profundo *nacional*, en Alencar: su brasileñidad); escribí en una revista que apareció y luego murió, del género de la *Vie Parisienne*, la *Época*, y, desde el final de 1875, me entregué a la composición de un drama, en verso francés, cuya factura me absorbió durante más de dos años.

La idea de mi drama era el problema de Alsácia-Lorena. Eso revela bien el fondo político de mi imaginación. La política, felizmente para la inteligencia que nació con esa diátesis, tiene lados aún no definidos que confinan como el arte, la religión y la filosofía, es decir, para hablar el lenguaje hegeliano, con las tres esferas en que se manifiesta el espíritu del mundo. Mi drama siendo francés, de procedencia, de motivo sentimental, se elevaba, como composición literaria, por encima del espíritu de nacionalidad, señalaba la unidad de la justicia, del derecho, del ideal entre las naciones, y su trama se basaba en las afinidades y simpatías que unieron la Francia intelectual moderna con la Alemania de Klopstock,

Wieland, Lessing, Schiller, Goethe y Heine, de Herder, Winckelmann, Jean Paul Richter, Johannes Müller, de Novalis y de los Schlegel, de Kant, Fichte, Hegel, Schelling, de Bach, Gluck, Haydn, Mozart, Schubert, Schumann y Beethoven, en una palabra, el *alma parens* del siglo XIX.

Por una aparente anomalía, mientras yo era políticamente, como dije, thierista o republicano en Francia, mi drama salía enteramente legitimista y católico; los personajes eran creados para mí, no por mí (la producción intelectual es involuntaria), de la *vieja roca* en la cual se estratifican las grandes tradiciones francesas. Eso significa que el inconsciente, que en cualquiera de nosotros es nuestro único talento, nuestro único poder creador, era en mí, cualquiera que fuese la causa, fuese ella el instinto, fuese la cultura, distintamente monárquico.

Una composición literaria así caracterizada no podía dejar de ser para mi espíritu una fuerte pauta política. Para no volver a hablar de ese drama, cuya única cualidad es, tal vez, la de ser inédito, contaré desde ya que, después de hacerlo y rehacerlo, copiarlo y volver a copiarlo, lo concluí en 1877, en Nueva York. Tengo de mi Diario de ese año la fecha en que, después de una cena, con el egoísmo inflexible del autor, infligí la lectura de esos cinco actos a un pequeño comité de amigos en el cual estaba el barón Blanc, entonces ministro de Italia en Washington, últimamente ministro de Exterior. Él me habrá perdonado ese sacrificio, a lo cual él mismo se ofreció. El enigma europeo de Alsacia-Lorena, que es el fondo de la triple alianza, le habrá impuesto en la Consulta saraos más penosos y agotadores que aquella sesión del Buckingham Hotel.

La indiferencia política en la cual me hallaba, la predisposición literaria que vengo de describir, me hizo entrar a la diplomacia en 1876. Yo había perdido cinco años desde que me graduara, mas en esos cinco años no se me hubiera ocurrido aceptar ningún puesto de las manos de un ministro conservador, siendo yo liberal. El prejuicio, el partidismo extremo, me impedían esa *apostasía*. Sin embargo, en ese intervalo, la intransigencia se

había agotado y ahora me parecía factible la idea, que jamás se me hubiera ocurrido antes, que los cargos públicos no son monopolio del partido que está en el poder y deben ser confiados a quien mejor los pueda desempeñar. No era mi pretensión pensar que un puesto de agregado de la misión diplomática estaba al nivel de mi capacidad y situación social. Era, por el contrario una sensible reducción de mis pretensiones anteriores, porque, al salir de la Academia, creo que sólo un puesto de ministro me hubiese contentado. La ambición en mí se fue restringiendo progresivamente en la medida en que iba viviendo. No quiero decir que se haya desplazado del personal hacia lo real, de lo efímero hacia lo duradero, es decir, que se haya gradualmente elevado; pero, a Dios gracias, en la esfera de la competición que forma la lucha por la vida ella nunca dio combate a nadie.

Tal vez yo haya sentido un poco el menosprecio voluptuoso del proverbio: “las glorias que vienen tarde ya vienen frías”⁶. Como la ambición fue en mí toda de imaginación y brotó cuando yo tenía dieciocho o veinte años, para mí, nada podía haber venido que no llegase tarde. Desde el punto de vista en que me sitúo hoy, siento muy bien que lo poco que me tocó vino a tiempo, en el momento en que yo estaba apto para recibirlo, y que lo que no vino, dejó de venir porque no me convenía y yo hubiese naufragado. La impaciencia de la juventud, sin embargo, no me dejaba apreciar entonces la generosidad del veto de la Fortuna, que me excluía de lo que yo no estaba interiormente preparado para aprovechar. En ese tiempo, no tenía la más pequeña idea de que una gran vida pública necesita ser iluminada, como la arquitectu-

6. “Las glorias que vienen tarde ya vienen frías”. ¿Será un proverbio? La frase es un verso de Tomás Antonio Gonzaga, poeta nacido en Portugal, pero ligado a Brasil, participó en la conspiración minera de 1788. Condenado al exilio en África, en Mozambique, donde murió en 1810. Dejó una obra jurídica y poética: el libro *Marília de Dirceu* (Marilia de Dirceo) ha sido editado muchas veces desde 1792. En una de sus liras se encuentra el verso “Las glorias que vienen tarde ya vienen frías”.

ra de Ruskin, entre otras por las lámparas del sacrificio, de la verdad, de la imaginación, de la belleza, y de la obediencia. El talento, la forma, la elocuencia, lo que poseía brillo exterior, tenía para mí mayor valor que el espíritu interior de fe, continuidad y sumisión, que, único, inspira y forma los verdaderos patrones humanos.

De todos modos, tengo de aquel cargo de agregado de la misión diplomática, el único que ejercí, el más reconocido y afectuoso recuerdo. Jamás hubiera podido aceptar otro; de hecho, poco después entraba a la Cámara, y se daba mi incompatibilidad de abolicionista militante con el sistema político de la esclavitud, y, acabada ésta, en seguida surgía para mí otra abstención forzada: la de la defensa de la monarquía contra los partidos. Quien suscribió aquel decreto fue el barón de Cotegipe. El nombramiento no era ciertamente escandaloso; en cualquier ministerio de Exterior donde no existiera patronato, yo obtendría mi lugar de agregado en concurso: sin embargo, no tengo en mí esa medida de gratitud con la cual otros apuran por milímetros el favor o servicio que reciben; no conozco el arte de analizar, de descomponer, por las intenciones secretas y circunstancias fortuitas, el obsequio, la distinción, el beneficio que se nos hizo, siendo el que acepta a veces quien generosamente cautiva y obliga al donante. Si el barón de Cotegipe me hubiese nombrado de una sola vez ministro plenipotenciario, su crédito conmigo no hubiese sido más grande que con esa designación para el primer escalón de la carrera diplomática.

X / LONDRES

TAL VEZ yo pudiese resumir el proceso de mi solidificación política, diciendo solamente que la monarquía es parte de la atmósfera moral de Inglaterra y que la influencia inglesa fue la más fuerte y más duradera que recibí.

Cuando por primera vez desembarqué en Folkestone, entrando en Inglaterra, yo había pasado varios meses en París, había atravesado Italia, de Génova a Nápoles, me había detenido largo tiempo a la orilla del lago de Ginebra, y no podía olvidar la suave perspectiva, a la orilla del Tejo, de Oeiras a Belén, cuya tonalidad dulce y risueña jamás otro horizonte me repitió. Por todas partes yo había pasado como viajero, demorándome a veces el tiempo necesario para recibir la impresión de los lugares y de los monumentos, el molde íntimo del paisaje y de las obras de arte, pero desprendido de todo, en la inconstancia continua de la imaginación. Sin embargo, al divisar desde la ventana del vagón, en una tarde de verano, el tapiz de césped que cubre la tierra limpia y las colinas suaves de Kent, y al día siguiente, partiendo del pequeño *apartment* que me habían reservado cerca de Grosvenor Gardens, fue abriendo las cortinas una a una de las hileras de palacios del West End, atravesando los grandes parques, encontrando en St. James' Street, Pall Mall, Piccadilly, la marea llena de *season*, esa multitud aristocrática que a pie, a caballo, en carruaje descubierto, se dirige dos veces al día hacia el *rendez-vous* de Hyde Park, y, días seguidos penetré a otras regiones de la ciudad sin fin, conociendo la población, la fisonomía inglesa toda, raza, carácter, costumbres, maneras –puedo decir que sentí mi imaginación excedida y vencida. La curiosidad de peregrinar estaba satisfecha, cambiada en deseo de parar allí para siempre.

A veces me distraigo pensando a qué pueblo salvaría yo, si pudiese, en el caso de que la humanidad fuera obligada a reducirse a uno solo. Mi titubeo sería entre Francia e Inglaterra –por otro lado, sé bien que al comien-

zo del siglo quien eliminase a Alemania del movimiento de las ideas, de la poesía, del arte, eliminaría lo que mejor tuvo. Entre Francia e Inglaterra, sin embargo, me quedo siempre con la duda. Mi deber sería tal vez socorrer a Francia. “¿Si madame Récamier y yo estuviésemos ahogándonos, a cuál de nosotras dos usted salvaría?” le preguntó una vez madame de Staël a su amigo Talleyrand. “*Oh! madame, vous savez nager*”. Inglaterra también sabe nadar.

El genio francés tiene todos los rayos del espíritu humano, principalmente los rayos estéticos; el genio inglés no los tiene todos, tiene incluso una opacidad singular en los focos del espíritu, que merecen el nombre de franceses, en casi todos los que merecen el nombre de atenienses. Inglaterra –la asociación de ideas ha sido hecha muchas veces– es la China de Europa; es decir, tiene una individualidad inquebrantable, incapaz de tomar una fisonomía común. Latinos, alemanes, eslavos formarán una sola familia, por muchísimos rasgos comunes, antes de que el inglés deje de ser un tipo *sui generis*, aparte del tipo colectivo europeo. Por ese motivo, únicamente, Francia representaría mejor a la humanidad que Inglaterra; hay en ella más atributos universales, un número mayor de facultades creadoras, de cualidades de tronco, mayor suma de herencia humana, por tanto de posibilidades evolutivas, que en el particularismo y exclusivismo inglés. En cambio, la raza inglesa parece ser más sana, más elástica; tiene mayor vigor de genio y de creatividad; mayor provisión de vida y de fuerza –aunque la fuerza sin imaginación y cultura (que en Inglaterra ha sido, en gran parte por lo menos, extranjera) pueda degenerar en brutalidad y egoísmo. Están ahí las razones de mis vacilaciones, cuando imagino un nuevo diluvio universal y me pregunto qué país, en los más altos intereses de la inteligencia humana, merecería el privilegio de construir el arca.

Sea cual sea la explicación, el hecho es que nunca experimenté ese placer de vivir en París, que fue y es la pasión cosmopolita dominante a nuestro alrededor⁷. La

7. Nabuco estuvo siempre fascinado por Inglaterra y sus instituciones. Sobre todo por Londres, como se ve aquí. Cosa curiosa París tam-

gran impresión que recibí no fue París, fue Londres. Londres fue para mí lo que hubiera sido Roma, de haber vivido yo entre el siglo II y el siglo IV y un buen día, llevado de mi aldea transalpina o del fondo del África romana hacia el alto del Palatino, viera extenderse a mis pies el mar de oro y bronce de los techos de las basílicas, circos, teatros, termas y palacios; es decir, para mí, provinciano del siglo XIX, fue, como Roma para los provincianos del tiempo de Adriano o de Severo: *la Ciudad*. Esa impresión *universal*, de la ciudad que campea por encima de todas, señora del mundo por *milliarum aureum*, lo cual en el siglo XIX había que ser marítimo; esa impresión *soberana*, la tuve tan distinta como si la humanidad estuviese aún toda centralizada. El efecto de esa impresión de dominio fue una sensación de *finalidad*, como sólo Londres me dio: —no de finalidad intelectual, como puede dar la Atenas de Pericles, Florencia de los Médicis, Roma de León X, al hombre de arte; Versalles del siglo XVII al hombre de la Corte; Roma de las Catacumbas al hombre de fe; Roma antigua al hombre del pasado; Niebuhr, Chateaubriand, Ampère, la pequeña Weimar del fin del siglo XVIII al hombre de letras, o París, aún en este siglo, hasta Renan y Taine, al hombre de cultura; finalidad material aplastante e Imperio ilimitado.

¿De dónde proviene esa impresión universal de Londres, seguida de esa sensación de finalidad, que tal vez sea toda ella subjetiva? (Sin embargo, no me parece.)

Lo que le da a la *Metrópole* ese ascendiente *imperial*, quiero creerlo, es su masa gigantesca, sus perspectivas infinitas, la solidez eterna, egipciaca, de las construcciones, las inmensas plazas y los parques que se abren de repente en la entrada de las calles, como planicies donde podrían vagar grandes rebaños, a la sombra de viejos árboles, a la orilla de lagos que merecen pertenecer al relieve de la Tierra. Este último es, para mí, el trazo dominante de Londres: el extranjero supondría haber entrado

.../ bién le fascinaba y ahí estuvo varias veces. Como escribe, “la gran impresión que recibí no fue París, fue Londres”. Como también por Francia, su pueblo e incluso su idioma, en el cual escribió algunos libros.

al campo, a los suburbios, cuando está en el corazón de la ciudad; sin embargo, la impresión es incalculablemente más vasta que la de la Casa de Oro: “El oro y las piedras preciosas no causaban tanta maravilla, por ser ya muy vulgares, y una ostentación ordinaria de lujo, como los campos y los lagos, y por una parte las artificiales regiones solitarias y los desiertos, formados por los bosques espesos, y por la otra, las anchas planicies y largas perspectivas, que dentro de su inmenso círculo se veían”*.

No para ahí el asombro. Y la ancha faja del Támesis, con sus puentes colosales que lo atraviesan y los monumentos asentados a su margen desde Chelsea hasta el puente de Londres, principalmente el macizo de los edificios de Westminster, la extensa línea de Casas del Parlamento, la más grandiosa sombra que la construcción civil proyecta sobre la tierra. Es, por otro lado, la City, alrededor del Banco de Inglaterra, como el Royal Exchange al lado, y Lombard Street al frente, el mercado monetario, el verdadero *comptoir* del mundo. Aquí, en las calles de madera, para amortiguar aún más el ruido, causa una singular impresión la multitud que no pierde un minuto, indiferente a sí misma, a la cual nada distraería la mirada ni le sacaría una sílaba, y que transporta bajo el brazo, en sus carteras, masas de capital que se necesitarían vagones para llevar el dinero, los cheques que van para Clearing-House, los billones esterlinos, que por ella pasan, transferidos de banco a banco, importados, reexportados, por el telégrafo hacia los confines del mundo de donde vinieron. El transeúnte se detiene en medio de todo ese flujo y reflujo de oro, lamentando no escuchar el sonido de las libras; las oscilaciones continuas, subterráneas, de esas corrientes contrarias de metal solamente las conocerá por su efecto sensible: la tasa del descuento.

Además lo que le da a Londres su tono de majestad y soberanía es la dignidad, el silencio que la envuelve; la calma, la tranquilidad, el reposo, la confianza que ella respira; es el aire concentrado, recogido, a veces severo,

* TÁCITO, traducción en el original de Freire de Carvalho.

de su fisonomía, y al mismo tiempo, la urbanidad de sus modales; es el retiro en que se vive en su seno, en el centro de sus calles más pobladas; el aislamiento en que se está en sus catedrales, como en el British Museum, en sus parques, como en sus teatros o en sus clubes. Ese trazo de seriedad y de reserva define, a mi modo de ver, una raza imperial, enérgica y responsable, consciente de su fuerza, viril y magnánima. Además, hay un aspecto notable, característico, expresión suprema de fuerza y de dominio; no es una ciudad cosmopolita esa metrópolis del mundo: es una ciudad inglesa.

París al lado de Londres es una obra de arte, inmortalmente bella, al lado de una muralla pelásgica; es un Erecteón, frente al Memnón de Tebas. Ciertamente no hay en el mundo una perspectiva arquitectónica igual a la que se extiende del Arco de Triunfo por los Campos Elíseos hasta el Louvre y del Louvre por el muelle del Sena hasta llegar a Nôtre-Dame. En Londres no se tiene esta impresión del arte que corre sobre la vieja París como un friso griego. Para el artista que debe inspirarse exteriormente en las formas de la edificación, vivir en medio de lo bello realizado por el genio humano, Londres es a París como Khorsabad a Atenas. El genio francés alegre y festivo es en todo diferente a la apatía inglesa, y en París se está frente a la obra maestra del arte francés. Por ahí no hay nada que comparar. Para el intelectual que diariamente necesita dar un paseo artístico para fortalecerse, así como para el hombre de espíritu y de salón, París es la primera de las residencias, porque es la que reúne el arte y el placer de vivir en sus formas más delicadas y elegantes. En Londres no hay nada que corresponda a la aspiración francesa, hoy decadente y desvanecida, de hacer de la vida un arte, aspiración cuya obra maestra fue la urbanidad del siglo XVII y el espíritu del siglo XVIII. Dejando el gran arte que ha cometido infidelidades al genio francés, como la de producir fuera de Francia a Goethe, Beethoven y Mozart, las pequeñas artes —y no llamo pequeña arte a la obra de los grandes ebanistas, incrustadores, cinceladores del mueble, de Riesener, Boulle, Beneman, Gouthière— las

pequeñas artes son aún exclusivamente francesas, como en la Roma de Cicerón eran griegas. Lo que hay en Londres como placer de la vida, no es el arte, es el confort; no es la regla, la medida, el tono de los modales, es la libertad, la individualidad; no es la decoración, es el espacio, la solidez. París es un teatro en que todos, de todas las profesiones, de todas las edades, de todos los países, viven representando para la multitud de curiosos que les rodean; Londres es un convento, en forma de club, donde los que se encuentran en el silencio de la gran biblioteca o de los comedores no se perciben los unos a otros, y cada quien se siente indiferente a todos. En París la vida es una limitación; en Londres una expansión; en París un cautiverio, cautiverio del arte, del espíritu, de la etiqueta, de la sociedad, cautiverio agradable, pero cautiverio, que exige una vigilancia constante del actor sobre sí mismo frente al público que todo ve, que todo nota; en Londres es la independencia, la naturalidad, la despreocupación. *Ceçi tuera cela.*

Fue, tal vez, este lado de la vida inglesa lo que me sedujo. La impresión artística es, por su naturaleza, fatigante, exclusiva, y además de cierta diapasón, incómoda, como toda vibración demasiado fuerte. Yo no quisiera ser condenado a pasar una hora al día frente a la *Gioconda*, ni aun frente a la *Venus* de Milo. Para renovar mi corta facultad de admirar y disfrutar la obra de arte, necesito largos intervalos de reposo, para decir la verdad, de insensibilidad. Londres era esa penumbra que se cuadra admirablemente en mi débil pupila estética; allí tenía a mi disposición, *excusez du peu*, los mármoles de Fidias; no había época artística o literaria que, al querer vivir en ella media hora —más no me sentiría capaz— yo no la hallase representada en el British Museum, en la National Gallery, en South Kensington, y en otras grandes colecciones nacionales. Esa proximidad me era suficiente; en cuanto a todo lo demás que hace el placer de la vida, yo prefería, como dije, la naturalidad, la calma, el descanso, las grandes perspectivas, el aislamiento, el olvido de Londres a la vibración constante de París, vibración cosmo-

polita del espíritu, del placer, del arte, a través de una atmósfera de lujo, de combate y de teatro.

Yo sé bien que allí hay otra vida; que hay indiferentes, solitarios, reclusos en la gran capital, pequeños claustros de silencio y de meditación, donde los ruidos de fuera no llegan hasta el pensador y el artista. Sin eso, París no produciría el gran pensamiento; pero para vivir aislado del movimiento de París, es preferible estar separado de él por la Mancha que por el Sena, como mi amigo Rio Branco, que se encerraba en el Margen Izquierdo, con su biblioteca brasileña, sus pruebas para corregir, y sus íntimos del Instituto.

El hecho es que amé a Londres por encima de todas las otras ciudades y lugares que conocí. En Londres todo me hacía vibrar la nota íntima de larga resonancia: sus extensas praderas y sus bosques, como el ladrillo enmohecido de sus construcciones; el movimiento ensordecedor del Regent Circus o Ludgate Hill, como los retiros de Kensington Park, a la sombra de la arboleda secular; sus días calientes de verano, cuando el asfalto se ablanda bajo los pies, el follaje se cubre de polvo, y el aire tiene el calor seco de las termas, como sus deliciosos días de mayo y junio, cuando las más altas ventanas se transforman en jardines suspendidos, y las grandes cestas de los parques se llenan de tulipanes y jacintos; sus noches de luna, que hacían que Park Lane se me pareciera a veces en la niebla, con su calle de palacios, a un trecho de Venecia, y que de Piccadilly, mirando por encima de la bruma de Green-Park para la iluminación alrededor del Buckingham Palace, me daban siempre la ilusión del otro lado de la bahía de Rio de Janeiro, visto desde la explanada de Gloria, como sus días oscuros y tristes de neblina, que en ese entonces yo no cambiaría por el azul del Mediterráneo, ni por la pureza del cielo de Ática; los trazos de la ciudad más grande del mundo, la espléndida belleza de su raza, y los más pequeños detalles de su fisonomía propia; los mostradores de las tiendas de lujo de Piccadilly y New-Bond Street, como los *hansoms* que paraban al frente; el *Times*, la *Pall Mall Gazette*, el *Spectator*, como el papel

aterciopelado, el tipo, grande y claro, el cuero liso, suave, dorado de los libros; la tranquilidad de los clubes, el recogimiento de las iglesias, el silencio de los domingos, como la confusión, el movimiento, el atropello en Charing-Cross y Victoria Station, de la ola inmensa de todas las clases y de todas las edades, que se explaya desde Londres, en la tarde de los sábados, hacia las playas de mar, las casas de campo, los márgenes del Támesis.

Todo eso, lo veo bien, no era sino mi propia juventud... con la diferencia tal vez que los otros lugares, era ella que los coloreaba, los animaba, los asimilaba para sí, mientras que en Londres ella transbordaba naturalmente a través de los chorros de todas sus fuentes.

Ese sentimiento lo pagué muy caro después, porque fue en Londres donde sentí debilitarse mortalmente la planta humana que hay en cada uno de nosotros y sobre la cual nuestro espíritu apenas reposa, como el pájaro en la más alta rama: sus raíces físicas y morales necesitaban del suelo en que ella se había formado; sus hojas, de nuestro sol. Aun así, fue a Londres donde vine a deber, años más tarde, una restitución que bien compensó aquel desfallecimiento. Fue en Londres, gracias a una concentración forzada, la cual no hubiera sido posible para mí sino en su bruma, que mi inteligencia se fijó primero sobre el enigma del destino humano y de las soluciones hasta hoy encontradas para él, e, insensiblemente, en la escondida iglesia de los jesuitas, en Farm Street, donde los vibrantes latigazos del padre Gallwey me hicieron sentir que mi anestesia religiosa no era completa, después en el Oratorio de Brompton, respirando aquella pura y diáfana atmósfera espiritual impregnada del aliento de Faber y de Newman, pude reunir en mi corazón los fragmentos quebrados de la cruz y con ella recomponer los sentimientos olvidados de la infancia.

XI / 32, GROSVENOR GARDENS

HABLÉ DE Londres, como si fuese para mí la ciudad única, porque Londres reunió en una sola impresión las sensaciones diferentes que me causaron, o vinieron a causar París, Roma, Pisa, Venecia, Nueva York, Boston, Washington. Es necesario, para cada uno de esos nombres, hacer *un transporte*, de raza, clima, arte, pasado, para que se tenga la impresión inglesa equivalente; sin embargo, yo pretendo haber tenido de Londres la sensación de vida suprema que se tiene en París, de encantamiento que se tiene en Roma o Florencia, de muerte radiante que se tiene en Pisa, de poder marítimo y solidez aristocrática que se tiene en Venecia, de opulencia, juventud y belleza humana que se tiene en Nueva York, de silencio, distinción intelectual que se tiene en Boston, de instituciones civiles indestructibles y gigantescas que se tiene en Washington frente al Capitolio. Todo eso transportado, ya lo dije, haciéndose, por ejemplo, la reducción de la impresión del Forum por la Torre de Londres, o del catolicismo para el protestantismo, como si fuera del Papa para el arzobispo de Cantuaria, o del Vaticano para Lambeth Palace.

No pertenezco al número de los solitarios, de los fuertes, que se bastan a sí mismos y pueden vivir consigo sólo de arte, de historia, de paisaje, de pensamiento. Londres con su grandeza, su Imperio, sus vastos horizontes interiores, sus estatuas, su friso del Partenón, sus toros alados de Asiria, sus tarjetas de Rafael, hubiera sido para mí una soledad asfixiante, si yo no hubiese encontrado en medio de ella un círculo íntimo donde descansar la imaginación de la acuidad, de la plenitud de todas aquellas impresiones. Sin un mediador plástico, yo no me hubiera quedado allí, a pesar de todas mis afinidades. Si yo tuviese que definir la felicidad, diría que es la admiración, el sentimiento de lo que es bello en tanto participación con las cosas que son armónicas para nosotros. El eslabón de unión fue para mí 32, Grosvenor Gardens.

No tengo espacio en estas páginas para colocar los retratos del dueño y de la dueña de la casa. Diré tan sólo del primero, en sus ropas de doctor de Oxford, que su molde diplomático está para Brasil tan irreparablemente perdido como para Venecia el de sus embajadores de los siglos XVI y XVII. De la baronesa de Penedo es suficiente con dar este trazo; viviendo durante más de treinta años con la Corte y la sociedad inglesa, ella jamás puso en segundo plano sus amistades aun las más humildes y ejerció siempre la hospitalidad de su *mansión* en Londres a la buena moda de nuestro país, con la más igualitaria afeblidad para todos, lo que bien demuestra la altivez de raza de una Andrada.

Entre los íntimos de Grosvenor Gardens yo venía de encontrar a Rancés, marqués de la Casa la Iglesia, el más bello hombre de su tiempo, que no sé si no habrá fundado, en expiación de su perfil, alguna trapa en Andalucía; el marqués Fortunato, que representaba la realza extinguida de Nápoles tan fielmente como si Francisco II aún habitase Capodimonte; el viejo John Samuel, que nos contaba historias del viejo Brasil, habiendo vivido y dirigido la moda de Rio de Janeiro en el tiempo de Pedro I; otro viejo, Saraiva, el diccionario portugués de Londres, verano e invierno con un abrigo que le caía hasta los pies, la enorme barba descuidada, la piel tallada como en un retablo español, con un montón de libros bajo el brazo y en cada bolsillo, primero y último amigo de don Miguel en Inglaterra, y desde 1834 se consolaba del destierro, de la pobreza, del frío de Londres con sus libros antiguos y sus oyentes.

Allí encontré también a Mr. Clark, el famoso corresponsal del *Jornal do Comércio*, a quien reemplacé después, la *bête noire* de Zacarías, uno de esos *old gentlemen* que Inglaterra puede enviar al extranjero, con certificado, como espécimen nacional, porque nada de lo que es esencialmente inglés, perfil, carácter, tradición, manera, prejuicio, *humour*, orgullo insular, dejaría de estar representado en ellos; Pellegrini, el caricaturista de *Vanity Fair*, uno de los artistas napolitanos que invadieron con su

locuacidad alegre, su risa comunicativa, su mímica irresistible, la fría y reservada sociedad inglesa y se posesionaron de ella.

Debo citar también a Mr. Youle. Este hace cincuenta años sirve en Londres de apoderado de sus amigos de Brasil y de Portugal; hospeda a todos, los agasaja, los llena de obsequios, tórnase la molestia de ir hasta Alemania por un muchacho a quien el padre quiere colocar en una casa de Hamburgo; tomando el tren de Calais, no bien acaba de llegar de Escocia o de Manchester, para dejar en el Sacré Coeur de París a una niña que no quiere seguir en Rohampton; se va a Lisboa, y, si es necesario, a Madeira para acompañar a un enfermo que huye del invierno inglés; siempre listo, incansable en sus funciones de proveedor de brasileños y portugueses en Inglaterra, hace medio siglo, y además de eso es el oráculo en la City, en los grandes bancos, cuando se trata de intereses comerciales de los dos países.

Esos eran algunos de los íntimos de 1874-1876, período al que hago referencia, sin contar los brasileños que allí se sentían como en Brasil. En períodos anteriores sé que estos fueron entre otros Musurús Pachá y el infante don Juan, padre de Don Carlos de España; Dr. Gueneau de Mussy, médico fiel de la familia de Orléans desterrada, y el republicano Dupont, proscrito del Imperio, compañero de Ledru-Rollin y de Louis Blanc, el viejo barón Leonel de Rothschild, el marqués de Labradío, modelo de esa distinción y urbanidad portuguesa que parece perfeccionarse sobre la de todas las otras aristocracias.

La Misión Diplomática de Brasil estaba en aquel tiempo en su mejor momento; pertenecía al número de casas que tenían el privilegio de recibir a la realeza, es decir, el príncipe y la princesa de Gales. Muchos argumentos me fueron dados en la juventud a favor de la Monarquía; sin embargo, ninguno tuvo para mí, la fuerza persuasiva, la evidencia, de estos dos, uno que me fue formulado en el Pincio, otro que me fue formulado en Hyde Park: la princesa Margarita de Savoya y la princesa de Gales. A los republicanos de buena fe estética —deje-

mos de lado a los bárbaros y a los anacoretas— yo no quisiera presentar otros. La monarquía moderna haría bien para sostenerse en promulgar la ley sálica en sentido contrario, es decir, en neutralizar aún más el poder neutro, estableciendo la realeza exclusiva de las mujeres. Eso sería hacer política experimental, la cual no se basaría solamente en el espléndido y pacífico jubileo de la reina Victoria y en la calma relativa en tiempos crueles para la España de la regencia de doña María Cristina, sino en el profundo interés de las masas por los dramas en que la primera figura es una mujer. La entrada triunfal en París de los restos de Napoleón no hará nunca un cuadro como lo que Tácito nos dejó del Campo de Marte, en el “*día maravilloso*” en que fueron depositadas en la tumba de Augusto las cenizas de Germánico traídas por Agripina. Si al prestigio de la posición en la mujer se alía la brillantez de la juventud y de la belleza, se puede decir que ella tiene, en el centro, una varita mágica. La hermosura de las reinas tiene, cuando es perfecta, un reflejo suyo, exclusivo, combinación de bondad y soberanía, de encanto personal y grandeza nacional, de dependencia, de temor incluso, del Destino, y protección y amparo para los que se acogen bajo su manto, que forma la doble proyección, ascendente y descendente del pueblo hacia el trono y del trono hacia el pueblo, que en el orden espiritual hizo que la Reina de los Ángeles se comparara a sí misma con el arcoiris. Además de la familia real de Inglaterra y de la alta sociedad de Belgravia y Mayfair que la rodea, venían a la Embajada príncipes extranjeros reinantes o destronados, como ese joven príncipe imperial, muerto por una azagaya en Cafraria, y cuya muerte, tan sin gloria que parece predestinada, me hace siempre recordar la de Saldanha en Campo Osorio⁸.

8. Luis Felipe Saldanha da Gama hizo carrera en la Marina, llegando a almirante y fue director de la Escuela Naval. Tenía rasgos aristocráticos que le aproximaban a Nabuco, quien lo retrata en *A intervenção estrangeira durante a revolta de 1896* (*La intervención extranjera durante la rebelión de 1896*), libro escrito con pasión. Es enérgico al narrar la represión de los legalistas en la victoria

Era para tal sociedad que el famoso Cortais, inspirándose en las glorias de los grandes cocineros, formaba el cortejo de sus platos arquitectónicos, verdaderas obras maestras con las cuales después pretendió, según me dijeron, arruinar a la Corona de Italia. Escuché también que él, siguiendo aún en eso las tradiciones de los maestros del arte, mostrara una vez su reconocimiento sirviendo en uno de los banquetes del Quirinal una composición suya inscrita en una tarjeta real *—a la Penedo*. En aquel día el diplomático brasileño debió haber dicho como Chateaubriand, cuando dieran su nombre a un *breakfast*: *Ahora, sí, ya no puedo morir*.

Una de esas representaciones de monsieur Cortais ante las cabezas coronadas con toda la escenificación que la misma reclamaba, incluso el grupo de *bellezas profesionales* de la alta sociedad inglesa, no podía dejar de borrar completamente en el espíritu de un joven agregado brasileño de una Misión Diplomática el prestigio, si lo conservaban, de las decapitaciones reales de la Convención o de Whitehall.

No me tomen por un sibarita, porque me incliné ante un gran *chef* como ante un artista. *Il en faudrait au moins un à l'Institut*, decía Talleyrand. Entre el festín de Trimalción y un *menú* compuesto por un estilista francés, hay, como entre la danza de las almeas y el minuet, la larga distancia de la civilización que separa la sensualidad de la elegancia.

De todos los sentidos es realmente el paladar el menos intelectualizable, el que admite un menor grado de ascetismo. Incluso la copa de *bouillon* servida a madame de Maintenon en Saint-Cyr o la taza de té negro que reconforta a la reina Victoria en la terraza de Osborne es siempre un goce material; no puede sufrir el cambio por el que pasa hasta que el aroma de las rosas y de las viole-

.../ contra los seguidores de la llamada Revolución Federalista en el Sur. El gobierno de Floriano, contra quien se realizó la rebelión, estaba concluido cuando Saldanha da Gama, quien viajó al Sur, es preso y ejecutado, en 1895, en Campo de los Osorios. La muerte del amigo es descrita en tono acongojado.

tas no se vuelva sino una simple nostalgia. El idealismo del cual es susceptible la cocina artística se revela no en el que su objetivo principal sea el sabor; su ambición sería dejar en el paladar una sensación vaga, leve, inmaterial, casi un perfume, como la del buqué del vino, a la vista, no obstante, la impresión duradera de un cuadro, de una naturaleza muerta pintada por un maestro. ¡Sin embargo, qué ingrato colorido, el de sus mojos, de sus cremas nevadas, de sus gelatinas y *primeurs*!

Hay, empero, poesía real, verdadera, en el alimento sano, natural, patrio; hay sentimiento, tradición, culto de familia, religión, en el plato doméstico, en la fruta o en el vino del país. A nosotros, del norte de Brasil, criados en ingenios de azúcar, el aroma que emana de las grandes calderas de miel nos embriaga toda la vida con la atmósfera de la infancia. Y así como hay poesía en la cocina de cada país, hay un *quid* de arte en la cocina ornamental, cocina refinada, que busca elevarse por el diseño y por la forma hasta el motivo del banquete —y hacer historia, hacer política...

El lector me perdonará la confesión, pero yo no debía callar en mi formación política la influencia mundana extranjera, la influencia aristocrática, artística, suntuaria que describí. Así como la noté en un banquete real en Grosvenor Gardens, podría notarla en un baile de los Astors en Nueva York; es la misma impresión de una tarde de desfiles en la Villa Borghese, de una mañana de *drawing room* en Londres, del gran día de carreras en Ascot; la misma del jubileo de la reina en Westminster y del jubileo de León XIII en el Vaticano. No puedo negar que sufrí el magnetismo de la realeza, de la aristocracia, de la fortuna, de la belleza, como sentí el de la inteligencia y de la gloria; pero, felizmente nunca los sentí sin la reacción correspondiente; no los sentí incluso, al perder de todo la conciencia de alguna cosa superior, el sufrimiento humano, y por eso no hice sino pasar por la sociedad que me fascinaba y cambié la vida diplomática por la de defensor de los esclavos.

Sin embargo éste es el hecho: si yo fuese solamente capaz de la impresión política, social, la esclavitud, la

oligarquía de los partidos, y mi falsa comprensión del papel del Emperador y de la función monárquica, me hubieran tal vez, después de la muerte de mi padre, hecho quemar mi Bagehot y alistarme bajo la bandera norteamericana. Si, por otro lado, en el momento de que dependía mi carrera, yo hubiese tenido exclusivamente la impresión del arte, me hubiera, quién sabe, inclinado en política hacia la República. Es así como explica en Portugal el republicanismo de Ramalho Ortigão, Bordalo Pinheiro, Oliveira Martins, en sus inicios: como una rebelión contra el carácter antiestético de la institución, del reinado en que florecieron; es así como explicó entre nosotros el republicanismo de Castro Alves, de Ferreira de Meneses, de mi Pedro de Meireles, de Salvador de Mendonça, de Quintino Bocaiúva, de Lafayette Rodrigues Pereira, de Pedro Luís, y otros. Lo que me impidió ser republicano en la juventud, fue muy probablemente haber sido sensible a la impresión aristocrática de la vida.

XII / LA INFLUENCIA INGLESA

LA IMPRESIÓN mundana, aristocrática, era para mí una influencia política puramente negativa, como lo fuera la impresión artística de Italia o la impresión literaria de París. El efecto de la sociedad, como de las artes y de las letras, no era otro sino el de impedir el desarrollo del germen revolucionario que las lecturas francesas de los veinte años habían dejado en mi espíritu. Sin aquellas influencias, entregado a mis propios impulsos, del mismo modo que mi liberalismo innato degeneró en radicalismo —lo cual fue para mí un puro fenómeno de estagnación en un espacio político cerrado— el radicalismo habría degenerado en republicanismo.

Un distinguido escritor, a quien siempre encuentro en la *Revista Brasileira*, el Dr. Pedro Tavares, de ese tipo de republicanos a quienes llamaré *prematuros*, más de una vez me ha recriminado lo que él llama el desvío de mi evolución política. Para él el liberalismo se desarrolla, se completa, termina, naturalmente, por el republicanismo. ¿Sin embargo, tendrá él la seguridad de que Mirabeau, si viviese, figuraría en la Convención? La crítica es la misma que se hubiera hecho, por ejemplo, a Lafayette, por no haber abrazado a la República en Francia después de haber ayudado a fundarla en América. El hecho es que en el republicanismo, hablo del sincero, del verdadero, hay un ideal, pero hay también un resentimiento de las posiciones ajenas, como en el socialismo, en el comunismo, en el anarquismo hay ideal, pero hay también envidia, y de ésta parte, casi siempre, el impulso revolucionario.

Sin las influencias *negativas* de la imaginación, tal vez yo hubiese sido llevado hacia la República, como tantos que después se arrepintieron; aquellas influencias me contuvieron solamente porque me desviaron, o me distrajeron de la política. Sin embargo, yo era por naturaleza de temperamento político. Tarde o temprano, la política volvería a seducirme, y sólo una influencia positiva,

al crear en mí una segunda naturaleza y cambiar mi temperamento en sus tendencias absolutas, radicales, podría volverme monárquico de razón y de sentimiento, como me volví. Esa influencia fue el contagiarme del espíritu inglés, de lo que pude apropiarme de él.

Mi paso por Inglaterra me dejó la convicción, que después se confirmó en Estados Unidos, de que sólo hay en el mundo, un *gran* país libre, inquebrantable y permanente. Suiza es un país libre, pero es un pequeño país; los Estados Unidos son un gran país, pero en él, sin hablar de su justicia, de la ley de Lynch, que está en su sangre, de las abstenciones en masa de la mejor gente, de la falta de definición en la cual cayó su política, una población de siete millones, toda la raza de color, para la cual la igualdad civil, la protección de la ley, los derechos constitucionales, son continuas y peligrosas celadas. Francia es un gran país y un país libre, pero sin el espíritu de la libertad arraigado, sujeto siempre a las crisis de las revoluciones y de la gloria.

Lo que deja tan honda impresión en Inglaterra es, ante todo, el gobierno de la Cámara de los Comunes: la susceptibilidad de aquel aparato, aun frente a las más ligeras oscilaciones del sentimiento público, la rapidez de sus movimientos y la fuerza, en reposo, de reserva, que él concentra. Pero, aún más que la Cámara de los Comunes, es la autoridad de los jueces. Solamente en Inglaterra, se puede decir, que hay jueces. En Estados Unidos la ley puede ser más fuerte que el poder; es esto lo que le da a la Corte Suprema de Washington el prestigio de primer tribunal del mundo, pero sólo hay un país en el mundo en que el juez es más fuerte que los poderosos: en Inglaterra. El juez sobrelleva a la familia real, a la aristocracia, al dinero, y, lo que es más importante, a los partidos, a la prensa, a la opinión; no tiene el primer lugar en el Estado, pero lo tiene en la sociedad. El cochero y el *groom* saben que son criados de servicio, pero no recelan abusos ni violencia por parte de quienes les emplean. A pesar de sus siglos de nobleza, de sus residencias históricas, de su riqueza y posición social, el marqués de Salisbury

y el duque de Westminster saben que frente al juez son iguales al más humilde de su servidumbre. Esta es, según mi punto de vista, la más grande impresión de libertad que me queda de Inglaterra. El sentimiento de igualdad de derechos, o de personas, en la más extrema desigualdad de fortuna y condición, es el fondo de la dignidad anglosajona.

Con excepción de esa idea de justicia, que se fue formando y creciendo dentro de mí, en la medida que yo leía en el *Times* la sección de los tribunales, curso práctico de libertad que no se compara con ningún otro, puedo decir que en Inglaterra no hice sino verificar por mí mismo la exactitud, la penetración, la agudeza de espíritu de Bagehot. Su pequeño libro, cotejado con lo que yo veía, oía y sabía, se explicaba, se volvía claro, sensible, palpitante en lo que antes era obscuro, indiferente; me hacía comprender el mecanismo del cual él formulara la teoría: pasaba a ser para mí, en derecho constitucional, un verdadero evangelio. Una cosa era haber asimilado aquellas ideas luego que saliera de la Academia y otra ver funcionar el propio sistema, recibir la impresión viva de lo que solamente aprendiera o memorizara.

Esa doble influencia del gobierno inglés y de la libertad inglesa era, por su naturaleza, monárquica. No podía dejar de inclinarme interiormente a la monarquía, a la idea de que el gobierno más libre del mundo era un gobierno monárquico. Aún así un extranjero inteligente no sería en su país cien por ciento monarquista solamente porque el gobierno llegó en Inglaterra a un grado mayor de perfección que en los Estados Unidos, que, tomaron la forma republicana. Desde que en Brasil no teníamos los elementos históricos, que la libertad inglesa supone, y no queriendo cometer el error más grande que alguien pueda cometer en política —copiar de sociedades diferentes instituciones que *crecieron*— yo no podía repeler la República en Brasil solamente por admirar la monarquía inglesa de preferencia a la constitución americana. Era necesario algo más en relación a la forma de gobierno, para que yo no me dejara arrastrar.

El cambio, o mejor, la modificación del ideal político que sufrí en Inglaterra era, aún, los preliminares, la preparación para la impenetrabilidad que ofrecí después a la aspiración republicana. Hasta entonces, la forma republicana me pareció superior a la monárquica por el lado de la dignidad humana. Fue en Inglaterra donde sentí que solamente en la monarquía nuestra raza alcanzó el mismo punto de altivez moral. Con el privilegio dinástico, que también mi radicalismo rechazaba, yo ahora lo veía bien, no se hacía en el siglo XIX sino aprovechar la tradición nacional más antigua y más gloriosa para neutralizar la primera posición del Estado. La concepción monárquica era esta: la del gobierno en el que el puesto más elevado de la jerarquía queda fuera de competencia. Era una concepción sencilla como la de la balanza, como la del eje. Ningún derecho cambió tanto en el decurso de este siglo en Occidente como el derecho real, que de divino pasó a ser puramente histórico, de activo pasó a ser pasivo. El rey de Inglaterra, si quiere influir en la política con sus ideas propias y su iniciativa, debe primero abdicar y –si la hipótesis es admisible– hacerse elegir a la Cámara de los Comunes o tomar la dirección de la Casa de los Loes. Entre el Zar y la reina Victoria la diferencia de autoridad es infinitamente más grande que entre la reina Victoria y el presidente de los Estados Unidos. El gobierno personal es posible en la Casa Blanca; es imposible en Windsor Castle.

El llamado privilegio es así un cargo honorífico, una tradición nacional, una conveniencia pública, casi una fórmula algebraica de equilibrio de fuerzas, de conservación de energía, de moto continuo. Es tan absurdo que alguien se resienta en su dignidad por la existencia de ese punto fijo en el sistema político, como lo sería resentirse por la existencia del eje de la Tierra o de la estrella Polar. Para muchos es imposible dejar de ver en el hombre o la mujer que ocupa el trono, el accidente, la persona, para ver la función, la existencia tradicional, la ley del movimiento político. De esos se puede decir que son deficientes en imaginación simbólica; pero, al desaparecer el

simbolismo, podemos tener la seguridad de que desaparecerá también el ideal en la religión, en la poesía, en el arte, en la sociedad, en el Estado.

La monarquía constitucional era para mí la más elevada de las formas de gobierno: la ausencia de unidad, de permanencia, de continuidad en el gobierno, que es para muchos la superioridad republicana, se convertía en señal de inferioridad. Ese ideal republicano, de un Estado en que todos puedan competir desde el colegio para la primera dignidad, pasaba a ser a mis ojos una utopía sin atractivo, el paraíso de los ambiciosos, especie de hospicio en el que sólo se conociese la locura de la grandeza. No era ciertamente este el término de la evolución humana, por lo cual rezamos todos los días, cuando repetimos el *adveniat regnum tuum*. Desistir de la idea monárquica no es tan fácil como parece. *Incluso el sistema planetario es monárquico*, dice Schopenhauer. El Universo es la monarquía por excelencia. En lugar de *Cosmos*, Humboldt podía haber dado a su libro el título *De Monarchia*. La idea central del Infinito, es decir, de Dios, no podía dejar de ser en toda la esfera de la inteligencia y de la actividad humana el verdadero ideal. Hasta hoy la fuerza transformada en derecho y en tradición es el génesis del ideal monárquico; un día él saldrá de la ciencia, de la inteligencia, de la virtud, de la santidad. El ideal humano, todo él, toda la estética religiosa, social, artística, podemos estar seguros, está completo en la línea: “Y Dios creó el hombre a su imagen”.

Yo encontraba republicanismo en Inglaterra en espíritus de primer orden; había republicanismo, más o menos consciente, en Spencer, en Mill, en Bagehot, en Bright, en Morley, en George Eliot, en G. Henry Lewes, mas era republicanismo *sine die* conservado en el sentimiento monárquico, para impedir que se corrompiera. Inglaterra no sería la nación libre que es si no tuviese en su carácter una fibra que impide la veneración dinástica de degenerarse en superstición, la *loyalty* de volverse servilismo... En el corazón inglés la fidelidad a la Cámara de los Comunes precede la fidelidad a la Realeza, y de

esa regla no se exceptúa ni la propia dinastía, que siente como la nación. Ese fondo de republicanismo, latente, hasta olvidado, pero que la menor provocación haría resucitar como bajo los Stuarts, lejos de ser incompatible con el monarquismo, es lo que lo conserva, restringiendo, reduciendo el poder real a la función que tiene hoy, puramente moderadora y, sólo raras veces, provisionalmente arbitral. Ese republicanismo no impedirá –por lo contrario– a los que lo tienen en reserva, inclinarse ante la Reina y defender la integridad de su prerrogativa desvanecida.

Sin embargo, como dije, no me bastaría ese profundo cambio del ideal político para impedirme acompañar el movimiento republicano entre nosotros, dadas ciertas contingencias. Yo podía ser monarquista de ideal y juzgar a la República, en un momento dado, como el mejor gobierno factible, como se puede ser republicano de ideal –y muchos lo son en la propia Inglaterra– y hacer de la monarquía su *noli me tangere*. Además de eso, podría dejar arrastrarme por una corriente de entusiasmo, por una solidaridad de partido, por amistades políticas, o, incluso por algún interés que supiera disfrazarse e insinuármeme en mi espíritu –en forma de sacrificio a la causa pública. Las ideas para los espíritus que contemplan los lados opuestos de las cosas, todo lo que tienen de bueno y de malo, son pobres, frágiles, antemurales. Es necesario, para sostener la fe política, más que la lucidez de la inteligencia; que no exista un sentimiento que interese al corazón, o una especie de punto de honor que se imponga al carácter, es indispensable un espíritu uniforme de conducta, una regla cierta de dirección. En mi caso particular, lo que me excusó de la ilusión republicana fue tan sólo un toque del espíritu inglés.

XIII / EL ESPÍRITU INGLÉS

SIN ÉL la convicción de la superioridad de tipo político de Inglaterra no hubiera sido suficiente. En cuanto a la sensibilidad aristocrática de la vida, de la que también hablé, esa, en el combate de los partidos, no hubiera resistido al primer choque. Lo que entiendo por espíritu inglés en este caso es la norma tácita de conducta a la cual toda Inglaterra parece obedecer, el centro de inspiración moral que gobierna todos sus movimientos. Vi muy poco de Inglaterra, siento decirlo, pero vi pedazos que casi me impiden querer ver el resto, excepto Oxford, cuyo lugar lo tengo vacío en mi galería interior, en la espera de su pequeño cuadro. Vi, por ejemplo, Cantuaria, y tengo en el pensamiento la calma, el silencio, la grandeza de aquella imponente masa recogida en sí misma. Vi, en la semana de Cowes, Southampton y la isla de Wight, pequeña sombra de Inglaterra en el mar, sombra coloreada, movable y alegre. Fui en carruaje —¿podrá haber un día más completo de romance?— de Stratford-on-Avon, atravesando Warwick, a Kenilworth. Pasé días a la orilla del Támesis, entre Windsor y Henley, y creo haber tenido reminiscencias del paraíso terrenal. Es realmente la viñeta más perfecta que se podía imprimir al margen del Capítulo II, v. 10, del Génesis: “De este lugar de delicias salía un rayo que regaba el paraíso”. Por todas partes la impresión que tuve de Inglaterra fue la misma: ruinas cubiertas de hiedra, antiguos grabados expuestos en Pall Mall, campos de trigo segados, castillos recortados en medio de parques boscosos, viejas posadas a la orilla del camino, botes anclados en la arboleda de Cliveden, grandes transatlánticos en los muelles de Southampton, siempre la misma impresión, el sello inglés estampado en todo. La sensación fue la misma para mí de Inglaterra, vista desde adentro, en la seguridad de sus recursos, y vista desde afuera, inatacable en sus altos *cliffs* blancos, a cuyos pies el mar se abre como en una trinchera.

Sin embargo, es tan sólo en su aspecto político que en este momento considero el espíritu inglés, y, de modo aún más restringido, como él se manifiesta en los movimientos reformadores, la influencia que tiene sobre los espíritus innovadores. Políticamente, el espíritu inglés se puede descomponer en espíritu de tradición, en espíritu de realidad, en espíritu de ganancia, en espíritu de fuerza y generosidad, en espíritu de progreso y mejoramiento, en espíritu de ideal: supremacía anglosajona y supremacía cristiana en el mundo.

La veneración imprime en Inglaterra a los precedentes una autoridad casi sagrada, y quita, a todo lo que tiene carácter histórico o función nacional, el aspecto individual en el que se fija la vista de otros pueblos. La reina Victoria es más que una *augusta* cuya imagen cada familia venera, en su *lararium* interior; es la realeza normanda, Plantagenet, Tudor. Así como la Reina, la Constitución. Ésta no es más que un poder en causa propia, dado por la nación inglesa a la Cámara de los Comunes, y aun así, un mandato del que nunca se vio el instrumento. Ningún gran legalista lo redactó, ningún hombre de Estado lo ideó: se formó espontáneamente, como la lengua inglesa, la arquitectura perpendicular, los cantos de la *nursery*. La tradición, como base del temperamento nacional, produce en el inglés la facultad de admirar la masa histórica de una institución, como el arquitecto admira la grandeza y el detalle de una catedral gótica. Para el inglés, si la libertad es el gran atributo del hombre, si él la siente como el desarrollo de la personalidad, el orden es la verdadera arquitectura social. Él comprende y penetra la grandeza del sistema que se perpetúa más que la de las revoluciones, al contrario del latino, que puede vivir y ser feliz en un suelo político oscilante, sujeto a continuos terremotos. De ahí, para él el amor por la ley y la simpatía, interés, incluso cariño, por la autoridad encargada de ejecutarla; de ahí, también, el prestigio del juez, la popularidad de las sentencias que aterrorizan al criminal, al contrario de las facilidades que éste encuentra en los países donde decae el instinto de conservación.

Si en una organización así formada existe, al lado de esa casi superstición de la costumbre, el espíritu de perfeccionamiento y de progreso, lo que resulta es que las reformas, los cambios serán gobernados por algunas reglas elementales. Una de éstas será conservar de lo existente, todo lo que no sea obstáculo invencible al mejoramiento indispensable; otra, que el mejoramiento justifique —y para justificar no basta sólo con compensar— el sacrificio de la tradición, o del prejuicio que lo embarga; otra regla es respetar lo inútil que tenga el cuño de una época, demoler sólo lo perjudicial; otra, reemplazar todo lo que sea posible provisionalmente, dejando al tiempo la incumbencia de experimentar el nuevo material o la nueva forma, para consagrarlo o rechazarlo; una última, ésta rara y extrema, será reformar en el sentido original de la institución, lo más antiguo, buscando el trazado primitivo. De esas reglas resulta el deber de demoler con el mismo amor y cuidado que otras épocas edificaron. Ningún explosivo es legítimo, porque la acción no puede ser de antemano conocida; es necesario demoler a nivel y compás, retirando piedra por piedra, como fueron colocadas.

Sin embargo, lo que dirige el espíritu del progreso es el espíritu de la realidad, espíritu práctico, positivo, que se manifiesta por el rechazo de todo lo que sea teórico, *a priori*, tentativo, lógico, o que aspire a la perfección, a la finalidad, a la uniformidad, a la simetría. A ese espíritu corresponde, en el orden político, la idea de crecimiento: las instituciones tienen su hábitat como las plantas, sus latitudes y terrenos propios, condiciones especiales de aclimatación, obstáculos y peligros de transplatación. No basta que la reforma sea indicada por la experiencia, basada en una fuerte verosimilitud; es necesario que tenga afinidad con las otras instituciones. Ese espíritu práctico, positivo, es la experiencia del utilitarismo, del espíritu de crear y acumular riqueza, característico de la raza. El utilitarismo se manifiesta en que las reformas deben tener una ventaja económica, por lo menos indirecta, y se justifica por algoritmos. Pero, al lado de la corriente utilitaria, hay la corriente imaginativa o de ideal, moral, nacional, religiosa.

La virilidad impone al reformador no hacer víctimas sustitutivas responsabilizando a individuos o instituciones por los errores comunes de la sociedad, no lavar las manos como Pilatos ante las injusticias de la multitud, no preferir al débil para sobre él descargar el golpe, en una palabra, el *fair-play*. El patriotismo manda no consentir que el espíritu de partido suplante al de responsabilidad hacia el país. Sin embargo, en Inglaterra lo que alimenta, renueva y purifica el patriotismo es otra especie de responsabilidad: la del hombre hacia Dios. Sólo cuando el orgullo británico y la conciencia cristiana se estremecen juntos y se unen en una misma causa, es cuando el sentimiento inglés desarrolla su máxima energía. La inspiración de la vida pública en Inglaterra viene en gran parte de la Biblia. La política y la religión sienten que tendrán siempre mucho que hacer en común, que una y otra tienen el mismo objetivo práctico —elevar la condición moral del hombre, y el efecto de ese último y, tal vez, el principal elemento del espíritu inglés, en relación a las reformas, es hacer que el argumento moral prevalezca sobre el argumento utilitario.

Si se toma al espíritu inglés, como vengo de delinear, ¿qué inspirará él en Inglaterra a los republicanos de ideal, que se subordinen, no obstante, como individuos, a la conciencia colectiva, al instinto nacional? Hay una página interesante en *On Compromise*, libro típico de casuística intelectual inglesa, escrito por John Morley. Esa página es la mejor ilustración de lo que dije antes sobre el republicanismo que puede existir por debajo del sentimiento monárquico, incluso para proporcionarle vida y calor. En él figura un inglés convencido de que la Monarquía, aunque simplemente decorativa, tiende a engendrar hábitos sociales degradantes. El deber de ese republicano será dejar a un lado la Monarquía y abstenerse de todos los actos, en público y en privado, que puedan, aunque sea remotamente, alimentar el espíritu de servilismo. “Tal política no interfiere, nos dice Mr. Morley, con las ventajas que se dice tiene la Monarquía, y posee el efecto de hacer sus supuestas desventajas tan poco perjudiciales como sea posible...”

De ese espíritu inglés yo dije que tuve apenas un toque. Empero, en la cuestión de la abolición, no me desvié de él. La abolición era una reforma que el espíritu inglés antepone a todas las demás sobre todo orden de sentimiento. Si la abolición se hizo entre nosotros sin indemnización, la responsabilidad no les cabe a los abolicionistas, sino al partido de la resistencia. Mi proyecto primitivo, en 1880, era la abolición en 1890 con indemnización. Si en cualquier oportunidad un ministro de la Corona llegase a las Cámaras y dijese: “La esclavitud no se puede tolerar más en Brasil, nuestro grado de civilización la repudia, y vengo a pedir que decretéis la libertad inmediata de los esclavos existentes, confiriendo los recursos necesarios para la respectiva desapropiación”, ¿podría haber abolicionista que quisiese prolongar la esclavitud? Ninguno de nosotros asumiríamos la odiosa responsabilidad. No obstante, ese hombre no surgió de entre los estadistas del Imperio; todos pensaban, o que la abolición arruinaría la agricultura y el crédito del país, o que Brasil no era lo suficientemente rico para pagar la libertad moral de su territorio. Podría haber abolicionistas contrarios a la indemnización; de hecho, los hubo; ¿pero podían ellos, por casualidad, votar jamás contra una ley de abolición inmediata? La responsabilidad recayó entonces en los partidos, que se comprometieron por la agricultura a resistir al movimiento, y que hubiesen, desde su punto de vista, hecho mejor apostando sobre el futuro y liberando los esclavos, cuando el principio de la no indemnización aún no había triunfado en el proyecto de Dantas y en la segunda ley del 28 de septiembre. Esa intuición sólo la tuvo mi querido amigo José Caetano de Andrade Pinto en el Consejo de Estado; sin embargo, no le dieron valor. En relación a la ley del 13 de mayo debo decir que en 1888 era tarde para que se pleiteara la equidad de la desapropiación ante un movimiento triunfador, cuando ya la mayoría de los esclavos tenía su carta de libertad y el resto había huido, después, sobre todo, de estar consagrado por ley el principio de que la esclavitud era una propiedad anómala, a la que el legislador marcaba sin cargo para el Estado el plazo de duración que quisiese.

En relación a la monarquía de Brasil aquel toque del espíritu inglés fue suficiente para que yo me trazara una línea de la cual no podría apartarme, aunque quisiera. Era un punto de honor intelectual, un caso de conciencia patriótica definitivamente resuelto en mi espíritu, a los veintitrés años. Suprimir la monarquía que teníamos, quedó claro para mí desde entonces, era una política a la cual no podría nunca asociarme; yo no podría desterrar, deportar al Emperador, como no podría lanzar al mar a un niño, o incendiar la Santa Casa. Romper el lazo, tal vez providencial, que ligaba la historia de Brasil a la monarquía, me era moralmente tan imposible, como me sería en el caso de Calabar entregar Pernambuco por mis propias manos al extranjero. Me faltarían fuerzas para una intervención de esas en el destino de mi país. Sería atraer sobre mí un golpe de parálisis, herirme yo mismo de muerte moral. Mi coraje retrocedía ante la línea misteriosa del Inconsciente Nacional. Brasil había tomado la forma monárquica, yo no la alteraría.

Lo que vi de los Estados Unidos no hizo sino grabar más hondamente la impresión monárquica que llevaba de Inglaterra. Fue una segunda llave, de seguridad, que cerró en mi pensamiento la puerta que nunca más se debía abrir. El espíritu político americano, con ciertas modalidades que no quiero despreciar, pero que me parecen secundarias, es una variante del espíritu inglés, que merece más bien ser llamado espíritu anglosajón, porque es un espíritu común de raza, de la gran familia humana, superior a formas y accidentes de instituciones.

XIV / NUEVA YORK (1876-1877)

TAL VEZ la mejor manera de mostrar lo que le debo a los Estados Unidos, sea reproducir las páginas de mi diario de 1876-1877. Llegué poco tiempo después de la visita del Emperador; y de ese modo pude recoger el eco de la impresión dejada por él. El año que pasé en la gran República coincidió con uno de sus momentos políticos más interesantes, porque fue el de la elección de Tilden. Como es sabido, los demócratas ganaron las elecciones de 1876, pero las juntas escrutadoras republicanas de algunos estados del Sur manipularon las actas de forma de darle mayoría a los electores de su partido. Ambos bandos reclamaban la victoria, y, como la Cámara de Representantes era demócrata y el Senado republicano, la perspectiva era que el Congreso no llegaría a un acuerdo hasta marzo, y que los Estados Unidos iban a tener dos presidentes con todas las probabilidades de una guerra civil. El espíritu práctico, el espíritu de transacción de la raza anglosajona intervino, y las dos casas del Congreso concordaron en entregar el juicio a una comisión especial, compuesta por miembros de cada una de ellas y del Supremo Tribunal. La diferencia entre Inglaterra y Estados Unidos no puede ser mejor presentada que en ese caso: la resolución americana fue como la inglesa, el acuerdo en lugar de la guerra civil de los países latinos, pero en Estados Unidos, al contrario de Inglaterra, la comisión no se elevó por encima del espíritu de facción, las votaciones fueron todas estrictamente partidistas, lo que significa que en ella figuraron cinco miembros de la Corte Suprema, que el más alto tribunal de la Unión estaba compuesto de *politicians*. Con jueces ingleses la decisión hubiera, tal vez, sido injusta, pero jamás sería parcial, dada por motivo político; no se contarían de antemano los votos de los jueces como los de los congresistas. En tan corto tiempo como tuve, ningún estudio comparativo de la educación, de la seriedad y de las costumbres políticas

de los dos países podía ser más provechoso para mí que esa campaña electoral de 1876-1877 y el desenlace que tuvo. Las cualidades y las deficiencias de la política americana estaban todas visibles y patentes en esa serie de cosas. Yo había acompañado la lucha de los partidos para la obtención de la silla presidencial con el mayor interés, cada *boss* me era conocido, como también cada figura de senador, la opinión de cada periódico importante, cada aspecto de las dos Convenciones.

Ese año electoral es realmente el momento para que el extranjero abarque por casualidad la vida política de los Estados Unidos⁹. Yo había llegado a Nueva York a tiempo para familiarizarme con las cuestiones, las alusiones, la jerga política del formidable *canvass* que se iba a desplegar y de lo cual la política de reconstrucción en el Sur sería el eje. Me interesaba el Tammany Ring, el Whiskey Ring, el cisma de los Independientes, el Civil Service Reform, el Railroad Land Grants, como me interesaba el encuentro de Gladstone con Disraeli en la cuestión del Oriente, o la lucha de Thiers con el duque de Broglie. Durante más de un año fui un verdadero americano en los Estados Unidos, como dice el proverbio “en Roma sed como los romanos”. Este era el medio para penetrar, comprender, sentir la vida política del país, si yo lo quería, y fuera este mi motivo cuando decidí ir a los Estados Unidos.

Mi diario de ese año es más un registro de pensamientos que de impresiones americanas. Hay en él muy poca política, lo que demuestra que yo vivía en una at-

9. En los capítulos en que habla sobre Estados Unidos, si revela admiración y respeto, revela también el prejuicio común entre los brasileños de su época. A pesar del amor por el país escribió: “...En el orden intelectual y moral, Estados Unidos no tiene nada que enseñar, y cierta clase de cultura no necesita para ser perfecta y completa de adquirir ningún contingente americano”. Empero como embajador, Nabuco llevó hasta el extremo la política adoptada por Rio Branco, ministro del Exterior, que pregonaba la necesidad de desvincular de Europa la política del país y aproximarla a los Estados Unidos. Se volvió el primer gran americanista de la diplomacia brasileña, con un decidido apoyo hacia la línea de la República del Norte.

mósfera diversa a la que los hombres de partido respiran, aun en el extranjero. Reproduzco algunas de esas notas para mostrar esto, o sea, que el medio norteamericano tuvo sobre mí el efecto que tiene muchas veces sobre los propios americanos, de desinteresarlos de la política, excepto como espectadores. Puedo decir que viví esos dos años, de 1876 y 1877, en la sociedad de Nueva York, donde se está tan lejos de la política americana como en Londres o en París; sin embargo el mundo exterior, que me rodeaba por todas partes, la calle, la plaza pública con sus carteles y desfiles electorales, los periódicos con escenas del Congreso y los torrentes de elocuencia de los *meetings*, no podía dejar de atraerme como todo espectáculo nacional curioso y único, además, es evidente, del interés intelectual que tenía por saber cómo un país tan grande era gobernado y dirigido, cuáles eran las fuerzas sociales e influencias morales que presidían su colosal desarrollo. Aquí están algunas notas tomadas al azar.

“22 de octubre. El discurso de Carl Schurz, pronunciado ayer en el Union League Club, expone el sentimiento republicano a mejor luz. El elemento principal de la presente campaña comienza a ser la Cuestión del Sur. Al aproximarse el 7 de noviembre ese punto de vista se hará más importante que todos los demás: La ‘camisa ensangrentada’ (*bloody-shirt*) cayó en total descrédito, pero es necesario contar con el recelo que el Sur, unido, compuesto por los antiguos estados rebeldes y donde los candidatos son todos soldados de la Confederación, pueda dominar el Norte tan temprano, después de la guerra, pasando el gobierno americano a ser representado por antiguos separatistas. Esa idea asusta a los que ponen a la Unión por encima de todo, aun cuando sea necesario reducir los Estados impenitentes a territorios sujetos al despotismo militar y entregados políticamente al dominio conjunto de los *carpet-baggers* y de los negros. Este elemento decidirá probablemente, a favor de Hayes la lucha que de otro modo sería fácil de ganar por Tilden, porque la situación del Sur en los últimos años deshonra la política americana.

“1^o de enero. Llegué a Washington, en Riggs House. Por primera vez visto el uniforme. A la Casa Blanca. Presentación al presidente, después a la casa del Secretario de Estado, Mr. Fish. La denominada dinastía Grant, la hija de Mrs. Sartoris; la nietecita recibiendo los saludos por el abuelo. Con el capitán teniente Saldanha da Gama voy a visitar a los miembros de la Corte Suprema: a través de la *terrapine* y de las *baked oysters* todo el día, hasta que en la casa del Secretario de la Marina un solemne *the reception is over!* pone fin a nuestro peregrinar de *New-Year's day*.

Yo había conocido a Saldanha en la Exposición de Filadelfia, después nos ligamos mucho en Nueva York, donde vivíamos en el mismo hotel, el Buckingham. Él se reía siempre mucho de aquel: *the reception is over!* ¡Pobre Saldanha! nacido para el mundo, para el amor, para la gloria, ¿quién pensaría, al verle en aquel tiempo en Nueva York, que su destino sería lo que fue? La esfinge de la vida que le diera, aún adolescente, uno de sus enigmas indescifrables para ser resuelto, destruyendo en él la aspiración de ser feliz, reapareció otra vez a impedirle el paso en el momento en que podía disputar la primera posición del país.

“11 de enero. En casa de Mr. John Hamilton, hijo de Alexandre Hamilton. Un hombre del pasado, orientado todo hacia él. Me dice que Brasil debe conservar durante el mayor tiempo posible su forma monárquica. Este *whig* no cree que países como los nuestros puedan permanecer unidos bajo otra forma de gobierno. Emoción al mostrarme el retrato de Luis XVI, regalo que le hicieron a su padre...

“22 de febrero. Almorcé con Mr. Marshall en el Knickerbocker Club, hoy aniversario de Washington; almorzaban Mr. Manton Marble, ex-redactor del *World*, Mr. Appleton, el gran editor, Mr. Stout, Mr. Robinson, Mr. Pell, y otros. Al *toast* hecho al emperador contesté, como todos los saludos eran humorísticos, con un ensayo de *humour*. Dije que nosotros habíamos recelado que los americanos lo atesorasen, recordando que una gran

autoridad para ellos, el general Lafayette, dijera de la monarquía constitucional: 'Aquí está la mejor de las repúblicas'. Sin embargo, como ellos habían dejado que el Emperador se fuera, yo hacía votos para que los dos países conservasen sus instituciones como una apuesta de libertad perpetua entre la monarquía y la república. En cuanto a Washington, hice una reserva a su gran obra: la de haber fundado la capital en una ciudad, sin duda muy agradable, pero hacia la cual siempre se va a duras penas, cuando se tiene que dejar Nueva York.

"2 de marzo. Hoy fui al Congreso a ver los destrozos de la víspera (Hayes fue proclamado Presidente por un voto). No hay alegría del lado republicano; del lado demócrata la decepción es grande; pero, en poco tiempo, cuando la herida haya cicatrizado y se piense en el futuro, ese partido estará contento de que hayan pasado las cosas que vimos ayer. El general Banks, antiguo *Speaker* de la Cámara, me cedió su silla en el propio recinto del Congreso (en sesión), después se vino a sentar en ella mi ministro, y fuimos presentados a diversos diputados notables, entre ellos Lamar y Garfield.

"8 de marzo. El presidente propone una enmienda constitucional, alargando el período presidencial a seis años, sin reelección. Esa enmienda es el resultado del miedo que se tiene de que las elecciones presidenciales sean tan disputadas por los dos partidos, que dividen en dos mitades al país, como lo fueron las del otoño pasado, y que los negocios cada tres años tengan un cuarto año de interrupción y de parálisis, como si todo peligrara y la anarquía o la guerra civil, tal vez la separación, pudiese seguir a una elección dudosa. Los intereses del comercio y los de la propiedad conseguirán un día alargar el plazo a seis años, y como la mayor escasez de elecciones tiende a hacerlas más reñidas, no habrá razón para que el país corra el riesgo cada seis años, que no quiere correr cada cuatro años. Así, la elección crítica del Jefe del Estado se va haciendo cada vez más espaciada, y no es imposible que la República americana se acerque tanto a las monarquías electivas, que, viendo el peligro de

esta forma, ella prefiera la tranquilidad de las largas dinastías...

“Es curioso que lo que hay más perfecto en esta democracia sea la mujer, que aquí es el ente más aristocrático del mundo.

“*2 de abril.* La idea de gobierno hoy es completamente diversa a la antigua idea de gobierno; tomemos, por ejemplo, la libertad de prensa en Estados Unidos, que representan la nueva educación política, y la censura en Rusia. Hay mucho que decir a favor de dejar el pensamiento completamente libre y sobre los inconvenientes de la represión; sin embargo, lo cierto es que se forman dos sociedades diversas por el respeto forzado a la autoridad y por el desprestigio de ella. La dificultad que hay en el camino de la tradición es que la dignidad, o la altivez personal, no quiere sacrificarse a favor de los grandes resultados morales y que los hombres se consideran todos iguales por un sentimiento que ya es indestructible. Yo ciertamente soy igual a un rey, como individuo, pero como a través del principio de la monarquía derivan muchos bienes hacia la sociedad, me sitúo en un plano inferior. Eso no es fractura de la dignidad *humana*, aunque la altivez personal tenga que *curvarse*.

“*13 de mayo.* Se dice que Tilden no reconoce a Hayes como presidente. Es el caso de que algún amigo le lea el *Críton*. Cuando Críton quiere convencer a Sócrates que debe huir para evitar una muerte injusta, Sócrates se niega con el fundamento de que la sentencia, aunque injusta, es, sin embargo, completamente legal. Si los jueces hicieron mal al pronunciarla, él haría peor al no sujetarse a las leyes de Atenas, porque el ciudadano que goza de la protección y de los derechos que le ofrece una ciudad, tiene con ella el pacto tácito de respetar sus leyes. Sócrates rehusaba la vida por ser ilegal, aunque supiera que de su huida sobrevendría más bien que mal a la democracia ateniense. ¿No debía Tilden releer ese diálogo? Injusta como fue la decisión en su contra, fue sin embargo, estrictamente legal, no en el sentido de estar ajustado al derecho, sino por ser dada por los intérpretes competentes

de la ley. A él sólo le queda convocar hacia sí y a su partido las simpatías de todos, sujetándose a la decisión proferida, a menos que ejerza su derecho de erigir contra el nuevo Presidente los fraudes por los cuales llegó al poder.

“13 de junio. Ayer se realizó en el Manhattan Club la recepción de los *swallow-tails* para los candidatos demócratas elegidos y *counted out*. Tilden habló por primera vez después de la inauguración de Hayes, a la cual denominó el *más portentoso acontecimiento en la historia de América*. América significa Estados Unidos, porque en México y en Perú hay, cada día, acontecimientos más portentosos. ‘*Los males en el gobierno crecen con el éxito y con la impunidad. No se restringen a sí mismos voluntariamente. No pueden nunca ser limitados sino por fuerzas externas. Una nación grande y noble no separa su vida política de su vida moral*’. Todo esto es muy exacto. Brasil es la prueba. ¿El pueblo debe o no hacer política? El progreso de un país se prueba por la extensión de la idea de que la política es inseparable de los más vitales intereses de la sociedad, y por ende, de los de cada uno. En Brasil, esa idea no se difundió, por las condiciones especiales en que nos encontramos, de territorio, población, trabajo esclavo, etc. Aquí ella está en cada cabeza. Lo que más me sorprendió, en esa reunión de Manhattan, fue el Gobernador de Nueva York, éste de *jure* y *de facto*, Mr. Robinson, llamar en público al presidente de Estados Unidos un *presidente fraudulento*. Después de haber dicho que no deberían esperar hasta 1880 para sacarlo de la Casa Blanca, finalizó así, refiriéndose a Tilden y a Hendricks: ‘*Fellow citizens*, tuvisteis la primera oportunidad de saludar al Presidente y al Vicepresidente de los Estados Unidos después de su elección. Yo os felicito y creo que éste es tan sólo un presagio de los hechos que habrán de suceder’. La alocución del Gobernador del principal Estado de la Unión proclamando la rebelión, *legal* o *ilegal*, es una característica del régimen político americano, y del *laissez-faire, laissez-passer* del cual goza en este país la palabra. Las revoluciones de lengua y pluma no son jamás un delito; son un desahogo. La boca del *politician*

es la válvula de seguridad de las instituciones. Es el país de las válvulas automáticas.

“19 de junio. Los periódicos tienen hoy un hecho interesante: la visita hecha por Frederick Douglass a su viejo amo, a quien dejó en la adolescencia, para comenzar la vida de aventuras que le llevó a ser *marshall* en Washington y el gran orador de la abolición. ‘Vine, principalmente, dijo Douglass, para ver a mi viejo amo, de quien estuve separado por cuarenta y un años, apretarle la mano, contemplarle el viejo rostro bondadoso, brillando con el reflejo de la otra vida’.

“Esta escena da una idea más conmovedora de la esclavitud en el Sur que la *Cabaña del Tío Tom*. El lugar es St. Michael, Talbot County, Maryland. El nombre del amo, captain Thomas Auld. *Marshall* Douglass oyó su verdadera edad de la boca de su amo, en cuyos libros él figura así: *Frederick Bailey, Febrero 1818*. Probablemente, el amo no registró más la carrera agitada de Federico desde la edad de dieciocho años (1836). Ese hecho es, de todos los que he leído, una de las más profundas y penetrantes presentaciones del hecho moral complejo de la esclavitud, el lazo entre esclavo y amo”.

XV / MI DIARIO DE 1877

COPIARÉ AÚN algunos segmentos de mi diario de Estados Unidos; no son sólo las impresiones americanas que pretendo reproducir, ya antes lo dije, sino más bien mi modo de sentir en aquella época.

“20 de junio. Hoy fueron ahorcados once criminales de una asociación de Pennsylvania, los Molly Naguires. ¡Once personas ahorcadas en un solo día en Brasil! ¿Cuántos discursos no daría eso en la Cámara de Diputados? Aquí sólo hace vender más extras en los periódicos.

“22 de junio. Hay dos especies de movimiento en política: uno, del cual somos parte al suponer que estamos de pie, como es el movimiento de la tierra, que no sentimos; el otro, el movimiento que parte de nosotros mismos. En política son pocos los que tienen conciencia del primero, no obstante sea ése, tal vez, el único que no es pura agitación.

“8 de julio. La temperatura moral del futuro, a juzgar por la americana, debe ser muy baja. El sentimentalismo se enfría aquí diariamente. En comparación Inglaterra es un horno.

“26 de julio. Francia me parece la casa de Ulises llena de *pretendientes* que entre sí consumen la fortuna de Telémaco, esperando que Penélope se decida por uno de ellos. Cada quien está seguro de ser el preferido y, mientras ella le pide a Minerva que acabe con sus insoportables perseguidores, ellos siguen devorando los bueyes y las ovejas, repitiendo: *No hay duda que ella se prepara para el casamiento*. Desafortunadamente no parece probable que Ulises regrese para exterminarlos y tomar cuenta de la casa”.

Esa nota es, casi, puramente literaria. Ulises ahí era el conde Chambord, y los pretendientes los partidos que arrastraban a Francia, después de la derrota nacional, tal vez hacia la guerra civil. Yo pensaba escribir una pieza, intitulada *Los pretendientes*, con la idea del arco de Ulises.

Era, como el drama del que hablé, un caso de falta de coincidencia que se desarrollaba en mí, entre la imaginación literaria y la simpatía política.

Hay otras notas, en relación con los Pretendientes.

El 16 de julio:

“El conde de Chambord representa la teoría de que la política es un arte religioso, y que un reinado es una especie de monumento a las creencias de una época. La concepción de que gobernar es un acto religioso, como lo es el de confesar, y tiene un fin religioso, destruye toda libertad de pensamiento. Un hombre puede hacer de su vida una forma de arte, pero no de la vida de todo el mundo, que quiere vivir a su modo. La política, si es un arte, no es, sin embargo, un arte ascético, religioso —ni aún en su período hierático. La política, arte religioso, convierte en crimen de sacrilegio el más pequeño acto de libertad individual”.

30 de julio: “Estuve pensando en los *Pretendientes*. El *appel au peuple* es hecho por el candidato respectivo a las ranas, y la prueba real es sacada por otro que también apela a ellas. A todo ellas responden: *couac*.

“5 de julio. La posición del presidente Hayes es la más singular que se haya visto en este país. Llegó al poder por fraudes electorales sin ejemplo, empujado hasta la Casa Blanca por los *carpet-baggers* del Sur y *wire-pullers* del Senado, después de una campaña pagada por los empleados públicos: debe, así, su elección, o, mejor dicho, su cargo, a un gran número de *politicians* de todos los matices, desde los forjadores de las falsas actas hasta los jueces de la Suprema Corte, que las escrutaron. Sin embargo, al llegar al poder se avergüenza de todo eso y se vuelve un representante de la pureza administrativa y electoral. Los últimos *carpet-baggers* del Sur, con la amputación de la membrana que los unía al Presidente electo con ellos y por ellos, desaparecen para siempre de la escena política. Los politiqueros son ahuyentados, los senadores *snubbed*; los empleados públicos, señores de la máquina electoral y que se cotizaban para la elección solidaria, son intimidados a cambiar de vida y a no suscri-

bir más un *cent*. De todo eso se concluye que Hayes, así como no quiere ser electo otra vez, entiende que nadie más debe ser electo Presidente como lo fue él. Pocos hombres hubieran hecho tan buen uso de un poder tan mal adquirido. Esto rescata, casi, la falta de coraje cívico que le llevó a aceptarlo.

“19 de julio y 9 de agosto. No se puede decir que este país tenga un ideal. Es el país práctico por excelencia, y que tiene la admirable cualidad de, bien o mal, gobernarse a sí mismo. No le falta *manhood*, pero en él todo cumple un fin material. El americano es, por sobre todo, un hombre positivo, en cuya vida la metafísica ocupa una pequeña parte; reconoce a cada instante que la vida es un *business*, que es necesario un piso para no hundirse en ella; pone el arte, la ciencia, la cultura, la *polity*, después de aquello que es esencial, es decir, del dólar, yendo siempre *ahead* como la locomotora, tratando a la mujer con el mayor respeto, pero en la vida práctica como una *obstruction*, entregándola por eso a ella misma, ambicionando, sobre todo, la riqueza de un gran *operator* de Wall Street, después la influencia de un *boss*, insensible a la envidia, a la mala voluntad, al comentario, a todo lo que en otros países enreda, complica y, a veces, frena grandes carreras; nunca buscando el placer para sí, dándose a los huéspedes en su casa, como se dan juguetes a los niños, superior a las contrariedades, sobrio de dolor, calmado en la muerte de los suyos, y tratando su propia muerte tan sólo como una cuestión de seguro... ‘La *vida privada* no es aquí sino una expresión conservada del inglés. Todo hombre es un hombre público, y él todo’.”

Son impresiones de un simple transeúnte. Hoy yo no escribiría sobre los Estados Unidos diciendo que es una nación *sin ideal*; diría que es una nación cuyo ideal se está plasmando. Así como el inglés busca adquirir fortuna e independencia antes de entrar a la Cámara de los Comunes, se diría que la nación americana trata de crecer, de poblar su inmenso territorio, de llegar a su completo desarrollo, *her full size*, para después dar que hablar de sí y pensar en el nombre que debe dejar. Hasta hoy los

Estados Unidos han tenido vida aparte y se han ocupado sólo de sí mismos; pero un país que se encamina a ser, si ya no lo es, el más rico, el más fuerte, el mejor prevenido del mundo, tiene, por la fuerza de las cosas, que unir su historia a la de las otras naciones, asociarse y luchar con ellas.

“18 de agosto. Gladstone, por haber atendido a los reclamos de la guerra civil, es todavía más impopular en el Sur que en Inglaterra entre los conservadores. Sin embargo, el tiempo en que se firmó el tratado de Washington era, para el extranjero, de perfecta unificación americana. Hay entre el Norte y el Sur más que una incomprensión política, hay la reserva tácita de una mala voluntad hereditaria, un estado de guerra latente.

“Lo que hace que los dos partidos nacionales se vuelvan coligaciones accidentales e imposibilita la unidad de vistas en cada uno de ellos, es la divergencia de intereses de los Estados. El Partido Demócrata, por ejemplo, debe conciliar en una fórmula negativa la política de los Estados del Este, de los pagos en oro y del rescate del papel, con la política de los Estados del Oeste, de los *green-backs*; y el Partido Republicano debe armonizar la política de intervención de Grant con la política de Hayes de completo *self-government* para los Estados del Sur.

“25 de julio. Las escenas de estos últimos días (la pared de los ferrocarriles) dan mucho en que pensar... Victor Hugo dice que el culpable de que los comunistas hayan incendiado París es quien no les enseñó a leer. Sin embargo, cada uno de los incendiarios, probablemente era suscriptor del *Rappel*. ¡Qué pueblo tranquilo, el americano! La gran excitación de que se habla no pasa de una conversación particular en el *bar-room* de un hotel. Nueva York está, tal vez, a punto de volverse el teatro de un *riot* mañana, y las autoridades conceden un parque a los comunistas para su *meeting*. Todo fraterniza: la tropa con los *strikers* huelguistas, los *citizens* con la *mob*, y nadie pierde la calma. El francés pesimista no existe en este país de optimistas que dicen siempre: *No va a pasar nada*, y si pasa: *Pasa rápido*, y si dura: *Podría ser peor*. La barba del

vecino, de que habla el dicho, no se entiende aquí de ciudad en ciudad, ni de barrio a barrio, pero casi de casa a casa. Aun los que pierden todo no se quejan sino de sí mismos.

“1^o de septiembre. Hay pocos hombres en la política que prefieren caer por sus principios que hacer sofismas para permanecer de pie. El ministro que sostiene la proeminencia en la Cámara de Diputados, intentará si la Cámara le es adversa, probar que ella no representa al país y apoyarse en la Cámara alta. Durante el Imperio, Gambetta no hablaría del sufragio universal con el entusiasmo de hoy, y ningún bonapartista se sometería ahora, como bajo los Napoleones, a un *apelo al pueblo*. En el fondo sólo hay dos políticas; la política del gobierno y la de la oposición.

“8 de septiembre. Bradley, el juez de la Corte Suprema, que de hecho hizo a Hayes presidente, al ser atacado por los periódicos demócratas y acusado de haber cambiado de opinión después de oír a los directores del ferrocarril del Pacífico, entendió que debía justificarse por la prensa. En esa justificación, al admitir la posibilidad de haber expresado a sus pares durante el proceso una opinión distinta a la que había manifestado, cuenta el que escribía razones ora en un sentido, ora en otro, sobre el voto de Florida, habiendo arribado al voto que dio, después de muchas dudas. Esta carta enviada a un periódico de Nueva York es curiosa desde muchos puntos de vista. Un juez que vacila, que llega a conclusiones diferentes durante muchos días, ¿debería considerar definitiva la opinión que ocasionalmente predomina en su espíritu al momento de votar? ¿No es probable, o por lo menos posible, que cambie de opinión, aun después de haber emitido su voto, lo que sería irreparable? Por otro lado, esas dudas ¿no probarán la sinceridad del proceso lógico de investigación, y se podrá exigir al juez que tenga, desde el comienzo de una causa, una opinión formada? El titubeo cuadra menos con la distribución de la justicia, la cual debe siempre proceder de una convicción inquebrantable e inquebrantada, que la obstinación, que muchas ve-

ces es falta de percepción y exclusivismo de juicio. En cuanto a la fuerza que una posterior reflexión propició en su espíritu al voto que emitió, este es un fenómeno de asentimiento de conciencia, muy común a los magistrados. Cometido el error, la inteligencia lo asume como verdad, porque está en juego el interés del buen nombre del juez.

“4 de septiembre. Thiers murió ayer. Por todos lados la noticia produce la misma impresión. ¡Pobre Francia! es lo que se exclama. La pérdida es irreparable. El timón se queda sin hombre. La confianza que toda Europa depositaba en el viejo consejero de Francia no se sabe a quien entregar... El último en Francia de los grandes hombres del pasado no nombró sucesor...

“11 de septiembre. Mucho se ha dicho sobre los cambios de Thiers. Cuando se busca saber por qué ese pequeño marsellés, nacido pobre, sin familia, expuesto al ridículo y al desdén de sus competidores aristócratas, atravesó tantos gobiernos diversos, sin perder nunca su importancia política, hasta llegar a ser, en la extrema vejez, el *‘Libertador del Territorio’*, se encuentra la explicación de estos cambios. Mientras tantos hombres de talento, carácter, fortuna y prestigio social representaban su papel en un régimen y desaparecían, Thiers era siempre contado como un poder político. Fue su destino fundar y destruir gobiernos, pero no se le puede acusar de haberse divorciado de Francia en ninguno de esos momentos. Cambió siempre con el país. Su gran cambio final de monarquista a republicano coincidió con su interés personal como primer presidente de la República, pero además coincidió con la conversión de las clases medias, no al principio republicano, sino a la idea de que sólo la República era posible. Francia en sus movimientos liberales le encontró siempre a su lado. Durante el Imperio, hizo una oposición patriótica, la cual habría, tal vez, evitado Sedán y conservado la dinastía, si no le hubiesen considerado orleanista. Cuando acudió para colocar a Luis Felipe en el trono, el pensamiento era que una monarquía republicana dispensaba la República. La debilidad de la monar-

quía de 1830 consistió en que el principio de su carácter hereditario la devoró desde el comienzo. Luis Felipe destruyó el derecho divino para ascender y, después, quiso hacer uso de él para durar, cambiándolo por sensatez, principio de autoridad, etc. Lo que hizo la unidad de la carrera de Thiers, fue que estuvo siempre en favor del gobierno parlamentario, del derecho popular representado en las asambleas legislativas. Por ese principio renunció a la presidencia de la República en manos sospechosas. El secreto de su fortuna política consistió en guardar fidelidad a Francia.

“Muchas veces un país recorre un largo camino para volver, cansado y herido, al punto de partida. Es posible que Francia regrese aún a la monarquía legítima, y si Thiers hubiese vivido más tiempo y la República hubiese aportado nuevas desgracias para Francia, como la Comuna, tal vez fuese el mismo Thiers quien entregase Francia al heredero de sus reyes. Aun así, cuando Francia compara los dos tipos de estadistas: Berryer, quien jamás cambió, sea debido a una convicción monárquica siempre renovada, sea por la caballerosidad digna de su carácter, y se quedó siempre en el mismo sitio esperando que Francia volviera ahí, y Thiers, quien la siguió en sus vicisitudes, yo creo que ella se reconocerá a sí misma en el hombre que encontró siempre como su consejero, que muchas veces cambió para quedarse a su lado y poder ayudarla con su consumada experiencia en los días en que pudiese necesitar una palabra amiga.

Al releer hoy esas páginas de mi diario de 1877, veo que mi explicación sobre la unidad de la carrera política de Thiers se parece mucho a la que hace algunos años fue publicada de Talleyrand, justificándose en sus *Memorias* solamente de haber cambiado con Francia y por causa de Francia.

Estos trechos muestran que en Nueva York yo no estaba bajo la influencia americana, sino que se mantenía en mí la influencia europea y yo era el espectador, que había sido en Londres, casi desinteresado de la política, desinteresado por lo menos de toda política que no se

pudiera convertir en asunto literario, o en nota crítica y observación. Ahora diré mi impresión general sobre los Estados Unidos, lo que es hoy mi idea sobre la democracia en América.

XVI / TRAZOS AMERICANOS

DE LOS Estados Unidos vi apenas muy poco, como de Inglaterra, por eso las impresiones que reproduzco deben ser entendidas como impresiones de Nueva York y Washington, casi exclusivamente. Por una circunstancia fortuita pude quedarme en Nueva York casi todo el tiempo que pasé en la Misión Diplomática de Brasil. Mi ministro, el barón de Carvalho Borges, de quien guardo el más grato recuerdo, estaba de luto, por eso se ausentó de Washington y vivía en Nueva York, de incógnito, al contrario de sus otros colegas, contra cuya figuración en los bailes y recepciones de la Quinta Avenida reclamaban en vano los periódicos de Washington. Además de las dos grandes capitales de la Unión, la política y la cosmopolita, conocí solamente Filadelfia, durante el centenario, Saratoga, durante una Convención Nacional, y Niágara y Boston, que me hicieron perder Newport. Sin embargo, la idea que tengo es que quien vio Nueva York y Washington vio todo lo que hay que ver en los Estados Unidos, exceptuando solamente las pocas ciudades a las cuales se les puede llamar ciudades históricas, que tienen la marca de sus propias tradiciones. Quien vio Búfalo, San Luis, San Francisco, Chicago, sin embargo no vio Nueva York, como quien vio Saratoga no vio Newport, mientras que Boston, Nueva Orléans no tienen semejantes.

Para el ingeniero, el inventor, el arquitecto, para todo aquel que busca ahorrar tiempo y trabajo, para quien admira por encima de todos el genio industrial de este siglo, las mejoras que él ha aportado a la herramienta humana, los Estados Unidos son de un extremo al otro, un país para visitar y conocer. En éste, tal vez, el país donde mejor se puede estudiar la civilización material, donde el poder dinámico al servicio del hombre parece más grande y al alcance de cada uno. En cierto sentido, se puede decir de él que es una torre de Babel exitosa. Pero en el orden intelectual y moral, incluyendo el arte,

los Estados Unidos no tienen nada que mostrar, y cierto orden de cultura, casi toda cultura superior, no necesita para ser perfecta y completa adquirir ningún contingente americano.

De la política, la impresión general que tuve y conservo es la de una lucha sin el desinterés, la elevación de patriotismo, la delicadeza de métodos y la honestidad de procesos que hacen que en Inglaterra, por ejemplo, la carrera política sea aceptable e incluso simpática a los espíritus más distinguidos. Lo que caracteriza esa lucha es la rudeza de la publicidad a la cual están expuestos todos los que entran en ella. Como dije antes, no hay vida privada en Estados Unidos. Para los reporteros no existe una línea divisoria entre la vida pública y la privada. El adversario está sujeto a una investigación sin límites y sin escrúpulos, y no solamente él —todos aquellos de su entorno. Si un candidato a la presidencia tuvo en su juventud la más pequeña aventura, pasará por el disgusto de verla fotografiada, pregonada en las calles, coloreada en carteles, cantada en los *music-halls*, a través de todos los modos e inventos que el ridículo sugiera y que parezcan más propicios para captar al electorado. La campaña contra Tilden fue hecha basándose en la revelación de que él había evadido al fisco, con relación a su renta profesional. El político es entregado sin piedad a los reporteros; la obligación de éstos es rasgar, a como dé lugar, su reputación, reducirlo a un andrajoso, rodar con él en el fango. Para eso no hay artificio que no sea legítimo para la prensa partidista; no hay espionaje, corrupción, hurto de documentos, interceptación de correspondencia o de secreto, que el éxito no justifique.

El efecto de tal sistema puede ser el de moralizar la vida privada, por lo menos la de quienes pretenden entrar en la política, si hay moralidad en el terror causado por uno de esos formidables *exposures* electorales, que los franceses llamarían *chantage*. Pero esto no ha moralizado la vida política. La conciencia pública americana es muy inferior a la privada, la moral del Estado a la moral de la familia.

Ciertamente, en los Estados Unidos, los llamados *rings*, nosotros diríamos cuadrillas, robos públicos, sindicatos administrativos, son denunciados e investigados como no lo serían tal vez en ningún país, el americano al no sentir lástima por sus adversarios, se cree obligado con su partido a reducirlos a la condición más humillante, a expelerlos uno por uno, si es posible, de la vida pública. Sin embargo, desde que la corrupción reina en los dos partidos, que ambos tienen sus llagas conocidas, sus alianzas comprometedoras, todas las campañas en favor de la pureza administrativa tienen mucho de falso, de simulación, de convencional, lo que no pasa con las investigaciones sobre la vida privada. Éstas sí, encuentran en todas partes la unidad del sentimiento y de la educación religiosa del país para hacerles eco. La conciencia en boga entre los *politicians* tiene su casuística especial.

Esto no significa que en la política americana no se encuentre un tipo muy diferente al *politician*, o como los antiguos le llamarían, al demagogo, que, al lado de la conciencia elástica, insensibilizada para todas las especies de fraude, de corrupción, de ardid, como males inevitables de la democracia, no existiese el honor, el decoro, la integridad. Hay hombres en la política respetados en todo el país, y que ambos partidos reputan incapaces de la más pequeña indelicadeza en lo que concierne a la honestidad personal. Sin embargo, no hay uno solo en la actividad y en la lucha partidista, a quien se atribuya el carácter necesario para repudiar y condenar a sus correligionarios aun cuando hayan empleado los peores recursos. El hombre de la más pura reputación en el Senado americano votará *sólido*, siempre que se trate del interés general de su partido.

No había nada en Norteamérica que me diese una idea de la superioridad de sus instituciones sobre las inglesas. La atmósfera moral alrededor de la política era seguramente mucho más viciada; los hombres atraídos hacia la política pertenecían a una clase inferior, es decir, no eran de la mejor clase de la sociedad, como en Inglaterra; por el contrario, lo que la sociedad tiene de más

escrupuloso se aparta naturalmente de la política. La lucha no se traba en el terreno de las ideas, sino en el de las reputaciones personales; se discuten los individuos; se combaten, se puede decir, con rayos Roentgen; se abren las puertas de los candidatos de par en par; se les expone toda su casa como en un día de subasta. Con semejante régimen, sujetos a las ejecuciones sumarias de la calumnia y a los linchamientos en lo alto de las columnas de los periódicos, es natural que todos aquellos que se sienten impropios para el pugilato en plaza pública o para figurar en un *big show* eviten la política.

La grandiosidad del espectáculo que dan los Estados Unidos es tanto mayor, lo sé bien, cuanto más bajo es el nivel del político de profesión. La degradación de las costumbres públicas del país, coincidiendo con su desarrollo y cultura, con su acumulación de riqueza y de energía, con sus recursos ilimitados, no significa otra cosa sino que a la nación americana poco le importa que le administren mal sus negocios, porque no tiene tiempo para sacar cuentas. Es como una hacienda de inmensa cosecha, en la cual el propietario ausente cerrase los ojos a las dilapidaciones del administrador, cargándolas a cuenta de las ganancias y pérdidas, inevitable en todo género de negocios. Los americanos se dejan tratar por sus *politicians* del mismo modo que los reyes de Francia por sus *fermiers-généraux*. Originadas por la ignorancia e incapacidad o por la corrupción y venalidad, siempre habrá pérdidas en toda administración; para impedir las sería necesario montar un sistema de fiscalización que arruinaría el país, no sólo por su costo, sino porque sería necesario distraer para él de los negocios y de otras profesiones lo que el país tuviese de mejor.

¿Qué puede pasar de peor entregándose el país a la dirección de partidos organizados como asociaciones de seguro mutuo y que para eso recogen un porcentaje de la renta nacional? ¿Un aumento de impuestos? ¿Al americano qué le importa pagar algunos *cents* de dólares y no preocuparse con la política? ¿Involucraron los *politicians* a la nación en una guerra extranjera? El peligro es muy

problemático y la hombría del país no teme que le involucren en una guerra sin quererla y después encontrarla legítima o ventajosa. El americano sabe que en su país hay una opinión pública, desde que cada americano tiene su propia opinión. Es una fuerza latente, olvidada, en reposo, que no se levanta sin una causa suficiente, y ésta rara vez se produce; pero es una fuerza de una energía incalculable, que lanzaría por los aires todo lo que le resistiera, partidos, legislaturas, Congreso, Presidente.

Es en ese sentido un gran espectáculo. El gobierno tiene una capacidad limitada para practicar el mal; parte de la influencia y de las ganancias que la nación abandona a la clase política está circunscrita a una escala móvil, es decir, proporcional a la renta pública, lo que permite a la profesión ventajas crecientes y progresivas, mas, de todos modos, está limitada; la nación se deja dividir en partidos, forma y maniobra en campos electorales, y, a pesar de la masa de las abstenciones, acompaña a los malos administradores de sus intereses; sin embargo todos sienten que de repente la opinión puede cambiar, volverse unánime, adquirir la fuerza de un impulso irresistible, destruirlo todo. En los Estados Unidos, por tanto, el gobierno no tiene la importancia que tiene en otros países donde él gobierna; el gobierno en América es una pura gestión de negocios, que se hace, mal o bien, honesta o deshonestamente, con la tolerancia y el conocimiento del gran capitalista que la delega. La corrupción política es, por eso, en Norteamérica, ya una vez cité esta imagen de Boumy, una sencilla erupción en la piel, mientras en otros países ella es un mal profundo, visceral.

El hecho es que de los Estados Unidos no guardé ninguna impresión especial equivalente a la impresión inglesa, ni aun la de la libertad individual. Es cierto que el americano, comparado al inglés, tiene el sentimiento de altivez individual más fuerte, porque no hay clase, ni jerarquía ante la cual él se incline. El inglés reverencia la posición, la clase, el nacimiento; el americano no, y eso hace naturalmente que éste se considere más independiente en su manera de sentir que el inglés. Es incontestable

que la democracia, al introducir en la educación la idea de la más perfecta igualdad, levanta en el hombre el sentimiento del orgullo propio. La cuestión consiste en saber, tomando el conjunto de los resultados, si las sociedades antiguas donde las influencias tradicionales no se borraron del todo, como la inglesa, son por así decir mantenidas artificialmente, no producen con sus limitaciones de clase una dignidad personal moralmente superior a esa altivez de la igualdad. Es necesario no olvidar, tratándose del norteamericano, que la igualdad humana para él se queda dentro de los límites de la raza; no hablando ya del chino o del negro —que sería clasificado, si venciera el instinto americano, en un orden diferente al del hombre— nadie convencería jamás al libre ciudadano de los Estados Unidos, como él se nombra a sí mismo, que su vecino de México o de Cuba, o los emigrantes analfabetas y los indigentes que él repele de sus puertos, son sus iguales. Para estos, su sentimiento de altivez se convierte en el más hondo desdén que cualquier ser humano pueda sentir por otro.

No quisiera yo negar la inspiración superior que hay en el sentimiento de la igualdad en América, como en el antiguo Israel y en la antigua Grecia, donde él fue un soplo de libertad, de heroísmo, de independencia, del que derivaron los más perfectos tipos en el arte y en la religión. Es evidente que en ese camino es Inglaterra que avanza hacia Estados Unidos y no los Estados Unidos que retroceden para encontrar a Inglaterra. Nadie que conozca el tipo americano, desde el *news-boy*, que pregoná los periódicos en la calle, hasta el *king*, el rey, de algún inmenso monopolio o especulación, ferrocarriles, minas de carbón o de plata, mercado de algodón o de harina de trigo, desconocerá que la característica por excelencia del americano es la convicción de que *mejor* que él no existe nadie en el mundo. La materia prima de los discursos hechos a las multitudes, o de los artículos de propaganda electoral, puedo decir que se condensan en esta frase que escuché a uno de los oradores de un *monster-meeting*: “En Estados Unidos [dijo, como siempre, *in America*] cada

hombre es un rey, y cada mujer una reina”. Tal vez sea paradójico decir que el efecto de tal sentimiento no puede ser otro que el de generar un orgullo sin límites, y que del orgullo renacerá no sólo la desigualdad, porque la igualdad puede quedar entrañada en la sangre de la raza, sino también el servilismo. ¿No ha sido siempre así con las más libres de todas las razas y las más soberbias de todas las democracias? No obstante el sentimiento de la igualdad ante la ley y la justicia, no importando cual pueda ser el sentimiento de la igualdad de condición, es más grande y más seguro en Inglaterra que en Estados Unidos. Es más probable que el *groom* del marqués de Salisbury obtenga justicia contra su amo que el cajero de un gran establecimiento de Nueva York contra su patrón, si este tiene influencia en el City-Hall.

En Estados Unidos no sería necesario anunciar hoy: “Se necesita de una aristocracia”. Esa aristocracia ya existe, o, por lo menos, se está formando rápidamente, como todo se forma allí: aristocracia de nacimiento, aristocracia de fortuna, aristocracia de inteligencia, aristocracia de belleza. Lo que distingue esa aristocracia sin títulos ni pergaminos de nobleza, toda de convencionalismos, pero, a pesar de eso, una aristocracia, lo que la distingue de las otras aristocracias del mundo es que no es política, es de hecho el resultado de la abstención política. Y en segundo lugar —y éste es el punto más delicado de la *sociedad* americana— la idea, que se insinuó entre las mujeres de ese círculo estrechísimo, de que el *gentleman* inglés es un tipo superior a sus paisanos con más cultura y distinción. Es cierto que las americanas que prefieren casarse con extranjeros para así pertenecer a las ruedas más exclusivas de la aristocracia europea son pocas con relación a las que se casan con sus compatriotas; pero la aristocracia es, en sí misma, una minoría, y son sus minorías que mejor le representan el espíritu. Esa preferencia por el extranjero, por parte de la americana, me parece un desastre sensible para el sentimiento de la igualdad de los americanos. Si el resultado de ese sentimiento, y es evidente que el efecto no es de otra causa, es crear una aris-

toocracia en la cual el hombre sea considerado por debajo del nivel de la mujer, y menos propio para inspirarle amor y desposarla que el *lord* o el *honourable* inglés, se puede decir que, en la más alta esfera de la sociedad, aquel sentimiento falló desastrosamente.

En ese punto, ninguna alta sociedad sufre de un mal tan humillante, como es la conciencia que tiene el hombre del mundo americano de que su joven conciudadana, bella y muchas veces millonaria, reputa al duque inglés o al conde francés como un ser superior a él. No es necesariamente el título lo que constituye la ventaja para el extranjero quien telegrafía para Londres o París su *veni, vidi, vinci*, algunos días después de haber desembarcado; es en parte el prestigio, la seducción del mundo europeo y la idea que sólo excepcionalmente el americano llegaría a afinarse con la sociedad inglesa, francesa o romana, como ella, americana, se afina; pero es principalmente el tipo aristocrático de hombre que ejerce sobre ella esa fascinación desoladora para sus compatriotas. Hay familias y las habrá cada día más en los Estados Unidos, que son familias patricias, sea por su inmensa riqueza, como los Astors y los Vanderbilts, por la magistratura consular que ejercieron, como los Adams, los Hamiltons, los Jays, por las generaciones que representan de nombres conocidos y de preeminencia social, y es evidente que en esa aristocracia, que tiende a poseer su espíritu de clase, la idea del casamiento con extranjero, o de la superioridad del extranjero, no puede ser sino la excepción. Sin embargo en una sociedad es necesario considerar el sentimiento del grupo que en ella atrae la mayor suma del interés público; no cabe duda que, en el último peldaño de la sociedad americana, el prestigio del noble inglés, de los buenos títulos franceses, de los príncipes romanos, vence toda la competencia nacional. Está ahí una terrible contienda, contra la cual es impotente el genio proteccionista del país. Sólo como compensación, se podría imaginar un *drawback* a favor de los americanos que se casasen en la alta sociedad o finanzas europeas. Una aristocracia, donde las mujeres más ambicionadas, las que tienen la su-

premacía de la belleza, de la fortuna, de la seducción, juzgan al extranjero cuando se trata de amor o de unión, más a su nivel que su compatriota, sufre de un desequilibrio de ideal entre los dos sexos. Pero no es justo apreciar a las sociedades por su flor, su élite, es decir, por lo que ellas más profundamente admiran en sí mismas y el mundo más admira en ellas.

XVII / INFLUENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

YO NO PODÍA, sin embargo, haber vivido casi dos años en los Estados Unidos sin haber sufrido la influencia norteamericana, que me cambió en algunos aspectos. Una cosa es Europa, otra es Norteamérica. Entre los americanos, el metal del carácter, el fondo de la experiencia humana, el tacto de la vida es, hablando del país como una sola persona moral, anglosajón. Estados Unidos, como Australia y Canadá, no pueden esconder su procedencia. El fondo anglosajón se revela, aumentado o disminuido en el coraje y tenacidad, en la dureza e impenetrabilidad, en el espíritu de empresa y de independencia de la raza, también en la brutalidad y crueldad del instinto popular, en las riñas de sangre, en la bebida, en los linchamientos, en la sed insaciable de dinero, y también, otros trazos, en la necesidad de limpieza física y moral, en el espíritu de conservación, en la emulación y el amor propio nacionales, en la religión, en el respeto a la mujer, en la capacidad para el gobierno libre.

¡Sin embargo qué distinto es el hombre americano del inglés! Los moldes son tan diversos que, para explicar la diferencia, es necesario que se admita una influencia modificadora más fuerte que la de las instituciones sociales, una influencia de región —cada gran región del globo produce con el tiempo una raza suya, diferente de las demás. Las instituciones cambian el carácter de un pueblo, pero todavía no se ha probado que cambien el tipo y el temperamento físico. ¿Cuál sería la diferencia entre el griego del tiempo de Milcíades y el del tiempo de Alejandro o de Trajano? ¿Cuál la diferencia entre el napolitano del tiempo de Alfonso el Grande y el del tiempo del rey Umberto, o entre el portugués Manuelino y el de hoy?

La comparación del mecanismo político-social entre Norteamérica e Inglaterra es, en casi todo, favorable a ésta. Las instituciones inglesas, tanto las políticas como

las judiciales, tanto las públicas como las privadas, tienen más dignidad, más seriedad, más respetabilidad. En la Cámara de los Comunes no se imagina el proceso del *lobbying*, no hay en la administración inglesa el *spoils system*, nadie pensaría en *squaring* en un tribunal inglés, no hay en Inglaterra un trecho de territorio en donde los ciudadanos sólo tengan confianza en la justicia que hacen por sus manos, como en los *lynchings* americanos. A todos los que tienen que ver con la administración, que están dependiendo de la justicia, la organización americana ofrece mucho menos garantías de equidad y menos protección que la inglesa.

Esto, por un lado; por el otro, quien entra en la vida pública en los Estados Unidos debe buscar congraciarse con individuos muy distintos a aquellos que en Inglaterra abren a los principiantes las puertas de la política; además de eso, deben aprender por un catecismo mucho más relajado. La intervención del gran pensador, del gran escritor, del hombre competente, se hace sentir en Inglaterra más que en Estados Unidos, donde las masas obedecen a influencias que nada tienen de intelectual y no sienten aprecio por ninguna especie de elaboración mental. Todo lo que es superior, de hecho, que tiene la marca de la individualidad, siente, por tanto, desdén por la sabiduría de las masas. El genio político, no importa cual sea, está para ellas contaminado de rebeldía. Singularmente, el ciudadano vale menos en Estados Unidos que en Inglaterra. Para ser una unidad en la política americana, es necesario que el individuo se inscriba en un partido, y, desde ese día, renuncie a su personalidad. En Inglaterra no hay tal esclavitud de partido. El país es gobernado, como Estados Unidos, por dos partidos que se alternan y se equilibran, pero los partidos ingleses son partidos de opinión, no son *machines*, como los americanos, de las cuales un determinado número de *bosses* gobiernan y dirigen los movimientos.

Sin embargo, tomándose el individuo sin relación con la maquinaria política, el hombre que no depende de la administración ni de la justicia y que renuncia al dere-

cho de desgobernar él también a sus conciudadanos, los Estados Unidos son el país libre por excelencia. Los americanos son una nación que quisiera vivir sin gobierno y agradecen a sus gobernantes por comprender su intención. De ahí, la popularidad de sus presidentes: ellos no hacen sombra al país, no pesan sobre la nación. La presión de arriba hacia abajo, del gobierno sobre la sociedad, a que la humanidad se acostumbró desde tiempos inmemoriales, de modo de no poder vivir sin ella, se hace sentir en Estados Unidos menos que en cualquier otra parte, menos que en Inglaterra, donde la protección gubernamental está siempre presente. La columna de la autoridad es más pequeña sobre los hombros del americano que sobre los de cualquier otro pueblo; su respiración es la más franca, la más ancha, la más profunda de todos. El gobierno puede ser mejor, más perfecto en Inglaterra: ¿pero qué le importa eso, si lo que él quiere es que la acción del gobierno se vaya restringiendo cada día más y que él la sienta menos y menos tenga que ver con ella? La cuestión es saber si la columna de autoridad, que hoy es tan liviana en Estados Unidos, no vendrá un día a ser la más pesada de todas. El sistema americano puede muy bien corresponder, dada la diferencia de época y del progreso, a la libertad personal que gozaron siempre más o menos las razas que tenían espacio ilimitado para extenderse y escasa vecindad en un país nuevo. En el fondo, esa extrema libertad es una forma de individualismo, de aislamiento, de vida aparte, de responsabilidad todavía no formada, del hombre en la sociedad. Aisladamente, el americano será, como lo dije, el más libre de todos los hombres; pero, como ciudadano no se puede decir que su contrato de sociedad esté revestido con las mismas garantías que el del inglés, por ejemplo. La autoridad es más pequeña sobre sus hombros, pero la responsabilidad humana es también más floja en su conciencia.

Una cosa que el gobierno americano no es: no es el gobierno del mejor hombre, como pretendían ser las democracias antiguas. Gobierno personal, las presidencias pueden ser, por lo menos algunas fueron acusadas de ser-

lo; pero no se puede señalar en este siglo el hombre de influencia en Estados Unidos, el Gladstone o el Gambetta americano. La nación dispensa tutores, directores, consejeros, rechaza todo lo que parezca *patronizing*, aires protectores y de condescendencia hacia ella. A sus ojos, lo que hace un estadista considerable e importante es la suma de confianza que él le merece, es el reflejo de la satisfacción que le causa a *Uncle Sam*.

La idea que su gobierno es el más fuerte del mundo y el que mejor economiza y oculta su fuerza, es el orgullo por excelencia del americano. Entre el militarismo europeo y la democracia desarmada de Estados Unidos tal vez un día revienta un conflicto que hoy parece casi una paradoja imaginar, pero, hasta que se experimente en una gran guerra extranjera, como se probó en una gran rebelión, la solidez y la elasticidad de la americana, no se la puede considerar superior a la vieja textura europea.

Lo que se puede decir es que Estados Unidos todavía no ha tenido que enfrentar los mismos peligros que Europa. Ese gobierno que cambia cada cuatro años, puede ser el más fuerte del mundo, sin embargo, no fue experimentado en las mismas condiciones que los otros, y está ante estos, que son gobiernos armados y en constante vigilia por el riesgo de las coaliciones extranjeras, como los magníficos trasatlánticos, de vastos salones iluminados, cubiertas altas, camarotes espaciosos y frescos, verdaderas ciudades flotantes, respecto a las habitaciones de navíos de combate.

La Unión, comparada con Inglaterra, es, como la *prairie* americana comparada con el patio interior de un castillo normando. En una, hay por todos lados el espacio despejado, la llanura sin fin; por el otro, el espectador está encerrado dentro de altas paredes, que le cuentan siempre la historia de otras épocas. El pasado pesa sobre el presente en Inglaterra y lo limita; en América, no hay vista retrospectiva. De todo esto resulta para el americano un sentimiento de independencia, que le haría, como hacía al griego, sentirse mitad esclavo, si le diesen un rey, aun cuando el efecto de la realeza fuese au-

mentar su parte efectiva de derechos y de influencia en la comunión. En esto consiste la mayor "libertad" americana: en el sentimiento de la igualdad jerárquica entre gobernantes y gobernados.

No había peligro que yo adquiriese esa idiosincracia americana: para mí era evidente que ella era el resultado de las condiciones en las cuales el país se desarrollara y que, si su independencia hubiese sido hecha con un príncipe inglés, como la nuestra fue hecha con el heredero del trono, Estados Unidos, en un siglo de progreso y de adelanto, habría desarrollado hacia su casa reinante el mismo sentimiento de *loyalty* de los ingleses. Si la realeza en Inglaterra pasó en nuestro tiempo por la metamorfosis que se observa del reinado de Jorge IV al reinado de Victoria, en América hubiera pasado por un cambio aún más importante. Mr. King o Mrs. Queen sería una persona mucho más popular que Mr. President, y diariamente recibiría más aplastantes *shake-hands* o más familiares tarjetas-postales. En Brasil la monarquía fue lo que vimos, una pura magistratura popular; ¿cómo no lo sería en Estados Unidos, donde el principio activo, la fuerza corrosiva de la democracia es aún más enérgica? La monarquía en Nueva Inglaterra probablemente hubiera ejercido más influencia sobre las viejas monarquías europeas de las que ejerció la gran República, y otra especie de influencia sobre el resto de América.

Después de la recepción y de la acogida que tuvo Don Pedro II en Estados Unidos en 1876, no era más lícito dudar que para la inteligencia culta del país la monarquía constitucional, representada por una dinastía como la brasileña, era un gobierno muy superior a las llamadas repúblicas de América Latina. Ante las multitudes americanas no siempre convendría, tal vez, al orador decir eso; él podría a veces declamar que la peor de las repúblicas es un progreso sobre la mejor de las monarquías, pero yo sentía que hablar así era privilegio del demagogo irresponsable, y que ese no sería el sentimiento de los Washingtons, de los Hamiltons, de los Jeffersons, ni de los que buscan seguirles las tradiciones. El efecto

del republicanismo norteamericano sólo podía ser para mí el de corregir lo que hubiese de supersticioso en mi monarquismo, sacarle todo lo que pareciese derecho divino, consagración sobrehumana. Entre los dos espíritus, el inglés y el norteamericano, yo no veía oposición, como no hay oposición entre las dos razas y las dos sociedades; nada había más fácil de comprender y conciliar que la admiración con que Gladstone habla de los Estados Unidos y la admiración de los escritores más respetables de América por la *Constitución inglesa*.

Ninguna de mis ideas políticas se alteró en Estados Unidos, pero nadie aspira el aire americano sin encontrarlo más vivo, más liviano, más elástico que los otros saturados de tradición y autoridad, de convencionalismo y ceremonial. Esa impresión no se borra en la vida. Aquel aire, quien lo aspiró una vez prolongadamente, no lo confundirá con el de ninguna otra parte; su composición es diferente a la de todas las demás.

En cuanto a mí, fui tratado con tanta benevolencia, encontré tan generosa acogida en Estados Unidos, que aún hoy me regodeo en esos dulces recuerdos. La impresión general que me quedó de lo que vi en Norteamérica es una impresión de nitidez; todo es nítido de contorno perfecto e incisivo, como una medalla antigua. El inglés hará todo sólido; el francés elegante; el americano busca ser nítido, *clean cut*. Eso se reconoce inmediatamente en cualquier stampa americana. Hay una perfección aparte, que es, la perfección americana, distinta al último toque que el inglés o el francés da a las cosas, perfección real, incontestable, como la japonesa. Se puede preferir el modo de ver o el modo de mirar —el arte no es en el fondo sino un modo de mirar, una cuestión también de ángulo visual— del europeo o del americano, eso es también en gran parte una cuestión de raza, pero no hay duda que el trazo americano es un trazo que alcanzó a su vez, la perfección. Todo lo que vi me pareció hecho, dibujado con ese trazo, que yo no confundiría con ningún otro. Lo que lo distingue es que él no expresa como los otros, un estado de espíritu o aspiración de orden puramente esté-

tico; que expresa una resolución, una voluntad, un carácter. Si no fuese la imaginación histórica, de la cual yo no podría, ni siquiera, deshacerme, ninguna residencia, ningún espectáculo me hubiera jamás parecido tan encantador como el de Nueva York. No sé si el cielo de Nueva York me pareció el más bello del mundo: lo que sé es que él derrama en ondas de luz la alegría, la vida, el coraje, sobre la más admirable procesión de juventud y de belleza humana que jamás pasó delante de mis ojos, la que fluye y refluye todas las tardes y mañanas de la Quinta Avenida para el Central Park.

Al americano, al hombre, no a la mujer, y al hombre que no pertenece a la élite del país, le faltará lo que convencionalmente se llama modales, los toques o señales, desconocidos por los profanos, por los cuales los iniciados en los secretos mundanos se reconocen entre sí; esto tan sólo significa que la raza americana todavía está creciendo en la más perfecta igualdad y ganando la vida en una desenfrenada competición. Sin embargo, no hay en el mundo una escuela igual a esa donde se puede aprender lo que, de ahora en adelante por lo menos, es lo más importante de las preparatorias de la vida —el arte de contar sólo consigo. El niño americano, y cuando se dice niño en Estados Unidos se entiende la niña también, es metido desde casi la primera infancia en un baño químico que le da a cada fibra de la voluntad la rigidez y la elasticidad del acero. Sea cual sea el valor de la cultura, ningún padre va a preferir dejar al hijo un sentido intelectual antes que dejarle el poderoso *pick-me-up* americano, lo cordial que impide la enervación en los grandes trances morales. Es que el juego de la vida en los tiempos modernos —mucho más en los siglos que vienen, en los que la competitividad será aún más numerosa e implacable— no se parece a figuras de menuet o a divertimentos campestres del siglo pasado, como lo vemos en un Boucher o en un Goya; se parece a las llamadas *montañas rusas*: es un incesante despeñar a toda velocidad, montaña abajo, de trenes que con el impulso de la bajada transponen las escarpadas fronteras para precipitarse de nuevo y de

nuevo reaparecer más lejos, y para esa continua sensación de vértigo es principalmente el corazón quien necesita estar robustecido. Según toda probabilidad, los Estados Unidos habrán de parar un día, y entonces tendrán tiempo para producir su sociedad culta, como los viejos países de Europa. En Estados Unidos hay ya porciones de la sociedad que se detuvieron y quieren permanecer en reposo: ellas forman el primer indicio de una aristocracia, que un día será un gran poder de la Unión, una gran influencia o conservadora o artística.

En una entrevista que concedió hace años a un reportero americano, Herbert Spencer concluyó con esta previsión sobre el futuro de Estados Unidos:

“De las verdades biológicas se debe inferir que la mezcla eventual de las variedades aliadas de la raza aria que forman la población ha de producir un tipo de hombre más poderoso que el que ha existido hasta hoy, y un tipo de hombre más plástico, más adaptable, más capaz de soportar los cambios necesarios para la completa vida social. Por más grandes que sean las dificultades que los americanos deban vencer y las tribulaciones que deban pasar, ellos pueden razonablemente contar con una época en la cual han de producir una civilización más grandiosa que cualquiera que el mundo haya visto”.

Es posible que sea aquella la ley biológica de la mezcla aria, pero hasta hoy ninguna rama americana de tronco europeo mostró poder dar la misma flor de civilización que la de la vieja estirpe. Es posible que un día la civilización americana venga a ser la más grandiosa que el mundo haya conocido, mas yo consideraría peligroso, por el momento, que Europa delegara en los Estados Unidos la tarea de llevar a cabo la obra de la humanidad. Reducida ésta a los actuales elementos americanos, tan noble inspiración tal vez nunca más se pudiera renovar y el genio de la raza humana no volvería a florecer. La educación americana parece ser la única no convencional, la que no es pura galvanización de estados de espíritu de otras épocas, de ideales clásicos y literarios, que hombres que viven entre libros insinúan a los que no tienen tiem-

po para leer. En Norteamérica la idea desempeña en la vida un papel mucho más pequeño que en los otros países, donde todo está escrito y convertido en regla, y de los cuales se puede decir, invirtiendo la célebre frase, que nada les cae bajo los sentidos que no haya estado primero en la inteligencia. Los americanos, en gran escala, están inventando la vida, como si nada estuviera hecho hasta hoy. Todo esto sugiere grandes innovaciones futuras, pero aún no existe la menor señal de que la elaboración del destino del hombre o la revelación superior hecha al hombre deba un día pasar a los Estados Unidos. Su misión en la historia es todavía la más absoluta incógnita. Si él desapareciese de repente, no se puede decir lo que perdería la humanidad de esencial, que rayo se borraría del espíritu humano; todavía no es como si hubiese desaparecido Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, España.

XVIII / MI PADRE

SIN EMBARGO, por dondequiera que yo anduviese y cualesquiera fuesen las influencias del país, sociedad, arte, autores, ejercidas sobre mí, siempre fui trabajado interiormente por otra acción más poderosa, que a pesar, en cierto sentido, extraña, parecía operar en mí desde adentro, desde el fondo hereditario, y a través de los mejores impulsos del corazón. Esa influencia, siempre presente por más lejos que yo me hallase de ella, domina y cambia a todas las demás, que invariablemente le quedan subordinadas. He aquí el momento de hablar de ella, porque no fue una influencia propiamente de la infancia ni del primer verdor de la juventud, sino del crecimiento y madurez del espíritu, y destinada a aumentar cada vez más con el tiempo y a no alcanzar todo su desarrollo sino cuando póstuma. Esa influencia fue la que ejerció mi padre...

Cuando yo lo vi por primera vez, en 1857, él tenía cuarenta y cuatro años y venía de abandonar el ministerio de Justicia¹⁰. El gabinete Paraná-Caxias (1853-1857) fue el más largo que hasta entonces había tenido el Imperio y permaneció siendo la más brillante escuela de estadistas del reinado. El grupo de los *mozos* que el marqués de Paraná reunió a su alrededor, muestra como él leía a los hombres y el futuro. Paranhos, Wanderley, Pedreira, Nabuco estaban todos destinados a representar papeles protagónicos en la política. Ese gabinete fue conocido como el ministerio de la Conciliación. Correspondía al pensamiento, aceptado por el Emperador después del

10. El niño Joaquim vio por primera vez a su padre en 1857. Habiendo nacido en 1849, se quedó en Recife a los cuidados de su madrina, doña Ana Rosa Falcão de Carvalho, auténtica representante de la sociedad que dominaba en ese entonces. El padre se hallaba en Rio de Janeiro con la familia en el ejercicio de la carrera de diputado o ministro. El niño estuvo bajo los cuidados de su madrina hasta que ésta murió. Solamente en 1857 Nabuco se va a Rio de Janeiro y vive con la familia.

choque de la última guerra civil del Imperio, abrir la política a los elementos liberales proscritos, sin desviar su dirección del espíritu conservador. Antes de entrar al ministerio, Nabuco mejor que nadie había definido el alcance y los límites de esa nueva política de la cual debía quedar después de la muerte de Paraná y por mucho tiempo, casi como su solitario seguidor. Citaré un fragmento de su discurso de 1853 como simple Diputado, discurso-programa, se puede decir, por lo mucho que será interpretado e invocado después que se hace ministro debido a él, porque basta ese fragmento, para que se tenga una idea de su modo de insinuar en los espíritus una nueva dirección, un rumbo diverso al que se venía siguiendo.

Es de sus discursos el denominado *el puente de oro*. Cada uno de los discursos de Nabuco tenía entre sus contemporáneos un nombre, o, como ése, sacado por sus adversarios del alcance, de la intención que le atribuían, o dado por la imagen o frase más expresiva, o comprensiva, de la cual él se sirviera para caracterizar la situación. “Yo entiendo, decía hablando de la idea de conciliación, la cual estaba en el aire, que es necesario hacer alguna concesión en el sentido que el progreso y la experiencia reclaman, para que el orgullo y el amor propio no se turben ante la idea de la apostasía; para que la transformación sea explicada por el nuevo principio, por el cambio de las ideas. La conciliación como la coalición y fusión de los partidos, para que se confundan los principios, para que se obliteren las tradiciones, es impracticable, e incluso peligrosa, y por todos los principios inadmisibles; porque, destruidas las barreras del antagonismo político en las que las opiniones se oponen recíprocamente, puestas en común las ideas conservadoras y las exageradas, éstas han de absorber aquéllas; las ideas exageradas han de triunfar sobre las ideas conservadoras; las ideas exageradas tienen de por sí el entusiasmo, las ideas conservadoras solamente la reflexión; el entusiasmo es del mayor número, la reflexión es de pocos: aquéllas seducen y coartan, éstas solamente convencen... La historia nos dice que en estas coaliciones la opinión exagerada gana más que la opinión conservadora...”

Y en seguida: “Escuché con repugnancia una idea proferida en esta casa, de que los partidos deben conciliarse por sí mismos. Entiendo por el contrario que la conciliación debe ser obra del gobierno y no de los partidos, porque en el estado actual, si los partidos se concilian por sí mismos, será en odio y despecho al gobierno, y la transacción, versando sobre el principio de la autoridad, no puede dejar de ser muy funesta al orden público y al futuro del país...”

Esos cuatro años de ministerio fueron para él extremadamente afanosos, pero igualmente fecundos. Mi padre venía de la magistratura y de la Cámara con una ganada reputación de jurisconsulto. En el ministerio de Justicia la consolidó. No tengo ahora un resumen de su obra, que recompuse extensamente en *Un estadista del Imperio*. Elijo algunos trazos solamente para definir su individualidad y su influencia. A él le cupo en primer lugar acabar completamente con el tráfico de africanos que Eusébio de Queirós, su antecesor, hiriera de muerte, pero que no quería desaparecer sino muy lentamente; la más pequeña debilidad por parte de una futura administración lo haría renacer con redoblada ansia de aprovechar la ocasión, porque sus cuadros y material se conservaban intactos en Brasil y en África. Nabuco propone como recurso extremo retirar a los jurados del juicio del crimen. Ese golpe en la “institución popular” parecía una enormidad para los idólatras del prejuicio liberal; él, sin embargo, lo mantuvo con razones de una coerción moral y social absoluta. “En 1850, vosotros lo sabéis”, dijo él a la Cámara:

“...el gran mercado de esclavos era en el litoral; es ahí que había grandes almacenes de depósitos donde todos iban a comprar; mediante esa ley del 4 de septiembre de 1850 [la ley de Eusébio de Queirós] esas circunstancias variaron, los traficantes cambiaron sus planes. Luego de desembarcados los africanos son inmediatamente, por caminos impenetrables y por atajos desconocidos, llevados hacia el interior del país. En faz de estas nuevas circunstancias ¿qué puede hacer el gobierno con la ley del 4 de septiembre de 1850, cuya acción se restringe sola-

mente al litoral? Si deseamos sinceramente la represión, si no queremos convertirla en sofisma, debemos seguir a los africanistas en sus nuevos planes... No es para abusar que el gobierno quiere estas disposiciones, porque para abusar eran suficientes y poderosos los medios que están hoy a su disposición... Un gobierno, a menos que desconozca su misión, no puede por amor a un interés comprometer los otros intereses de la sociedad; es en la combinación de todos ellos que consiste el gran problema de la administración pública... Yo os dije que el gobierno tenía el deseo sincero de reprimir el tráfico y no quería convertir en un sofisma su represión: ¿no será acaso disimular la represión el encargar al jurado el juicio de este crimen?... Los africanistas no han de dejar de buscar para el desembarque aquellos sitios en los que la opinión sea favorable al tráfico; no han de internar a los africanos sino hacia los lugares en que se encuentren bajo protección, y el jurado de esos lugares, los cómplices, los interesados, los conniventes en el crimen, ¿pueden juzgarlo?...”

El gobierno triunfó, la ley propuesta fue votada por las Cámaras... Haber osado proponer la derogación de la competencia del jurado, cuando el tráfico estaba expirando, era el coraje del verdadero hombre de Estado, cuya divisa debe ser el *nil actum reputans* de César. La gloria no sería más de la represión después del golpe de Eusébio; éste la había sacado completa a antecesores y sucesores por igual; a aquellos que viniesen después de él les quedaba tan sólo el deber. Más de una vez mi padre tuvo que enfrentar a los defensores teóricos de la intangibilidad del jurado para hacer triunfar el principio superior de la defensa social. Le asustaba la estadística de la impunidad, y entre las causas de ese estado de cosas él contaba el poderío de las influencias del interior que dominaban el jurado y por ese medio aumentaban y mantenían en obediencia a su vasallaje. Como remedio proponía la concentración del jurado en los lugares suficientemente poblados para tener una opinión independiente.

Esa era su principal cualidad de político: adaptar los medios a los fines y no dejar periclitar el interés social

más elevado debido a una doctrina o a una aspiración. Como se mostró con el jurado, se mostró, él, magistrado, con la magistratura. La distribución de la justicia fue uno de sus más grandes empeños en el orden administrativo; una buena magistratura, eficiente, instruida, prestigiada, era para él la solución de la mitad de nuestros problemas; levantar la vocación de juez por todos los medios al alcance del Estado sería el complemento de su otro *desideratum*: levantar la vocación religiosa, formar un clero en cuyas manos se pudiese entregar la guardia de los diez mandamientos, el depósito de la moral y de las costumbres. No obstante él será el principal sustentador de las jubilaciones forzosas de magistrados vitalicios; quien cambiará en máxima del gobierno, en inspiración para los hombres de Estado, las palabras de un antiguo canciller francés, cuando dijo: “Prefiero mil veces ser juzgado por un magistrado venal, pero, capaz, a ser juzgado por un magistrado honesto, pero, ignorante, porque el magistrado venal no faltará a la justicia sino en las causas en que tenga interés de hacerlo, mientras que el magistrado ignorante sólo por pura casualidad pronunciará una buena sentencia”.

Igual con el clero. Como ministro de Justicia, da un fuerte impulso a la educación del clero, propone la creación de facultades teológicas; es suyo el decreto que otorga a los obispos el poder *ex-informata conscientia* sobre sus sacerdotes, sin el cual no sería posible el alistamiento pasivo de la milicia eclesiástica; y no obstante es él quien interrumpe en Brasil el noviciado monástico. Su pensamiento, lejos de querer suprimir las órdenes religiosas, lo que quería era regenerarlas, restituirles la deseada pureza, o como dijo en una frase que se le quedó grabada en la memoria a Pío IX, “levantar un muro de bronce entre el nuevo y el viejo clero”. De ese modo sirvió también a la monarquía con lealtad y desinterés; aún joven, académico de Olinda, de él partió el primer grito escuchado y con repercusión en el Norte contra las tendencias republicanas del 7 de abril, pero la prerrogativa monárquica no encontró entre nosotros una barrera más eficaz

que su espíritu liberal fuertemente imbuido en el prejuicio constitucional. Es característico de su modo de comprender la posición de consejero de Estado la franqueza con la cual él sostiene ante el Emperador —*el rey reina y no gobierna*.

Desde 1868 hasta 1871, cuando la idea fue abrazada por el vizconde de Rio Branco que la convirtió en ley, mi padre fue el principal promotor de la liberación de las generaciones futuras. En 1866 vota a favor de esa reforma desde el despacho de ministros y en 1867 se hace su más férreo defensor en el Consejo de Estado, como relator del proyecto que después se convirtió en la ley del 28 de septiembre. Al otorgar en el día de la victoria los laureles del triunfo, Francisco Otaviano le rendiría este tributo: “A su noble colega el Sr. Nabuco de Araújo también es indisputable la gloria por el celo con que en el Consejo de Estado, en la correspondencia con los hacendados y en la tribuna a través de elocuentes discursos, hizo que la idea madurara hasta tomar proporciones de voluntad nacional”.

Esa fue la reforma a la cual él se dedicó con más interés y amor... Además desde 1866 mi sueño, mi ambición para él era que su nombre se asociara al primer acto de emancipación del reinado... ¡En cuántas de mis cartas escritas desde la Academia, y conservadas, como él hacía con todos los papeles que recibía, encontré después expresada aquella esperanza íntima de que él llegase a ser el Lincoln brasileño! Y seguramente de su carrera ningún trazo es máspreciado para mí que ese que reconstruí con fidelidad en su *Vida* y que hace de él, así como Rio Branco fue el Robert Peel, el Cobden de aquel primer movimiento abolicionista. Por eso, si hubiese estado todavía vivo cuando yo entré a la Cámara en 1879, tal vez su presencia en el Senado habría modificado en muchas cosas mi libertad de acción, pero en un punto, estoy completamente seguro, mi papel hubiera sido igual y aún más acentuado: en la cuestión de los esclavos. En esa él no me corregiría ni me contendría. Su actitud sería, como hubiera sido la de Rio Branco si asistiese a una sesión legislativa, más

francamente favorable a la abolición. Si el uno y el otro estuviesen vivos, tal vez se hubiese podido evitar el carácter revolucionario del movimiento, porque en ambos partidos habría en el momento decisivo —después fue tarde— quien se identificase con la propaganda, impidiendo así en el futuro que la aspiración liberal humana se hiciera fermento político... A Dios gracias, yo no dudo de que ésta habría sido su actitud, y así puedo decir que en 1879 como Diputado no hice sino seguir desde el punto donde él se había quedado, substituirlo a él, con la diferencia natural entre mi juventud y su vejez, desarrollando a favor de los esclavos existentes el pensamiento que él señalara como un deber nacional no sólo en la elaboración sino también en la discusión de la ley que liberó a las generaciones futuras.

Hacia el final de la vida su liberalismo había tomado un tono muy acentuado, pero era siempre bajo formas concretas que encaraba la libertad. De ese modo se ocupaba sobre todo de las garantías judiciales de la libertad individual. Poseía un determinado número de fórmulas constitucionales, de máximas políticas, que formaban parte de su lealtad tanto a la causa monárquica como a la causa liberal. Conservador en la juventud y en toda la carrera en que la vida se expandía y la emulación le inspiraba, fue en la edad del retiro cuando rompió con el partido de la tradición, que en su opinión se había vuelto una oligarquía, al tomar la forma de un triunvirato; sin embargo siendo un jefe liberal mostró siempre su preferencia por la forma, el compás, la compostura de la vieja escuela en lugar del afán, promiscuidad e indisciplina de su nuevo campo.

Estos trazos bastarían para dibujar el hombre de Estado: era una naturaleza liberal, con un impulso imaginativo muy pronunciado, veía distintamente el ideal político, pero quería realidades y no fantasmas, prefería un poco de libertad para poder dejarla como herencia a los hijos, un bienestar relativo, en lugar de derechos ilusorios, en cuyo dominio no se pudiese entrar, o grandes reformas del mecanismo político que en nada mejorarían

la condición del país. Tenía un fondo de idealismo, formado por principios inflexibles, pero corregido siempre por la intuición nítida de los efectos prácticos de la ley. Era un jefe político ajeno a la pequeña política, lo que significa que ejercía una especie de autoridad moral que los amigos y adversarios compararon muchas veces con el poder espiritual de los antiguos mikados.

Viviendo en medio de una élite verdaderamente notable de hombres de Estado, oradores, legisladores, la más rica de los dos reinados en talento parlamentario, tradiciones políticas y conocimientos administrativos, tuvo durante largo tiempo entre ellos por admisión general el papel de oráculo. Al final hablaba muy raramente y una tristeza invencible se mezclaba con sus adivinanzas patrióticas. Hoy, al leerlo, se diría que a una distancia de doce o quince años el final de las instituciones liberales proyectaba su sombra por delante y que él la veía avanzar sobre la tribuna del Senado.

Fue muchos años después de su muerte, al estudiar su vida, al meditar sobre su pensamiento, compulsando el vasto archivo por él acumulado, su correspondencia política, los testimonios, las controversias suscitadas por la acción individual y las consecuencias atribuidas por amigos y adversarios, cuando abarqué la personalidad política de mi padre. En la juventud me sería imposible comprenderle como lo hice después; no poseía las facultades para eso, la calma necesaria para admirar lo que sólo habla a la razón, el espíritu del sistema, el genio constructor. Pero si el estadista sólo podía ser medido y evaluado por mí en otra fase de mi desarrollo, no sufrí durante toda la vida la misma influencia directa y positiva como la admiración que tuve por el hombre. Su gran ciencia como lo percibía y veía bien estaba en él, no en los libros, que literalmente no eran más que autoridades de las que se servía para el público, jueces, colegas... Sin embargo, más que su ciencia, lo que me dominaba de él era la armonía visible de su estructura mental y moral, manifestada por una serenidad y una dulzura sin igual.

En 1860 mi padre se mudó del Catete para la playa de Flamengo, donde residió hasta su muerte. La casa era

una de esas construcciones macizas todavía del buen tiempo de la edificación portuguesa en Rio de Janeiro, con proporciones en el interior de un trecho de palacio o de convento. Allí, en aquellos salones y cuartos que eran salas, él se sentía cómodo, tenía el espacio, y, con el mar frente a sus ventanas, la variedad y el movimiento exterior, necesarios para un recluso de los libros. La sociedad de Rio de Janeiro venía a sus recepciones; los domingos, los vecinos asistían a la misa rezada en su oratorio; durante la sesión de las Cámaras concurrían diputados pernambucanos, y siempre los íntimos, como el marqués de Abrantes, Quaraim, los antiguos colegas. Esto, además de las veces que se iba en carruaje al Senado o al escritorio, constituía toda su distracción. Su vida se podría decir, era exclusivamente cerebral, y nunca tuvo tiempo (ni un día, tal vez en toda su vida) para interrumpir, suspender, esa labor continua, que era toda ella un servicio forzoso, ninguna parte, ni aun la más insignificante, fue de su propia elección o inclinación... De ese modo de vivir, encerrado entre altas murallas de libros, saliendo de su celda solamente para encontrarse en presencia de la familia con los que la simpatía o la fidelidad reunía en torno a él, resultó aquella bondad cautivadora, que fue su principal trazo.

Es para mí hoy una causa de arrepentimiento y compunción el no haber tenido como principal aspiración saciarme, saturarme de él, hacer de mi espíritu una copia, un borrador, de lo que él había impreso y grabado en el suyo aunque fuera de las anotaciones que retuve un instante, pero que dejé que se borrasen... Hay vacíos que no me sería posible reparar... Me estoy acordando ahora de los grandes volúmenes encuadernados que hacían compañía en el confinamiento de su escritorio al duplicado de los viejos praxistas... Era la colección de los periódicos en que colaborara o que redactara en Recife... Estaban allí veinte años de su vida... Toda esa serie se dispersó, desapareció... ¿Por qué no coincidió el interés profundo, incomparable, que después todo eso me inspiró, con el tiempo en que viví a su lado? Este deseo de recoger los

más pequeños vestigios de su pensamiento, los trazos más huidizos de su reflexión, que siempre era, en la esfera en que él la producía, personal, creadora, transformadora del asunto que trataba, sólo se hizo mío cuando ya no podía recurrir a él, pedirle aclaraciones, animar para mí aquel polvo con la vida que sólo estaba en él, darme la llave, el espíritu de la época, el carácter, el alcance, la verdad real de lo que allí se representaba, y de que sólo él poseía las limitaciones, la escala, el patrón definitivo, en que todo debía ser tomado... ¡Y en relación con los personajes que conociera, con quien viviera! ¿Por qué no hice pasar frente a él, sin cansarlo ni forzarlo, la galería de sus contemporáneos para atrapar el vestigio que le quedase de cada uno?... Sin embargo, ¡cuánto conversé con él! Durante años completos mi placer más grande eran las horas que él dedicaba a nosotros cada día y en que me embebía en escucharlo y, aún más en verlo... Hoy siento no haber tenido la ambición de no ser sino el instrumento que recibía para conservar lo más que fuese posible de él, y cuya presencia continua a su lado le fuese reuniendo las reminiscencias, los puntos de vista, las imágenes representativas, que cincuenta años de actividad cerebral trazaron en su pensamiento.

Hecho este acto de contricción por lo que dejé de aprovechar de él para mi propia formación y por lo que dejé perder de su espolio intelectual, la verdad es que ninguna sanción moral fue tan fuerte para mí como la conciencia de la relación que me prendía a él y que en todo tiempo estuve siempre listo a renunciar a una palabra de él —que no dijo— a mi inspiración por la suya, al papel que yo ambicionase por el que él me diese. Como afirmé, sólo mucho más tarde, veinte años después de haberlo visto por última vez, pude evaluar lo que hoy denomino su genio político y sentir por él toda la admiración consciente, objetiva, de que soy capaz. Pero aun así el sentimiento de su superioridad en su tiempo fue para mí instintivo. Lejos de él, en mi esfera intelectual independiente, yo expresaba muchas opiniones diversas a las suyas, tenía una línea muy exagerada en relación a la que

él llevaba; sin embargo, no habría hipótesis de que yo no cediese a la más pequeña presión que él juzgase necesario ejercer sobre mí, a una persuasión que me quisiera inculcar. La pretensión de la juventud, que se inspira en sí misma y decreta su infalibilidad porque sólo ve el lado de las cosas a su alcance, desaparecía sin titubeo a un llamado de su ternura, a un toque de su razón superior. Quisiera Dios hubiese sido así en los primeros años de la curiosidad intelectual insaciable, cuando primero entablé conocimiento con la *tierra incógnita* señalada en el mapa de la fe como el límite de la propia imaginación.

El espectáculo de su devoción concurrió más que ninguna otra influencia para conservar durante años intacta mi creencia; después ésta pasó por grandes sacudidas, pero aquella impresión predominante me hizo siempre tratar lo que me parecía esencial en la religión como la esfera superior o la fuente más elevada de la inspiración humana... Sin embargo, alguna vez pensando en él y en su gran autoridad sobre mí, no dejé de sentir la ventaja que los espíritus emancipados se atribuyen en relación con los que nunca salieron de la fe. Era el tiempo cuando yo me preguntaba a mí mismo si un hombre, aun teniendo el genio de un Santo Tomás de Aquino, podía ser llamado superior, si no tenía, en nuestro siglo, otro horizonte intelectual que el de la revelación... Tal vez pensase yo entonces como consuelo que mi padre también había tenido dudas pero no las dejara percibir, o que había regresado a la fe como a una síntesis ya lista de la vida humana en todas sus relaciones después de haber inútilmente procurado construir otra para sí mismo. Sólo más tarde alcancé a comprender que la inteligencia puede trabajar hasta el fin completamente ajena a los graves problemas religiosos que confunden al pensador que los quiere resolver según la razón, sin que ningún choque exterior venga a perturbar la solución recibida en la infancia. La duda no es la señal de que el espíritu es más perspicaz, es a veces un simple malestar de la vida. Una existencia ocupada en grandes trabajos puede no tener tiempo para la duda religiosa. Si no es exacto decir que

la duda nunca ayudó a ninguno de los grandes genios de la humanidad en el trazo o perfeccionamiento de su obra, el número de los que ella asistió es seguramente pequeño en comparación con aquellos que no necesitaron de un soplo de negación para inspirarse y supieron crear, creyendo. Una cosa por lo menos es cierta, por ejemplo, que las facultades creadoras deben estar sólidamente construidas para que la duda no las haga producir una obra menos considerable o menos bella de lo que lo haría la fe. La duda puede ser el indicio de un nuevo destino humano, el boceto de una inteligencia aún por venir, pero le tomará mucho tiempo llegar a formar un sentido superior a la religión. Mis ideas sobre lo que constituye la superioridad intelectual cambiaron felizmente mucho desde ese tiempo en que yo buscaba pretextos para atribuirle a espíritus desprovistos de la facultad de la duda, pero que en todo lo demás me imponían admiración, como mi padre. Yo tomaría a veces en ese entonces a un literato, un escritor, como superior a esos pensadores ásperos, cuya idea sólo se puede atrapar después de rasgar el envoltorio resistente que la protege. Es como si la flor que dura una mañana, fuese la última expresión del mundo vegetal preferible al cedro milenario, padre de la selva.

XIX / ELECCIÓN DE DIPUTADO

EL PERÍODO de mi formación política duró propiamente hasta 1878; el siguiente, desde 1879 hasta 1889, es el del papel que me tocó representar; el final —ahora debo esperar así— será el apaciguamiento del interés político y su substitución por otros, tal vez aún más irreales y quiméricos, pero, que de algún modo cuadran mejor con el crepúsculo de la vida, cuando el espíritu empieza a oír a lo lejos el toque de retirada. Durante aquellos diez años a los cuales he hecho referencia, no fui sino un curioso, atraído por los viajes, por el carácter de los diferentes países, por los libros nuevos, por el teatro, por la sociedad. Una vida envidiable para mí hubiera sido entonces asistir desde bastidores a los grandes acontecimientos contemporáneos, convivir con los personajes, y, como distracción del presente, tener el derecho de entrada a las excavaciones de Atenas o de Roma. Al final de esta fase de *lazarionismo* intelectual, cuando por primera vez soy electo para el Parlamento¹¹, sentía necesidad de otra provisión de sol interior; necesitaba, no sólo el diletantismo, sino la pasión humana, el interés vivo, palpitante, absorbente, en el destino y en la condición ajena, en la suerte de los infelices; aprovechar mi vida en cualquier obra de misericordia nacional; ayudar a mi país, prestar el hombro a mi época, para alguna noble empresa. Ninguna causa política, dados los elementos que describí, podría proporcionarme ese entusiasmo, inspirarme ese éxtasis; la política sería siempre la emoción partidista, incierta, negativa, el temor de edificar desconfiando de la solidez de los materiales y del terreno. Era necesario que el inte-

11. La carrera de diputado es afanosa, vibrante, pero tumultuosa. Todas sus elecciones fueron difíciles. Fue derrotado más de una vez, por intereses y acuerdos de los Partidos. A más de una legislatura para la cual fuera electo no llegó a su fin debido a la disolución de la Cámara por el Emperador. Fue la principal voz contra la esclavitud. Con la abolición en 1888 se desinteresó de la actividad política.

rés fuese humano, universal; que la obra tuviese el carácter de finalidad, la certeza, la infalibilidad de lo absoluto, de lo divino como tienen las grandes redenciones, las revoluciones de la caridad o de la justicia, las auroras de la verdad y de la conciencia sobre el mundo. En Brasil en el año que empecé mi vida pública aún existía un interés de aquel orden, con todo ese poder de fascinación sobre el sentimiento y el deber, igualmente impulsivo e ilimitado, capaz del *fiat*, sea por tratarse de la suerte de criaturas aisladas, sea por el carácter de la nación... Tal interés sólo podía ser el de la emancipación y por felicidad de mi hora, yo traía desde la infancia y de la adolescencia el interés, la compasión, el sentimiento por el esclavo –bulbo que daría la única flor de mi carrera...

El hecho que me lanzó a la política fue la muerte de mi padre, en marzo de 1878, año en que fui electo diputado por primera vez... Antes de morir tuvo tiempo de asegurar mi elección, que había quedado resuelta entre él y el barón de Vila Bela, jefe político en Pernambuco. Sousa Carvalho, que después de la muerte de mi padre, quiso impugnar mi candidatura, fue a Vila Bela y al referirse a su muerte le dijo: *Sublata causa, tollitur effectus*. Sin embargo, Domingos de Sousa Leão, tenía la religión de la amistad y de la lealtad, y la muerte de Nabuco, en lugar de borrar su compromiso, le volvería de honor... En ese entonces mi deseo íntimo era seguir en la diplomacia... No obstante, mi madre conservaba la ambición de mi padre, de verme entrar a la política, para un día substituirlo, sentarme en su silla de senador, como él se sentara en la de mi abuelo, quien no había sido el primer senador Nabuco porque encontrara en el Senado a su tío José Joaquim Nabuco de Araújo, el primer barón de Itapoã. Yo representaría así en el Parlamento la cuarta generación de la misma familia, lo que supongo no acontecía a ningún otro. Con Martín Francisco Júnior, hijo, nieto y biznieto de parlamentarios, las generaciones políticas fueron tres, por ser hermanos el abuelo y el bisabuelo, Martín Francisco y José Bonifácio.

Esa elección no me costó nada... Pero a Vila Bela en la Corte y en la provincia a Adolfo de Barros, que pasó

por la política como un perfecto *gentleman*, su Presidente, les costó incluirme en la lista... Mi nombre dejaba de lado a otros que eran antiguos luchadores, como el Dr. Aprígio Guimarães, popular en la Academia por su liberalismo republicano y su elocuencia tribunalicia. No sentía remordimientos por eso, *fata viam invenient*... No era sólo mi nombre el que postergaba el derecho de antigüedad; la tarjeta de votación estaba llena de nombres nuevos; yo representaba una tradición de servicios al partido, los de mi padre, que bien valían los de cualquier otro, y tenía confianza en que la Cámara justificaría mi rápido ascenso. Esa elección que nada me costó, que fue hecha por el partido, al disponer de todos los elementos oficiales, no dejó de tener para mí su incidente... En una sesión académica del 11 de agosto, en el teatro Santa Isabel, cuando yo profería, desde el emplazamiento del presidente, las primeras palabras, fui recibido por las protestas y el vocerío de un numeroso grupo, que se hizo dominante, y que después llevaría su *meeting* de indignación en mi contra hacia una plaza de la ciudad... El tema de mi improvisación, como respuesta a los epigramas y diatribas contra San Cristóbal que habían sonado en el palco, fue este: la gran cuestión para la democracia brasileña no es la monarquía, es la esclavitud. Puedo decir que experimenté algunas veces la dulzura de la popularidad, sin embargo, nada iguala el placer de una de esas tempestades levantadas contra sí por el orador que se siente dueño de la verdad y al servicio de la justicia, cuando prevé que esos que le injurian en aquel momento estarán con él al día siguiente... Yo dejaba que pasara aquella ola rabiosa y espumante, que la intriga, explorando la susceptibilidad propia de la democracia pernambucana, las reminiscencias playeras, y con un imperfecto conocimiento del individuo, del papel que él iba a representar, impulsaban contra mi candidatura... Yo sabía que la palinodia había de ser completa, que se desharía el *malentendu* creado entre el pueblo de Recife y mi persona, desde que él se diera cuenta del objetivo por el cual yo aspiraba su mandato... En verdad, la opinión del partido popular,

celoso de sus foros y tradiciones, cambió a mi respecto luego de la primera sesión en que pedí la palabra en la Cámara... Desde ese día se estableció una afinidad con Recife que nunca se interrumpió y que aún hoy, cuando retirado del todo de la política, estoy seguro, será la misma, porque fue como el encuentro de dos opiniones que se miraron una a la otra hasta las fuentes de su sentimiento y reconocieron en la transparencia de su fondo la sinceridad de cada una.

Ese año de 1879, cuando hice mi estreno parlamentario, fue una época de actividades y de expansión única en mi vida. Puedo decir que ocupé la tribuna todos los días, participando de todos los debates, de todas las cuestiones... El favor con que era acogido, los aplausos de la Cámara y de las galerías, la atención que me prestaban, eran para embriagar fácilmente a cualquier principiante... ¡Cómo sería distinto hoy, y cuanto todo aquello se desvalorizó para mí como placer del espíritu! Hoy es la gota cristalina que mana de la roca del ideal —fuente oculta que todos llevamos en nosotros— y no las fuentes y acueductos de la plaza pública, la única que me desaltera. Entonces todo era materia para un discurso; yo hablaba sobre la marina y la inmigración así como sobre la iluminación o el impuesto de renta, sobre el arrendamiento del valle del Xingu o la elección directa... Tenía el calor, el movimiento, el impulso del orador; no conocía el *èvaldrá la pena?* del observador que se restringe cada vez más... El público, los grandes auditorios eran para mí lo que es hoy mi cesta de papel, o la llama que consume la exuberancia superflua del pensamiento. Sólo mucho más tarde comprendí por qué los que vinieron antes de mí se retraían, cuando yo me expandía: en muchos era la saciedad, el enojo que empezaba; en algunos el cambio de la aspiración por otro orden de intereses más utilitarios; en otros, sin embargo, era la conciencia que llegaba a la madurez, el amor por la perfección... De esos discursos sin excepción que figuran con mi nombre en los *Anales* de 1879 y 1880 no quisiera salvar nada sino la nota íntima, personal, la parte de mí mismo que esté en alguno. No pasa así

con los que proferí en la Cámara en la semana de mayo de 1888, ni tampoco con los de Recife en 1884-1885, pronunciados en el teatro Santa Isabel. Esos son lo mejor de mi vida.

Cuando dije que el período que va hasta 1879 es el de mi formación política, sólo quise decir que es el período en que adquiero la herramienta con la cual he de trabajar en política; aun así el límite del tiempo no es precisamente exacto, porque es en la propia política, en la Cámara, bajo el influjo y determinismo del papel que elijo, que la verdadera formación se opera, es decir, que las contradicciones se concilian, la subordinación de los impulsos y de las tendencias se realiza, las afinidades esenciales se pronuncian, los roces interiores, los titubeos, las atracciones o repulsas perjudiciales se eliminan, y el destino una vez conocido crea la vocación, la tarea misma completa el instrumento.

De hecho, al entrar a la Cámara, estoy tan completamente bajo la influencia del liberalismo inglés, como si militara bajo las órdenes de Gladstone; ese es en esencia el resultado de mi educación política; soy un liberal inglés —con afinidades radicales, mas con adherencias *whigs*— en el parlamento brasileño; ese modo de definirme será idéntico hasta el fin, porque el liberalismo inglés, gladstoniano, macaulayiano, perdurará siempre, será el vasallaje irrescatable de mi temperamento o sensibilidad política; sin embargo, después del primer ensayo, el aspecto político haríase secundario, subalterno, sería reemplazado por la identificación humana con los esclavos y ésta quedaría como la característica personal, todo se fundirá en ella y por ella. En ese sentido la emancipación es la verdadera acción formadora para mí, la que toma los elementos aislados o divergentes de la imaginación, los extremos de la curiosidad o de la simpatía intelectual, los contrastes, los antagonismos, las variaciones de facultades sensibles a la verdad, a la belleza que los sistemas más opuestos reflejan unos contra los otros, y construye el molde en que la aspiración política se vacía, y no sólo ella, sino también la

inteligencia, la imaginación, los propios sueños y quimeras del hombre.

Sin embargo, como dije hace poco, yo traía desde la infancia el interés por el esclavo... Ese episodio no será jamás borrado de estos recuerdos.

XX / MASSANGANA*

LA LÍNEA completa de la vida es para muchos el dibujo del niño olvidado por el hombre, pero al cual él deberá siempre ceñirse sin saberlo... Por mi parte creo no haber traspasado jamás el límite de mis cuatro o cinco primeras impresiones... Los primeros ocho años de mi vida fueron así, en cierto modo, los de mi formación, instintiva o moral, definitiva... Pasé ese período inicial, tan remoto, sin embargo más presente que cualquier otro, en un ingenio de Pernambuco, mi provincia natal. La tierra era una de las más vastas y pintorescas de la zona del Cabo... Nunca se me quita de la vista ese telón de fondo que representa las lontananzas de mi vida. La población del pequeño dominio, completamente cerrado a cualquier injerencia de afuera, como todos los otros feudos de la esclavitud, estaba constituida por esclavos, distribuidos por los compartimientos de la *senzala*, el gran palomar negro al lado de la casa de habitación, y de arrendatarios, ligados al propietario por el beneficio de la casa de bahareque que les agasajaba o del pequeño cultivo que él les permitía en sus tierras. En el centro del pequeño cantón de esclavos se erguía la residencia del amo, mirando hacia las casas de molienda, y teniendo por detrás, en una ondulación del terreno, la capilla bajo la invocación de San Mateo. Por el declive del pasto, árboles aislados abrigan bajo su sombrilla impenetrable rebaños de ganado

* La razón que me hizo no empezar desde los años de la infancia se debió a que al ser publicados por primera vez tenían un tinte político que se fue borrando gradualmente, porque al escribirlas disminuía en mí el interés, la seducción política. La primera idea había sido contar mi formación monárquica; después, extendiendo el asunto, mi formación político-literaria o literario-política; y finalmente, desarrollándolo siempre, mi formación humana, de modo que el libro enlazara con otro, que yo había escrito antes sobre mi retorno a la religión. Es de este libro, de carácter más íntimo, compuesto en francés hace siete años, que traduzco este capítulo para explicar la referencia hecha a mis primeras relaciones con los esclavos. (Nota del Autor)

soñoliento. En la planicie se extendían los cañaverales cortados por la alameda tortuosa de antiguos guamos cargados de musgos y lianas, que sombreaban de lado a lado el pequeño río Ipojuca. Era a través de esa agua casi adormecida sobre sus anchos bancos de arena que se embarcaba el azúcar para Recife; ella alimentaba cerca de la casa un gran vivero, rodeado por caimanes, que los negros cazaban, y que era renombrado por su pesca. Más lejos empezaban los manglares que llegaban hasta la costa de Nazaré... Durante el día, debido a los grandes calores, se dormía la siesta, respirando el aroma, esparcido por todas partes, de los grandes cazos en que se cocinaba la miel. El crepúsculo era deslumbrante, pedazos completos de la planicie se transformaban en un polvo de oro; la entrada de la noche, hora de las margaritas silvestres y de los bacuraus*, era agradable y balsámica, después el silencio de los cielos estrellados, majestuoso y profundo. De todas esas impresiones ninguna morirá en mí. Los hijos de los pescadores sentirán siempre bajo sus pies el roce de la arena de la playa y escucharán el ruido de las olas. A veces creo pisar la espesa camada de cañas caídas de la molienda y escucho el crujir lejano de las grandes carretas de bueyes...

Emerson quería que la educación del niño empezara cien años antes de su nacimiento. Mi educación religiosa obedeció ciertamente a esa regla. Yo siento la idea de Dios en lo más apartado de mí mismo, como la señal amorosa y querida de diversas generaciones. En ese aspecto la serie no fue interrumpida. Hay espíritus a quienes les gusta romper todas sus cadenas, y preferentemente las que otros les hayan creado; sin embargo, yo sería incapaz de romper completamente la más pequeña de las cadenas que alguna vez me prendió, lo que me permite soportar cautiverios contrarios y menos aún una que me hubiese sido dejada como herencia. Fue en la pequeña capilla de Massangana donde quedé unido a la mía.

* *Bacurau*: del tupí wakura'wa. Designación común a varias aves caprimulgiformes. Son nocturnas, de plumaje suave, y se alimentan de insectos. (N. del T.)

Las impresiones que guardo de esa edad muestran bien la profundidad de nuestros primeros cimientos. Ruskin escribió esta variante del pensamiento de Cristo sobre la infancia: “El niño muchas veces sostiene entre sus débiles dedos una verdad que la edad madura con toda su fortaleza no podría suspender y que sólo la vejez tendrá nuevamente el privilegio de cargar”. Yo tuve en mis manos como juguetes de niño todo el simbolismo del sueño religioso. A cada instante consigo entre mis reminiscencias miniaturas que por su frescura de pruebas *avant la lettre* deben datar de esas primeras impresiones del alma. Por la perfección de esas imágenes imborrables se puede estimar la impresión causada. Yo veía así la *Creación* de Miguel Ángel en la Sixtina y la de Rafael en las Loggie, y, a pesar de toda mi reflexión, no puedo dar ningún relieve interior del primer paraíso que hicieron pasar frente a mis ojos en un vestigio de antiguo misterio popular. Escuché las notas perdidas del *Angelus* en la Campaña romana, pero el *muezzin* íntimo, el timbre que suena en mis oídos a la hora de la oración, es el de la pequeña campana que los esclavos escuchaban de cabeza baja, murmurando el *Alabado sea Nuestro Señor Jesús Cristo*. Este es el Millet inalterable que se grabó en mí. Muchas veces he cruzado el océano, pero si quiero recordarlo, tengo siempre ante mis ojos, detenida instantáneamente, la primera ola que se levantó delante de mí, verde y transparente como un biombo de esmeralda, un día en que, atravesando por un inmenso cocotal por detrás de las chozas de los pescadores, me hallé a la orilla de la playa y tuve la revelación súbita, fulminante, de la tierra líquida y móvil... Fue esa ola, fijada en la placa más sensible de mi *kodak* infantil, la que permaneció para mí como el eterno *cliché* del mar. Solamente por debajo de ella podría yo escribir: *¡Thalassa! ¡Thalassa!*

Mil moldes de ideas y de sentimientos datan casi todos de esa época. Las grandes impresiones de la madurez no tienen el don de hacerme revivir que tiene el pequeño cuaderno de apenas cinco o seis hojas en las cuales las primeras astas del alma aparecen tan frescas como

si hubiesen sido calcadas esta misma mañana... El encanto que se halla en esos *eidoli* groseros e ingenuos de la infancia nos viene porque sentimos que sólo ellos conservan nuestra primera sensibilidad apagada... Ellos son, por así decirlo, las cuerdas sueltas, pero todavía vibrantes de un instrumento que ya no existe en nosotros...

Al igual que con la religión y la naturaleza, también me sentí vinculado con los grandes hechos morales de mi alrededor. Estuve involucrado en la campaña de la abolición y durante diez años busqué extraer de todo, de la historia, de la ciencia, de la religión, de la vida, un filtro que sedujera a la dinastía; vi a los esclavos en todas las condiciones imaginables; mil veces leí *La cabaña del tío Tom*, en el original del dolor vivido y sangrando; sin embargo, para mí la esclavitud cabe completa en un cuadro inolvidable de la infancia, en una primera impresión que decidió, estoy seguro, el empleo posterior que le daría a mi vida. Estaba una buena tarde sentado en el descanso de la escalera exterior de mi casa, cuando vi que corría hacia mí un joven negro desconocido, de cerca de dieciocho años, que se abraza a mis pies suplicándome por el amor de Dios que hiciese que mi madrina le comprara para mi servicio. Venía de la vecindad, buscando cambiar de amo, porque el suyo, me decía, le castigaba, y él había huido arriesgando su vida... Fue este trazo inesperado que me reveló la naturaleza de la institución con la cual yo conviviera hasta entonces familiarmente, sin sospechar del dolor que ella ocultaba.

Nada muestra mejor que la propia esclavitud el poder de las primeras vibraciones del sentimiento... Él es tal, que la voluntad y la reflexión no podrían más tarde sustraerse a su acción y no hallan un verdadero placer sino en conformarse... Así yo combatí a la esclavitud con todas mis fuerzas, la repelí con toda mi conciencia, como la deformación utilitaria de la criatura, y a la hora en que vi que se extinguía, pensé que también podía pedir mi carta de libertad, decir mi *nunc dimittis*, por haber escuchado la más bella nueva que en mis días Dios hubiese podido mandar al mundo; y, sin embargo, hoy que ella

está extinguida, experimento una singular nostalgia, que asustaría a Garrison o a John Brown: la añoranza del esclavo.

Es que el amo era tan inconscientemente egoísta como el esclavo era inconscientemente generoso. La esclavitud permanecerá durante mucho tiempo como la característica nacional de Brasil. Ella esparció por nuestras vastas soledades una gran suavidad; su contacto fue la primera forma que recibió la naturaleza virgen del país, y fue la que él guardó; ella lo pobló como si fuese una religión natural y viva, con sus mitos, sus leyendas, sus hechizos; le insufló su alma infantil, sus tristezas sin pesar, sus lágrimas sin amargura, su silencio sin concentración, sus alegrías sin causa, su felicidad sin día siguiente... Es ella el suspiro indefinible que las noches del Norte exhalan al esplendor de la luna. En cuanto a mí, la absorbí en la leche negra que me amamantó; ella me envolvió como una caricia muda durante toda mi infancia; la aspiré de la dedicación de los viejos sirvientes que me reputaban el presunto heredero del pequeño dominio del que ellos hacían parte... Entre ellos y yo debe haberse producido un canje continuo de simpatías, del cual resultó la tierna y reconocida admiración que más tarde vine a sentir por el papel que ellos desempeñaron. Éste me pareció, en contraste con el instinto mercenario de nuestra época, sobrenatural, a fuerza de la naturaleza humana, y el día en que la esclavitud fue abolida, sentí, por el contrario que uno de los más absolutos desintereses de que el corazón humano haya sido capaz no hallaría más las condiciones que le hicieron posible.

En esa esclavitud de la infancia no puedo pensar sin un pesar involuntario... Tal como lo presentí en torno a mí, ella se conserva en mi recuerdo como un yugo suave, orgullo exterior del amo, pero además orgullo íntimo del esclavo, alguna cosa que se asemeja a la dedicación del animal que jamás se altera, porque el fermento de la desigualdad no puede penetrar en ella. Yo temo también que esa especie particular de la esclavitud haya existido solamente en propiedades muy anti-

guas, administradas durante generaciones seguidas con el mismo espíritu de humanidad, y donde una larga condición heredada de relaciones fijas entre el amo y los esclavos hubiesen hecho del uno y del otro una especie de tribu patriarcal aislada del mundo. Tal aproximación entre situaciones tan desiguales ante la ley sería imposible en las nuevas y ricas haciendas del Sur, donde el esclavo, desconocido por el propietario, era solamente un instrumento de la cosecha. Los ingenios del Norte eran en su mayoría pobres explotaciones industriales, que existían sólo para conservar la condición del amo, cuya importancia y posición se evaluaba por el número de sus esclavos. Así se topaba también allí, con una aristocracia de maneras que el tiempo borró, un pudor, un resguardo en cuestiones de lucro, propio de las clases que no trafican.

Hace poco mencioné a mi madrina... De los recuerdos de la infancia el que eclipsa a todos los demás y el más querido de todos es el amor que tuve por aquella que me crió hasta mis ocho años como su hijo... Su imagen, o su sombra, se dibujó de tal modo en mi memoria, que yo la podría fijar si tuviese el más pequeño talento de pintor... Era robusta, inválida, caminaba con dificultad, constantemente estaba sentada —en un grande banco de cuero que llevaban de pieza en pieza por la casa— al lado de la ventana que daba hacia la plaza del ingenio, y donde se hallaba la estribería, el corral, y la pequeña casa edificada para mi maestro y que me servía de escuela... Ella jamás abandonó sus ropas de viuda. Mi padrino, Joaquim Aurélio de Carvalho, era conocido en la Provincia por su lujo y liberalismo, del que todavía hoy se cuentan diversos rasgos. Estoy viendo, a través de tantos años, los muebles de la entrada, donde ella acostumbraba pasar el día. En las paredes algunos grabados a color que representan el episodio de Inês de Castro, entre jaulas de pájaros finos, por los cuales su marido acostumbraba dar el precio que le pidiesen... al lado en un armario de vidrio las pequeñas ediciones portuguesas de los libros de devoción y de las novelas del momento. Mi madrina ocupaba siempre la cabecera de una gran mesa de trabajo,

donde jugaba a las cartas, distribuía el trabajo de la costura y el encaje a un personal numeroso, probaba el punto de los dulces, examinaba las tisanas para la enfermería que estaba en frente, repartía piezas de plata entre sus ahijados y protegidos, recibía a los amigos que venían todas las semanas atraídos por los regalos de su mesa y por su hospitalidad, siempre rodeada, adorada por todo el mundo, aparentando un aire severo que a nadie engañaba cuando era necesario reprender a alguna mucama que a menudo dejaba los bolillos y los encajes para parlotear en el gineceo, o algún morador vicioso que recurría demasiado a su bolso. Parece que su placer más grande era cambiar una parte de sus sobras en monedas de oro que ella guardaba sin que nadie lo supiera sino su liberto confidente para entregármelas cuando yo tuviese edad. Era a eso que ella llamaba su *invisible*. En ocasión de la muerte del siervo de su confianza, ella escribió a mi madre por la mano de otros:

“Les comunico a V. Ex^a y a mi compadre que murió mi Elías, haciéndome una falta excesiva a mis negocios. De todo se ocupaba él, y siempre con aquella bondad y humildad sin igual, y mi casa con él quedó tal y cual como era en tiempos de mi marido. Él no sólo me hace falta a mí, sino también a nuestro hijito pues le cuidaba como nunca se ha visto. A pesar de yo tener parientes era a él a quien yo encargaba de cuidar, si yo muriese, lo que yo dejaba para entregar a V. Ex^{as}... ¿Pero qué se puede hacer si así lo quiso Dios?”.

En otra carta, más tarde, la última que poseo, vuelve a hablar sobre la muerte de Elías:

“...mi Elías, quien me hace una sensible falta, no sólo a mí como a mi hijito, porque le cuidaba lo mejor posible, como en las fiestas cuando le gustaba pasear y estaba siempre bajo sus cuidados... Ojalá Dios me conceda vida y salud para verle más crecido y poder darle alguna cosa invisible, como decía el difunto su compadre, porque sólo a Elías le confiaba eso, a pesar de haber quedado Víctor, su hermano, quien es también merecedor de toda mi confianza...”.

¡Ah! querida y bendecida memoria, el tesoro acumulado parcela por parcela no vino a mis manos, ni hubiera podido venir por una transmisión destituida de las formalidades legales, como tal vez hayas pensado... pero imaginarte, durante años, en esa tarea agradable a tus viejos días de reunir para tu ahijado, a quien llamabas hijo, un peculio que le entregarías cuando fuera hombre, u otro a mi padre, si murieses dejándome menor de edad; acompañarte en tus conversaciones con tu fiel servidor, en esa preocupación de amor de tus últimos años, será siempre una sensación tan inefablemente dulce que sólo ella sería suficiente para destruir en mí cualquier amargura de la vida...

La noche en que murió mi madrina es la cortina negra que separa la escena de mi infancia del resto de mi vida. Yo no sabía nada, dormía en mi cuarto con mi vieja nana, cuando rezos entrecortados por sollozos me despertaron y me comunicaron el terror de toda la casa. En el corredor, moradores, ex esclavos, esclavos, arrodillados, rezaban, lloraban, se lamentaban a gritos; era la consternación más sincera que se pudiese ver, una escena de naufragio; todo ese pequeño mundo, tal cual se había formado durante dos o tres generaciones en torno a aquel centro, no existía más después de ella; su último suspiro lo había hecho romperse en pedazos. El cambio de amo era lo que había de más terrible en la esclavitud, sobre todo cuando se debía pasar del poder nominal de una vieja santa, que no era sino la enfermera de sus esclavos, a las manos de una familia hasta entonces extraña. Y como para los esclavos, los arrendatarios, los empleados, los pobres, toda la *gens* que ella mantenía, a la cual hacía la distribución diaria de raciones, de socorros, de remedios... Yo también debía partir de Massangana, dejado por mi madrina a otro heredero, su sobrino y vecino; mientras que a mí testaba otro de sus ingenios, que estaba de *fuego muerto*, es decir, sin esclavos para el trabajo... Aún hoy veo llegar, casi al mismo día que siguió a su muerte, la carreta del nuevo propietario... Era mi deposición... Yo tenía ocho años. Mi padre poco tiempo después me man-

dó a buscar con un viejo amigo, venido de Rio de Janeiro. Distribuí entre las personas de la casa todo lo que poseía, mi caballo, los animales que me habían regalado, los objetos de mi uso personal. “El niño está de lo más contento, escribía a mi padre el amigo que debía llevarme, después que le dije que su ama le acompañaría”. Lo que más me causaba pesar era tener que separarme de los que habían protegido mi infancia, de los que me habían servido con la dedicación que sentían por mi madrina, y entre ellos, sobre todo, de los esclavos que literalmente soñaban en pertenecerme después de la muerte de ella. Yo sentí muy bien el contragolpe de su esperanza desengañada, el día en que ellos lloraban al verme partir privado, tal vez pensasen ellos, de su propiedad... Por primera vez sintieron, a lo mejor, toda la amargura de su condición y la bebieron hasta el fondo.

Un mes y medio después de la muerte de mi madrina dejaba mi paraíso perdido, pero le pertenecería para siempre... Fue allí donde cavé con mis pequeñas manos ignorantes ese pozo de la infancia, insondable en su pequeñez, que refresca el desierto de la vida y hace de él para siempre en ciertas horas un oasis seductor. Las partes adquiridas de mi ser, lo que le debí a éste o a aquél, se han de dispersar en diferentes direcciones; sin embargo, lo que recibí directamente de Dios, el verdadero yo que salió de sus manos, éste quedará preso en el pedazo de tierra donde reposa aquella que me inició en la vida. Fue gracias a ella que el mundo me recibió con una sonrisa de tal dulzura que todas las lágrimas imaginables no me lo harían olvidar. Massangana permaneció como la sede de mi oráculo íntimo: para impulsarme, para detenerme y, si fuera preciso, para rescatarme, la voz, el frémito sagrado, vendría siempre de allá. *Mors omnia solvit*... todo, excepto el amor, que ella liga definitivamente.

Doce años después volví para visitar la capillita de San Mateo donde mi madrina, doña Ana Rosa Falcão de Carvalho, yace en la pared al lado del altar, y por la pequeña sacristía abandonada penetré al cercado donde eran enterrados los esclavos... Cruces, que tal vez ya no exis-

tan, sobre montones de piedras escondidas entre las ortigas, era casi todo lo que quedaba de la opulenta *fábrica*, como se llamaba el cuadro de la esclavitud... Abajo, en la planicie, brillaban como otrora las manchas verdes de los grandes cañaverales, pero la fábrica ahora humeaba y silbaba con un vapor agudo, anunciando una vida nueva. La molienda desapareció en el pasado. El trabajo libre reemplazó en muchas partes al trabajo esclavo. El ingenio del lado del “puerto” tenía el aspecto de una colonia; de la casa vieja no quedaban vestigios... El sacrificio de los pobres negros, que habían incorporado sus vidas al futuro de aquella propiedad, no existía más, sino tal vez en mis recuerdos... Bajo mis pies estaba todo lo que quedaba de ellos, frente de los *columbaria* donde dormían en la estrecha capilla aquellos a quienes ellos habían amado y libremente servido. Solo allí, invoqué todas mis reminiscencias, los llamé a muchos por sus nombres, aspiré en el aire cargado de aromas agrestes, que mantienen la vegetación sobre sus tumbas, el soplo que les dilataba el corazón y les inspiraba su perpetua alegría. Fue así como el problema moral de la esclavitud se dibujó por primera vez ante mis ojos en su nitidez perfecta y con su solución obligatoria. Esos esclavos no sólo jamás se habían quejado de su ama, sino que hasta el final la habían bendecido... La gratitud estaba del lado de quien daba. Ellos murieron creyéndose los deudores... su cariño no hubiera dejado germinar la más leve sospecha de que el amo pudiese estar obligado con ellos, que le pertenecían... Dios conservará allí el corazón esclavo, como el del animal fiel, lejos del contacto con todo lo que pudiese sublevarlo contra su dedicación. Ese perdón espontáneo de los esclavos de la deuda del amo se me figuró la amnistía para los países que crecieron debido a la esclavitud, el medio de escapar a una de las peores opresiones de la historia... ¡Oh!, los santos negros! ¡serían ellos los intercesores por nuestra infeliz tierra, que regaron con su sangre, pero bendijeron con su amor! Eran esas las ideas que me venían entre aquellas tumbas, para mí, todas ellas sagradas, y entonces allí, a los veinte años, tomé la resolu-

ción de dedicar mi vida, si así me fuese dado, al servicio de esa raza generosa entre todas a quien la desigualdad de su condición enternece en lugar de amargar y que por su dulzura en el sufrimiento prestaba incluso a la opresión de que era víctima un reflejo de bondad...

XXI / LA ABOLICIÓN

AL INICIARSE la campaña de la abolición¹², había aún casi dos millones de esclavos, mientras sus hijos menores de ocho años y todos los que naciesen, a pesar de *ingenuos*, estaban sujetos hasta los veinte años a un régimen prácticamente igual al cautiverio. Fue a este inmenso bloque que atacamos en 1879, creyendo gastar toda nuestra vida sin conseguir tallarlo. Al cabo de diez años de él no quedaba sino el polvo. Tal resultado se debió a diversas causas... En primer lugar, a la época en que la idea fue lanzada. La humanidad estaba ya por demás adelantada para que el principio de la esclavitud fuese todavía defendido, como lo habían hecho en Estados Unidos. La raza latina no tiene esos corajes. El sentimiento de ser la última nación de esclavos humillaba nuestra altivez y emulación de país nuevo. Después, a la debilidad y a la dulzura del carácter nacional, al cual el esclavo había comunicado su bondad y la esclavitud su relajación. En ese punto se puede comparar lo que fue la esclavitud en Brasil con lo que fue en Norteamérica. En Brasil, la esclavitud es una fusión de razas; en Estados Unidos, es la guerra entre ellas. Nuestros propietarios emancipaban por centenares a sus esclavos, en lugar de unirse para linchar a los abolicionistas, como lo harían los criadores de Kentucky o los

12. De carácter histórico, el capítulo tiene mucho de personal, de intimista. El interés por el esclavo surgió cuando era todavía un niño. Estudiante, escribió un libro intitulado *A escravidão (La esclavitud)*, no publicado: sólo lo sería en 1949, fecha del centenario de su nacimiento. De acento a veces ingenuo, es más el testimonio del interés permanente y de la generosidad. Ya *O abolicionismo (El abolicionismo)*, escrito y editado en Londres en 1883, es una obra madura, instante expresivo en la historia de la ciencia social brasileña. El capítulo evoca menos su trabajo personal que el de los otros diputados destacados en la campaña, además de los parlamentarios, periodistas y otros defensores de la causa. El nombre que más resalta es el de Andrés Rebouças, gran técnico y periodista, amigo personal de Don Pedro II y suyo también. Rebouças, al igual que él, fue monarquista convicto.

agricultores de Luisiana. La causa abolicionista ejercía su seducción sobre la juventud, la prensa, la democracia; era un *imperativo categórico* para los magistrados y los sacerdotes; tenía afinidades profundas con el mundo obrero y con el Ejército, reclutado de preferencia entre los hombres de color; operaba como diluyente sobre la masa de los partidos políticos, cuyas rivalidades incitaba con el honor que podía conferir a los estadistas que la emprendiesen, y a la propia dinastía inspiraba de modo espontáneo el sacrificio indispensable para el éxito.

Cinco acciones o concursos cooperaron con el resultado final: 1º la acción motora de los espíritus que creaban la opinión por la idea, por la palabra, por el sentimiento, y que la hacían valer a través del Parlamento, de los *meetings*, de la prensa, de la enseñanza superior, del púlpito, de los tribunales; 2º la acción coercitiva de los que se proponían destruir materialmente el formidable aparato de la esclavitud, arrebatando los esclavos al poder de los amos; 3º la acción complementaria de los propios propietarios, que, en la medida que el movimiento se precipitaba, disminuían la resistencia frente a él, liberando en masa sus *fábricas*; 4º la acción política de los estadistas, que representaban las concesiones del gobierno; 5º la acción dinástica.

Las dos primeras categorías formaban círculos concéntricos, compuestos como eran en gran parte por los mismos elementos. A ellas pertenece el grueso del partido abolicionista, los líderes del movimiento. Para situar cada figura en el plano que le corresponde con su tamaño relativo sería necesario otro juez. Habiendo visto la lucha y el esfuerzo de cada uno de los veteranos de esa campaña, no me perdonaría a mí mismo la más pequeña injusticia involuntaria con cualquiera de ellos. Disentimientos profundos me separaron de muchos después de la victoria, pero el espíritu de imparcialidad que me anima respecto a cada uno forma aún parte de la lealtad que creo haber mantenido intacta durante la abolición en relación a todos los que ayudaron a obtenerla, tanto los de la primera como los de la undécima hora. Tam-

co haré el libro de oro de la gran propiedad brasileña en esa cuadra. En la categoría de los jefes políticos puedo, sin embargo, destacar tres estadistas que en épocas diferentes prestaron un concurso decisivo al movimiento: Dantas, quien primero colocó a su servicio uno de los partidos constitucionales del país, el liberal, sirviendo del mismo modo que Gladstone a la causa irlandesa; Antônio Prado, quien retiró el veto de São Paulo a la abolición, rompiendo así la resistencia hasta entonces compacta del Sur, la porción más rica del país, y João Alfredo, que llevó al partido conservador a presentar la ley de la extinción inmediata, acto que incluso en esta época fue de gran audacia y que por el estado y disposición general de la política sólo podía haber sido obra de él. José Bonifácio, cuya adhesión a la idea fue un contingente igual a la liberación de Ceará, Cristiano Ottoni, Silveira da Mota, y otros, yo los contaría en primera clase, la de los propagandistas.

Hoy es para mí casi imposible hablar sobre la abolición sino a través de incidentes y figuras destacadas... Todo lo que digo es bajo la reserva de que tendría mucho más que decir; cuando pronuncio un nombre está sobreentendido que es sólo uno de un extenso calendario, y que los dísticos de uno y otro lado están llenos... ¿Quién entre los contemporáneos hará esa historia con imparcialidad, justeza y penetración, sin dejar entrar en ella la pasión política, el prejuicio sectario, la fascinación o sujeción personal? Nadie, ciertamente, lo que significa que en el futuro habrá diversas historias. Mi contribución en este asunto será un día mi archivo, y algunos fragmentos con respecto de diversos hechos en los cuales estuve involucrado o de los cuales tuve conocimiento directo... Ese trabajo, esa falta de obligación, al mismo tiempo que declaración personal, espero que Dios me de tiempo y modo de hacerlo como lo planifiqué. Sería una especie de llave para el período que encierra la era monárquica.

Entre aquellos con quienes más íntimamente lidié en 1879 y 1880 y que conmigo integraban un grupo homogéneo, nuestra pequeña iglesia, las principales figuras

eran André Rebouças, Guzmão Lôbo y Joaquim Serra... La iglesia frontera era la de José do Patrocínio, Ferreira de Meneses, Vicente de Sousa, Nicolau Moreira, después João Clapp con la Confederación Abolicionista. Si yo estuviese escribiendo en este momento un escorzo del movimiento abolicionista de 1879-1888, ya hubiera citado a Jerônimo Sodré, que fue quien pronunció el *fiat*, y pasaría a citar a mis compañeros de cámara Manuel Pedro, Correia Rabelo, S. de Barros Pimentel y otros, porque el movimiento comenzó en la Cámara en 1879, y no, como se ha dicho, en la *Gazeta da Tarde* de Ferreira de Meneses, que es de 1880, ni en la *Gazeta de Notícias*, donde José do Patrocínio, que escribía la "Semana Política", no hacía sino apoyarnos y aún no adivinaba cuál sería su misión. Luís Gama y otros ya venían trabajando por los esclavos, incluso antes de la ley de 1871, como trabajaron todos los colaboradores de esa ley; pero el movimiento abolicionista de 1879 a 1888 es un movimiento que tiene su eje propio, su formación distinta, y cuyo principio, marcha, velocidad, son fáciles de verificar; es un sistema fluvial del cual se conocen las nacientes, el volumen de agua y valor de cada tributario, las caídas, los rápidos, el estuario, y ese movimiento comienza, fuera de toda duda, con el pronunciamiento de Jerônimo Sodré en 1879 en la Cámara... Ese pronunciamiento ya viene resuelto de Bahía y revienta en la cámara como un chaparrón, repentinamente. Nada absolutamente hacía sospechar de él... Al acto de Jerônimo se suma cronológicamente mi actitud días después... Sólo más tarde entran Rebouças, Patrocínio, Guzmão Lôbo, Meneses, Joaquim Serra... Esto no es apurar la fecha de los primeros escritos abolicionistas de cada uno; los míos, por ejemplo, databan de la Academia... Es reivindicar para la Cámara, para el Parlamento, la iniciativa que se le ha querido restar en esta cuestión, dándosela al elemento popular, republicano... es una simple cuestión de fechas; desde que a cada hecho alegado se le de la fecha cierta, se verificará el *autem genuit* arriba... Reconozco que mi inscripción viene en el orden cronológico después de la de Jerônimo

Sodré... Sin embargo, las otras vinieron después de la mía... Fue tal vez el movimiento popular el que más tarde incubó el germen parlamentario, no dejando que se muriera en las sesiones siguientes, pero se puede demostrar con documentos, incluso con aquellos donde se pretende lo contrario, si son auténticos, que el germen es parlamentario, que el *liber generationis* empezó en 1879 con Jerônimo Sodré... La cuestión de la iniciativa, de hecho, tiene un interés secundario, sobre todo cuando la idea está en el aire y el espíritu del tiempo la agita por todas partes. No hay nada más difícil que evaluar la importancia relativa de los diversos factores de un movimiento que se hace nacional. El último de los apóstoles puede llegar a ser el primero de todos, como San Pablo, en servicios y en proselitismo. En la abolición todo se encadena, no se puede escribir su historia suprimiendo alguno de sus eslabones... Es un hecho que debe ser tenido en cuenta; la compensación va siempre más allá, mucho más allá, de los prejuicios que ella sufre, y, de ese modo, incluso ellos la favorecen... Muere entonces Ferreira de Meneses, pero Patrocínio se encarga de la *Gazeta da Tarde*; la minoría abolicionista de 1879 no es reelecta, surge la Confederación Abolicionista; cuando el Ceará concluye su obra, el Amazonas empieza la suya; dimitido un presidente de provincia (Teodoreto Souto), es nombrado un presidente del consejo (Dantas); organizada la acción de la policía, aparece la agitación en el Ejército; a las sevicias de Paraíba del Sur y de Catagallo sucede el combate de Cubatán; muerto José Bonifácio, toma su lugar, en São Paulo, Antônio Prado; repudiado por la Cámara José Mariano, Recife derrota al ministro del Imperio; vacilando el partido liberal, se mueve el partido conservador; parte el Emperador, se queda la Princesa... Finalmente, nadie sabe quién hizo más por la abolición: si la propaganda, si la resistencia; si los que querían todo, si los que nada querían... Nada hay más ilusorio que las distribuciones de gloria... Las leyendas han de vivir siempre, como rayos de luz en la tiniebla amontonada del pasado, pero la belleza de ellas no está en su

verdad, que es siempre pequeña; está en el esfuerzo que la humanidad hace para así retener algunos episodios de una vida tan extensa que para abarcarla no hay memoria posible...

Sobre este caso no puedo sino dar algunas impresiones, por eso dejo, no sin constreñimiento, de hacer referencia a nombres que entrarían en cualquier resumen, por más corto que éste fuese, véase bien, del comienzo de la propaganda... Los dos grupos de que hablé, se reunían, trabajaban juntos, se mezclaban, pero la línea divisoria era sensible: uno representaba la acción política, el otro la revolucionaria, aunque cada uno reflejase a veces la influencia del otro. Eso se da mientras se lanza la idea, pues en poco tiempo el movimiento se vuelve general, y es entonces cuando se siente la influencia de las provincias, Ceará, Amazonas, Rio Grande do Sul, Pernambuco, Bahía, São Paulo, que surgen como grandes focos de propaganda... El movimiento abolicionista de hecho tuvo dos fases bien demarcadas: la primera, de 1879 a 1884, en la cual los abolicionistas combatieron solos, entregados a sus propios recursos, y la segunda, de 1884 a 1888, cuando vieron su causa adoptada sucesivamente por los dos grandes partidos del país. En 1884 se realizó la conversión del partido liberal y en 1888 la del partido conservador. La fase puramente abolicionista de la campaña –por oposición a la fase política, que podría entrar para la historia de los dos partidos rivales– fue la primera.

De todos, aquél con quien más íntimamente conviví, con quien establecí una verdadera comunión de sentimiento, fue André Rebouças... Nuestra amistad fue durante mucho tiempo la fusión de dos vidas en un solo pensamiento: la emancipación. Rebouças encarnó, como ninguno de nosotros, el espíritu antiesclavista: el espíritu entero, sistemático, absoluto, sacrificando sin excepción todo lo que le fuese contrario o sospechoso, no contentándose con tomar la cuestión por un solo lado, sino mirándola por todos lados, triangulándola, por decirlo así –era una de sus expresiones favoritas– socialmente,

moralmente, económicamente. Él no tenía para el público, ni la palabra, ni el estilo, ni la acción; se diría que en un movimiento dirigido por oradores, periodistas, agitadores populares, no le podía haber ningún papel relevante, no obstante tuvo el más bello de todos, y calculado por medidas estrictamente interiores, psicológicas, el más grande, el papel primario, aunque oculto, del motor, de la inspiración que se repartía entre todos... casi no se le veía desde afuera, pero cada uno de los que se veían miraban hacia él, lo sentía consigo, en sí, se regulaba por su gesto invisible hacia la multitud... sabía que sólo él tenía la conciencia capaz de resolver todos los problemas, que sólo él entraba en la zarza ardiente y veía el Eterno cara a cara... Es para mí tan imposible resumir su figura en un trazo como me sería imposible figurar una trayectoria infinita... Después de la abolición tuvo siempre el presentimiento que la esclavitud sería la causante de una gran desgracia para la dinastía, como había sido la responsable por el asesinato de Lincoln. Su amor más grande fueron tal vez sus alumnos de la politécnica, pero como todos sus recuerdos de “la Escuela” se transformaron en otros tantos tormentos, cuando los vio glorificando el 15 de noviembre, ¡que para él era el desquite del 13 de mayo!...

Desde su cuarto en el hotel Bragança, en Petrópolis, donde durante años anotara en su diario nuestra pulsación común, hasta el despeñadero de Funchal ¡qué línea la que describió André Rebouças! Él fue el cortesano del *Alagoas*... Un republicano, a quien le tocó en la hora de la amargura el papel de discípulo amado del viejo Emperador expatriado... Fue un industrial, un ingeniero osado y exitoso, que terminó practicando el tolstoísmo... Fue un genio matemático, un sabio, que redujo su ciencia a una serpiente en donde todo destilaba la abolición... Su centro de gravedad fue verdaderamente sublime... Todavía no puedo hablar de nuestra relación, porque no quisiera hacerlo de modo incompleto... Prefiero mostrarlo en su relación con el Empera-

dor. Aquí está una de esas pruebas rápidas, fotogénicas, que él sabía sacar de sí mismo, y en las cuales los que vivieron con él le reconocen la fisonomía, tomada con toda la movilidad de su expresión y con la inalterabilidad de su afecto humano. Es por casualidad que hallo esta carta de él:

“Cannes, 13 de mayo de 1891.

Mi Maestro y mi Emperador.— No pasará el 3^{er} aniversario de la Liberación de la Raza Africana en Brasil sin que André Rebouças dé un nuevo testimonio de gratitud filial al Mártir sublime de la Abolición.

Me siento feliz por haber sido escogido por el Buen Dios para representar la devoción de la Raza Africana a Vuestra Majestad Imperial y a la Princesa Redentora, y me alegro repitiéndolo incesantemente.

Hoy es grato recordar la *síntesis* de nuestra vida, como lo dijo mi Buen Maestro en el *Alagoas* al conmemorar su 64^o cumpleaños.

Comenzó en Petrópolis, en 1850, hace cuarenta y un años, examinándome en aritmética, aún niño de escuela, y continuó, casi a diario, en las lecciones y en los exámenes de las Escuelas Militar, Central y de Aplicación en la fortaleza de Playa Vermelha, hasta diciembre de 1860.

Los años 1861 y 1862 fueron de estudios prácticos del ferrocarril y de los puertos de mar en Europa. La primera Memoria, escrita con Antônio, fechada de Marsella, el 9 de junio de 1861, fue dedicada, como era justo, a nuestro Buen Maestro y Emperador... Cuando Vuestra Majestad se encontraba con mi Padre, sus primeras palabras eran: —*¿Cómo están los niños? —¿Dónde están ahora? —Recomiéndeles siempre que estudien y que trabajen.*

Regresamos a Brasil a finales de 1862, y empezamos la vida práctica en los trabajos militares de Santa Catarina, motivados por el conflicto Christie.

El 28 de diciembre de 1863 me separé, por primera vez, de mi hermano Antônio... De ahí en adelante comienza el período industrial de mi vida...

Vuestra Majestad y mi Padre no querían que yo tuviese otra orientación fuera de la vida tranquila de la Ciencia y del Profesorado; pero el vizconde de Itaboraá, que también me tributaba afecto paternal, decía: *—¡André!... ¡Quiero que sucedas a Mauá!...*

Vuestra Majestad sabe muy bien cuanto sufrí de la oligarquía politiquera y de la plutocracia esclavista en esos tiempos afanosos... De ellos hoy sólo tengo un consuelo —Proyecté y construí los Muelles de Pedro II; concebí y dirigí el ferrocarril Conde d’Eu y su bella estación marítima de Cabedelo.

A Vuestra Majestad le gusta recordar que, en Uru-guaiana, salvamos juntos, por nuestro horror a la sangre, 7.000 paraguayos y centenares de brasileños... Con mi actual antipatía hacia el militarismo, recuerdo solamente los trabajos de Itapiru y Tuiuti.

En 1880 empieza la Propaganda Abolicionista. Nosotros, tribunos ardientes, sólo teníamos una certeza y una esperanza: el Emperador. En 1871 Vuestra Majestad había concedido a la Hija Predilecta liberar la cuna de los cautivos con Paranhos, vizconde de Rio Branco:

En 1888 la iniciativa partió de Aquélla que no podía ver lágrimas ni escuchar sollozos de pobres, de infelices y de esclavos, en el santo amor de Mártir del Cristianismo Inicial, aspirando menos la gloria en la Tierra que anhelando la benevolencia en el Cielo, junto a Jesús, el Redentor de los Redentores.

En fin... Creo que podemos esperar tranquilos el juicio de Dios; porque hemos cumplido su gran Ley trabajando por el Progreso de la Humanidad.

Ahora, sólo tengo que decirle que desde el 15 de noviembre de 1889 perdí la línea divisoria entre mi Padre y mi Maestro y Emperador, y que es con la mayor efusión de amor que me suscribo, - De todo corazón. *André Rebouças*”.

O este itinerario, que él trazara para la huida de los esclavos de São Paulo hacia el Norte, pura fantasía, pero tan lleno para todos nosotros con las huellas de su originalidad, con los toques de su generosa sensibilidad, casi impersonal:

VIA FERREA DEL FERROCARRIL SUBTERRÁNEO
DEL ALTO DE SAN FRANCISCO A CEARÁ LIBRE

Estación inicial... São Paulo; junto a la tumba de Luís Gama.

Segunda estación... Pirassinunga.

Tercera estación... Cascada de Mogi-Guaçu.

Cuarta estación... En pleno sertón, rumbo al Nordeste: el Sol debe amanecer a la derecha y ponerse, en la tarde, a la izquierda.

Quinta estación... Piunhi, naciente del río São Francisco, acompañando siempre al bello río, abundante en peces y frutos deliciosos.

Sexta estación... De un lado Goiás libre; del otro el sertón de Bahía, donde no hay capitães-de-mato*.

Séptima estación... En Villa de la Barra, donde comienzan las grandes cataratas del São Francisco.

Octava estación... En el varadero de las aguas del São Francisco hacia las del Parnaíba.

Novena estación... En el Paraíso, —en Ceará Libre.

Matemático y astrónomo, botánico y geólogo, industrial y moralista, higienista y filántropo, poeta y filósofo, Rebouças fue tal vez de los hombres nacidos en Brasil el único *universal* por el espíritu y por el corazón... Por el espíritu hemos tenido a algunos y por el corazón a otros pero sólo él fue capaz de reflejar en sí al mismo tiempo la universalidad de los conocimientos y de los sentimientos humanos. ¿Quién sabe si no fue la imagen la que rompió el espejo? “Delirante ovación de mis alumnos, escribía el 15 de mayo de 1888 en su diario. Les anuncio el proyecto de Triangulación Moral y Catastral de Brasil. Voto de alabanza por la Congregación. Nueva ovación. Cargado por los alumnos por todo el peristilo”. Él fue el más grande de la abolición, no sólo por la acción exterior, o

* Los *capitães-de-mato*: eran individuos que se dedicaban a la caza y captura de los esclavos huidos, con el beneplácito de la ley. (N. del T.)

influencia directa sobre el movimiento, sino también por la fuerza y altura de la proyección cerebral, por la rotación vertiginosa de ideas y sensaciones en torno al eje consumidor y candente, que era para él el sufrimiento del esclavo. Era una hornalla cósmica la que ardía en él. Si Rebouças es visto en su tiempo como una estrella de segunda grandeza, es porque estaba más lejos que todas... De los Evangelistas de nuestra buena nueva es a él a quien le cabía por atributo el águila... Hay en su estilo y en sus modales mucha cosa que recuerda a San Juan... Idealista todo él, escribe casi solamente por símbolos... La isla de Madeira fue la Patmos de un apocalipsis infelizmente perdido, porque sus últimas páginas, las escribía mirando hacia el Sur, tomando por letras las estrellas y las constelaciones. Sin embargo, su leyenda está hecha, para él no hay peligro de olvido: la leyenda de su destierro y de su amistad con Don Pedro II.

Otro con quien viví en gran proximidad de ideas hasta su muerte fue Joaquim Serra. Desde 1880 hasta la abolición no dejó que pasara un solo día sin una línea suya... Minado por una enfermedad que no perdona, salvaba cada mañana la alegría necesaria para sonreír a la esperanza de los esclavos, la cual vio crecer cada día durante esos diez años, como una planta delicada que él mismo hubiese hecho nacer... Hecha la abolición, abierta la flor, moriría él... ¡Y qué muerte! ¡qué añoranza de la mujer y de los hijos, de la hijita adorada, que no se quería apartar de él ni un instante! Serra cumplió su tarea con una constancia y una asiduidad a toda prueba, sin una falta y con el más perfecto espíritu de abnegación y lealtad... Renunciando a los primeros lugares, demostraba, sin embargo, cada vez más una agudeza de vista y una claridad de expresión dignas de un verdadero líder. Incluso yo, que creía conocerlo, fui sorprendido por la osadía de su maniobra, cuando una vez prometió al barón de Cotegipe todo nuestro apoyo –nosotros respondíamos unos por los otros– si hiciese concesiones al movimiento. Al contrario de Rebouças, Serra era un espíritu político, sin embargo por encima de su partido, del cual fuera

durante la oposición el más servicial de los auxiliares, colocaba nuestra causa común con una sinceridad íntima jamás sospechada... “Fallecimiento del gran Joaquim Serra, escribió Rebouças en su *Diario* del 29 de octubre de 1888, compañero de la Academia en 1854 y de lucha abolicionista de 1880-1888, el periodista que *más* escribió contra los esclavistas.” - “Nadie hizo *más* que él, escribía Guzmão Lôbo por su muerte... y ¿quién hizo *tanto*?”

Guzmão Lôbo... Es otro nombre de nuestro círculo interior... Algunos de los que combatieron juntos sin descanso, durante los primeros cinco años de la propaganda, que fueron los años del ostracismo político y social de la idea, creyeron que su tarea, si bien no estaba concluida, estaba por lo menos grandemente aliviada el día en que un gran partido del gobierno, con sus cuadros, su influencia, su electorado, su prensa, adoptó la causa de la cual hasta entonces ellos eran los únicos partidarios...

Entre ellos está Guzmão Lôbo, quien no hubiera dejado la pluma del combate, si no hubiese visto la bandera, que ella protegía, pasar triunfante de las manos de los agitadores a las manos del Presidente del Consejo. En la época decisiva del movimiento, cuando fue necesario darle empuje y hacerlo más fuerte que la resistencia, es decir, cuando se venció virtualmente la campaña, sus servicios fueron inapreciables... Él solo llenaba el *Jornal do Comércio* con artículos sobre la emancipación, desde la columna editorial, donde con toda suerte de habilidades, artificios y sutilezas, gracias a la buena voluntad del Dr. Luís de Castro, conseguía mantener la cuestión siempre en primer plano... Su talento, su estilo de escritor, airoso, perfecto, prismático, uno de los más bellos y más espontáneos de nuestro tiempo, era verdaderamente inagotable... Encontraba solución a todo, tenía los expedientes y las finuras, como tenía la plástica de la expresión... Todo su trabajo fue anónimo y podría así pasar desapercibido a otra generación, si no fuese por el testimonio unánime de los que trabajaron con él... Era asombrosa la variedad de papeles desempeñados por él en la prensa, incalculable el valor de su presencia y de su consejo en nuestras

reuniones, y después dentro del gabinete Dantas. Su nombre está escrito, por todas partes, en las paredes de las Catacumbas donde el abolicionismo naciente vivió sus primeros cinco años como una pequeña iglesia perseguida, sin embargo aparece más raramente en la medida que la nueva fe se va haciendo religión oficial. Es uno de los enigmas de nuestro tiempo —enigma nacional, porque se une a la cuestión del marchitamiento rápido de toda flor del país— como semejante talento renunció más tarde de repente a toda ambición...

No pretendo hacer la galería de la abolición, pero, como vencido por la nostalgia hice dos o tres perfiles, tan imperfectos, de amigos, pagaré también mi tributo a José do Patrocínio... Éste es el representante del espíritu revolucionario que con el espíritu liberal y el espíritu del gobierno hizo la abolición, pero que fue más fuerte que ellos, y terminó por absorberlos y dominar... Sin el espíritu gubernamental de hombres como Dantas, Antônio Prado y João Alfredo, no se hubiese llegado pacíficamente al final, ni tan temprano; sin el espíritu humanitario, exento de odios y tendencias políticas, la abolición hubiese degenerado en una guerra de razas o en un encuentro de facciones; sin el trabajo variado, inapreciable, de cada uno de los grandes factores provinciales, que conservarán su autonomía en la historia, como el de Ceará con João Cordeiro, o el de São Paulo con Antônio Bento, el de Pernambuco con João Ramos, tomando estos nombres como colectivos, el resultado hubiera sido diferente y tal vez funesto. Sin embargo, lo que Patrocínio representa es el *fatum*, es lo irresistible del movimiento... Él es una mezcla de Espartaco y de Camille Desmoulins... Los que luchaban solamente contra la esclavitud, eran como los liberales de 1789, de la raza de los ciegos de buena voluntad, de los voluntarios que las revoluciones usan para abrirles la primera brecha... Patrocínio es la propia revolución. Si el abolicionismo al día siguiente de su triunfo se dispersó y luego una parte de él se alió a la gran propiedad contra la dinastía que él había inducido al sacrificio, es porque el espíritu que más profundamen-

te lo agitó y revolvió, fue el espíritu revolucionario que la sociedad turbada había dejado escapar por la primera hendidura de sus bases... Patrocinio fue la expresión de su época; en cierto sentido, la figura representativa de la misma...

XXII / CARÁCTER DEL MOVIMIENTO LA PARTE DE LA DINASTÍA

LA ABOLICIÓN hubiera tenido otro alcance moral si hubiese sido hecha desde el altar, pregonada desde el púlpito, proseguida de generación en generación por el clero y por los educadores de la conciencia. Desafortunadamente, el espíritu revolucionario tuvo que ejecutar en pocos años una tarea que había sido despreciada durante un siglo. Una gran reforma social, para ser grata a Dios, exige en primer lugar que el alma del propio obrero sea purificada. Son éstas las primicias que él disputa y que le pertenecen. La diferencia es grande, incluso para las empresas más justas y más bellas, si las llevamos adelante con espíritu de verdadera caridad cristiana, o si no empleamos en ellas sino esa especie de estímulo personal al cual en la moral laica se llama amor por la humanidad. El reformador no vencerá completamente por la copia de la justicia que esté en su idea; el resultado de la victoria va a depender del grado de caridad que pueda inspirar la germinación. La política es el arte de escoger las semillas; la religión, el de prepararles el terreno.

El movimiento contra la esclavitud en Brasil fue más bien un movimiento de carácter humanitario y social antes que religioso; no tuvo por eso mismo la profundidad moral de la corriente que se formó, por ejemplo, entre los abolicionistas de Nueva Inglaterra. Era un partido compuesto de elementos heterogéneos, capaces de destruir un estado social levantado sobre el privilegio y la injusticia, pero incapaces de proyectar sobre otras bases el futuro edificio. La realización de su obra se detenía por tanto en la supresión del cautiverio; su triunfo, podía ser seguido, y de hecho lo fue, por accidentes políticos, hasta revoluciones, pero no por medidas sociales complementarias en beneficio de los libertados, ni de un gran impulso interior, de renovación de la conciencia pública, de expansión de los nobles instintos apaciguados. La liber-

tad es fecunda por sí sola, y sobre los destrozos de la esclavitud renacerá con el tiempo una sociedad más unida, de ideas más amplias, y es posible que ésta proclame como sus creadores a aquéllos que no hicieron sino interrumpir la opresión que presidía los antiguos nacimientos, los quejidos que señalaban en Brasil el surgimiento de otra capa social. Sin embargo, la verdad es que la corriente abolicionista se detuvo el mismo día de la abolición y al día siguiente volvía a fluir.

Durante la campaña abolicionista, en una de las elecciones en las que fui candidato, un esclavo que parecía feliz, se suicidó en una hacienda de Cantagallo. Años después me contó una señora de la familia, que cuando le preguntaron al momento de su muerte por qué atentara contra sí, si tenía alguna queja, él respondiera a su amo que no, que quiso matarse solamente porque yo no había sido electo diputado... Tengo la convicción de que la raza negra a través de un plebiscito sincero y verdadero hubiera desistido de su libertad para evitar el más pequeño disgusto a los que se interesaban por ella, y que en el fondo, cuando ella piensa en la madrugada del 15 de noviembre, lamenta todavía un poco su 13 de mayo. Era imposible estar en contacto con tanta generosidad y dedicación sin haber adquirido un poco su marca. Desde la dinastía, que tenía un trono para ofrecer, nadie que haya participado de su liberación lo lamentará jamás. No se lastima la emancipación de una raza, el cambio inmediato del destino de un millón y medio de vidas humanas con todas las perspectivas que la libertad abre para las generaciones futuras. No hay razas ingratas: “Señor Rebouças, decía la Princesa Imperial a bordo del *Alagoas*, que los llevaba juntos al exilio, si todavía quedaran esclavos en Brasil, nosotros volveríamos para libertarlos”.

¡Ah! ciertamente el trono cayó y todas las cosas que siguieron me podían hacer pensar hoy con algún sabor amargo en esos años de perfecta ilusión... no obstante, así debería ser... Las consecuencias, los desvíos, las aberraciones, extrañas y ajenas, no pueden alterar la perfecta belleza de una obra completa, no destruyen más el rit-

mo de un ciclo encerrado... El día en que la Princesa Imperial decidió dar su gran golpe de humanidad, sabía todo lo que arriesgaba. La raza que iba a liberar no tenía para darle sino su sangre, y ella no la quería jamás para que sirviera de base al trono de su hijo... La clase propietaria amenazaba con pasarse toda para la República, su padre parecía estar moribundo en Milán, era probable el cambio de reinado durante la crisis, y ella no dudó; una voz interior le dijo que desempeñara su misión, la voz divina que se hace escuchar siempre que una gran obra debe ser cumplida o un gran sacrificio debe ser aceptado. Si la monarquía pudiese sobrevivir a la abolición, ésta sería su atributo; si sucumbiese, sería su testamento. Cuando se tiene, sobre todo una mujer, la facultad para hacer un gran bien universal, como la emancipación, no debe detenerse frente a los presagios; su deber es entregarse por entero en las manos de Dios. Y quién sabe... La impresión de la historia, cuando se mira desde la altura de la posteridad, es que el papel nacional de la dinastía fue demasiado bello para durar ininterrumpidamente... No hay espacios tan extensos de felicidad en las cosas humanas, el brote al prolongarse traería la caída desastrosa. Esa dinastía tuvo sólo tres nombres. El fundador hizo la independencia del joven país americano, desintegrando la vieja monarquía europea de la cual era heredero; su hijo a los quince años encuentra el Imperio debilitado por la anarquía, rasgándose por la punta del Rio Grande, y funda la unidad nacional sobre bases tan fuertes que la guerra de Paraguay, al ponerlo a prueba, la dejó fortalecida ante cualquier presión interna o externa, y hace todo eso sin tocar las libertades políticas del país que durante cincuenta años son para él un *noli me tangere*... Por último, su hija renuncia virtualmente al trono para apresurar la libertad de los últimos esclavos... Cada reinado, contando la última regencia de la Princesa como un embrión de reinado, es una nueva coronación nacional: el primero, la del Estado; el segundo, la de la nación; el tercero, la del pueblo... La columna así está perfecta e igual: la base, el fuste, el capitel. La tendencia de mi espíritu es situarse en el

punto de vista definitivo... De éste el 15 de noviembre no es una caída, es una ascunción... Es la orden del destino para que la dinastía brasileña sea arrebatada, antes de comenzar su caída, antes de correr el riesgo de olvidar su tradición.

Ciertamente el exilio del Emperador fue triste, pero fue también lo que le dio a su figura la majestad que hoy la reviste... No, no hay nada que me haga mirar hacia la fase en que milité en la política con otro sentimiento que no sea el de una perfecta gratitud... No le debo a la dinastía ninguna reparación; no le armé una celada; en la humilde parte que me cupo, lo que hice fue saludarla con la gloria, con la inmortalidad, con la perfección de su trazo en la historia... Nadie puede afirmar que despreciando la abolición ella hubiera podido mantenerse, o que no se hubiera degenerado... La abolición en todo caso era su deber, y ella acumuló la gloria del acto; nos indemnizó...

¿Qué hubiera pasado con la leyenda monárquica brasileña si en el mismo día se hubiese proclamado la República y la Abolición? Gratitud infinita por el 13 de mayo, eso sí, le debo y siempre le deberé, sin embargo, reparación por un daño que no causé...

XXIII / PASAJE POR LA POLÍTICA

¡AH, QUÉ NO recibí en esos años de lucha por los esclavos! ¡Cómo los sacrificios que a veces inspiré eran más grandes que los míos! Yo tenía la fama, la palabra, la carrera política... Es cierto que tuve otras recompensas, pero éstas eran las más bellas para un joven, en ese tiempo ávido de renombre y de las sensaciones del triunfo... Era mi nombre el que salía victorioso de las urnas en una de esas elecciones que electrizaban a los espíritus liberales de todo el país, que me traían desde lejos las bendiciones de los viejos *quakers* de la Anti-Slavery Society, e incluso una vez los votos de Gladstone... Sin embargo, aquellos que concurrían a mi victoria desaparecían en la lista anónima de los olvidados... Sus nombres, incluso los principales, no se oían fuera de la provincia... Entre ellos, solamente el de José Mariano era conocido en todo el país y reputado como el árbitro electoral de Recife. Sin embargo nadie conocía a Antônio Carlos Ferreira da Silva, en ese entonces un simple contable en una casa de Recife y que no obstante hizo todas mis elecciones abolicionistas. En verdad él era el espíritu que movía todo a mi favor; sin él todo se hubiera ido en otra dirección... Esa es la mejor prueba del carácter espontáneo, natural, popular, de mis elecciones de Recife, al haber bastado para realizarlas un hombre como él, sincero, dedicado, inteligente, leal, hábil, todo corazón y entusiasmo bajo una máscara de frialdad y misantropía, pero sin posición, sin fortuna, sin *status* político, sin nexos de partido, simple abolicionista, que nunca aparecía en público, y además, republicano declarado... Esa circunstancia muestra por sí sola la sinceridad, la humildad, la ingenuidad de todo ese movimiento de 1884-1888. Ese fue mi paraninfo... Los muchos que trajeron su valioso concurso para el éxito de la causa común, o para mi triunfo personal, como aconteció con tantos, comprenderán mi sentimiento cuando una vez más revelo el secreto de mi relación con Recife, al

decir que Antônio Carlos, que nada era y nada quiso ser, fue el verdadero autor de ella... No olvido a nadie, empezando por Dantas, que me hizo seguir casi obligado para el Norte a pleitear uno de los distritos de la provincia; ciertamente no olvido al Dr. Ermirio Coutinho y al Dr. Joaquim Francisco Cavalcanti, de cuya doble renuncia resultó mi inesperada elección para el Quinto distrito, una semana después que habían anulado mi diploma para el Primero, pase electoral que sorprendió a todos en la Cámara y en la que Antônio Carlos fue grandemente ayudado por su amigo el Dr. Coimbra. Tampoco olvido a José Mariano, cuya lealtad hacia mí fue perfecta en circunstancias que pondrían a prueba la emulación y la susceptibilidad de otro espíritu, capaz de envidia o de celos; ni la suave fisonomía, un puro Carlo Dolce, de su tierna y amorosa doña Olegarinha, tan repentinamente desvanecida, quien en las vísperas de mi elección, que José Mariano hiciera de ellos, contra el ministro del Imperio, empeñó sus joyas para costear la lucha, lo que sólo vine a saber al día siguiente, cuando el partido las rescató y se las devolvió... No olvido a nadie, ninguno de los jefes y centuriones liberales, Costa Ribeiro, João Teixeira, Barros Rêgo, Silva da Madalena, Faustino de Brito, los Rochas do Peres: sería necesario citar cien, doscientos... Tampoco ese grupo de abolicionistas, que me recibió con Antônio Carlos: Barros Sobrinho, João Ramos, Gomes de Matos, João Barbalho, Numa Pompílio, João de Oliveira, Martins Júnior, todos ellos; no olvido los brillantes artículos de tantos periodistas distinguidos, sobre todos Maciel Pinheiro, el amigo de Castro Alves, austero, fulgurante, genial, figura que recuerda el trazo velazquiano, al mismo tiempo sombrío y luminoso. Esos son los primeros nombres que me vinieron al recuerdo. Otros, muchos otros, están igualmente presentes en mi espíritu como Aníbal Falcão y Sousa Pinto, entonces los jefes intelectuales de la juventud.

Dudo haber tenido una revelación más valiosa, o impresión exterior que haya actuado sobre mí de manera más permanente, que esas elecciones de 1884 a 1887,

-la de 1889, puedo decir, hecha la abolición, casi no me interesaba. Ellas me pusieron en contacto directo con la parte más necesitada de la población y en más de una casa pobre recibí una *lección de vida* tan conmovedora y tan sugestiva sobre el desinterés de los que nada poseen, que el solo recuerdo de lo que vi tendrá siempre sobre mí el poder, el efecto de un examen de conciencia... Yo visitaba a los electores, de casa en casa, tocando en algunas calles a todas las puertas... La pobreza de algunos de esos interiores y la intensidad de la religión política alimentada en ellos me hizo a veces desistir de ir más lejos... Do-
lía ver cómo le costaba a esa gente crédula su devoción política. Muchos de esos episodios se me grabaron en el corazón. Una vez, por ejemplo, entré a la casa de un obrero, empleado en uno de los arsenales, para pedirle el voto. Se llamaba Yararaca, pero de terrible sólo tenía el nombre. Estaba listo para darme su voto, sentía simpatía por mi causa, me dijo; pero si lo hiciese sería despedido, perdería el pan de la familia; recibiría la *chapa de cajón* (una cédula marcada con un segundo nombre, que servía como seña), y si ella no apareciese en la urna, su suerte estaba liquidada en el mismo momento. “Mire, señor doctor”, me dijo él, mostrándome cuatro pequeños, que me veían con indiferencia, inconscientes de que se trataba de ellos mismos, de quien al día siguiente les daría de comer... Y después, volteándose hacia un niño, acostado sobre los huecos de un antiguo canapé destartado: ¡“Para completar, mi mujer hace dos meses halló ese niño delante de nuestra puerta, casi muerto de hambre, roído por las hormigas, y hoy es un hijo más que tenemos!” “Sin embargo, estoy listo para darle mi voto, recomenzaba él cediendo a la tentación liberal, si usted me trae un pedido del brigadier Floriano Peixoto”. Ese fue tal vez el primer *florianista* del país... “Puede venir por telegrama... Él está en el ingenio, en Alagoas... Y lo que él me pida, cueste lo que cueste, no lo dejo de hacer... Envíele un telegrama...”. “No, no hace falta, le respondí, vote como quiere el gobierno, no deje de llevar su *chapa de cajón*... no arriesgue a todos esos niños que me están mirando a

que pasen hambre... Ya vendrá el tiempo en que usted podrá votar por mí libremente; hasta entonces, es como si lo hubiese hecho... No debo darle un pretexto para hacer lo que quiere, invocando la intervención de su protector...". Y salí, instando a la mujer, suplicando, con miedo de que él se arrepintiese y votase por mí.

En otras casas el jefe de la familia estaba sin trabajo por años debido a un voto dado al partido de la oposición; la pobreza era completa, casi miseria, sin embargo allí todos tenían el orgullo de sufrir por su lealtad al partido... Y así entre los liberales, como entre los conservadores. Eran coherentes en la miseria, en la privación de todo... Ese espectáculo sería ciertamente animador en el más alto grado para el optimista desinteresado; éste juzgaría haber descubierto el refugio de la verdadera naturaleza humana escondida; sin embargo, para el candidato de cuya causa se trataba, era terriblemente conmovedor sorprender así la agonía de la dignidad... En cuanto a mí, puedo decir, que no hubiese osado pretender un puesto que costaba tanto sufrimiento si no fuese para servir la causa de otros aún más infelices que esas víctimas de la altivez del pobre, de la pasión e ilusión política del pueblo. Hoy, a lo mejor, no tendría tal vez en ningún caso la fuerza, el valor de insinuar a los buenos, a los crédulos, a los ingenuos, sacrificios personales de ese orden a favor de una causa que no fuese directamente la de ellos. Haría con todos lo que hice con el bueno de Yararaca: le aconsejaría que no sacrificase a los suyos... Pero la lucha por la justicia es así, es el sacrificio de generaciones completas por el derecho a veces de uno solo, para rescatar la injusticia hecha a un oprimido, tal vez un extraño... Ciertamente, no tengo remordimientos ni me arrepiento... No saqué ningún provecho personal de todas las abnegaciones que vinieron hacia mí; no capitalicé el sufrimiento de tantos desinteresados... Me consuela no haber sacado de la abolición sino el *goce* de algunas impresiones de tribuna y de renombre, que fueron tan sólo una expansión de la juventud como otra cualquiera... A Dios gracias, favor este inestimable, ningún beneficio material,

directo o indirecto, me resultó jamás de las ideas que me sedujeron y con las cuales seduje a otros...

Sin embargo, una vez más, lo que recibí fue incalculable. Sólo el propio Dios, que ve los sufrimientos que se esconden y cuyo orgullo es pasar invisibles en medio de la multitud, puede hacer tal cuenta. Soy un cautivo de Recife. Sólo quien acompañó a uno de los candidatos, de casa en casa, de las arenas del Brum hasta los canales de Afogados, durante la campaña de la abolición, puede evaluar lo que les costó a los barrios de densa población, viviendo en la más completa falta de todo, la acogida que me dieron. Para llegar a la Cámara tuve el apoyo de aquellos que no poseían sino el trabajo de sus manos y que arriesgaban, cargados de familia, a que se le cerrasen al día siguiente sus centros de trabajo, a ser despedidos, desalojados, después de haber votado por mí... Lo que me queda de todo ese episodio, el único de mi carrera política, es un sentimiento angustioso de insolventencia... Mi único activo es la gratitud. El pasivo es ilimitado... Fueron miles los que me ofrecieron todo lo que tenían, es decir, como no tenían nada, lo que eran, lo que podían ser, y puedo decir que lo acepté en nombre de los esclavos. Muchos se han levantado otra vez y seguido su camino por las calles abiertas desde entonces, aunque todas parecen conducir hacia el mismo espejismo que abraza el horizonte. Se fueron, o se irán, desdichados, de ilusión en ilusión, de desprendimiento en desprendimiento, de lealtad en lealtad... Poco importa. El hecho dominante para mí es que en un momento de mi vida pedí y acepté el sacrificio absoluto de muchos para la causa que yo defendía... Ciertamente, fue la más noble, la más augusta de las causas; sin embargo, el hecho es que allí yo era su representante, que en gran parte la dedicación, el sacrificio era por mí, como era mío el triunfo, mía la carrera, mío el futuro político...

La impresión que me quedó de la política, excepto ese cuadro doloroso del sacrificio ingenuo de la gente sencilla, de los buenos, de los que sufren, por los que se elevan, puedo decir que me hace recordar un jardín en-

cantado de Oriente, donde todo eran formas engañosas de existencias petrificadas, inmovilizadas, aguardando la palabra que las liberaría; donde la rosa que nunca se des-teñía expresaba la presencia oculta de una pasión que no se quería perjurar; donde el mármol alabastrino de las fuentes significaba el cuerpo inmaculado del cual manaba continuamente la sangre pura de los mártires del amor y de la verdad; donde los ruiseñores que cantaban eran parejas de amantes a quienes estaba vedado buscarse bajo la forma humana... Todo allí estaba suspendido, transportado hacia otra escala del ser, hacia otro orden de sensibilidad y de afectos... Era el mismo hecho, pero con diferente aspiración, diferente conciencia, diferente voluntad, y para el cual por eso mismo el tiempo no pasaba, como en el sueño... La escena política fue también para mí pura seducción... Bajo la apariencia de partidos, ministerios, Cámaras, de todo el sistema presidido por el viejo de São Cristóbal con sus largas barbas níveas, el genio brasileño había encarnado y disfrazado el drama de lágrimas y esperanzas que se representaba en el inconsciente nacional, a mi generación le cupo penetrar el vasto simulacro en el momento en que la señal, el toque redentor, iba a ser dado, y todo él iba a derrumbarse para que en su lugar apareciese la realidad humana, de repente llamada a la vida, restituida a la libertad y al movimiento... Por eso de la política no traje ninguna decepción, ninguna amargura, ningún resentimiento... La atravesé durante la metamorfosis.

XXIV / EN EL VATICANO

CONTARÉ ahora un episodio de la abolición, mi viaje a Roma a comienzos de 1888, porque será un eslabón en mi vida, un toque insensible que despertó partes de mi conciencia largo tiempo adormecidas.

Yo siempre había lamentado la neutralidad del clero ante la esclavitud, la indiferencia de su contacto con ella... Sin embargo, al final, la voz de los obispos se hizo escuchar en un momento de inspiración. En ocasión del jubileo sacerdotal de León XIII, ellos publicaron, casi todos, pastorales invitando a sus parroquianos a ofrecer como dádiva al Santo Padre cartas de libertad. Ese llamamiento de los preladados brindaba al partido abolicionista la oportunidad para pedir al Soberano Pontífice su intervención en favor de los esclavos, y resolví aprovecharla.

Yo venía de ser electo diputado por Recife, al vencer al ministro del Imperio, y esa elección sonó como el doblar de la campana de la resistencia esclavista. En los pocos días que quedaban de la sesión del Parlamento de 1887, fui a Rio de Janeiro a tomar posesión de mi puesto en la Cámara, pero el objeto principal de mi viaje era conseguir, y lo conseguí, el pronunciamiento moral del ejército contra la esclavitud, la disolución absoluta entre la fuerza pública y las funciones de los antiguos *capitães-de-mato*. Para ocupar las vacaciones parlamentarias dudé entre ir a Roma o hacer un viaje a los Estados Unidos, donde la acogida que me darían los antiguos abolicionistas podía tener una repercusión favorable a nuestra causa en todo el continente americano. Al decidirme por Roma, fui llevado sobre todo por la idea de que una manifestación del Santo Padre tocaría el sentimiento religioso de la Regente.

Yo podía, ciertamente, recurrir al Papa, como a cualquier otro oráculo moral que pudiese inspirar a la Princesa, hablarle al ideal y al deber. Durante diez años no avizoré otra cosa sino captar el interés de la dinastía, y

despertar el sentimiento del país. La opinión pública del mundo me parecía un arma legítima a usar en una cuestión que era de toda la humanidad y no solamente nuestra. Para adquirir aquella arma fui a Lisboa, a Madrid, a París, a Londres, a Milán; ahora iba a Roma, y si la esclavitud hubiese tardado aún en desaparecer, habría ido a Washington, a Nueva York, a Buenos Aires, a Santiago, a cualquier parte donde pudiese surgir una simpatía nueva hacia nuestra causa, aportándole el prestigio de la civilización. Si había falta de patriotismo en intentar crear en el exterior –tomado no como poder material, sino como reflector moral universal, que es para nosotros– una opinión que después nos llegaría espontáneamente con la gran voz de la humanidad, no puedo negar que fui un gran culpable... Hubiera sido un crimen igual al de W. L. Garrison desembarcando en Inglaterra para conmoverla por la esclavitud en Estados Unidos; el mismo error de los delegados de los diversos congresos internacionales antiesclavistas. La conciencia, la simpatía humana es, sin embargo, una fuerza que siempre se puede invocar para ponerla al servicio de su país o de la causa que se defiende.

Llegado a Londres en diciembre, en enero partí hacia Roma con cartas del cardenal Manning, que la Anti-Slavery Society y Mr. Lilly, de la Unión Católica Inglesa, me habían conseguido. En Roma encontré un apoyo igualmente útil, el de nuestro ministro, el Sr. Sousa Correia, antiguo colega y amigo. Él me puso en contacto con el Cardenal Secretario de Estado, quien me recibió de modo sumamente benévolo. Roma estaba repleta de peregrinos debido al jubileo, en el Vaticano el trabajo era enorme; a pesar de eso, conseguí abrir camino hasta el Santo Padre. El 16 de enero yo presentaba mis memorias al cardenal Rampolla. Hoy las hubiese redactado de otro modo, pero no tengo ya el ardor del propagandista... Aquí están algunos fragmentos de esa súplica; por ellos se verá que mi ruego no era solamente por los esclavos de Brasil, sino por toda la raza negra, por África, donde poco tiempo después iba a surgir arrebatadamente la gran figura del Cardenal Lavignerie:

“Casi sin excepción, los obispos brasileños declararon en pastorales que el modo más digno y más noble de celebrar el aniversario sacerdotal de León XIII era que los que tuviesen esclavos les dieran sus cartas de libertad y los demás miembros de la comunidad que empleasen en cartas de libertad los donativos que quisiesen ofrecer al Santo Padre.

“El pedido moralmente unánime de nuestros preladados no podía dejar de ejercer gran influencia sobre el movimiento abolicionista, que ya arrastraba consigo a la opinión, y de ahí siguió hacia una manifestación religiosa y nacional, que por su propia grandeza muestra que la abolición en Brasil no es más una divergencia entre partidos políticos... Por la manumisión de multitudes de esclavos en nombre del Santo Padre, su jubileo se recordará como la elevación hacia la libertad de centenares de nuevas familias brasileñas.

“De todos los regalos puestos a los pies de León XIII el tributo de Brasil bajo la forma de esos cristianos manumisos, que desde lejos hacen parte de su glorificación universal, es tal vez la única ofrenda que habrá hecho derramar lágrimas de reconocimiento al Santo Padre.

“He aquí, Eminencia Reverendísima, la espléndida ocasión que se ofrece al Soberano Pontífice de interceder, de intervenir, de ordenar en favor de los esclavos brasileños. De estas cartas de libertad depositadas ante su augusto trono, León XIII puede hacer la semilla de la emancipación universal.

“Una palabra de Su Santidad a los señores católicos en favor de sus esclavos, cristianos como ellos, no quedaría encerrada en los vastos límites de Brasil, tendría la circunferencia de la religión, penetraría como un mensaje divino por todas partes donde todavía existiese la esclavitud en el mundo.

“El Papa acaba de canonizar a Pedro Claver, el Apóstol de los Negros. En la época adelantada de la civilización en la cual vivimos, infelizmente aún hay demasiada esclavitud en el mundo para que León XIII pueda añadir a sus otros títulos el de Libertador de los Esclavos.

“Algunos de sus ilustres predecesores, procedieron a veces contra la esclavitud; teniendo ésta por único origen el tráfico, de hecho está comprendida en las Bulas que lo condenaron, pero las épocas en que nuestros inmortales Pontífices hablaron no son las nuestras, la humanidad entonces no había hecho esfuerzos para borrar su crimen de tantos siglos contra África, cuya raza infeliz parece destinada a sufrir, bajo las más diversas formas del mismo prejuicio, la fatalidad de su color. Un acto de León XIII, generoso, ardiente, inspirado en la espontaneidad de su alma, contra la maldición que pesa sobre aquella raza, sería un beneficio incalculable.

“...Ningún pensamiento político interviene en la súplica que dirijo al Jefe del mundo católico en favor de los más desafortunados de sus hijos. No quiero sino poner su corazón de padre en comunicación directa con el de ellos. De ese contacto de la caridad con el martirio no puede surgir sino la onda de misericordia que espero. Por ella el jubileo de León XIII será señalado como la fecha de la redención humana en todas partes donde la raza negra se pueda juzgar huérfana de Dios”.

El 10 de febrero siguiente, Su Santidad me concedía una audiencia particular. Ese mismo día escribí sobre ella en *O País...* Entre los papeles viejos que forman *las parcelas de mi vida*, la expresión es de una carta del emperador —otro papel viejo que es para mí una reliquia— éste será siempre uno de los más preciosos; la emoción que él guarda no podría ser repetida, y es de esas que aumentan en la medida que los años pasan... Por eso la reproduzco ahora:

“*El Papa y la Esclavitud*”

“Hoy tuve el honor de ser recibido en audiencia particular por el Papa, y como esa audiencia me fue concedida con relación al asunto político que me hizo venir a Roma, no debo demorar la reconstrucción de la conversación que tuve con Su Santidad y que traje de El Vaticano taquigrafiada, fotografiada en la memoria. Fue una insigne benevolencia de Su Santidad haberme concedido

tal audiencia en un tiempo en que cada uno de sus momentos está de antemano empeñado para sus obispos, arzobispos, y católicos prominentes, que le vienen a traer algún don en ocasión de su jubileo.

“El Papa está constantemente recibiendo numerosas delegaciones influyentes de todas partes del mundo y se dirige siempre a ellas con una alocución animada. Ese incremento de trabajo a sus constantes ocupaciones de cada día no deja mucho tiempo de descanso al Santo Padre, sobre quien sus setenta y ocho años, junto a la majestad de la tiara, comienzan a pesar; sin embargo, es en esas horas de reposo que Su Santidad recibe individualmente a los hombres notables del mundo católico y conversa con ellos largamente sobre el asunto que le interesa a cada uno.

“Sin embargo, yo era un desconocido y no venía a traer nada al Papa, venía solamente a pedirle; no había prestado ningún servicio a la Iglesia, y la cuestión que me ocupaba, exigía que Su Santidad leyese antes una serie de documentos y meditase sobre la grave respuesta que me iba a dar. Eso era un esfuerzo, y, en las circunstancias especiales del jubileo, la atención que me prestó la más alta de todas las individualidades humanas es un acto al que confiero un gran aprecio y reconocimiento porque sé que en mi humilde persona León XIII quiso acoger paternalmente a los esclavos de Brasil y hacerles llegar hasta su augusto trono, como, simbólicamente, el más elevado de todos los lugares de refugio.

“El Papa recibe en audiencia particular, sin ningún testigo. Nadie está en la sala sino él y la persona a quien concedió la audiencia. En una sala contigua están un secretario y un oficial de la guardia, pero desde que es introducido al pequeño salón, el visitante se halla a puertas cerradas en presencia solamente de León XIII. El Papa, que leía un libro de versos latinos cuando fui anunciado, me mandó a sentar en una silla al lado de la suya y me preguntó en qué idioma debía hablarme. Yo preferí el francés.

“La impresión que sentí durante todo el tiempo de la audiencia, que no duró menos de tres cuartos de hora,

no se me parece a la sensación causada por la presencia de uno de los grandes soberanos del mundo. El trono brasileño es una excepción. Nunca en Brasil hubo un hombre tan accesible como el Emperador, ni casa tan abierta como la de São Cristóbal. Pero los monarcas en general son educados y crecen, porque su condición es superior a la del resto de los hombres, en la creencia de que son *mejores* que la humanidad. A todas las ventajas del Papado como institución monárquica, sobre todo la de elegibilidad, es necesario añadir otra superioridad del Papa sobre los demás soberanos, pues éstos nacen, viven y mueren en el trono, y los Papas sólo llegan a la realeza en los últimos años de la vida, es decir, que viven toda la vida como hombres y en el trono no hacen sino coronar su carrera. Ese carácter *humano* de la realeza pontificia es la principal condición de su prestigio, así como la elegibilidad es la condición de su duración ilimitada y el espíritu religioso la de su selección moral. Yo diría que al estar a solas con el Papa la impresión es más bien la del confesionario y no la de los escalones del trono, si no hubiese al mismo tiempo en la franqueza y en la reserva de Su Santidad alguna cosa que excluye desde el principio la idea de que allí está el confesor interesado en descubrir el fondo del alma de su interlocutor. La impresión dominante es, sin embargo, de confianza absoluta, como si, entre aquellas cuatro paredes, todo lo que se dijese al Santo Pontífice tomase el carácter de una conversación íntima con Dios, de que estuviese allí el intérprete y el mediador.

“Las palabras que salieron de los labios del Santo Padre se grabaron en mi memoria, y no creo que se borren jamás, como tampoco creo que deje de escuchar la voz y el tono firme con que me fueron dichas. El Papa empezó diciendo que él me había demorado mucho tiempo en Roma, pero que sus deberes eran numerosos en ese momento, a lo que le respondí que mi tiempo no hubiera podido ser mejor empleado que en esperar la palabra de Su Santidad. —‘Yo iba a los Estados Unidos, dije a León XIII, donde está la mayor parte de la raza negra de Améri-

ca; pero cuando nuestros obispos empezaron a hablar con deliberación y de común acuerdo a propósito del jubileo de Vuestra Santidad y a pedir la emancipación de los esclavos como el mejor y más alto modo de solemnizarlo en Brasil, pensé que debía ante todo venir a Roma a pedirle a Vuestra Santidad que completase la obra de aquellos preladados, condenando, en nombre de la Iglesia, la esclavitud. Si consiguiéramos esto de Vuestra Santidad, nosotros, los abolicionistas, hubiéramos logrado un punto de apoyo en la conciencia católica del país, lo que sería una gran ventaja para la realización completa de nuestra esperanza’.

“Su Santidad respondió: –*Ce que vous avez á coeur, l’Eglise aussi l’a à coeur.* La esclavitud está condenada por la Iglesia y ya debía hace mucho tiempo haberse extinguido. El hombre no puede ser esclavo del hombre. Todos son igualmente hijos de Dios, *des enfants de Dieu.* Me sentí tocado vivamente por la acción de los obispos, la cual apruebo completamente, por haber escogido de acuerdo con los católicos de Brasil mi jubileo sacerdotal para esa gran iniciativa... Ahora es necesario aprovechar la iniciativa de los obispos para apresurar la emancipación. Voy a hablar en ese sentido. Si la encíclica aparecerá el próximo mes o después de Pascua, no lo puedo aún decir...’

‘–Lo que nosotros quisiéramos, observé, es que Vuestra Santidad hablase de modo que su voz llegase a Brasil antes de la inauguración del parlamento, que tendrá lugar en mayo. La palabra de Vuestra Santidad ejercería gran influencia en el ánimo del gobierno y de la pequeña parte del país que todavía no quiere acompañar el movimiento nacional. Nosotros esperamos que Vuestra Santidad diga una palabra que despierte la conciencia de todos los verdaderos católicos.

‘–*Ce mot je le dirai, vous pouvez en être sûr,* me respondió el Papa, y *cuando el Papa haya hablado, todos los católicos deberán obedecer’.*

“Estas últimas palabras el Papa me las repitió dos o tres veces, siempre en forma impersonal; no –*cuando yo haya hablado,* siempre: –*cuando el Papa haya hablado.*

“Creo haber sido absolutamente leal en relación a mis adversarios en la exposición que hice a Su Santidad sobre la marcha de la cuestión abolicionista en Brasil. El Papa me hizo varias preguntas a cada una de las cuales respondí con la lealtad que debía primero al Papa, y después a mis compatriotas. Describí el movimiento abolicionista en Brasil, que se volvió preeminentemente un movimiento de la propia clase de los propietarios, y les di, como debía, y es justo, a los obreros desinteresados de última hora la parte más importante en la solución definitiva del problema, sin cuya generosidad sería insoluble.

“Me referí a la brillante acción del señor Prado y al efecto moral del noble pronunciamiento del señor Moreira de Barros como hechos de gran alcance. Demostré que en la historia del mundo no había ejemplo de humanidad de una gran clase como la de los amos brasileños al desistir de sus títulos de propiedad esclava. Dije que esa era la prueba fehaciente de que la esclavitud en Brasil había sido siempre una institución *extranjera*, ajena al espíritu nacional, lo que se puede confirmar (esto no lo dije al Papa) por el hecho de que los extranjeros en Brasil fueron, y todavía hoy lo son, de toda la comunidad, los que menos simpatía mostraron hacia el movimiento liberador. En cuanto a la familia imperial, repetí al Sumo Pontífice que lo que se ha hecho en nuestra ley en favor de los esclavos, aunque sea poco, se debió a la iniciativa e imposición del Emperador. ‘—Una dinastía, añadí, tiene intereses materiales que dependen del apoyo de todas las clases y no puede enfrentar la mala voluntad de ninguna, menos aún de la más poderosa de todas. El Papado, sin embargo, no depende de ninguna clase, por eso se sitúa en el punto de vista de la moral absoluta, que ninguna dinastía puede tomar sin destruirse’. Hablando sobre el actual Presidente del Consejo, dije a Su Santidad que él era un hombre a quien la Iglesia en Brasil debía mucho por haber sido el principal autor de la amnistía que puso fin al conflicto de 1873, pero que en esa cuestión, no teníamos motivo para suponer que él quisiese ir más allá de la ley actual, lo que era positivamente contrario al

deseo unánime de la nación. ‘—Sin embargo, añadí, no le pido a Vuestra Santidad un acto político, aunque las consecuencias políticas, que la nación sacará sin duda de ese acto que imploro, sean incontestables. Afortunadamente, Vuestra Santidad está en una posición desde donde no ve los partidos, sino sólo los principios. Lo que nosotros queremos es un mandamiento moral, es la lección de la Iglesia sobre la libertad del hombre. No hay gobierno en el mundo que pueda pretender que el Papa, al establecer un principio de moral universal, se detenga para considerar si ese principio está de acuerdo o en conflicto con los intereses políticos de ese gobierno. Hace poco un sacerdote brasileño fue preso por proteger esclavos. Nosotros, los abolicionistas por todas partes escondemos esclavos. Hacemos lo que hacían los obispos de la Edad Media con los siervos. El sentimiento de la nación, esto lo puedo asegurar a Vuestra Santidad, es *unánime*, y la palabra del jefe de la Iglesia no encontraría a nadie para disputarla’.

“El Papa entonces me repitió que su encíclica abundaría en los sentimientos del Evangelio, que la causa era tan suya como nuestra, y que incluso el gobierno se daría cuenta que era buena política reconocer la libertad a la cual todo hijo de Dios tiene derecho por su propio nacimiento, y que el Papa hablaría al mismo tiempo de la libertad, de la necesidad de educar religiosamente esa masa de infelices, privados hasta hoy de instrucción moral.

“El cardenal Czacki me hablará igualmente del deber de dar educación moral a los manumisos, y en ese sentido parece que el catolicismo va a hacer un gran esfuerzo en Norteamérica y en las Antillas. Simpatizando con el principio de nuestra propaganda abolicionista y poniendo de relieve la responsabilidad que nosotros, los abolicionistas, contrajéramos, el cardenal Czacki puso el dedo en la llaga de la raza negra, tal vez aún más degradada que oprimida, y desde el punto de vista católico, me dijo que no había otro medio para hacer de esos esclavos hombres moralizados, sino divulgar ampliamente entre ellos la educación religiosa que nunca han tenido. Al igual

que le respondí al Cardenal le respondía al Papa. 'Antes de empezar el movimiento abolicionista en 1879, dije al Sumo Pontífice, el partido liberal al cual pertenezco, como consecuencia de la lucha con los obispos en 1873, lucha sobre la que los conservadores habían pronunciado la amnistía, se hallaba principalmente orientado hacia las medidas de secularización de los actos de la vida civil, que entre nosotros estaban todavía casi todos confiados a la Iglesia. Con esas medidas se desarrolló un estado de guerra entre el liberalismo y la Iglesia. Sin embargo, desde que empezó el movimiento abolicionista, todas las demás cuestiones quedaron en el olvido, y literalmente hace nueve años que no se trata de otra cosa en el país. Se estableció entonces una verdadera *tregua de Dios* entre todos los hombres con diversos modos de sentir y pensar al respecto de otras cuestiones. Quien primero elevó su voz en la Cámara para pedir la abolición inmediata, fue el diputado Jerônimo Sodré, católico preeminente. El copropietario del periódico abolicionista de Pernambuco, que sostiene mi política es el presidente de una sociedad católica, el Sr. Gomes de Matos. Los obispos y los abolicionistas trabajan ahora de común acuerdo. Esa tregua ha durado hasta hoy sin ser perturbada, y espero que dure aún por mucho tiempo. Abolida la esclavitud, nos queda proteger al esclavo libre. En ese campo nada en nuestras leyes impide que la Iglesia concorra para obtener la clientela de la raza que ayudó a rescatar. No seremos nosotros, los abolicionistas, quienes vayamos a impedir la aproximación entre los nuevos ciudadanos y la única religión capaz de conquistarlos para la civilización. Las miradas del país se volverán hacia los otros aspectos de mejoramiento de la condición del pueblo, la creación de la vida local, en la que puede y debe continuar la tregua, o mejor, la alianza. Si la Iglesia consigue recomendarse al reconocimiento de la raza esclava, concurriendo para su rescate, no serán los abolicionistas quienes les aconsejarán la ingratitude'.

“El Papa me escuchó todo el tiempo con gran simpatía y me justificó de haber pedido más de lo que el car-

denal Manning juzgara razonable que pidiese. Su Eminencia, de hecho, me aconsejó pedir al Papa la promulgación de la Bulas de algunos de sus antecesores y pedí un acto *personal* de León XIII. —‘Las circunstancias cambian, me dijo el Papa, los tiempos ya no son los mismos; cuando esas Bulas se publicaron, la esclavitud era fuerte en el mundo, hoy felizmente ella está acabada.

—‘El acto de Vuestra Santidad, le dije, al concluir la audiencia, será una página de la historia de la civilización cristiana que ilustrará su pontificado... Su encíclica se levantará tan alto a los ojos del mundo, dominando el movimiento de la abolición como el domo de San Pedro sobre la Campaña Romana.

‘Ahí está más o menos reproducida la larga audiencia particular que León XIII me hizo el excelso honor de concederme, y que Su Santidad terminó con una bendición especial para la causa de los esclavos. Yo con anterioridad había enviado al subsecretario de Estado, monseñor Mocenni, la reciente pastoral del obispo de Rio, lamentando no haber podido hallar los números de *O País* en los cuales aparecieron las de los otros prelados. Tuve la fortuna de hallar las pastorales de los obispos de Mariana, de Rio Grande do Sul y del arzobispo de Bahía, que fueron todas enviadas al cardenal Rampolla. La admirable carta del obispo de Diamantina, a la cual hice especial referencia, cuando hablé con el Papa, no la pude encontrar. Con la encíclica prometida y ya anunciada por toda Europa, esas pastorales formarían un bello libro de fraternidad humana.

‘La demora en Roma me impide volver por los Estados Unidos, porque ya no tendría tiempo para llenar cualquiera de los fines que me llevarían a la gran República. Sin embargo estoy satisfecho, contento. La palabra del Papa tendrá para todos los católicos más influencia de la que podría tener cualquier otra manifestación en favor de los esclavos. Ninguna conciencia negará al jefe de la religión el derecho a pronunciarse sobre un hecho como la esclavitud, que establece un vínculo entre el amo y el esclavo, equivalente a entrelazarles para siempre las

almas y las responsabilidades. En la manera de expresarse de León XIII no vi la mínima vacilación, la más leve preocupación por tergiversar la enseñanza moral para adaptarla a las circunstancias políticas. Vi tan sólo la conciencia moral brillando, como un farol, como una luz indiferente a los naufragios de los que no se guían por ella.

“Roma, 10 de febrero de 1888”.

¡Cómo tenía razón el cardenal Czacki cuando dijo que yo le iba a llevar al Papa un verdadero bombón!... la desafortunada diplomacia se involucró en la cuestión, el ministerio conservador se alarmó con la intención manifestada por el Papa, y consiguió demorar la *Encíclica*... La corta demora fue bastante para que ella sólo apareciera después de abolida la esclavitud en Brasil... Entre la caída de Cotegeipe y la abolición el espacio fue tan pequeño que la bella obra de León XIII sólo vino a ser publicada cuando ya no había esclavos en Brasil. La bendición del Santo Padre a nuestra causa, la palabra que él iba a proferir, sin embargo, desde el fin de febrero, aún bajo el gabinete Cotegeipe, el país las conoció por mis revelaciones... La sorpresa de la emancipación total fue tan agradable para León XIII que, como *post-scriptum* a su carta lapidaria sobre la esclavitud, envió a la Princesa imperial la Rosa de Oro.

Mi papel fue, como se ha visto, muy humilde. Simple portador de las cartas de presentación del cardenal Manning para el cardenal Rampolla y monseñor Mocenni, yo no hice, presentando a León XIII las pastorales de nuestros obispos sobre su jubileo, sino ofrecerle un asunto desde todo punto de vista digno de él... La imaginación del Papa abarcó luego toda la grandeza del servicio que él podía prestar a la humanidad, el tema incomparable proporcionado a sus letras... Si de algo puedo lisonjearme es de haber ligado bajo una misma aspiración la causa de los esclavos de Brasil a la causa de África... Pocos meses después del pronunciamiento que supliqué al Santo Padre, llegaría a Roma el Cardenal Lavigerie y el Papa lo invertiría en la cruzada africana que fue la noble coronación de su vida... En una carta de la Anti-Slavery Society,

Mr. Charles Allen me hizo el honor de decirme que yo preparé junto al Papa el camino para monseñor Lavigerie... En los discursos del gran apóstol de África, que tantas veces dijo *ex abundantia cordis*, lo que se ve es que, cuando él llegó a Roma, León XIII estaba poseído, dominado, inflamado del fervor antiesclavista... La parte que me cupo en todo eso fue tan sólo la de ser quien –en la ocasión de su jubileo sacerdotal y de la canonización de San Pedro Claver, ocasión favorable para el comienzo de esa y de otras generosas iniciativas y aspiraciones del reinado– tuve la fortuna de atraer el gran espíritu de León XIII, disputado por tantas solicitudes, para el problema que más le podía fascinar.

Fue muy fuerte la impresión que traje de Roma... Al final de abril, sin saber aún hasta dónde iría la reforma anunciada por el nuevo gabinete João Alfredo, asisto a la fiesta de liberación en masa en una hacienda de Paraíba y el recuerdo que me viene es el de las maravillas de El Vaticano... ¡Qué emociones las de la abolición! ¡Cómo todo se fundía en una misma nota, misteriosa e íntima, como siuviésemos en ese momento el corazón de los esclavos en lugar del nuestro propio! Este es el fragmento en que describí aquella emoción de la Bella Alianza...

“Hace tres meses tuve la fortuna de asistir a la misa del Papa en la Capilla Sixtina. En ese tiempo no esperaba que la hora de la abolición fuese a sonar tan pronto, y había ido a pedir a León XIII, en la desconfianza de que la Regencia era un virreinato, y el virreinato de la esclavitud, una palabra que moviese el sentimiento religioso de la Princesa... ¡Cómo estaba engañado y quién no lo estaba empezando por el propio presidente del consejo! Durante aquella misa, en la que todo era nuevo para mí, y cuando el bulto del Papa entre los cardenales atraía todas las atenciones, por entre la música de la Sixtina, al oírla se siente que la voz humana es el único de todos los instrumentos que sube más allá de la tierra, por lo menos yo no podía quitar los ojos de ese techo, que es la mayor página de lo bello escrita por el hombre... ¡Qué oportunidad única la de esa ceremonia y de ese acompañamien-

to para releer la biblia de Miguel Ángel y recitar su poema de la creación!... Pues bien, la misa de la Bella Alianza renovó en mí la infinita emoción de la Sixtina... En ella había otros tantos elementos de grandeza combinados... No había el Sumo Pontífice, ni el coro angélico, ni los frescos de Miguel Ángel... Sin embargo, allí estaba el representante del Papa bendiciendo en su nombre la reconciliación de las dos razas; había lágrimas en todos los ojos, la ansiedad, igualmente aprehensiva para todos, los que iban a dar y los que iban a recibir la libertad, y para nosotros la más suave de todas las sensaciones posibles: ver alejarse las tinieblas de la esclavitud del rostro de una raza, ese gran *fiat lux*, ver el barro ayer informe, el esclavo, despertar hombre, como el Adán de Miguel Ángel, en la claridad matinal de la creación... El pensamiento volvía casi cuatro siglos atrás, a la primera misa celebrada en Brasil, cuando tomó el nombre de Tierra de Santa Cruz... ¡Cuatro siglos para que la cruz pueda recuperar su verdadero sentido de símbolo de la redención y para que la misma signifique el sacrificio de Dios por el hombre!... Al ver frente a ellos aquella a quien iban a deber la libertad, y mirando hacia la Virgen de la Piedad en el nicho del altar, los esclavos en la confusión de sus dos grandes reconocimientos debían haber sentido los rubíes, como lágrimas de sangre, del resplandor de la madre de Dios, bajar un momento sobre la cabeza de su redentora arrojada...”*

¡Ah los tiempos en que se escribía así! cuando el corazón, y sólo el corazón, era quien dictaba, y tan rápido que la pluma no lo podía acompañar. Para mí hubiera sido una disminución sensible de la emoción humana que

* La señora a quien me refiero era una compatriota, que se casara en París con un joven y elegante ruso. Hay de ella un admirable retrato en tamaño natural, obra de Richter. La suavidad y dulzura de madame Haritoff, la muy popular doña Nicota, le conferían una belleza toda de expresión que con sus largos cabellos negros, sus grandes ojos luminosos, su tez morena mate, y la gracia de su cuerpo, tenía para los extranjeros un carácter especial, distinguidamente brasileño (*Nota del Autor*).

la campaña abolicionista me causó si no tuviese esa página de mi ida a Roma para releer, ese encuentro con la simpatía y el fervor de León XIII. ¿Por qué tan tarde tuve la idea de ese ruego, que debiera tal vez haber sido el primero? Quiero creer que en la abolición, tan súbita fue ella, todo vino a su debido tiempo... El recuerdo de esa visita a Roma seguida tan de cerca por el fin de la esclavitud y la caída de la monarquía, que era el término forzado de mi carrera política, no podía dejar de crecer en el vacío de mi tarea acabada y de la imposibilidad para asumir otra equivalente... Una nueva vida va a nacer de aquellas impresiones religiosas así asimiladas en el ardor de un combate que debía encerrar y resumir mi vida militante... Una nueva capa de mi formación se dibuja insensiblemente desde mi momentáneo contacto con León XIII —o por otra parte, la capa primitiva comienza a descubrirse después de perdido por largos años el filón de oro de la infancia... Sea cual sea la verdad teológica, creo que Dios tomará en cuenta de algún modo la utilidad práctica de nuestra existencia, y mientras existiese el cautiverio, estoy convencido de que no podría darle un mejor empleo a la mía que combatiéndolo. Esa vida exterior, lo sé bien, no puede substituir a la vida interior, incluso cuando el espíritu de caridad, el amor humano, nos animase siempre en nuestro trabajo. La satisfacción de realizar, por más humilde que sea la esfera de cada uno, una parcela de bien hacia el prójimo, de ayudar a iluminar con un rayo, aunque sea sólo de esperanza, vidas oscuras y subterráneas como eran las de los esclavos, es una alegría intensa que borra por sí sola el recuerdo de las privaciones personales y preserva contra la envidia y la decepción. Esa alegría todos los que participaron en el movimiento abolicionista deben haberla sentido por igual. Mientras durase la lucha contra la esclavitud, pienso que la religión no saldría para mí del estado latente de acción humanitaria... Muchas veces la religión no consigue desprenderse de la tarea ordinaria de la vida, y es solamente cuando esa tarea acaba o se interrumpe que las disquisiciones interiores comienzan, cuando se quiere penetrar el misterio,

cuando se siente la necesidad de una creencia que explique la vida. Hasta entonces basta el propio papel que desempeñamos; el crítico no aparece bajo el actor; la duda no distrae de la acción exterior continua. Mientras se es un simple instrumento, por pequeño que sea el círculo trazado en torno a nosotros, la imaginación se encierra en él, y la vida interior no se insinúa ni aun en la conciencia... La acción es una distracción. Es solamente cuando ella se acaba que en ciertos espíritus las afinidades superiores se pronuncian... Quiero creer, para los que sucumben en esa fase, que el beneficio que ellos puedan aportar elimina parte de las impurezas que llevan en su inconsciente moral, o religioso lo que es —lo mismo, y aún peor... Hoy no puedo pensar en mi viaje a Roma en 1888 sin sentir que entonces semillas olvidadas en los primeros surcos de la niñez revivieron, para germinar más tarde al calor de otras influencias... No fui a Roma en vano, desde el punto de vista de mi sentimiento religioso...

XXV / EL BARÓN DE TAUTPHOEUS

NADIE tuvo sobre mí una influencia tan singular como mi maestro, el viejo barón de Tautphoeus. Con su imaginación toda impregnada de historia, él acostumbraba, en los años de mi ardiente liberalismo, llamarme Alcibíades. Ciertamente él era para mí el tipo de Sócrates. Si no traía la máscara de Sileno prestada al gran ateniense, incluso físicamente, sobre todo en la vejez, él tenía muchos trazos socráticos: el coraje frío, la calma impassible, la resistencia a la fatiga, el gusto por la polémica, por la conversación intelectual, por la compañía de los jóvenes, la completa abstracción de sí, la modestia, la alegría de vivir como espectador del Universo, pero cediendo siempre a los otros el mejor sitio, el fuerte espiritualismo, la indiferencia por el ridículo, el respeto por el orden social, quien quiera que lo encarnase. Su juventud es un tanto legendaria, y nada sería más interesante que apurar los hechos respecto a ella. Lo que escuché algunas veces a mi hermano Sisenando —él sentía por Tautphoeus una entusiasta admiración y convivió con él mucho más íntimamente que yo, a quien en compensación él dio lo mejor de sus últimos días, sus postrimeras tardes— fue que, joven, Tautphoeus, había sido forzado a dejar Baviera por motivos revolucionarios, luego acompañaría al rey Othon a Grecia, después vino a vivir en París, allá por el año 30, y frecuentaba la pléyade del *Journal des Débats* hasta que emigró a Brasil.

Miopísimo, usaba un cristal cuadrado, que por el hábito continuo de la lectura parecía colocarse automáticamente; menos aún que al monóculo dejaba el tabaco... Siempre con un grueso volumen alemán bajo el brazo, caminaba horas completas al mismo paso, ajeno al mundo exterior... Era un hombre que sabía de todo. Su conversación era inagotable, y raramente la dirigía él. El asunto le era indiferente, y siempre, años seguidos, todos los días, no encontró sino interlocutores ansiosos de

escucharlo sobre los puntos que más les interesaban. Era literalmente como un diccionario que a cada instante alguien manoseara, o una enciclopedia que uno abriera en el artículo Babilonia, luego otros en los artículos Invasión de los Bárbaros, Adam Smith, Lutero, Jeroglíficos, Logaritmos, Amazonas, Arquitectura Gótica, Libertad de Testar, Raíces Griegas, Papel-Moneda, Culturas Tropicales, Alberd Dürer, *Divina Comedia*, al azar. Era tan sólo tocar la tecla, poner la pregunta en el aparato, y aguardar el desplegar de la respuesta, como la que daría el *Lexicon* de Meyer, o la *Historia Universal* de César Cantú. Hablaba de un modo uniforme, sin énfasis, sin colorido, sin expresión, pero era un fluir sin fin de ciencia, de erudición, como si en aquel mismo día hubiese estudiado el asunto. Nada más diferente a la ostentación frívola de la ciencia con que tanta gente se place en deslumbrar al oyente que le propone inadvertidamente un asunto a su alcance, que esas disertaciones científicas *up to date*, a la que Tautphoeus se entregaba ante sus discípulos, que quedaban siendo sus seguidores para siempre, periodistas, profesores, ministros de Estado, lo que fuesen...

La abundancia de ideas generales, de puntos de vista sugestivos, de materia para reflexionar en su conversación, era notable. Se puede decir que ese hombre que nunca escribió, por lo menos en Brasil, publicó el mayor número de ensayos de tesis históricas y otras, que todos nuestros escritores juntos: únicamente que sus continuas ediciones con pocos ejemplares se disipaban como la palabra, cuando no eran convertidas en trabajo ajeno. Eso poco le importaba. Él no tenía ambiciones. Ese hombre que respetaba sistemáticamente el orden jerárquico y el pragmatismo social, que nunca tomó a mal que los poderes de un día se considerasen sus superiores, que los hidalgos de la víspera mirasen con desdén su título hereditario, al verle maestro de niños, era un sabio de Grecia, practicando con el espíritu y la entereza pagana la filosofía del *Ecclesiastes: Vanitas vanitatum...* Desde muy temprano él se inmunizó al respecto. Debiendo ganar la vida dando lecciones en un país extranjero, enterró todo

lo que podía restarle de los viejos prejuicios aristocráticos de su país, de las aspiraciones a la elegancia, a la vida de placer, ostentación y triunfos mundanos de su juventud en París, entró en el papel que le había sido destinado con la misma sencillez que si lo recibiese en herencia... en una palabra, sin resentimiento, sin queja, sin murmuración. Bebió el agua del Carioca con el mismo espíritu de conformidad que hubiera bebido el agua del Letes... Se olvidó de sí mismo para entrar a su nuevo destino... ¡Pero también, desde luego, penetró los más íntimos pliegues y singularidades del país que sería su segunda patria y que amó como tal! Su posición era involuntariamente considerada subalterna incluso por los más capaces de comprender —lo que no es lo mismo que sentir—, la profesión del creador intelectual como esencialmente noble. Sin embargo, se movía indiferente en medio de la arlequinada social, sabiendo bien que en el mundo, nadie lo dijo mejor que Calderón, *todos sueñan lo que son*.

¡Pero qué profundidad en el sentir! Si todo mundo estaba fuera de su lugar —él no pretendía eso, por el contrario, pensaba que la distribución era justa, que las posiciones y responsabilidades eran dadas a los mejores, solamente que éstos no hacían lo mejor, no buscaban dar lo más que podían—, cuando todo el mundo lo estuviese, él por lo menos quería estar en el suyo... Conservador y católico, lo conocí muy conmovido con el *Kulturkampf*, por su idea alemana que el más grande político del mundo —para él era Bismarck y ciertamente lo era—, no podía ser traicionado en aquel aspecto al mismo tiempo por su olfato nacional y por su instinto conservador. Su conservadurismo entrañable era también parte de su filosofía, por eso tenía por nuestras instituciones un sentimiento que nosotros mismos éramos incapaces de sentir: de veneración idealista. De ese sencillo funcionario del Estado, que no tenía sino su modesto sueldo de cada día, y además, extranjero de origen, partió tal vez el único grito de *¡Viva la Constitución del Imperio!* que se escuchó, si es que alguien lo escuchó —tan débil era ya la voz—, el 15 de noviembre al desfilar las tropas del general Deodoro

por la calle del Ouvidor. Tal vez nadie mirase al viejo que hacía sin miedo tal protesta, pensaría que era un protegido del Emperador alucinado por la catástrofe que le tragaría también. Sin embargo, no lo era; él no debía favores, ni gratitud; todo lo que tuviera, había sido por concurso, del cual los competidores desistían, al ponderar su fama... No era un resentido, era un filósofo, era el hombre que mejor estudiara la psicología de nuestro país y que más se adaptara a ella hasta aquel acto, que le pareció nacionalmente fatídico, como es para los judíos el que se desgarre por el medio el velo del templo...

Un trazo de su sagacidad ya señalé una vez, recordando que fue él quien me hizo notar que nuestro interés por las cosas públicas es tanto menor cuanto más de cerca el asunto nos concierne. Es así, me decía, que los asuntos del Municipio nos interesarán siempre menos a *todos* que los de la Provincia, los de la provincia menos que los de la política general. Para mostrar cómo era precario nuestro *self-government*, ¿no bastaría esa indiferencia que crece en la razón directa del interés que debíamos sentir? Otra observación suya, que revela la prontitud de su espíritu, fue nuestra conversación sobre la impermeabilidad inglesa a las ideas y concepciones ajenas. Yo consideraba la lentitud de los ingleses para asumir y comprender el punto de vista, la novedad extranjera, como una señal de menor vivacidad intelectual que los pueblos continentales: "Por el contrario, observó él, las palabras serán mías, la idea es de él, esa repugnancia por lo que viene de afuera del país, esa sospecha contra lo que no es conforme al instinto de la raza, prueba su originalidad, la fuerza de su propia productividad, el orgullo de sus creaciones nacionales... Esa resistencia permitió a Inglaterra dar al mundo un Shakespeare". Fue esa reflexión tal vez la que me llevó a pensar que el cosmopolitismo, en la esfera de la concepción intelectual, no es un elemento creador, ni una superioridad envidiable: por el contrario, la dificultad para asimilar, para sentir lo que no tiene afinidades con nuestra propia producción es más bien una virtud que un defecto; la permeabilidad perju-

dica la solidez y conservación de las cualidades propias, es decir, de la propia naturaleza.

Si tuviese que precisar lo que le debo a Tautphoeus, señalaría, entre tantos otros trabajos de perfeccionamiento que creo son de él, dos adquisiciones, que en cierto sentido se podrían llamar transformaciones íntimas. La primera, sin que de hecho la sugerencia hubiese partido de él, ni que él tuviese conciencia de mi punto de vista —¿quién sabe si no lo combatiría?— es que delante de él, pensando en él, me acostumbré a considerar el juicio del historiador como el juicio definitivo, el que importa, y por eso *desde luego* el que se debe considerar. No puede haber mayor revolución para el espíritu que ésa, al situarnos espontáneamente frente al solitario juez de biblioteca del futuro y no de los innumerables jueces de plaza pública del momento actual. Ante aquel juez nuestro nombre puede no ser citado, los testimonios incompletos pueden ser injustamente favorables o desfavorables para nosotros, pero su opinión es la que cuenta, la que tiene valor... El juicio de la multitud que hoy nos eleva o nos deprime, representa tan sólo el polvo del camino. No es necesario que seamos actores para que esa concepción de la verdadera instancia que decide sobre las reputaciones nos afecte, por así decir, en cada uno de nuestros móviles de acción, estímulos y afinidades morales: el efecto es igual sobre el espectador, el curioso, el transeúnte, el indiferente. Es, en menor escala, está visto —porque ésta es la mayor de todas las posibles diferencias en los motivos de inspiración y de conducta— como el cambio de la concepción pagana, donde lo importante es la vida, para la concepción cristiana, que es la eternidad. Hecha la reducción de las aspiraciones de la propia alma para las de la inteligencia o del espíritu, la metamorfosis es también profunda entre vivir, o ver vivir, al considerarse los contemporáneos y la posteridad. Cuando se trata de la posteridad, es evidente que siempre es necesario imaginar el espacio de algunas generaciones, dar todo el margen al olvido... Actualmente son miles, miles que juzgan; poco a poco el tribunal se va reduciendo, hasta que los grandes perso-

najes vienen a depender de la sentencia de un juez singular, un Mommsen, un Ranke, un Curtius, un Macaulay, encerrado en su biblioteca, buscando animarse con ellos de una pasión retrospectiva, toda ella puro entusiasmo, ilusión de autor, en la cual no figura ninguno de los sentimientos, ni uno siquiera, ni las pasiones verdaderas, que ellos inspiraron.

Otra transición que le debí... ¿cómo he de explicarlo para que se entienda solamente el matiz y nada más? porque quiero creer que los gérmenes se desarrollarían por sí mismos, pero siento que su influjo benéfico penetró hasta el terreno donde ellos tal vez se formaban sin que yo lo sintiera...

Nosotros teníamos en los últimos tiempos de vida de Tautphoeus una pequeña casa en Paquetá, hacia la vecindad del llamado Castelo, en un remanso de aquellos encantadores parajes. Era una antigua casa a la cual uno de los propietarios, un inglés, añadiera una terraza y en el medio un pequeño desván con venecianas verdes y balcón por donde subía una enredadera, dándole un aspecto al mismo tiempo sencillo y pintoresco de residencia extranjera. La fachada daba hacia el mar, y la parte baja del litoral del otro lado formaba un suave cuadro de fondo. La casa estaba sobre una pequeña elevación, y el declive a la playa era tomado por una gran meseta cubierta de grama, cuidadosamente tratada, como en un parque. La isla de Paquetá es una joya tropical, sin valor para los naturales del país, pero de una variedad casi infinita para el pintor, el fotógrafo, el naturalista extranjero. Para mí tenía la seducción especial de ser un paisaje del Norte de Brasil dibujado en la bahía de Rio. Mientras al entrar a Rio de Janeiro por todas partes lo que se ve son cerros graníticos oscuros cubiertos de bosques continuos bordeando la costa, en Paquetá el cuadro es otro: son playas de cocoteros, campos de merey, y a la orilla las astas flexibles de las cañas bravas alternando con viejas matas de mango y tamarindos solitarios. Sin embargo, al lado de esas miniaturas del Norte se hallan en la isla en cada orilla del mar rocas revestidas con la misma característica vegetación de Rio de Janeiro.

Tautphoeus fue siempre un enamorado de nuestra naturaleza. Desde que llegara a Brasil había sido un explorador de sus bellezas. La madrugada, el conticinio, la distancia no eran impedimento para él, tratándose de un nacer de sol, un efecto de luna, un hilo de agua bajando por la piedra, un *jequitibá** escondido en la selva virgen. Pasó toda la vida en ese coloquio íntimo de enamorado con la luz y la tierra de Brasil; un rayo de sol iluminando el Corcovado o el Pan de Azúcar**, era un saludo misterioso del poder creador al cual él siempre respondía... Al verle sentado, escuchando los pájaros en el bosque de al lado, yo asociaba insensiblemente el maestro a mis primeras lecciones de inglés y recordaba el visir del Sultán Mahmud. Le seducían especialmente los alrededores de Rio de Janeiro. Estaba siempre dispuesto para todos los paseos a cualquiera de los puntos pintorescos, que ahí son innumerables. Pasar la tarde bajo la arboleda secular que se halla en las islas, observando el glorioso colorido de las montañas en el crepúsculo, era una verdadera voluptuosidad para él. Nuestra casa de Paquetá le agradaba por el silencio y aislamiento que cercaba la biblioteca, poder escoger el mar, el campo y la montaña: las playas extensas, el bosque accesible, la llanura aterciopelada, si le daba por pasear; el agua serena, el mar cerrado a la vista, como un lago suizo, si quería tomar nuestro barco y decir al Mudo, nuestro añorado remador, que abriese las velas hacia las pequeñas isletas de donde se ve en un extremo las montañas de Teresópolis, y en el otro los cerros de la ciudad... El venía siempre los sábados y se quedaba hasta el domingo, y a veces, en las cortas vacaciones que tenía, se quedaba varios días... Era visiblemente la despedida. Sus facultades estaban intactas, él era de esas personas en

* *Jequitibá*, del tupí *yekti'βά*, árbol de tronco muy grueso y alto de la familia de las lecitidáceas (*Cariniana estrellensis* y *C. legalis*). (Nota del Traductor).

** Corcovado y Pan de Azúcar: pequeñas montañas de Rio de Janeiro, que dominan la bahía de Guanabara. En la cima del Corcovado se eleva una monumental estatua de Cristo; 704 m. (N. del T.)

que se siente que el espíritu no desfallecerá, que se apagará de repente en medio de una contemplación o meditación más intensa y prolongada; pero las fuerzas físicas estaban en declinación, se veía el cansancio de haber pensado tanto y el involuntario tributo a la duda; si había aprovechado bien el tiempo, o si había vivido en vano. Tomaba muy en serio el gusto por la obscuridad, la modestia, el retraimiento; cortejaba demasiado el olvido y veía tal vez que éste estaba a punto de envolverlo, excepto en algunos raros espíritus, donde su recuerdo duraría algún tiempo más, hasta que ellos mismos fuesen a su vez atrapados...

¡Cómo fueron suaves esos últimos días que él nos brindó, tan penetrantes, tan profundamente melancólicos, pero de la melancolía de los momentos que hubiéramos querido hacer eternos, o que otros viniesen a gozar de ellos con nosotros para que no se desvaneciesen del todo, como un meteoro deslumbrante!... Su placer, muchas veces, era sentarse en un banco a la orilla del mar, del lago, debía yo decir por la impresión que daba, y desde allí asistir por la tarde a los cambios en el aire, en el cielo, en el agua, en los colores del horizonte, en el murmullo y en el silencio de la soledad, una gama de la que él no perdía la más insignificante transición... Muchas veces, cuando paseábamos de día por el bosque al lado de la casa, cuando se iba abriendo camino para pasar, me pedía que no tocase la naturaleza, que respetase lo intrincado, lo selvático, lo inesperado de todo aquello, porque aquel desorden era infinitamente superior a lo que el arte pudiese intentar... Para él la más pobre y árida naturaleza era más bella que los jardines de Salustio o de Luis XIV. ¡Ah si él hubiese sido el descubridor y poseedor de América, el machete nunca hubiera entrado en ella!... ¿Y el tizón? Una quema era para él como un acto de fe. El incendio al lamer esas resinas preciosas, esa savia, esos jugos de vida, esos innumerables dibujos caprichosos de artistas que no pueden ser excedidos cada uno en su género, modelos de color y sensibilidad, todos ellos únicos, parecía consumir con un dolor cruel, vibrante, toda su

solidaridad sensible con la naturaleza y la vida universal, todos los nervios de su periferia intelectual.

Su amor por nuestra naturaleza fue muy grande. ¡Cuántas veces introduje en nuestras conversaciones la idea de un viaje a Europa para ver si despertaba en él afinidades olvidadas, recuerdos latentes! Pero toda esa parte europea estaba muerta, atrofiada; en su lugar lo que había, vivaz y peregrina, era una sensibilidad nueva, americana, brasileña... Era un eterno encantado por nuestra tierra. Ella le comunicaba lo que a nosotros no decía, y tal vez fuese necesario haber tenido o renunciado por ella una primera encarnación, un otro mundo, para poderla sentir. ¡Si nosotros los brasileños tuviésemos aquel amor! Ese perenne embelesamiento de Tautphoeus fue una de las influencias que desarrollaron en mí el gusto, el encanto, aunque por mi parte puramente sentimental e ingenuo, que el contacto con nuestro país ejerce hoy sobre mí... En Tautphoeus aquel amor era diferente: era fino, espiritual, intelectual, estético... en mí será una simple afinidad del corazón, una ternura, una añoranza de la vida, mas esta afinidad se debe mucho al espectáculo del cariñoso devaneo de aquel sabio, de aquel griego antiguo, de aquel filósofo nacido y formado en otros climas, ante la amenidad, la dulzura de los trópicos, lo pintoresco de nuestra moldura agreste, los toques de mutación de nuestra escenografía natural, la modulación, el colorido, la soledad íntima de nuestro paisaje.

En el tiempo de mi vanagloria literaria dos cosas me molestaban de él: que con toda su ciencia no escribiese nada y que pudiese ser tan sumisamente católico. Ahora en nuestros paseos por el bosque, en nuestras *soirées* a la orilla de mi pequeña ensenada, dorada por la luna, era sobre religión que versaban nuestras conversaciones... ¡Oh! ¡qué admirables monólogos los suyos! La última vez que atravesó nuestro *mare clausum* volvió a casa para morir. El vestigio de su pensamiento quedó por mucho tiempo conmigo, y a veces le siento todavía la ondulación furtiva. Fue a través de nuestras conversaciones que comprendí finalmente que un gran espíritu podía quedar cómodo,

libre, en una religión revelada, del mismo modo que fue gracias a él que comprendí que los escritores no forman por sí solos la élite de los pensadores, que hay al lado de ellos, tal vez por encima, una especie de *Trapa* intelectual consagrada al silencio, en la que se refugian los que experimentan el desdén de la publicidad, de su ostentación vulgar, de su mercenarismo mal disfrazado, de su modo frívolo, de su apropiación del bien ajeno, de su falta de sinceridad interior. El horror por la escena, hoy por el mercado, no puede ser una señal de inferioridad intelectual.

El resumen de la impresión que guardo de él está hecho por Goethe conversando con Eckermann sobre Alexandre von Humboldt: “¡Qué hombre es él! Hace tanto tiempo que lo conozco, y es siempre nuevo para mí. Se puede decir que no hay otro igual, ni en ciencia, ni en experiencia. Además, hay en él una variedad de aspectos que no hallé en nadie. No importa cuál sea el asunto de la conversación, está siempre en su propio terreno y derrama sobre nosotros tesoros de informaciones. Es como una fuente con varios desagües, bajo los cuales es suficiente colocar un cántaro para luego llenarlo, y de donde están siempre fluyendo chorros de agua fresca inagotable. Él se quedará algunos días aquí, y ya me parece que será para mí como si hubiese vivido muchos años”. Escucharlo, verlo, vivir con él, era literalmente olvidar el presente y reunirse con la comitiva de Sócrates... Él era una de esas copias, que aunque sean copias y se reproduzcan seguidamente de época en época entre diferentes naciones, conservan la superioridad, la primacía del original, el más noble de los modelos humanos.

XXVI / LOS ÚLTIMOS DIEZ AÑOS (1889-1899)

LA CAÍDA del Imperio puso fin a mi carrera... La causa monárquica sería mi último contacto con la política... De 1889 a 1890 estuve bajo la impresión del 15 de noviembre siguiéndose al 13 de mayo; escribo entonces mis soliloquios en una Tebaida donde podía andar centenares de millas sin deparar en el refugio del otro practicante... En 1891 mi mayor impresión fue la muerte del Emperador. De 1892 a 1893 hay un intervalo: la religión aparta todo lo demás, es el período del regreso misterioso, indefinible a la fe, para mí verdadera paloma del diluvio universal, trayendo en una rama la vida renaciente... De 1893 a 1895 sufro la conmoción de la Rebelión, de la muerte de Saldanha, de la cual salen mis dos libros *Balmaceda* y la *Intervenção*... Sin embargo, desde 1893 el asunto que sería la gran devoción literaria de mi vida, la *Vida* de mi padre, se había posesionado de mí y durante los seis años siguientes me ocuparía hasta absorberme...

Como escribí algunas páginas atrás, mi espíritu adquirió en todo la aspiración de la forma y del reposo definitivo. Nuestra dinastía tuvo el 15 de noviembre lo que llamé una asunción: que viviera y acabara como una encarnación nacional. La varita mágica dejada por el hada en la cuna de nuestra nacionalidad se rompió y fue botada; ¿quién nos dice que el desenlace no fue previsto por ella? La Independencia, la Unidad Nacional, la Abolición; ninguna dinastía esculpió jamás en su pirámide un tan perfecto *cartouche*... Cuando pensaba en el papel representado por la casa reinante brasileña: Don Pedro I, Don Pedro II, Doña Isabel, y en las condiciones de unanimidad, espontaneidad, y finalidad nacional necesarias para que ella volviera al poder de acuerdo a su leyenda, el problema excedía mi imaginación, y me parecía un atentado contra la historia el querer añadir, a menos que fuese por la mano de un maestro, de una seguridad, de una

delicadeza, de una felicidad a toda prueba, un nuevo panel a aquel tríptico...

Por otro lado, durante los años en que trabajé en la *Vida* de mi padre, mi actitud fue siendo poco a poco afectada por el espíritu de las antiguas generaciones que crearon y fundaron el régimen liberal que la nuestra dejó destruir... Lo que yo respiraba en aquella vasta documentación, no era un espíritu monárquico inconcebible, que les penetraba como una religión, como una bienaventuranza a los que por ella se destacaban del mundo... La monarquía para aquella época de arquitectos, albañiles y escultores políticos incomparables, era una bella y pura forma, pero que no podía existir por sí sola: el interés, el amor, el afán, el fervor patriótico de ellos se orientaba hacia la sustancia nacional, el país; su vasallaje al principio monárquico era apenas una pleitesía rendida a la primera de las conveniencias sociales... Para estos hombres, los verdaderos fundadores, un terremoto podría subvertir las instituciones, pero Brasil existiría siempre, y sería forzoso acudir a su voz, cualquiera que fuese el vendaval a su alrededor, y cuanto más herido, más mutilado, más exhausto, mayor sería el deber de no abandonarlo... Ellos jamás establecerían el dilema entre la monarquía y la patria, porque la patria no podría tener rival.

La impresión de esos sentimientos varoniles, de esa antigua lealtad, fue importante para mí y en la medida que la iba absorbiendo, aumentaba el deseo de no dejar por lo menos mi tumba amurallada del lado del futuro... Comprendo la carta de Berryer moribundo a Enrique V, como comprendo la carta del conde de Chambord sobre la bandera blanca; la monarquía francesa creará una caballería, un punto de honor aristocrático, un espíritu de clase aparte, y era así como el propio Berryer, como Chateaubriand, como el duque de Aumale –“*La France était toujours là!*”– que nuestros antiguos hombres de Estado desde los tiempos coloniales, y el Emperador les reflejaba el sentimiento patriótico absoluto, colocaban la patria fuera de competencia, con cualquier otra idea o sentimiento... Empero, yo no tenía ni una parcela de legi-

timismo, de derecho divino; mi caracterización, el acento tónico, era otra: *liberal*, no en el sentido pasajero, político, de la expresión, sino el sentido humano, eterno, y como liberal la aspiración sintética de mi vida debía ser la de no dissociarme del destino de mi país, sin importar cuál fuese su forma de gobierno.

Así, incluso como monarquista, me fui poco a poco distanciando de la política. Mi espíritu cristalizaba bajo aspectos que le harían rechazar siempre como antipolítico... ¿Qué más podía yo intentar por mí mismo? En 1879 me alisté en una campaña que suponía debía durar más allá de mi vida; hice así, lo puedo decir, el voto perpetuo de servir a una gran causa nacional: lo que debía durar más de treinta años, duró solamente nueve, pero no por eso ahorré fuerzas, iniciativa, imaginación para otras empresas... Además de eso la abolición, por su sople universal, me aislará de los partidos, me apartará de su esfera contenciosa; ahora, por costumbre yo deseaba vivir en regiones de aire más dilatado, donde se respirase la unanimidad moral, la fe, el optimismo humano, el oxígeno de las grandes corrientes de ideal...

Además, me convencí de que los partidos, los hombres, las instituciones rivales en una misma sociedad deben tener el mismo nivel, como líquidos en vasos comunicantes; que el personal político es uno solo, los idealistas, los *ultras*, de cada lado son minorías imperceptibles; por último, de mi falta de aptitud para lidiar con el elemento personal, del cual dependen en política casi todos los resultados... Me era del todo imposible hallar otra vez en mí el impulso, el movimiento, el ímpetu de nuestras antiguas cargas de la abolición... Luchas de partidos, mítines populares, sesiones agitadas de la Cámara, derroches de oratoria, todo eso me parecía de la edad de la caballería... Ahora el menor problema político me causaba una timidez invencible, se volvía nacional, internacional, y todos se convertían en casos de conciencia. Una serie de reflexiones, que tomaban la forma de máximas políticas, eran otros tantos avisos de peligro sobre cualquier superficie desconocida que yo quisiera pisar... Desistía así de

lidar de ahora en adelante con partidos y con acontecimientos; mi esfera se volvía enteramente subjetiva... “Hay épocas en que asociarse, aunque sea con otros mejores que nosotros, es traicionar el propio ideal que cada quien lleva dentro de sí y que le compete a su modo lapidar y pulir al infinito”. Esta frase sobre el aislamiento de André Rebouças, cuando todavía no imaginaba el fin melancólico que él había de tener, expresa mucho de mi propio sentimiento... Es necesario robarle al mundo una parte de la vida, y es mejor que sea la última, para darla a los pensamientos y a las aspiraciones que no queremos que mueran con nosotros.

Los últimos diez años son así el período en que el interés político cederá gradualmente lugar al interés religioso y al interés literario hasta quedar reducido casi solamente a lo que tiene de común con ellos... Cuando digo interés político, quiero decir el espíritu político, porque la emoción, la parte que tomo en la suerte del país aumenta con las peripecias, las contingencias, los vórtices de nuevos dramas. El autor y el actor desaparecen; el espectador, ese, sin embargo, siente su ansiedad crecer y hacerse angustiosa... Por tanto puedo terminar aquí la historia de mi formación política, e incluso de toda mi formación, porque de las nuevas influencias que me van a dominar el resto de mi vida, la religiosa se encontraba desde la infancia y la de las letras en la juventud. Las letras lucharon en mí durante años seguidos, como se vio, contra la política, siempre con superioridad, hasta que llegó la abolición que durante diez años las relegó, como todo lo demás, a inmensa distancia. Extinguido este gran foco de atracción, ningún otro tendría el mismo poder contra ellas... Incluso tal vez entre ellas y la política haya existido apenas una verdadera fusión... La Historia es de hecho el único campo en que me sería dado cultivar la política, porque allí no habrá el peligro de faltar a la indulgencia, que es la caridad del espíritu, ni a la tolerancia, que es la forma de justicia que puedo alcanzar... Son esas dos de las fases, a que hace poco aludí, bajo las cuales mi espíritu se cristalizó.

Al decir las letras quiero tan sólo decir lo que ellas pueden ser para mí: el lado bello, sensible, humano de las cosas que está a mi alcance, la resonancia, la admiración, el estado de ánimo que ellas me dejan... Fue la necesidad de cultivar interiormente la benevolencia lo que, tal vez, me dispuso a cambiar definitivamente la política por las letras, a dar mi vida activa por cerrada, reservando, como vocación intelectual –la política no había sido otra cosa para mí–, el saldo de días que me quedase para pulir imágenes, sentimientos, recuerdos que quisiera llevar en el alma... Miré la vida en sus diversas épocas a través de diferentes cristales: primero, en el ardor de la juventud, el placer, la embriaguez de vivir, la curiosidad del mundo; después, la ambición, la popularidad, la emoción de la escena, el esfuerzo y la recompensa de la lucha para hacer hombres libres (todos esos eran vidrios de aumento)... más tarde, como contraste, la nostalgia de nuestro pasado y la seducción creciente de nuestra naturaleza, el retraimiento del mundo y la dulzura del hogar, las tumbas de los amigos y las cunas de los hijos (todos esos son todavía prismas); pero como despedida al Creador, espero aún mirarla a través de los vidrios de Epicteto, del puro cristal sin refracción: la admiración y el reconocimiento...



ÍNDICE

<i>Prólogo</i> de Francisco Iglesias	7
MI FORMACIÓN	
Prefacio del autor	17
I / Colegio y Academia	20
II / Bagehot	25
III / En la <i>Reforma</i> (1871-1873)	35
IV / Atracción del mundo	41
V / Mi primer viaje a Europa	49
VI / Francia de 1873-1874	55
VII / Ernest Renan	62
VIII / La crisis poética	69
IX / Agregado de la Misión Diplomática	76
X / Londres	81
XI / 32, Grosvenor Gardens	89
XII / La influencia inglesa	96
XIII / El espíritu inglés	102
XIV / Nueva York (1876-1877)	108
XV / Mi diario de 1877	116
XVI / Trazos americanos	124
XVII / Influencia de los Estados Unidos	133
XVIII / Mi padre	142
XIX / Elección de Diputado	154
XX / Massangana	160

XXI / La abolición	171
XXII / Carácter del movimiento. La parte de la dinastía	185
XXIII / Pasaje por la política	189
XXIV / En El Vaticano	195
XXV / El Barón de Tautphoeus	211
XXVI / Los últimos diez años (1889-1899)	221